



LOS CRÍMENES DE
**SAN ANDRÉS DE
TEIXIDÓ**

RAFAEL SALCEDO

LOS CRÍMENES DE SAN ANDRÉS DE TEIXIDÓ

Una obra original de

Rafael Salcedo Ramírez

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© BRIGITTE WERNER. 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la fotografía de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“La vida no es ni buena ni mala, sino sólo un lugar para el bien y el mal”.

Tito Livio

PRÓLOGO

Alain Pascal sintió la emoción tal si ocupase cada átomo de su cuerpo y no por lo que sus ojos distinguían, sino por la cercanía de ese espectáculo soñado en la intimidad, añorado sin conocer, imaginado sin aprehender; cuya impronta etérea se escurría volátil entre sus pensamientos, al tiempo que giraba el volante del vehículo que conducía por la gallega Sierra de Capelada, con el presentimiento de contemplarlo a cada instante.

Ajena a su anhelo y a su lado, Shantal Laporte, a la sazón su jovencísima esposa desde hacía apenas un par de semanas, se esforzaba por traducir las indicaciones del rudimentario mapa de carreteras extendido sobre su regazo, haciendo intentos vanos por estirar los pliegues que apenas dejaban ver con claridad los hitos de la sinuosa ruta de montaña por la que transitaban.

Alain, sin pronunciar palabra y observando de vez en cuando la obcecación de su esposa por orientarse, prefirió concentrarse en el horizonte que a cada curva salvada aparecía ante ellos. El coche ascendía con poca agilidad y tuvo que echar mano de las reducciones de marchas para combatir las empinadas

rampas, las cuales se sucedían cada vez con más asiduidad.

Este hecho llevó al ánimo de Alain esa pizca de satisfacción que incrementó su estado de gracia, sabiendo cómo muy pronto alcanzaría la meta de aquel viaje casi épico desde la ciudad de Reims, su hogar en el norte galo casi en el límite con Bélgica, cruzando Francia en su integridad y luego, dejada atrás la frontera con España, también la cornisa cantábrica hasta llegar a tierras gallegas.

De cualquier forma, para él mismo esa meta acordada con Shantal, planeada de manera cómplice y con extremo cuidado durante muchas de las grises tardes del invierno en las llanuras inmensas del Vesla, cuna de los fértiles viñedos de Champaña, mientras disfrutaban sentados en una mesa pegada a los cristales empañados de un vetusto bar atestado de parroquianos ruidosos discutiendo sobre nimiedades arremolinados en la barra, quedaba a escasos metros, tal vez al otro lado de una curva cerrada, y no se correspondía con la que figuraba señalada en rojo en el ajado mapa de su esposa. Ese lugar, mucho más deseado por ella, era Santiago de Compostela, y la peregrinación constituía el culmen de aquella hégira cargada de simbolismo y fe a partes iguales, de gozo e introspección, alegría y meditación, satisfacción y contrición, en una suerte de vaivén a veces místico, a veces voluptuoso a lomos de la belleza circundante.

Sin embargo, Alain había estado durante todas las jornadas, las cuales se habían sucedido una tras otra de manera fugaz, en un carrusel de sensaciones placenteras, máxime ayudadas por las viandas degustadas por tierras vascas, cántabras y asturianas, siempre con el afán de contemplar ese lugar mágico -

al que pocos metros le faltaban para admirar- entre la realidad y la leyenda, entre el mito y lo material, entre la vigilia y el despertar, cuyo veneno tiempo atrás había inoculado en el torrente del conocimiento su propio abuelo, cuya sangre celta corría desbordada por sus venas y quien había tenido su cuna entre las montañas que sus pies estaban a punto de hollar.

Alain tenía grabado a fuego en sus vívidos recuerdos aquellas tan prolijas como emocionantes descripciones de su ascendiente transmitidas con ojos enrojecidos que, a poco de contemplar cruzando Ribadeo, había reconocido. Así, sus manos giraban el volante y su mente parecía iniciar un viaje de regreso a la infancia, mientras permanecía absorto con su menudo cuerpo arrodillado junto a su abuelo, escuchando de sus labios mil historias y resonaban aún en sus oídos, junto a las entrañables de su patria chica allende los Pirineos, relatos ancestrales de las batallas de galos y romanos que le hacían estremecerse mientras rememoraba las palabras de Vercingetorix ante Julio César; altivo y bravucón aquél, esperando enhiesto que la espada penetrara profunda y cortara en dos su corazón de guerrero.

Alain observó un instante a Shantal y ésta le devolvió la mirada con insistencia sin acompañarla de palabras. Él salió de esa nube de inquietudes, de presagios tan dulces como efímeros, de expectación lujuriosa, de espera larvada por el deleite inmediato para hacer, durante un segundo estirado en el laberinto de sus neuronas, balance fugaz de sus días y, sobre todo, sus noches, desde que habían salido de la común morada norteña a mediados de mayo, aún con las calles húmedas y los tonos del cielo cenicientos mientras el aire del mar del norte se colaba furioso por cada resquicio que encontrara.

Apenas veintitrés primaveras atestiguaban sus jóvenes cuerpos aquel radiante mediodía del primer día de junio del año mil novecientos sesenta, aún en la retina la jornada inolvidable de su boda en compañía de un tropel de familiares y amigos por doquier. Nervios, emociones, carreras, prisas, tradición, plegarias, admoniciones, música, baile, besos, abrazos, lágrimas y luego la deseada soledad de ambos, el soñado vacío sin el mundo a su alrededor, sus cuerpos fundidos y el placer inundando la piel desnuda, ardiendo en el lecho de un amor aquilatado en el tiempo, casi desde la cuna, compartiendo travesuras infantiles, pupitres escolares, indolencia adolescente, rebeldía juvenil y hasta augurios de una vida larga en común los cuales, hacían bien poco, se habían convertido en una realidad tangible.

Almas gemelas, regocijándose en esa felicidad reservada a los espíritus puros, henchidos de inocencia, benefactores de quienes les habían rodeado en su aún joven existencia dejando la estela de su bondad -cuyo aroma les envolvía en un halo cuasi de santidad- Alain y Shantal quedaron sobrecogidos ante la magnificencia del paisaje que, tras la última curva, apareció ante ellos; creyendo al unísono haber penetrado en un reino imaginario, alguna tierra mítica relatada en tradiciones y cuentos transmitidos desde la noche primigenia por culturas borradas de la memoria del mundo por el inefable transcurrir del tiempo.

Detenido el coche, puestos los pies en la feraz tierra, desleídos hacía muchas jornadas los carámbanos del invierno en torrente de agua tan límpida como gélida pendiente abajo, serpenteando vigorosa para saciar a los ríos deseosos de su caudal de pureza, en la soledad sonora circundante sólo rota por el lánguido rumiar a pocos metros de las vacas, para quienes dos bípedos apenas

resultaban una anécdota en su insistente masticar ajenas a otro estímulo, Alain y Shantal anduvieron cogidos de la mano insistiendo, tras miradas cómplices, continuar ese diálogo de gestos e insinuaciones carentes de sonidos que rompiesen la magia del momento del descubrimiento de un paisaje embriagador de los sentidos: poesía silente, postal de ensueño en el momento en el que el sol dominaba señorial la bóveda celeste desplegando su fulgor y haciendo reverberar los colores en un arco iris infinito, subyugador, arrebatador para el espíritu, llevándoles en volandas a ese paraíso ignoto de la belleza eterna.

Alain al fin puso -casi- carnalidad al verbo, materia a las palabras lanzadas al aire por su abuelo describiéndole la quietud de aquel lugar, el cual constituyó la cuna evocadora en sus primeros años en la Galicia profunda de pétreas moles desafiantes, cortadas a cuchillo y emergidas desde el insondable magma terráqueo en una suerte de telúrica embestida en los albores del recién creado planeta, enfrentadas a ese mar tan sugerente como traicionero cuyo ánimo filibustero se escondía tras su estampa plácida y sosegada desde la descomunal cota.

Por un instante, Alain pensó era sólo para sus sentidos, algo propio, tal si un regalo del Cielo se tratase; un presente divino mostrado de manera única para sus ojos, concediéndole la gracia de fundirse con ese friso de armonía, de equilibrio estético entre la nobleza de la perennidad y lo abyecto de lo pasajero. Junto a Shantal, en un arriesgada maniobra, se situó al mismo borde del acantilado dejando atrás la Garita de Herbeira, atalaya edificada en el siglo XVIII a modo de refugio para vigilancia de la costa, quedando ambos a merced del poderoso viento que ascendía por los más de seiscientos metros

de altura desde el rompeolas, cuya imagen desde ese punto apenas parecía una minúscula y espumosa línea blanca salpicada de piedras puntiagudas y amenazantes para quien osara acercarse a sus dominios.

Los dos respiraron hondo, cabellos al viento, observando el horizonte infinito, la inmensidad terrena, meditando por un momento sobre la anécdota que suponían sus propios cuerpos en aquel descomunal imperio dominado en una batalla indolora por los azules a levante: cobalto, lapislázuli, acero, aciano, aguamarina, cyan, medianoche, éter, lavanda, marino, neón, ópalo, pastel, índigo, turquesa y petróleo, haciendo piña contra los verdes a poniente: lima, enebro, salvia, helecho, oliva, esmeralda, pera, musgo, trébol, espuma de mar, pino, menta, alga, pistacho y albahaca, en una incruenta competición cuya fusión cromática completaba el espectáculo en la perfección.

Un segundo antes de que el mundo se deshiciera como un azucarillo y la felicidad alcanzada, rozada con timidez por las yemas de los dedos, quedase truncada; justo cuando generosa la vida les besaba apasionada en los labios y jugueteaba despreocupada con su destino aislándoles de todo obstáculo, de cuitas y desazones, de lamentos y sinrazones, ambos cónyuges escucharon extasiados y sin temor alguno el bramido ronco y recio del viento, al que dejaron mecerles al borde del abismo confiando en sus buenas intenciones, tal si se tratase de un amigo zarandeándoles eufórico.

Luego, tan sólo una milésima de segundo antes y también precediendo al cambio de rumbo de sus vidas, ambos sintieron en sus brazos, desnudos al sol de la primavera, el mismísimo salitre marino cabalgando sobre las rachas

aladas ensortijándose entre éstos sin prever cómo una siniestra sombra acechaba a sus espaldas saliendo de la garita de vigilancia.

Alain recibió un tan inesperado como enérgico empujón, contra el cual nada pudo hacer estando al mismo límite del acantilado y su cuerpo, sin nada a lo que asirse e incrementado el impulso por una colérica embestida del viento, se precipitó al vacío sin poder siquiera dedicar una última mirada a su amada, quien quedó petrificada, anclados los pies al suelo, sin reaccionar, apabullada por aquella visión de pesadilla de la que no podía despertar, confundida y aturrida, contemplando sin que su garganta reaccionase cómo Alain se convertía en un pelele a merced de los salientes rocosos durante una vertiginosa caída de más de seiscientos metros y quedaba como una mancha sanguinolenta encima de una de las rocas desafiantes, mientras el mar engullía más tarde su destrozado cuerpo.

Shantal, temblando al ver el final de su compañero, roto el corazón, desgarrada en su interior por una herida tan invisible como profunda, acertó a ver a su lado al causante de la tragedia y comprendió que su final sería de la misma índole; parejo en la ejecución, frío y sin un motivo más que el placer del asesino en ciernes contemplando el terror dibujado en las facciones de su rostro, gozando de la visión de su cuerpo atenazado por el miedo más espantoso, cuando ya sus miembros no le obedecían y quedaban a su merced, por lo que cerró sus ojos quedando al paio de sus designios.

Pero enseguida comprendió Shantal cómo no era esa la intención del asesino cuando, abiertos los ojos ante su inacción con ella, le observó cómo se acercaba a su coche, se acomodaba en él, lo arrancaba con seguridad y luego

lo conducía hasta el borde del acantilado. Ella adivinó su intención y, sacando fuerzas de flaquezas, logró dar un paso y luego otro hasta que sus piernas despertaron del letargo de la desesperación y comenzó una huida pendiente abajo rodeando la garita desde donde, guarecido, había aguardado paciente aquel sujeto.

Shantal, sin dejar de correr y poner tierra de por medio, aún con la imagen de su amado en el pensamiento, todavía las lágrimas desbordadas de sus ojos, latiendo su corazón desbocado, destrozada por el dolor profundo de la pérdida, giró la cabeza con tal de calcular la ventaja que le llevaba pero sólo pudo ver sobrecogida cómo el vehículo era despeñado en ese momento, viajando a través del vacío hacia el mismo lugar donde el cuerpo desgajado de Alain permanecería ya preso del turbulento mar; ansioso éste por arrastrar con su fuerza indómita hacia las profundidades cuanto encontraba a su llegada embravecida a las orillas sumisas.

Esa visión propició que el terror se hiciera fuerte en su mente, intuyendo que la siguiente muesca en el zurrón de aquel frío, metódico y sigiloso asesino sería ella. Shantal esta vez no se vio paralizada y sus piernas continuaron ejecutando sus órdenes acelerando la carrera con tal de alcanzar una zona donde la vegetación se hacía más presente, cruzándose con caballos salvajes de igual forma que ella huyendo asustados para luego, tras un par de cientos de metros, llegar hasta el comienzo de una espesa arboleda de la cual pensó le sería benigna en su escapada.

A cada inspiración sentía sus pulmones cómo le ardían, entretanto las gotas de sudor resbalaban por su piel erizada emergidas no sólo por el esfuerzo sino

también por el espanto de las imágenes que su mente se empeñaba, contra su voluntad, en ofrecerle. Escuchó un ruido seco, tal vez alguna rama partida, entrando de repente en pánico y llevando las piernas al límite de su capacidad hasta que, ya descoordinadas, propiciaron que diera con sus huesos en el suelo.

Shantal lloraba tendida boca abajo, sintiendo en los labios la tierra húmeda mezclada con su propia sangre saliendo generosa de aquéllos partidos por la mitad; pero no menos de la herida que en su frente se palpó y cuyo hilillo descendía por la nariz, bifurcándose por ésta hacia las mejillas hasta mezclarse con la que de su boca ya goteaba.

Siendo consciente de que no podía perder tiempo, y mucho menos en inútiles lamentaciones, se incorporó haciendo un esfuerzo y comprobando cómo mantenía la integridad de brazos y piernas, por lo que reanudó su camino aunque con menos brío sintiendo magullado todo el cuerpo.

Bastaron unos cuantos pasos para que la inquietud regresara a su ánimo, acrecentada por los rumores que a su espalda se sucedían, de tal forma que los escalofríos frenaron su marcha obligándole a volver la cabeza con insistencia aunque sin ver en momento alguno a su perseguidor.

Sin embargo, tras dejar atrás aquel espeso bosquecillo, Shantal creyó por un instante que todos sus males habían sido conjurados al distinguir a pocos metros una casa y de ella, como visión salvadora, una chimenea en todo lo alto de ésta exhalando ese humo que suponía la salvación.

Alborozada por aquella circunstancia que parecía conjurar un peligro sentido como inminente, el vigor regresó a las piernas, una tímida sonrisa se dibujó en el rostro salpicado de sangre y mugre pegajosa, su mente desechó al fin los negros presagios, su piel se rehízo tibia y su garganta se abrió con el deseo de relatar lo acontecido: el horror, el terror vivido y ya dejado atrás sintiéndose liberada de aquella pesadilla.

Shantal pisó animada el rudimentario camino empedrado, el cual observó cómo llegaba hasta el límite de las tierras que circundaban la casa que suponía su meta y también su liberación. En un charco de agua al lado del sendero contempló el reflejo de sí misma y su imagen patética de desharrapada, provocada por la violenta caída, le hizo sentir una incontrolable vergüenza de presentarse de aquella forma a los moradores de la vivienda de quienes esperaba le acogiesen y ayudaran para dar aviso a las autoridades de lo acontecido.

De cualquier forma, esa coquetería femenina, la cual le llevó a detenerse para recomponer en la medida de lo posible su aspecto, deplorable contra su voluntad y merced a las circunstancias tan terribles vividas, fue la decisión que marcó su destino. Aunque Shantal comprendió cómo ya estaba prefijado al sentir aterrada que rodeaban su cuello y, con una fuerza que se le antojó sobrehumana, tiraban de ella para arrastrarle hasta el reino de las sombras en el que se convirtió de nuevo el bosque, donde miríadas de árboles fueron testigos mudos de su rapto.

Supo enseguida que no había escapatoria esta vez, atrapada por brazos que percibió de acero, en tanto que su nuca sentía el aliento denso y cálido de su raptor, al tiempo que percibía el olor acre de sus manos grasientas tapándole la boca con fuerza hercúlea; incapaz de oponer nada frente a su ataque. Comprendió no tendría una segunda oportunidad y el morador de aquella casa salvadora jamás podría prestarle esa ayuda, la cual sólo había quedado como desiderátum en su mente.

Destensados sus músculos, al paio su cuerpo, Shantal aceptó la cruda realidad de que estaba a merced de aquel sujeto quien apartó las manos de su boca, le dio la vuelta y a contraluz, con el sol tras de éste, apenas distinguió sus facciones aunque sí contempló con claridad cómo se llevaba su dedo índice hacia sus labios cerrados y, sobre estos, le indicaba guardase silencio mientras una mirada de lascivia recorría su cuerpo en toda su extensión.

Shantal tuvo claro cuál era el objeto de aquella tragedia sobrevenida, qué fin se escondía tras el asesinato de Alain, y también cómo sería inútil reanudar la huida ya que su raptor jugaría como el gato con el ratón, volteándole, mordiéndole con suavidad antes de hundir sus colmillos y partirle en dos, como el león con la pequeña gacela, observando paciente su miedo, oliendo su pavor, deleitándose con sus piernas temblorosas, con esa mirada de horror, dejándole avanzar unos metros para luego zancadillearle, asirla leve con sus garras, morder suave su cuello olisqueando el torrente de sangre tibia bajo la piel, hasta escuchar el chasquido de los huesos de aquél y arrastrarla con sus fauces babosas.

Shantal observó cómo el sol desapareció de repente y un manto de negrura

cubrió el bosque un momento antes de que, con un escalofrío, sintiera cómo las manos de su raptor tomaban posesión de su cuerpo, enredándose como zarzas, zigzagueando obscenas, basculando lujuriosas, palpando salaces, apretando groseras, hendiendo su intimidad, quebrándola, mancillándola, para luego alcanzar su garganta y, tras manosearla, morderla en un desatado frenesí.

Shantal cerró los ojos y escuchó el bramido del viento, percibió punzante el olor del salitre, sintió su pelo enredado y vio a su lado la sonrisa de Alain con el horizonte infinito, el inmenso mar callado y, luego, la nada.

CAPÍTULO I

Clara Vallina no estaba dispuesta a que el pinchazo de una rueda arruinase la jornada festiva del primero de mayo de mil novecientos ochenta. Mientras permanecía de pie y con brazos en jarra al lado de su vehículo, su compañera, fiel amiga y confidente desde que pisaran ambas el colegio de primaria, de nombre Covadonga Antúnez, caminaba de un lado a otro nerviosa sin poder hacer nada más para calmarse.

No era para menos en su caso, teniendo en cuenta que ni sabía ni podía cambiar la rueda pinchada por la de repuesto e, incluso ésta, desconocía dónde se encontraba en el interior del vehículo. Por el contrario, para Clara no supuso más que una anécdota y le animó diciéndole que no tardaría en pasar un alma caritativa que, si bien no le ayudaría a poner la rueda, sí en cambio se prestaría a dar aviso al taller más cercano.

Y es que, como optimista que era, Clara, veinteañera como su amiga aunque más alta y también con algún kilo de más, había sido la incitadora para que

ambas se echaran a la carretera desde la población asturiana de Tapia de Casariego y enfilaran el camino hasta San Andrés de Teixidó justo ese día de asueto oficial, dejando así atrás las familias de ambas con las carnes abiertas con su decisión tan extemporánea y máxime teniendo en cuenta se trataba de la primera vez que ambas sacaban los pies del plato con una escapada en soledad.

Lo cierto era que ninguna había tenido otra experiencia fuera de su ámbito cotidiano y, sin excepciones, todas las salidas consistían en ser unas más de la familia en los desplazamientos fuera de su localidad, ya fuesen lúdicos o bien obligados por cualquier otra circunstancia. Así, tanto una como otra pertenecían a familias de corte clásico y aquella decisión, pergeñada por ambas de manera paciente durante muchas jornadas previas y en el más riguroso de los secretos, resultó una sorpresa para todos sus integrantes pero, de manera muy especial, para madres y padres quienes pusieron mil excusas con tal de no dejarles acometer su proyecto acariciado en la intimidad.

Frente a esa resistencia, Clara y Covadonga habían opuesto un argumento de peso el cual no era otro que su edad. Al fin y al cabo era el único del que podían alardear, salvo las ganas de ambas por sentir un poco de brisa en la cara fuera de la protección de sus progenitores, para quienes eran no más que un par de crías jugando caprichosas a ser independientes.

De cualquier forma, su resolución fue firme y lograron sortear con gran éxito las embestidas, incluso estudiadas y bien coordinadas -tal como tuvieron noticia a posteriori- de ambas familias, coaligados sus padres en un frente común para impedirles se marchasen de esa forma. Pero al fin se rindieron y

sin condiciones gracias a una maniobra en campo abierto de Covadonga, quien contaba con un aliado consistente y, en especial, con posibles.

Ese aliado era su propio abuelo y el cheque que le puso en la mano para que corriera a comprar un flamante Renault 5 GTL de color rojo fuego, el cual en el plazo de tres días tuvo aparcado en el garaje de su casa observándolo a cada instante y haciendo planes imaginándose conduciéndolo y así poner pies en polvorosa del tedio familiar; incluyendo las reuniones domingueras y las paellas interminables con el soniquete de los partidos de fútbol en la radio de su padre y las voces insistentes de sus primos pequeños incansables en las travesuras.

Una vez con la victoria ambas en la mano, tuvieron que hacer una concesión a sus padres en forma del destino final de esa primera salida, dándole así un tono más devoto que lúdico tratándose de una visita al Santuario de San Andrés de Teixidó. Apenas ciento treinta kilómetros y un lugar accesible para un viaje de ida y vuelta sin más contratiempos que las curvas para subir hasta el templo; extremo que sin embargo no preocupaba a ninguna de las dos y menos estando acostumbradas a las sinuosas carreteras asturianas y sus dificultades no menores que las de aquéllas.

Hasta ese momento de notar que el volante no respondía a las órdenes de Covadonga, propietaria y conductora también, el día había transcurrido sin sobresaltos y con un clima propio de la estación primaveral gracias a la temperatura suave que la proximidad del Cantábrico propiciaba durante todo el recorrido. Sólo al llegar a la subida al santuario habían echado mano de alguna prenda que aliviara la sensación de frío en los brazos y, aun así, sin

demasiada queja por parte de las dos. De todas formas, en ese momento con el sol ya declinando, ambas sintieron la urgencia de abrigarse un tanto y así hicieron a la espera de que pasase alguien por la carretera y les auxiliase.

Fue Covadonga, la más cauta, a quien se le ocurrió preguntarle a Clara por las indicaciones que le había estado dando mientras recorrían el camino de regreso desde el santuario, alertada por su propio presagio de que se encontraban en una carretera distinta de la que habían tomado a la ida.

-¿Estás segura de que es ésta?- cuestionó a Clara, estando ya al borde del ataque de nervios y en particular cuando el sol apenas le quedaba un suspiro para desaparecer por el poniente y las insidiosas sombras comenzaban a ganar terreno.

-¡Sí, mujer, ya te lo dije antes. Y no insistas más!- respondió algo alterada Clara, y más por la desconfianza de su amiga que por el aprieto en el que se encontraban.

-¡Pero, vamos a ver! ¿Cómo quieres que no desconfíe? ¡Sólo tienes que hacer memoria del tiempo que llevamos aquí paradas como dos pasmarotes, el coche riéndose de nosotros con la rueda desinflada y no pasa un alma!- subió un escalón la desesperación de Covadonga, intentando ésta deshacerse con su verborrea de la presión que sentía en su interior, en particular por la hora que se echaba encima y la inquietud que sus padres tendrían al no verles llegar a la hora, más o menos prudencial, acordada aquella mañana en la despedida.

-Pues, cariño, te aseguro que es la carretera que viene en el mapa. Ya sabes, incluso te la enseñé antes de salir y...-

-¡No puede ser, Clara!-

-¿Cómo dices que no?-

-¿De verdad crees que hoy, uno de mayo, fiesta del trabajo, con cientos de coches que hemos visto en el santuario, ninguno iba a pasar por aquí?-

-Hija, pues tendrás razón. Me habré equivocado- reconoció al fin Clara.

-¡A ver, trae el mapa!- le pidió Covadonga enérgica y hasta perdiendo un tanto las formas con ella, aunque su amiga apenas se lo tuvo en cuenta conociendo su vehemencia en los momentos de tensión como eran aquellos.

-Tranquila, mujer, no te preocupes que encontraremos la solución- insistió Clara en su táctica de relajar el ambiente creado por la inoportuna aventura del pinchazo en medio de la nada, aunque lo cierto es que no lo consiguió cuando su amiga le arrebató el trozo de papel que contenía el croquis y comenzó a girarlo de manera compulsiva intentando orientarse.

-¿Este es el mapa que me enseñaste...?-

-¿Cuál va a ser? Pues natural que sí-

-¡Clara, no me mientas que te conozco!- puso Covadonga una postura de armas tomar temiendo alguna fullería de su amiga, a quien los colores se le subieron de repente a la cara en señal evidente de que ocultaba algo en su afirmación tan tajante.

-¡Clara, dime la verdad!- insistió con más nervio aún.

-¡Está bien, mujer! ¡No te pongas así! No es para tanto. Relájate. A cualquiera le puede pasar y...-

-¡Clara, no me digas que...!-

-Verás, es que perdí el mapa en el santuario, pero ya sabes que tengo una memoria de...-

-¡Mira que eres...!-

-Espera, espera, que te digo cómo me acordaba de todos los cruces y te puedo asegurar que no me he equiv...-

-¡En menudo lío estamos, Clara, y todo por tu culpa! ¿No te hubiese sido más fácil decírmelo y habríamos preguntado a cualquiera para asegurarnos el camino de vuelta?-

-¡Lo sé, lo sé, y lo siento! Perdóname, es que confié en que recordaba a la perfección cada desvío; pero parece ser que no. Verás, Covadonga, no te dije nada por no preocuparte, ya que ibas conduciendo y además no imaginaba terminaríamos en una carretera tan poco transitada. Pensé que, si nos equivocábamos, con preguntar sería suficiente-

-Bueno, déjalo. Está bien, no demos más vueltas- descargó Covadonga al final la conciencia de su amiga, una vez ésta había reconocido su error y en tan mala hora. Hasta sus nervios se aplacaron y tomó el mando de la situación para desbloquear aquel embrollo en el que estaban inmersas.

-¡Oye y sí...!-

-Clara, vamos a hacer una cosa- le interrumpió Covadonga, sintiéndose más animada y casi viendo en su mente el final de la aventura *-Tenemos una oportunidad antes de que el sol se ponga y esa es que nos pongamos en camino un rato, a ver si conseguimos llegar donde haya gente-*

-¿Gente?-

-Sí, no sé, alguna gasolinera, tal vez un pueblo, una aldea, en fin algún sitio

habitado. No estamos tan lejos de la civilización y esto sólo es una carretera comarcal, así que debe haber...-

-Pero ¿Hacia dónde vamos? ¿Derecha o izquierda? ¿Arriba o hacia abajo?-

-Bueno, es obvio que no se trata de derecha o izquierda, o bien arriba o más abajo- dijo Covadonga moviendo los brazos -Mejor sería ir hacia adelante y, además, no vamos a desandar lo ya andado-

-Estoy tonta, chica. Claro que sí es adelante. Pues, venga, no perdamos más tiempo y a ver si hay suerte- respondió finalmente Clara, cerrando el coche no sin antes recoger ambas sus bolsos e iniciando la caminata en una leve pendiente que les llevó hasta la siguiente curva.

Pasaron los minutos, también el paisaje fue cambiando y una espesa arboleda les envolvió cuando incluso la carretera se estrechaba aún más y su sinuosidad apenas dejaba entrever los recodos siguientes, los cuales se sucedían en una bajada que les pareció interminable.

En silencio, una detrás de la otra, las dos jóvenes otearon el horizonte tras un pequeño claro y se desesperaron al no encontrar en el límite visual habitante alguno. Ni siquiera alguna casa de labranza, incluso algún efímero refugio de vaqueros donde guarecerse llegado el caso y, a lo más, algún caballo salvaje pifiando en la lejanía y huyendo despavorido ante su presencia.

El sol cumplió su cometido cotidiano y, tras una loma, desapareció por completo dejando que la penumbra les embargara aún más el ánimo, ya encogido al transcurrir los minutos sin que tuvieran respuesta a sus plegarias a las que se habían agarrado en su angustia.

Para aliviar la tensión, las dos hicieron memoria de aquel día de peregrinación a San Andrés de Teixidó y también de qué manera habían cumplido la tradición secular de dejar una piedra en alguno de los túmulos esparcidos por el camino, de los cuales supieron le llamaban “Amilladoiros”, y tampoco dejaron marchar la oportunidad de beber de “La Fuente de los Tres Caños”, pidiendo a San Andrés un deseo echando al agua un minúsculo trozo de pan el cual, según la tradición, si no se hunde atrae la fortuna.

Las dos no pararon de bromear sobre el cuidado que habían tenido, según les habían advertido los más fieles a las leyendas del Santo, de no aplastar de manera descuidada a su paso ningún animalillo, y ni siquiera un pobre insecto despistado por la zona del santuario, incluidas las picajosas moscas y todo porque les aseguraron que pudiesen ser los difuntos ya reencarnados llegando, igual que ellas, en peregrinación a la ermita ya que era la forma de acceder al Reino de los Cielos. Y eso era algo que había que tomarse en serio, si bien ellas no tanto como sus gestos y risas lo atestiguaban. Pero, por si acaso y así lo reconocieron, habían respetado a pies juntillas el consejo y salvado a multitud de pequeños y también incómodos peregrinos.

No obstante, lo que rememoraron con más emoción fue su visita a los acantilados de Vigía de Herbeira, cuyos paisajes les encandilaron aunque también supusieron un buen susto por el viento que casi les llevó volando

hacia el vacío. Sólo les restaba aquella jornada bajar hasta la orilla del mar para rastrear la “herba namoradeira” -lo que era “hierba de enamorar”- a lo que llamaban todos clavel marino, el cual y según contaba la tradición ayudaba a conquistar amores.

Entre risas, olvidando por un momento los aprietos que sufrían por culpa de un inocente pinchazo, se juramentaron para cerrar el círculo de la ancestral costumbre y llevar en una próxima oportunidad a los pies del Santo un enorme ramo con esos mágicos claveles y no sólo por sus futuras conquistas sino por sacarles, de paso y tal como pedían con fervor, de una situación que a cada instante les alarmaba más.

-¡Allí! ¡Allí!- exclamó Clara de repente con tanta fuerza como alegría interrumpiendo el parloteo de Covadonga lanzando tanto peticiones como promesas al Cielo, incluso comenzando a dar pequeños saltos a la vez que agarraba por la cintura a su amiga.

-¡Gracias a Dios! ¡La veo! ¡Sí, sí!- respondió Covadonga abrazándose a ella e imitándole en su entusiasmo por el hallazgo de una casa en la lejanía, la cual suponía para ambas su salvación y culmen de aquella aventura que había tomado tintes poco halagüeños.

-Lo malo de esto es que no veo cómo llegaremos- apuntó Clara, ya más calmada tras la explosión de júbilo.

-Si seguimos la carretera, cualquiera sabe si bordea la casa. Y ya ves, Clara, desde aquí sólo se divisan árboles, árboles y más árboles y ni siquiera se advierte el trazado que tiene-

-¡O sea, chica, que nos va a tocar cruzar el bosque y ya casi sin luz!-

-Me temo, Clara, que no hay más remedio si queremos llegar pronto y pedir ayuda-

-¿Tendrán teléfono? Hay que avisar a...-

-¡Pero, no seas burra, Clara! ¿Cómo van a tener teléfono en un sitio como éste? Nos podremos dar con un canto en los dientes si hay alguien que nos eche una mano con el coche y nos ayude a cambiar la rueda. Pero seamos positivas, y si esto es así, en un rato podremos alcanzar algún pueblo cercano y desde allí telefonar a casa-

-¿Quieres decir con eso que vamos a ir en línea recta, cruzando...?-

-¡Chica, a ver! No vamos a ir volando. No tenemos más opción que llegar a través de él. Así que ¡Vamos! ¡Y no seas pava!- animó Covadonga a su amiga, siendo la primera en dejar atrás la alfombra alquitranada de la carretera y cambiarla por los cantos rodados que antecedian a la espesura del bosque de colosales eucaliptos, cuyas ramas en el suelo crujían a cada paso.

No tardó en imitarle Clara poniéndose a su altura para caminar decididas y procurando no perder de vista la casa salvadora en la distancia, la cual les parecía en ese momento inalcanzable, cuando la luz era ya un recuerdo y la negrura se hizo fuerte a su alrededor haciendo que sus respectivos ánimos se plegaran de nuevo hundiéndose en la desesperanza.

Transcurrieron quince, veinte minutos tal vez, y la sensación de ahogo regresó para quedarse dado que contemplaban la casa pero les parecía avanzar con lentitud. En un momento, Clara pareció flaquear y se quedó rezagada.

-¿Qué te ocurre ahora?-

-Nada, nada, Covadonga, sólo es que estoy cansada. Además, después del día entero de aquí para allá y encima esta caminata que parece nunca acaba, me ha entrado un dolor enorme de pies-

-¡Quejica!- le soltó burlona Covadonga a su compañera, quien había instalado sus posaderas en un tronco viejo y parecía no querer reanudar la marcha.

-¡Estoy harta de tanto andar!-

-Yo también, Clara, cariño, pero más lo estoy de hacerlo por aquí. ¡Anda, vamos! Cuanto antes lleguemos, antes saldremos de este lugar que me pone de los nervios. No me gusta ese sitio y ya casi no se ve a unos metros-

-¡Sigue tú! Ahora te alcanzo- le pidió Clara con los zapatos quitados y frotándose la planta del pie derecho.

-¿Estás loca? ¿Cómo voy a dejarte y...?-

-No digo que te vayas corriendo, sino que avances despacio y enseguida te cojo. Mira, aquí tengo una rozadura, para que veas que me quejo poco-

-¡Jesús! ¡Qué delicada eres, Clara! Bueno, me voy a adelantar pero sólo un poco a ver si encuentro alguna vereda que lleve a la casa-

-¡Fíjate! ¡La luz!- volvió Clara a exclamar cuando observó encenderse en la casa una de las habitaciones, las cuales ya se distinguían.

-¡Vamos!- contestó Covadonga iniciando de nuevo la caminata *-Ponte esos zapatos y sígueme que ya casi lo conseguimos. Dentro de un rato estaremos conduciendo de vuelta a casa-*

-¡Voy! ¡Ya voy!- contestó Clara y su amiga aceleró unos pasos para acercarse cuanto antes a su salvación, esperando encontrar ayuda inmediata y así

concluir de una vez por todas aquella aventura forzada, la cual preferirían las dos olvidar cuanto antes. Mientras avanzaba, cayó en la cuenta de que la noche era plena y sólo podía advertir metros más adelante el fulgor de la luz de la casa, que aparecía como una isla en un mar de amenazante oscuridad. Observó en derredor y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, tomando entonces conciencia del lugar tétrico que ya le envolvía.

-*¡Clara!*- exclamó Covadonga presa de un pánico súbito, al caer en la cuenta de que había dejado de escuchar sus pisadas. Se volvió y escudriñó sin éxito el camino por ella recorrido, dado que la oscuridad no permitía ver más allá de un par de metros.

-*¡Clara!*- alzó la voz aún con más ímpetu, saliendo casi un grito de su garganta y recibiendo un eco que al momento se perdió reverberando por los vericuetos de aquel laberinto tenebroso, cuyos rumores percibía ya como amenaza cierta.

-*¡Clara, por Dios! ¿Dónde estás?*- perdió la compostura Covadonga temblorosa, manos heladas, dando compulsiva vueltas sobre sí, las cuales se vieron interrumpidas por el crujido de hojas que le advirtieron de la presencia de alguien en la cercanía.

-*¿Clara? ¿Eres tú? ¡Si es una broma, no tiene ninguna gracia!*- dijo Covadonga conjurando su miedo, queriendo hacer realidad el benévolo pensamiento de que su amiga era quien le acechaba agazapada en la oscuridad para tomarle el pelo; chanza que no sería la primera vez que se la

hacía y, como es lógico, luego se pasaba una buena temporada recordándosela. Sin embargo, sólo obtuvo silencio y un nuevo crujido que le llevó a iniciar una carrera sin sentido por entre los árboles, olvidando incluso su destino marcado hacia la casa y perdiendo la orientación presa de un pavor jamás sentido.

-¡Clara! ¡Clara!- volvió su garganta a gritar, en tanto sus pies frenéticos le llevaban de un lado a otro del bosque sin un objetivo definido, sólo movidos por el espanto de la soledad, los sonidos alevosos y las amenazas presentidas en su mente estremecida.

-¡Clara! ¡Clara!- continuó Covadonga su inútil acción en medio de la inmensidad lóbrega que parecía devorarle por momentos, cuando a su paso los arbustos que salpicaban el bosque rasgaban sus ropas, zahiriendo sus brazos, sus piernas, raspando su piel, cuajándola de pequeñas heridas punzantes.

Covadonga, casi sin fuerzas, respiración entrecortada, rostro lívido, se detuvo ante una visión que le perturbó aún más cuando comprobó cómo los zapatos de Clara permanecían encima del tronco donde le había dejado sentada sólo hacía unos minutos. De manera frenética, comenzó a dar vueltas de nuevo sobre sí y esta vez en la seguridad de que alguien le observaba cuando le llegó nítido el sonido de una respiración profunda exhalada sin recato.

Se detuvo y con lentitud se volvió intentando frenar las imágenes que su cerebro le anticipaba compulsivo. Rechazó, en esas milésimas, cuanto éste le

mostraba para sí, pero ni mucho menos fue comparable al horror que la realidad le tenía reservado. Allí, delante de ella, tan cerca que su tibio vaho le rozó el rostro, tan real que podía apreciar su mirada fría aunque no sus rasgos ocultos por una prenda que le cubría el rostro, pudo al fin rajar el velo del misterio y también confirmar sus sospechas durante sólo un instante, dado que su mente aterrada decidió por sí sola desconectar del mundo material, deslizándose por un imaginario vórtice en espiral que le empujó hacia la puerta de una dimensión donde el espacio y el tiempo se detuvieron para darle la bienvenida sin que percibiera como su cuerpo, ya inerme, se derrumbaba sobre la humedad del bosque.

Al momento, en una vertiginosa transición, sintió su cuerpo abatido pero también ingravido gracias a una poderosa fuerza invisible mientras su mente despierta, de manera incomprensible para ella, apenas podía encontrar un motivo convincente para que escuchara a las gaviotas reidoras, a decenas y quejumbrosas éstas, insistiendo una y otra vez en sus llamadas saltando de tejado en tejado.

Tampoco entendió muy bien cómo estaba en su propio dormitorio de la vivienda familiar en Tapia de Casariego y el reloj marcaba las tres en punto de la madrugada. Y todavía menos de qué manera la penumbra de la estancia permanecía rota por un fulgor cálido, el cual salía del armario con la puerta encajada que tenía justo en su frente. La curiosidad le impulsó para abandonar la comodidad del lecho y descalza, andando tal si fuese atraída por una enigmática fuerza, recorrió el trecho hasta el misterio que le invitaba a ser desvelado.

Covadonga se paró ante la puerta, observó la luz que tornó del naranja al rojo fuego y luego su mano temblorosa la empujó. Su cuerpo se tensó, su garganta atenzada ahogó el grito ante la visión de su propio cuerpo acuchillado, sanguinolento, traspasado en su desnudez por el afilado estilete de un siniestro verdugo de rasgos indefinidos, cuyo cuerpo de profunda oscuridad se movía ágil en su propósito.

Ante éste no pudo oponer más que su propio temor, paralizada cuando la figura demoníaca reparó en su presencia y con una poderosa zancada se abalanzó sobre ella. Su mente, en ese instante, hizo el viaje inverso al que le había sumido en el estado de ensoñación, regresando a la infinita espiral sólo que en esta oportunidad ascendiendo en un vaivén siniestro hasta alcanzar el principio del vórtice y, con él, una poderosa luz cegadora que le llevó de vuelta al mundo material.

Covadonga, al límite sus músculos en tensión, abrió los ojos. Notó cómo sus labios estaban sellados, cómo sus manos permanecían atadas con fuerza, cómo sus pies de igual forma no podía moverlos, percibiendo ese hormigueo molesto que se transformó de improviso en una miríada de punzadas, provocadas por la protesta de su sangre al cerrársele el paso. Acostumbrados sus ojos de inmediato a la estancia donde se encontraba, pudo comprobar cómo era estrecha pero profunda, aunque sin poder ver más allá de un par de metros por la poca luz que una abertura en el techo dejaba se colara en el interior.

Recordó vívida la pesadilla, cesada de repente, y enseguida entendió el motivo de ésta al reproducir su mente la escena acaecida en el bosque, una

vez observó con espanto aquella mirada de su perseguidor y raptor cuya impresión le provocó el desmayo. Le molestaba la cinta adhesiva pegada a su boca taponando casi la mitad de sus orificios nasales, por lo que la respiración se le hacía dificultosa. Hizo un intento por mover las manos, pero fue inútil aunque no menos que con sus pies colocados de una forma que le impedía siquiera cambiar de posición pegada a la pared, la cual sintió húmeda igual que el suelo donde reposaba.

Su olfato apreció un olor que identificó a las claras con orines y tuvo la seguridad que no eran suyos al sentirse seca en su interior, lo cual no le dio demasiada tranquilidad dado que tarde o temprano, si nada lo remediaba, tendría que dejar libre su vejiga a tenor de las ganas que de repente sintió, suponiendo entonces que habría estado sin conocimiento algunas horas.

De todas formas, no las tenía todas consigo y algo le decía que no andaba bien y mucho más cuando, junto a ese inconfundible hedor percibió otro en el ambiente que llevó una vez más su piel a encogerse. Con la mirada, en esta ocasión con ansiedad, recorrió la escasa distancia que la luz cenital le permitía. Incluso así, con tan sólo aquel fulgor, escudriñó cada palmo hasta el límite que su retina resistía para ofrecerle imágenes que su cerebro tradujese.

De improviso, pensando que quizás en el exterior estaría nublado y el sol ganara de manera repentina la partida, aquella rendija se rindió a los rayos y dejó que éstos penetraran con más fuerza en la estancia. Covadonga, de manera inocente, se sintió aliviada y agradecida por poder ver dónde se encontraba, pero sólo hasta que un reguero de sangre llevó su mirada hasta los pies de un cuerpo inerte, situado unos metros más allá de donde

permanecía cautiva.

Rezó con fe al mismo tiempo que su ojos recorrían la desnudez de su hallazgo, interrumpido por su grito ahogado y una explosión de lágrimas al ver el rostro de Clara y su cuello abierto por donde aún hacía esfuerzos por escapar un fino hilillo de sangre, quizás ofrecida por su asesino en sacrificio a un Dios maligno. Para Covadonga el mundo se deshizo una vez más y la luz, sometida al reino de las tinieblas, desapareció en minúsculos puntos brillantes y luego, la nada.

CAPÍTULO II

Aquilino Goy observó ensimismado el fondo del vaso, el cual le pareció estuviese a años luz de donde se encontraba. La cogorza que tenía le hacía ver quimeras donde no había más que un poco de whisky aguado; hasta creía cruzaban ante sus ojos bancos de minúsculos peces atareados en rastrear sustento gratis entre las barcas del puerto de la evocadora Ría del Barqueiro, pequeña patria familiar cerca del terruño, donde las casas ancladas en sus laderas forman un imaginario anfiteatro desde el que admirar el idílico paisaje con la Estaca de Bares asomando rumbo al norte, en cuyos lugares había pasado su infancia hacía muchos años. Incluso se emocionó un tanto cuando le pareció ver en su alineación etílica sus propios pies chapoteando de mozalbete en la ribera del río Sor, corriendo tras los salmones obcecados en su agotador viaje, cuyas aguas exangües se funden con el mar justamente en la ensenada del Barqueiro; muy cerca donde Atlántico y Cantábrico se hacen uno en fraternal abrazo.

Antes de apurar aquella copa que continuara quemando su esófago, Aquilino se vio a sí mismo con los pies desnudos por las arenas blancas de la colosal

playa de Arealonga recorriendo su forma veleidosa de herradura, sintiendo el poder del viento impulsándole de levante a poniente para luego, en la bajamar, llegar a pie hasta el mismo puerto del Barqueiro y observar como si levitaran, sobre una inmensa poza de aguas mansas y translúcidas donde el fondo marino aparecía cercano y afable, los barcos ya prestos para echarse a la mar.

-¡Ponme otra copa!- pidió Aquilino al camarero elevando el vaso, ya apurado pero con un par de cubitos aún no desleídos en su interior como silenciosos testigos de su insistente libación.

-¡Aquilino, hombre, que llevas siete!- le respondió el camarero gesticulando con las manos, de tal forma que sacó una sonrisa a los cuatro clientes que compartían el bar con ellos.

-¡Te he dicho que me pongas otra, coño!- respondió encabritado Aquilino, dejando ver cómo apenas podía controlar la lengua y su mano derecha, al enfatizar las palabras con un gesto, empujó uno de los vasos de la barra cayéndose al suelo y quedando hecho añicos.

-¡Una más y te vas! ¿Entendido?- alzó la voz el camarero, ya perdiendo la paciencia ante la actitud cerril de su cliente empeñado en la borrachera. Y no era la primera vez. Conocía al sujeto desde hacía tres o cuatro años, sin precisar, pero sí cómo se las gastaba cada cierto tiempo. Había comprendido era algo cíclico y que, tal vez, tuviese que ver con el carácter fluctuante del tal Aquilino.

Al servirle otro whisky, el camarero hizo memoria y más o menos cada veinte o treinta jornadas cogía una cogorza de cuidado. Pero la de ese día sí que era una buena. Hasta entonces, a la cuarta copa se paraba, pagaba la cuenta, bajaba del taburete y, en un cómico zigzag, alcanzaba la puerta para marcharse sin más.

Nadie de por allí, incluidos los perennes borrachines del lugar, daba norte de aquel comportamiento y tampoco de sus andanzas en el barrio. Unos decían que trabajaba en Hacienda. Otros en Correos. Algunos en un Banco de donde se había prejubilado. Y hasta su propia suegra le aseguraba que tenía pinta de ditero, lo cual le había muchísima gracia escuchar. En resumidas cuentas, era un misterio su ocupación pero debía tener alguna porque los billetes para su afición alcohólica no le faltaban.

Aquel tipo no tenía amigos. Tampoco conocidos y el único que recibía alguna frase era el propio camarero. Un “hola”, una sucesión de peticiones de copas, mayormente whisky de doce años, y luego un “hasta mañana”, un “hasta luego”, o un lánguido y seco “adiós”, tras aflojar el importe de las consumiciones bebidas sin saborear, sin deleite, echadas al colete con cierto desdén.

Aquilino guardó silencio, una vez obtenida una copa más, si bien un tanto contrariado puesto que sabía era la última de aquella jornada y ni siquiera con su abultada billetera conseguiría torcer la decisión del camarero para cerrar el grifo de su vicio. No obstante, asumió no tenía más opción que hociocar y

conformarse con el contenido ambarino que, en un par de sorbos, tranquilizaría su sangre reclamándole más alcohol para satisfacer a su cerebro, por otra parte huérfano de estímulos placenteros más que ese hábito cotidiano.

-¡Y vosotros qué miráis!- profirió Aquilino en voz alta y dirigiendo una mirada cargada de odio a los otros clientes, quienes le observaban con más curiosidad que animosidad; toda vez que les parecía un pobre diablo atrapado en la maraña del alcohol, incapaz de salir de ella y enfurecido contra el mundo que, en ese momento, representaban ellos mismos.

Sabiendo todos no hablaba él sino ese líquido de fuego que inundaba sus entrañas, prefirieron hacer caso omiso de su provocación y continuar la charla como si nada hubiese ocurrido; optando así por la prudencia tal como les había recomendado en voz baja el camarero, conociendo el percal y las maneras que Aquilino exhibía al traspasar el límite del aguante de su cuerpo y que, justo aquel día, estaba muy por encima de lo habitual en él.

Dos sorbos, luego una nueva mirada al fondo del vaso y Aquilino metió los dedos para agitar los cubitos de hielo ya sin la cautividad del líquido que los empequeñecía poco a poco. Su cerebro desconectó de nuevo de la realidad y se sumió en los recuerdos antes interrumpidos por su ansia y apareció ante sus ojos el rostro modelado, la dulce sonrisa, el pelo mecido por el aire, la mirada callada de su amor juvenil.

Lucía se llamaba y sus ojos de aguamarina permanecían incrustados en su

memoria. Ni un solo día, desde que ella dejó de ser un trozo de su vida, le había olvidado. Aquilino pareció estar tras de ella, hasta oliendo el aroma de lavanda inundando su piel, creyó escuchar la dulzura de su timbre de voz, casi infantil, fantaseó con tomarle la mano y pasear juntos por los senderos frondosos junto al mar, con hablarle al oído y escuchar su risa contagiosa e incluso besar aquellos labios de rojo carmesí ofrecidos en una sonrisa inacabable.

El sonido tan repentino como escandaloso producido al cerrarse la puerta del bar, empujada por una racha de inoportuno viento, logró lo que ni siquiera la voz insistente de Leandro, a la sazón el camarero paciente con Aquilino, había intentado sin éxito. El estrépito hizo que saliese del ensueño y mirara de hito en hito durante unos segundos, aún aturdido y con una expresión de felicidad que extrañó sobremanera a todos los presentes.

No tardó mucho el cerebro de Aquilino, hasta empapado en alcohol, en procesar la dura realidad y enviar órdenes a su rostro para mostrar a todos cuantos le observaban la conocida expresión malhumorada, la cual les advirtió cómo regresaba por sus fueros de huraño impenitente.

-¡Aquí tienes la cuenta!- le dejó Leandro a su lado el recibo recién extraído de la caja registradora, donde figuraba una buena suma por sus excesos con el whisky. Aquilino tuvo que hacer un esfuerzo por comprobar la cantidad y, no siendo capaz al bailarle todas las cifras, sacó la billetera y extrajo unos cuantos billetes verdes para después ponerlos encima de la barra.

-¡Cóbrate, Leandro, y coge mil pesetas de propina! ¡Pero ponme una más! Anda, sé buen chico, joder que nos conocemos hace mucho tiempo- le dijo al camarero, intentando una última acción y esta vez sin llevar el tono a exigencia y más bien cercano a solícita petición franciscana preñada de humildad, permitiendo que sus labios esbozaran algo parecido a una sonrisa complaciente que, dicho sea de paso, Leandro jamás le había visto mostrar.

-¡Aquilino, hoy estás que no hay quien te aguante, coño! ¡Te he dicho que era la última y no pienso ponerte más!-

-¡No me jodas, Leandro! Sólo es una y me voy. Vamos, hombre, te daré dos mil pesetas de propina...-

-¡Ni lo sueñes! ¿No entiendes que es por tu bien? ¡Estás como una cuba, carajo! Venga, te cobro y te vas para casa. Oye y ve agarrándote, que te vas a pegar un buen trompazo- respondió Leandro, haciendo acopio de toda su bonhomía y embridando su carácter con tal de no complicar la situación y así convencer por las buenas al pesado sujeto, quien parecía encadenado a la barra.

-¡No vengo más! ¿Te enteras?- amenazó Aquilino al camarero, quien prefirió guardar silencio en primera instancia y dejarle se desahogara *-¡Soy un cliente! ¿Conforme? ¡Tengo dinero! ¡Toma, aquí lo tienes! ¡Así que me cago en...! ¡Ponme esa copa, coño!-*

-Hoy de verdad que estás como nunca, Aquilino- optó Leandro por bajar el tono y de nuevo guardarse las ganas de presentar batalla con formas menos moderadas *–Anda, que voy a hacerte un cafelito bien cargado y a ver si se te pasa algo la melopea-*

-¡El café te lo metes por el culo, hijoputa, cabrón! ¡Y dame ya esa copa, me cago en tus muertos!- desatado, presa de la furia, apartando con la mano el vaso vacío y arrojándolo esta vez con intención al suelo, levantado sobre el taburete y cogiendo por la corbata negra al sorprendido camarero, Aquilino mostró su lado más violento y grosero sin que reaccionara Leandro, quien dejó primero que echara fuera la ira contenida y crecida en su mente cabalgando sobre el alcohol.

-¡Ahora sí que te vas a ir!- tomó cartas en el asunto Leandro, no sin antes apartar la mano de sí y luego abandonando la barra para enfrentarse cara a cara con Aquilino, quien seguía en sus trece reclamando bebida golpeando con fuerza el mostrador.

-¡Echadme una mano!- alzó la voz Leandro pidiendo ayuda a los parroquianos, quienes no dudaron en tomar por los brazos al insidioso beodo y entre todos ponerlo de patitas en la calle.

-¡Cobardes! ¡Cabronazos! ¡Cinco y apenas podéis conmigo, hijos de puta, malas puñaladas os den!- les soltó voz en grito Aquilino, tambaleándose hasta apoyarse en una papelera gracias a lo cual no se estampó la crisma contra el suelo.

Por su parte, Leandro y sus improvisados ayudantes tan sólo regresaron al bar sin hacer caso a los improperios, los cuales cesaron a los pocos minutos cuando Aquilino emprendió la marcha, aunque agarrado con fuerza a la malla metálica que protegía el parque infantil de la urbanización, a esa hora vacío, la cual le permitió llegar hasta el final de la calle sin que probara el sabor del frío enlosado dado su calamitoso estado.

Una vez que aquélla terminó, Aquilino dio algunas cambayás pero se sobrepuso lo suficiente para mantener un exiguo equilibrio, dejándole al menos alcanzar la pared. Una vez apoyado en ésta, calculó la distancia hasta su domicilio y prefirió descansar algún minuto y más cuando su respiración apenas le daba fuelle para andar unos pasos.

Los ojos se le cerraban y dar una orden a sus miembros, para que se pusieran en movimiento, se le antojó tarea ardua. Reuniendo fuerzas, pudo coordinar unos pasos seguidos siempre con la mano izquierda apoyada en la pared, pero no pudo avanzar más al notar una arcada involuntaria que empujó hacia arriba todo el contenido de su estómago con fuerza inusitada, cruzando esófago, garganta y luego saliendo a presión tanto por su nariz como por su boca.

Aquilino, torcidas las piernas, arrodillado sobre su propia vomitera hedionda, sintió una nueva arcada aún con más vigor, impulsada por el asco sobrevenido al paladear su lengua la acidez de los jugos gástricos que, para colmo, sentía cómo ardían en su interior. Un sudor frío perló su piel y más

arcadas se sucedieron, si bien su estómago vacío no consiguió enviar hacia arriba más líquidos.

Aquilino, empapadas tanto la camisa como su corbata y con la chaqueta salpicada de manchurroneos amarillentos, oliéndose su propia pestilencia, consiguió levantar primero una rodilla y luego la otra hasta reponer su verticalidad; aunque permanecía aturdido no sólo por la embriaguez sino, de igual manera, por el esfuerzo de sus músculos para dejar vacío su maltratado estómago.

Un pie después del otro fue su propia conjura para alcanzar su domicilio, a cuyo portal llegó después de unos eternos quince minutos en los cuales le pareció el mundo se había vuelto del revés y, de un momento a otro, éste fuese a estamparse contra su maltrecho cuerpo dolorido. Dio gracias al Cielo porque la cancela del portal de entrada estaba abierta y así se ahorró el trabajo de tener que dar con la llave que, además y al tener holgura el cerrojo, era difícil de abrir.

A renglón seguido anduvo unos pasos, confiado en que se había despejado durante el camino, con tan mal tino que, tropezando en el primer escalón del recibidor del edificio y sin tener donde agarrarse, su nariz frenó la caída contra el macetero de plantas artificiales, pésimo gusto y olor acre de las continuas micciones de los perros permitidas por sus incívicos dueños.

Aquilino saboreó su propia sangre, escapándose sin pudor por las fosas nasales siguiendo su ruta hacia el cuello, donde la camisa se empapó

enseguida dándole un aspecto aparatoso al porrazo recibido. Se limpió de manera torpe con el dorso de la mano, manchando de igual forma la chaqueta, y tirado en el suelo cayó en la cuenta, tras dos intentos nulos, de cómo sus fuerzas no le permitían levantarse.

En la seguridad de que eran inútiles sus intenciones por recuperar la verticalidad, decidió reptar por el suelo en dirección al ascensor al cual vio como objeto de su salvación. Una vez alcanzado éste y no sin denuedo, levantó la mirada y comprendió que su brazo no llegaba al pulsador. Fue un jarro de agua fría y tuvo el presentimiento de que no lograría su objetivo si no conseguía alzarse.

De repente, todo cambió cuando la luz del interruptor del ascensor se encendió y supo que algún vecino bajaba. Se apartó un poco y aguardó se abriera la puerta, lo que se produjo tras unos segundos de incertidumbre.

Aquilino no se podía creer que fuera Doña Eugenia, la anciana que vivía en el ático. Encorvada, ayudándose de un bastón, la pobre mujer dio un grito al verle allí tirado, sangrando y con un aspecto más de agonizante que de vulgar beodo.

-¡Doña Eugenia, por favor!- exclamó Aquilino casi gemebundo, sacando a la pobre anciana de la fuerte impresión recibida al verle en tan lamentable estado *-¡Avisé a mi mujer!-*

-¡Jesús, María y José! Pero, pero ¿Qué te ha pasado?-

-¡No pregunte, señora, y haga lo que le digo, se lo ruego!- respondió Aquilino al borde de sus fuerzas y aguantando el dolor en su nariz, la cual no dejaba de expulsar sangre en gruesos hilos paralelos por ambos orificios.

-¡Sí, claro! ¡Vuelvo enseguida, hijo! ¡Aguanta!- dijo reaccionando la anciana, tan consternada como aturrullada sin acertar a darle al botón del piso tercero donde residía su vecino para desesperación de Aquilino quien, dejando su cabeza sobre el piso para descansar en la medida de lo posible, escuchó primero el ascensor arrancando, en segundo lugar cómo se paraba al llegar a su planta, y luego nítida la voz alterada de la anciana seguro hablando con su esposa. Un minuto más tarde, aparecieron ambas tras la puerta del elevador.

-¡Esta vez sé que la has pillado gorda! ¡No tienes suficiente con lo que empinas en casa! ¡Qué harta me tienes!- le soltó para empezar su esposa, ante la mirada atónita de la anciana al comprobar cómo no hacía nada por auxiliar a su marido *-¡Debería dejarte ahí tirado! ¿Sabes? ¡O mejor, llamar a todos para que te viesan! ¡Es lo que te mereces, que sepan eres un borracho y...!-*

-Mujer, ayúdale a levantarse y después le...-

-¡Usted a callar, que bien se yo cómo tratar a éste!- interrumpió a Doña Eugenia la esposa de Aquilino de manera grosera, pareciendo disfrutar con el

espectáculo de su marido en aquella situación lastimosa.

-¡Desde mañana ese vicio te lo vas a mantener tú! ¿Te enteras? ¡No verás ni un céntimo! Se te acabó el chollo de vivir del cuento. Ahora mismo voy a llamar a mis hermanos y se lo voy a contar ¡Verás cuando te cojan qué bien te entienden!-

-Anda, mujer, ya le has tirado suficiente de las orejas. Vamos, échale una mano. Sólo se habrá tomado unas copas de más. No es para tanto y dentro de un rato se le habrá pasado la borrachera. Los hombres son así, hija-

-¿Qué sabrá usted?- respondió de nuevo la esposa de Aquilino a la súplica de la anciana, quien no entendía su actitud tan severa *-Además no se meta donde no le llaman. Esto es entre este gandul borracho y yo-*

-Hija, tú allá. Mejor me voy- dijo finalmente Doña Eugenia, entristecida por la situación en la que se había visto envuelta y sin poder hacer más que ser el blanco de la iracundia de aquella mujer resentida por hechos que desconocía.

Por su parte, Aquilino -mudo por fuera pero creciendo el volcán de la cólera en su interior- observó cómo la anciana ayudada de su bastón abandonaba el edificio y de qué manera su esposa por fin le ayudaba a ponerse en pie, sin dejar de martillearle los oídos con reproches encadenados, los cuales no cesaron ni siquiera cuando ambos subían en el ascensor y continuaron una vez cerrada la puerta de su domicilio; consiguiendo que la cabeza le pareciera

fuese a estallar de un momento a otro.

Sólo la puerta del baño apaciguó el enojo de la esposa y Aquilino descansó por un momento de recriminaciones acompañadas de maldiciones y éstas, a su vez, también de regañinas en un sinfín de palabras que sus oídos terminaron por obviar una vez más; no siendo la primera, ni la última, de aquellas escenas tan habituales en su relación casi desde el día en que abandonaron juntos el altar y el arroz cubrió sus cabezas.

No sin asco, se desprendió de su ropa maloliente y en la ducha dejó caer el agua helada sobre su cuerpo, resultando una acción que nunca le había fallado para salir del sopor provocado por el alcohol, notando cómo el mundo se paraba de una vez y sus ojos podían enfocar los objetos sin que pareciesen subidos a un tiovivo.

Observó la sangre, mezclada con el agua, recorriendo veloz su cuerpo desnudo huyendo dócil por el desagüe y su mente, despejada a marchas forzadas, orientó sus pensamientos de nuevo hacia su amor primero y también único. Aquilino añoraba no sólo a Lucía, sino también su juventud; deprimido por el inevitable paso del tiempo y la crueldad de sus consecuencias reflejadas en su cuerpo, el cual él mismo percibía deforme, tan orondo como flácido, amén de la ausencia cíclica de ilusión por vivir.

Ni un solo día de su matrimonio con Paloma, su esposa, había dejado de sentirse enjaulado, aprisionado. Y no por ese carácter agrio que gustaba de mostrarle desde la amanecida hasta la anochecida, día tras día, incluidas

fiestas de guardar, sino por el hecho de que dependía de ella y de su férreo, y a veces caprichoso, arbitrio para subsistir.

Aquilino había renunciado en su día a la humildad que hubiese supuesto una vida en común con Lucía, de una familia tan pobre que apenas podían cubrir sus necesidades y que ella misma, con su ánimo y disposición para el sacrificio en trabajos de todo tipo, mantenía entonces a duras penas.

Su amor por ella se debilitó al conocer a Paloma, quien se presentaba ante él como una joven con posibles, familia de postín y un negocio en alza que nubló sus sentimientos. No tardó en enamorarse de su tren de vida, exhibido delante de sus narices de manera casi obscena y, sobre todo, de su promesa a futuro, previo paso por el altar, para que formase parte de la empresa familiar en un puesto de responsabilidad.

Del dicho al hecho sólo medió una tarde gris y melancólica del otoño profundo de las tierras del norte, cuando la brisa se transforma en viento gélido recorriendo la costa y el mar irritado se vuelve amenazante. Aquilino, abducido por las imágenes de opulencia que le ofrecía Paloma y lo que representaba para su devenir futuro, rompió el lazo invisible del amor con Lucía, quien le ofreció el rostro más triste que jamás recordara en su existencia.

Aún de noche, en esos sueños profundos, su cara permanecía ante él como una daga hundida en su pecho, perforándolo sin piedad; incluso él mismo ciñendo el arma contra sí, en desagravio por la vileza cometida por tan vil

como indigno metal, por una promesa de lujo y ostentación, por vano orgullo, también dejándose empujar por el consejo de su propia familia, que vio una oportunidad para ascender en la escala social y así mezclar su sangre con la de gente pudiente de la comarca.

Aquilino, cegado por el oropel, consintió sin adivinar el futuro que le esperaba y el cual no tardó muchos años en padecer. Su arrepentimiento fue tardío y su recordada Lucía encontró alguien que de verdad le quería y, apesadumbrado, vio cómo se consumaba su matrimonio en tanto él se sumía en un calvario con una relación tempestuosa y, templando su amargura, con la ayuda de una botella que se convirtió en su auténtica y fiel compañera.

Todo lo presentado como activos por Paloma fue una descomunal impostura. Sus hermanos, quienes regentaban el negocio familiar, no le dieron ni una sola oportunidad de participar en él, relegado a tareas mecánicas, rutinarias, humillantes según su parecer y apenas tenía para su esposa la calificación de mero lacayo.

Sólo le satisfacía con dinero, y mucho dinero sí tenía que reconocer, el cual se ventilaba en bares y tugurios huyendo de sus continuas admoniciones y quejas reiteradas a causa de su comportamiento. No faltaron las amenazas de sus hermanos, calentados por la lengua de Paloma, a los que él mismo temía por saber de sus violentas formas con quien no era de su cuerda, o bien no estaba conforme con sus dictados como pequeños caciques que se jactaban de ser.

Recuperado hasta cierto punto, vueltas las fuerzas a sus piernas y el sentido de la orientación a su cabeza, Aquilino abandonó la ducha más despejado y también avergonzado, siendo consciente de las barbaridades cometidas hacía tan sólo un rato y, en especial, la irritante escena con Leandro en el bar, a quien pensó le debía una disculpa por su comportamiento, caso de que al menos le dejase entrar en su establecimiento para tan sólo ese fin. Dudaba que más copas pudiese tomar con él y de que otros bares de la zona, con la ayuda de los que conocían el incidente ya, le permitiesen sus desafueros.

Con ropa limpia, se encaminó al salón donde tomó asiento y disfrutó de unos momentos de tranquilidad. Ésta, tal cual calculó, duró un suspiro porque Paloma ya le había escuchado desde la cocina y no tardó en ponerse delante de él como acostumbraba; primero con los brazos cruzados y después abriéndolos señalándole con el dedo índice acusador cuando matizaba así sus palabras recriminatorias contra él. Y, en efecto, no iba a ser menos en aquella oportunidad que su marido había cruzado todas las líneas rojas imaginables, quedando en evidencia allí tirado en medio del recibidor del edificio empapado en alcohol y vómitos.

-¡Que sepas, Aquilino, que voy a hacer lo que te dije!-

-¡Déjame en paz, Paloma! Me duele la cabeza. Oye, que sí, que sí, que está mal lo que he hecho, pero no me lo vuelvas a repetir. Estoy cansado, quiero poner en orden mis ideas y ya sé que me he comportado como un idiota...-

-¿Cuántas veces te has comportado como un idiota? ¿A ver qué respondes?-

le interrumpió Paloma iracunda de nuevo.

-Por favor, otra vez no- dijo Aquilino acompañando sus palabras con un gesto de hartazgo, el cual enfureció aún más a Paloma.

-¡Esta vez no es una simple amenaza! Lo primero es que mañana hablaré con el director del Banco para que te eliminen como autorizado en la cuenta. Lo segundo y eso sí que te va a doler más, querido, es que me reuniré con mis hermanos y voy a decirles el por qué no apareces por la bodega y...-

-¿Y para qué voy a ir?- elevó el tono Aquilino sacando la vena agresiva que, hasta ese momento y a duras penas, había mantenido a raya *-¿Para soportar a tus hermanos? ¿Sus miradas de desprecio? Creen que me dan una limosna y eso no se lo perdono. Y no es la primera vez que te lo digo y también cómo prefiero no ir a permitirles esa suficiencia de la que alardean delante de mí a cada momento ¡No les puedo aguantar, querida, y ese es el motivo! Y ahora ¡Vamos! Coge el teléfono y diles lo que te salga de...-*

-¡Eres, y siempre lo has sido, un vago, Aquilino! Te has escaqueado siempre en cuanto has podido y jamás has aguantado el ritmo de ellos. Ni una sola jornada has trabajado con ganas, siempre esquivando lo difícil y haciendo lo menos posible para que las horas pasaran. Ahora, eso sí, para poner la mano siempre has sido el primero ¿O no? Para llenar la billetera y gastártela en whisky has estado muy listo. Y mírate ahora cómo estás, fíjate de qué manera has llegado ¿Cómo es posible haber caído tan bajo? No sirves para nada, más que para emborracharte y que la gente se ría de ti...-

-¡Que me dejes!- gritó Aquilino con fuerza perdiendo los nervios, dolido tanto por las duras palabras como por el tono utilizado por su esposa para luego, poniéndose en pie y sin pensar en las consecuencias que podría acarrear su acción, acercarse a Paloma y propinarle un empujón que llevó a la mujer a caer de espaldas como fardo arrojado a una montonera.

-¿Ves lo que has conseguido?- le preguntó Aquilino a su esposa, quien permanecía tendida en el suelo con los ojos abiertos aunque sin que su lengua siguiera con la letanía contra él y su comportamiento *-¡Es que tú tienes la culpa! ¡Por acorralarme! Además, ya sabes que me jode lo indecible tener que escuchar esas amenazas tuyas de que vas a contar a tus hermanos que bla, bla y bla ¡No te tengo miedo! Si quieres decirle lo que sea, pues adelante. Y si me quieren despedir, pues bienvenido sea. Tal vez sea yo quien coja las de Villadiego y os mande al carajo ¿Te enteras? ¡Estoy hasta los cojones de ti y tus putos hermanos! ¡Meteos vuestra empresa, vuestro dinero por el culo, joder, y dejadme ya de una puta vez! Seré más feliz si no os veo por la mañana cuando me levante y hasta prefiero un mísero mendrugo de pan duro antes que aguantaros y...¡Paloma! ¡Coño, levántate ya!-* dijo Aquilino acercándose a su esposa, quien no parecía tener ganas de ponerse de nuevo de pie y permanecía tendida en idéntica posición como había caído empujada por la ira de él.

-¿Serás...? ¡Te gusta ponerte dramática, coño! ¡Vamos, mujer, que es para hoy! ¡Arriba!- insistió Aquilino agachándose y tomándole por los brazos para ayudarle a incorporarse, extrañado de que no le lanzara más advertencias y algún que otro ultimátum como ella acostumbraba en cada gresca, la cual

tenían desde hacía tantos años que se había convertido en algo habitual en su destructiva relación.

-*¡Paloma!*- exclamó esta vez aterrorizado Aquilino, una vez que sintió laxo el cuerpo de su esposa y más en el fatídico momento en el cual observó un charco de sangre tras su cabeza.

CAPÍTULO III

-¡Paloma!- gritó Aquilino, entrando en pánico al entender lo ocurrido en el momento que sus ojos repararon en la mesita baja, donde ella tenía una colección de fotografías familiares, en cuya esquina más cercana vio con claridad cómo el extremo puntiagudo había provocado la herida en la nuca de su esposa y acabado de manera fortuita con su vida.

Aquilino, demudado, dejó el cuerpo de su esposa en el mismo sitio donde había caído e, incorporado, se llevó las manos a la cara en un claro gesto de aislamiento de una situación imprevista que ponía un corolario trágico a ese día tan aciago, el cual había tenido un prelude patético cuyo protagonista había sido él mismo. Los pocos síntomas que le restaban de la embriaguez desaparecieron de repente y eso fue algo que le sorprendió. Sintió todas sus neuronas activas, todos sus sentidos trabajando con normalidad, y su cuerpo retomando una viveza que hacía tiempo no disfrutaba.

La excitación del momento había logrado algo que nada consiguió en años, pensando Aquilino en la triste paradoja de que fuera algo tan luctuoso lo que

le sacara del pozo de la desgana y la inhibición de la vida, la cual había rogado en momentos de desesperación le abandonase para descansar de tanto sufrimiento vivido, quizás de tanto remordimiento corrosivo. Sin embargo, sus plegarias no habían tenido respuesta del Altísimo y, en una jugada aviesa, el destino había tomado la decisión de sacar de la partida de la vida a su esposa de aquella manera tan casual, y hasta sin un sentido lógico, teniendo en cuenta que no pasaba, ni había pasado jamás, por su cabeza hacerle daño.

Aquilino, transcurrido el momento de la sorpresa, tomó conciencia del aprieto en el que se encontraba y su mente se afanó enseguida en buscar una salida al apuro que su acción, inocente pero también violenta y letal, había provocado. Él sabía que no era un asesinato con todas las letras, aunque lo pareciese. Era sólo el destino, que siempre juega con las cartas marcadas, la casualidad, maldita y rastrera, el azar, caprichoso y ladino, pero en todo caso fruto de una concatenación de todas ellas que le ponían en el frontispicio de la justicia como víctima propiciatoria.

Elucubró durante unos minutos y se vio a sí mismo acusado, escarnecido públicamente, linchado por las masas manipuladas por el amarillismo periodístico, por las cadenas televisivas manejadas por élites ocultas mediante testaferros marionetas de sus designios espurios, su nombre arrastrado por tertulias matutinas y vespertinas donde su nombre sería coceado por nuevos guiñoles de dudosa moral, simples monigotes corrompidos por dinero para vituperar a sus semejantes sin escrúpulos a cambio de una abultada cuenta corriente.

Aquilino sintió la necesidad de hacer algo que, minutos antes, había

convenido consigo mismo su renuncia. Sin embargo, él mismo levantó ésta a la vista de su desesperación observando el cadáver de su esposa en el que, fantaseando, le pareció contemplar en su misma frente un cartel que rezaba: “Recién asesinada por su marido”.

No pudo resistir ese tirón, esa comezón que le hizo dar tres zancadas, abrir el armario y sacar una botella de Cardhu y servirse un whisky triple, sin agua, sin hielo y sin nada que aguase su pureza tras años de maduración. Aquilino esta vez saboreó hasta la última gota que su boca envió garganta abajo, hasta que su estómago vacío por la vomitera se quejó con una punzada profunda que le llevó a reflexionar sobre lo que acababa de hacer y también en la necesidad de tomar otra copa para poder coordinar los pensamientos, llegándole éstos en oleadas que no podía controlar, rebotando en su cabeza y haciendo de esta una suerte de olla a presión a punto de estallar en pedazos.

Mientras apuraba esa nueva copa, la cual consiguió que sus manos dejaran el tembleque surgido de la impresión recibida y su cabeza se serenara al fin, meditó sobre las salidas que tenía. La primera, y más difícil de tomar, se refería a comunicar primero a la policía lo ocurrido, y luego también tanto a los hermanos como a toda la familia de Paloma. Enseguida descartó esa posibilidad por cuanto era consciente cómo nadie le creería y, si sumaba el espectáculo de hacía un rato del cual había sido testigo tan privilegiado como espontáneo la anciana vecina, pues aún menos.

Aquilino decidió tomar otra copa, ya apenas sintiendo la queja estomacal y obviando las punzadas cada vez que el líquido de fuego alcanzaba los dominios gástricos. De esta forma, lúcido aunque menos que al principio de

iniciar su reflexión, pensó en otra opción más favorable para sus intereses la cual consistía en poner pies en polvorosa, sacar todo el dinero del que pudiese disponer su esposa en la cuenta, a la que todavía tenía acceso, y largarse a cualquier país sin extradición con España. Apurando la copa de manera compulsiva, comprendió no era la mejor alternativa y continuó con su tarea de encontrar una menos lesiva.

Agarró la botella de Cardhu, se la llevó al sillón sentándose justo enfrente donde estaba tendido el cadáver de su esposa y, llenando la copa hasta arriba, brindó ante ella. Echada al colete poco a poco, Aquilino barajó más variables con tal de escurrir la responsabilidad de lo acontecido sin que diese con la tecla para esquivar la tormenta que se cernía sobre su vida.

De improviso, observando que sólo quedaba un tercio de aquella delicia de whisky, decidió apartar la botella, dejar el vaso en la mesita de al lado del sillón, levantarse y comenzar a pasear de un lado al otro del salón. Con las manos cruzadas a su espalda, fija la mirada en el suelo, estuvo minutos y minutos repitiendo el paseo por idéntico trecho como tigre enjaulado, concentrado en su plan callado para sí.

Aquilino sabía que iba a tomar una decisión difícil pero que, de salir bien, le daría una oportunidad de librarse de lo que se le venía encima nada más descolgara el teléfono y diese cuenta de lo sucedido bajo su prisma; el cual estaba seguro no sería asumido como veraz por nadie y menos por los investigadores policiales, quienes le pondrían a la primera de cambio en la picota y el juez le empapelaría en un abrir y cerrar de ojos rumbo a la prisión preventiva a la espera de juicio, donde más adelante los hermanos de su

esposa contratando leguleyos bien preparados le harían trizas en el tribunal, terminando con una condena tan larga que tendrían que sacarle del penal en una caja de pino. Y Aquilino no estaba dispuesto para algo semejante, sintiéndose inocente de todo punto.

Entre esos pensamientos se detuvo un instante, miró los ojos abiertos de Paloma y tuvo un momento de debilidad en el que de manera íntima gozó con aquella visión; derribada la pesadilla, finiquitada la razón de su zozobra, anulada la causa de sus males, desaparecido el motivo de aflicción, aniquilada la fiera que moraba en el interior de su esposa arañándole el ánimo día tras día, noche tras noche, dejándole exhausto, sin otra ilusión que ahogar sus envites en alcohol.

Aquilino quiso tener remordimiento, pero su ego se lo impidió categórico. En vez de esto, su ánimo se vino arriba, se sintió fuerte, hasta feliz por lo acontecido de manera inesperada, cortando de raíz un futuro incierto por la senda de la infelicidad. Hasta el rostro de Lucía apareció de repente, soñando con que sería libre para acercarse a ella y, tal vez, le dejase un hueco en su vida. Pero Aquilino se vio a sí mismo en ese momento fuera de lugar, avejentado, achacoso, sus facciones machacadas por el hábito alcohólico, su nariz llena de pequeñas venas que atestiguaban su vicio etílico y el ridículo que haría de presentarse ante su primer y único amor de juventud.

De todas formas, aquella primera idea no la desechó y prefirió arrinconarla tan sólo para volver sobre el asunto que debía solucionar de inmediato. Aunque si quería tener una oportunidad de mantenerse en libertad y probar suerte con Lucía, debía optar por un camino que no pasase por dar cuenta a

los agentes de la Ley de lo ocurrido. Aquilino empezó a sudar cuando una idea comenzó a rondarle. Las manos temblaron como si le faltase su dosis de whisky diaria, como si tuviese delante desafiantes a los hermanos de Paloma, dos moles de casi dos metros y brazos de acero dispuestos a vapulearle a una señal de ella, acrecentadas las ganas por cumplir ese deseo de ambos, aunque frenado por quien yacía a sus pies con los ojos aún abiertos.

A pesar del rubor, del tembleque, de la ansiedad, Aquilino resolvió cortar por la calle de en medio y optar por la solución que, según él, le daría una oportunidad para superar aquel desafío al que se enfrentaba. De tal manera que abandonó el salón, anduvo por el pasillo hacia su dormitorio, separado por supuesto del de su esposa, y tardó un minuto tan sólo en vestirse, calzarse y adecentarse lo suficiente para salir del piso.

Luego, abriendo la puerta con sigilo y mirando antes el pasillo en ambos lados, abandonó su vivienda y se dirigió hacia la escalera de servicio que llevaba a los trasteros y garajes del edificio. No encontró a nadie en ese trayecto y lo consideró un buen presagio. Al mismo tiempo de que el sudor hiciera acto de presencia otra vez en su frente, llegó al trastero cuatro plantas más abajo.

En la penumbra, sin hacer uso del interruptor de la luz, lo abrió y penetró en él. No tardó en encontrar lo que buscaba y antes de cogerlo se quedó pensativo un momento, teniendo en cuenta cómo la decisión que había tomado era dura incluso para alguien como él, con un sentimiento profundo de rechazo hacia su esposa y cuya pérdida no le producía más que cierto desabrimiento pero ningún tipo de dolor interno. Por el contrario, una

liberación se extendía por su mente cada vez que meditaba en el hecho de que no tendría que soportar un minuto más sus diatribas constantes, hirientes y avasalladoras en muchos casos. Ni siquiera quiso pensar en los días felices con ella, por cuanto no recordaba ninguno salvo los cheques que recibía de sus manos y le permitían una vida tan regalada como libre de preocupaciones mundanas para subsistir.

Pero Aquilino estaba decidido y agarró con fuerza, tirando de ella, la maleta que había recordado poseían. Era gigantesca y, qué casualidad pensó, comprada en virtud de la ofuscación de su esposa por traerse de los almacenes Macy's de Nueva York la mayor cantidad de ropa posible en el último viaje realizado juntos el otoño anterior, la cual más tarde ni recordaba poseía. Mientras la sacaba del trastero y la arrastraba con comodidad merced a las cuatro ruedas en sus bajos, pensó en el uso que aquel objeto, por el cual él mismo había puesto tantos impedimentos para adquirir, tendría al cabo del tiempo y que, según su plan, se convertiría en última y tétrica morada de Paloma.

Minutos después, salvado el camino de vuelta sin incidencias y tranquilizado por la ausencia de personas a esa hora, ya en el salón de su piso situó la enorme maleta tumbada al lado del cadáver y la abrió en su totalidad. A continuación, tomo por los pies aquél y fue tirando hasta que estuvo dentro hasta la cintura. Después, colocándose por detrás, lo incorporó hasta dejarlo caer dentro para a colación empujar por la espalda quedando en su totalidad en el interior. Finalmente plegó la parte superior de la maleta y se cuidó de que, con la cremallera, quedara bien cerrada. No tuvo luego más que levantarla y ponerla en posición para rodar, cosa que llevó a cabo de

inmediato hasta la puerta de la vivienda. Una vez allí, tomando las llaves del coche, se dispuso para salir aunque un sobresalto hizo que aquéllas cayeran con estrépito al suelo. El timbre había sido el causante de ello y Aquilino se encontró ante la tesitura de abrir la puerta, o bien permanecer callado hasta que el inoportuno visitante se marchase.

Con mucha precaución, aguantando la respiración y sin apenas movimiento, descorrió la mirilla y observó la figura achantada de Doña Eugenia. No tuvo mucho tiempo para decidir y sopesó en una milésima de segundo las variables que se producirían. Por una parte, pensó en hacer caso omiso al gesto de aparecer a esa hora por su piso, y por otra, caviló en que no sería mala idea dejarle entrar y soltar algún embuste que le sirviese de coartada a posteriori. Esta disyuntiva ganó enteros y abrió con decisión la puerta, aunque apartando la maleta con tal de no tener que dar explicaciones.

-¡Aquilino, hijo, qué bien te veo! Vaya, parece que se te ha pasado...-

-La cogorza, Doña Eugenia. No hace falta buscar eufemismos porque bien grande y con todas las letras es la que tenía- respondió Aquilino a la anciana franqueándole la entrada en el recibidor, aunque interponiéndose para evitar que, en cualquier momento, hiciese intento de avanzar por el pasillo.

-Pero, hombre, eso está mal. Tienes que dejar de beber, Aquilino-

-Lo sé y siento de verdad haber dado ese espectáculo. Menudo susto se llevó

usted, Doña Eugenia. Pero, mire ahora: ya repuesto, curadas las heridas y con propósito de enmienda-

-Gracias a Dios, hijo ¡Qué alegría verte así! Antes creía que terminarías en la habitación de un hospital-

-No ha sido más que un pequeño golpe, sólo que muy aparatoso como todos los que se da uno en la nariz-

-Oye, hijo ¿Y Paloma?-

-Pues, Doña Eugenia, tengo que decirle la verdad y confesarle que hoy he colmado su paciencia-

-¿Qué me dices?-

-Lo que oye. El caso es que después de unas palabras que hemos tenido, incluso tras pedirle de mil maneras perdón, reconociendo mis culpas y, en especial, mi comportamiento de hoy, Paloma ha cogido sus cosas y ha decidido abandonarme. Ya se imaginará, Doña Eugenia, que no me aguanta un día más. Y tiene razón ¿Sabe? Me lo tengo merecido. Me he comportado durante mucho tiempo tan mal que ya no ha podido soportar más este quinario, el cual le hago pasar cada cierto tiempo. La bebida me tiene rehén y apenas puedo pasar unas horas sin una copa. Hasta hoy mismo me lo iba perdonando, ya se hará cargo usted, pero lo de hace un rato, viéndome allí

tirado, ha sido la gota que ha colmado el vaso y aquí me ve, abandonado después de muchos años juntos-

-Bueno, bueno, hijo, tranquilízate. Seguro que es una rabieta por el sufrimiento que habrá pasado al verte así. Y te digo que si haces lo posible para hablar con ella, ya verás cómo una vez más te perdonará y volverá a casa ¿Has llamado a sus hermanos?-

-Bueno, Doña Eugenia, he pensado que, en fin, conociéndoles, pues mejor lo hago mañana que estarán todos más tranquilos y yo, lo confieso, más relajado y con mejor ánimo para coger el coche e ir a su casa. Ya le digo que estoy dispuesto a ponerme de rodillas si es preciso. Le echo de menos no sabe usted cuánto-

-Sé que eres una buena persona, Aquilino, y tu esposa una buena mujer. Ella te quiere, a su manera claro está, pero debes tener paciencia por su carácter. Y tiene sus razones ¿No es cierto? Es duro tener al lado de una alguien como tú, Aquilino. Eres un pedazo de pan, pero tienes un hábito feísimo, hijo. Verás, tienes que prometerle que vas a ir al médico, que te vas a poner en sus manos para que te ayuden, hasta puedes ingresarte en alguna clínica algunas semanas para que te limpien la sangre de alcohol. Hazme caso y todo volverá a la normalidad-

-Me alegra, Doña Eugenia, escuchar esos consejos porque le puedo asegurar que ahora mismo estaba pensando en decírselo y, lo que es más importante, cumplirlo. Estoy decidido a dejar de beber y retomar mi vida como era antes.

Creo, humildemente, que he tocado fondo y es hora de pedir ayuda-

-No sabes, hijo, la alegría que me das. Bueno, no te importuno más. Te dejo y me marcho para rezar por el regreso pronto de Paloma. Adiós, Aquilino, y cuídate-

-Gracias, Doña Eugenia, le mantendré informada y emocionado quedo por su interés y plegarias por nosotros- respondió Aquilino en una actuación que hasta a él mismo le sorprendió la lucidez mostrada a la anciana, y más teniendo en cuenta que la combinación de estómago vacío y whisky le comenzaba a afectar a los sentidos y, cómo no, a la verticalidad. Pero aún le quedaba cuerda y era cuestión de culminar el plan estudiado para que todo cuadrara, con tal de tener al día siguiente a punto lo que decir con respecto al simulado abandono del hogar de su esposa de manera categórica como reacción tras su ruin comportamiento. Al fin y al cabo la curda que había agarrado, con final en el suelo del portal de su comunidad, iba a tener a posteriori un protagonismo que le venía ex profeso para sus planes.

Tras la salida de Doña Eugenia, esperó unos minutos y a continuación, con idéntica reserva que cuando bajó al trastero, anduvo al pasillo rodando la maleta y dirigiéndose hacia el ascensor de servicio que daba acceso al garaje y permaneció quieto, sin mover ni una pestaña, unos segundos para comprobar que no se escuchaba ruido alguno ni en los pisos superiores ni inferiores, y así evitar el cruce con cualquier testigo que pudiese aportar alguna información sobre el hecho de haberle visto a esa hora con la maleta; lo cual pondría con seguridad a los sabuesos tras su pista.

En la seguridad de que no había moros en la costa, Aquilino tocó el pulsador y enseguida el ascensor se abrió. Minutos después, tras recorrer éste los cuatro pisos hacia abajo, llegó hasta el propio garaje donde, por suerte, su plaza de aparcamiento quedaba justo a la derecha de la salida y no tuvo más terreno que transitar y así obviar un casual encuentro con testigos incómodos.

Abrió el portón trasero de su flamante Citroën CX “Palas” y tuvo que fajarse bien para salvar su altura desde el suelo. La maleta pesaba auténtico plomo y sus lumbares se quejaron del esfuerzo hasta el punto de tener que descansar un poco. Una segunda intentona tampoco fue fructífera y decidió que era mejor maña que fuerza.

Por ello, primero arrancó el vehículo y seleccionó en el panel de control el botón de suspensión mínima, con tal de que bajara el chasis hasta el límite. Una vez en su posición más asequible aquél, levantó la maleta por su parte inferior y la apoyó en la base del portón y entonces, empujando por la cabecera de aquélla, por fin entró en su totalidad. El primer asalto lo había ganado, aunque sólo a los puntos puesto que el rival en esta ocasión había sido duro y más teniendo en cuenta que eran ochenta kilos en canal dado el peso de Paloma, entrada en carnes y de una estatura seria.

El sudor hizo acto de presencia una vez más y no sólo en su frente sino en todo su cuerpo, por lo que se deshizo de la cazadora de piel que llevaba puesta y la arrojó en el asiento trasero para luego, ya colocado el cinturón de seguridad, arrancar el vehículo y dirigirse hacia la salida del garaje

subterráneo. Recorrido éste en su integridad, se congratuló de no haber tenido encuentros con vecinos saliendo o entrando a esa hora, por lo demás intempestiva y que jugaba a su favor poniendo franca su estrategia de ser transparente para todos a la hora de las preguntas de los agentes de la Ley, en cuanto comenzase el rastreo de su esposa.

De calle en calle, la ciudad de Lugo aparecía a sus ojos a esas horas de la noche sumida en una niebla que catalogó como pintiparada para la ocasión, sumándose ésta a la quietud de sus calles, a la ausencia de gentes ya retiradas a sus respectivos hogares; extendida esa vigilia relajada acorde con su estilo de ciudad plácida, muy alejada de las urbes de continuo ajeteo, recogida en sí misma orgullosa de su pasado ancestral cuyos vestigios de la arquitectura y excelencia romanas formaban el núcleo de sus esencias.

Incluso en ese relajante ambiente urbano circundante, Aquilino condujo con una precaución desacostumbrada en él, respetando a rajatabla las señales de tráfico y no saltándose, como era su costumbre, los semáforos en rojo cuando se aseguraba de que no había peatones por medio.

Sin embargo, al llegar a la Plaza Mayor y dejada atrás la calle San Pedro, su corazón se agitó cuando observó de repente saliendo de la espesa niebla las inconfundibles luces de un vehículo de la policía, cuyos ocupantes se le quedaron mirando durante un instante que le resultó incómodo puesto que el agente que conducía redujo de inmediato la marcha y, aparte de él mismo, escrutó todo el vehículo. Hasta le pareció hacía amago de pararse, aunque sólo fue una sensación puesto que, rebasado en su totalidad, aceleró para perderse rumbo a la calle Clérigos donde lo perdió de vista al fin.

Todo iba según lo previsto y, alcanzado el límite de la ciudad, enfiló el rumbo hacia la población de Villalba y de allí hasta su destino planeado en la Sierra de Capelada. Calculó que aquellos escasos ciento veinte kilómetros le supondrían casi dos horas de carretera, debido a lo intrincado de la ruta y lo agreste que resultaría en sus últimos tramos. De cualquier forma le daría tiempo de sobra en ir, volver y, en medio de todo, abandonar el cuerpo de Paloma en lugar que conocía bien.

Los kilómetros se sucedieron y también las pronunciadas curvas, las cuales se le hicieron eternas cuando algún camión le precedía. No obstante, ni durante un segundo perdió la serenidad y aguantó al máximo ese impulso de rebasarlos con raya continua pisando el acelerador del potente motor de casi tres litros del CX. Sabía bien no podía correr riesgos, ni de cometer infracciones, ni de llamar la atención siquiera de cualquier camionero que le dejase constancia de su peligrosa maniobra y retuviera tal vez la matrícula.

Aquilino tuvo que luchar contra el sopor, aumentado por la calefacción del coche que de inmediato interrumpió, al advertir él mismo cómo sus ojos tendían a cerrarse. Era lógico, por otra parte, que esto fuera así por la media botella de whisky ingerida a palo seco hacía poco rato, sumada la melopea de aquel día, el trompazo en el recibidor y el cansancio provocado por el peso del cuerpo de su esposa en el tramo entre el piso y la subida de éste al maletero del vehículo.

Cuando tuvo otro intento de sus ojos por cerrarse mientras conducía,

comprendió debía parar en algún bar de carretera y tomar un par de cafés bien cargados. En primera instancia convino que así lo haría, aunque al momento dio marcha atrás en ese pensamiento recapacitando cómo esa decisión sería errónea y muy peligrosa para sus intereses.

Supo no podía dejar rastro de su presencia en aquellos parajes, ese día y a esa hora. No había más remedio que continuar el viaje y hacer un esfuerzo sobrehumano para resistir el reto de su propio cuerpo, deseoso de desconectar del mundo real y precipitarse plácido en un relajante sueño reparador tras el frenesí de las últimas horas y los acontecimientos estresantes que habían hecho fuerte mella en éste.

Aquilino se animó al comprobar cómo le restaban apenas quince kilómetros hasta su destino, si bien la carretera comenzó a empinarse, estrecharse y la visibilidad a mermar, con la consiguiente peligrosidad de su tránsito en una soledad inquietante. El cambio de marchas tuvo que acostumbrarse a realizarlo de manera continua, toda vez que la sinuosidad obligaba a reducir cada pocos metros tras acelerar unos cuantos antes. Comprendió era inútil perder los nervios y se tranquilizó en la seguridad de que, hasta ese instante, todo iba de maravilla incluido que había logrado superar el momento de cansancio y nuevas fuerzas le empujaban hasta la meta; ya casi tocándola con las manos.

Pero aquella sensación confortable del éxito en sus planes se derrumbó en un abrir y cerrar de ojos cuando, al salir de una curva y a menos de cien metros, un control sorpresivo de la Guardia Civil apareció con las luces de advertencia y un cartel de “Stop” en medio de la carretera.

Aquilino tuvo que pensar con rapidez, poniendo todo su entendimiento en salvar esa bola de partido que suponía tan fatal como inesperado contratiempo. Al momento, tras completar las variables, comprendió estaba en un brete y sólo un milagro podría librarle esta vez de la cornada del destino cuando ya paladeaba el triunfo y la liberación que suponía desprenderse del cuerpo de Paloma.

-Buenas noches. Permiso de conducir, por favor- escuchó cómo le pedía el agente al bajar la ventanilla del coche tras frenar con suma precaución a su lado, sacando Aquilino de inmediato su carnet y tranquilizándose a sí mismo pensando lo tenía recién renovado.

-Muy bien, gracias- respondió el agente nada más comprobar los datos y observar el rostro de Aquilino durante unos momentos, los cuales se le hicieron inacabables a éste. Al oír aquellas palabras, el cuerpo pareció se relajaba y, tras recoger el carnet y guardarlo, se dispuso a reanudar la marcha para lo cual embragó y puso primera en un periquete despidiéndose con una sonrisa beatífica.

-¿Dónde se dirige?- heló aquella pregunta la sangre de Aquilino, cuyo rostro le hubiese delatado de no ser por la oscuridad reinante y que el agente mantenía la linterna orientada hacia abajo. Sintió cómo hasta sus esfínteres se relajaban y el contenido de sus intestinos hacía intención de salir de una sola vez. A duras penas logró mantener a raya el acto fisiológico involuntario y el recurrente sudor se extendió rápido por toda su piel pensando que el efluvio

hediondo expulsado, el cual percibió enseguida, le llegara al agente y advirtiese su miedo.

-Pues, voy para Cariño- respondió Aquilino con voz atiplada, atascado su torrente de voz habitual, pareciendo un infante atribulado ante su maestro en el primer día de clase.

-¿Qué lleva en el maletero?- escuchó Aquilino al agente preguntarle aquello y el corazón comenzó a desbocarse, sintiendo en la base del cuello cómo la sangre bombeada con fuerza parecía salirsele.

-Pues, pues, bueno, una maleta sólo- respondió percibiendo de nuevo el hedor de una nueva ventosidad escapada, la cual inundó el habitáculo y pareciéndole había olfateado el agente.

-¡Salga del coche y abra el maletero!- le ordenó el agente con voz firme y hasta dando un paso atrás con la mano cerca de la pistola reglamentaria al cinto.

-Sólo voy de visita ¿Sabe usted? Ya le digo que a Cariño y...- Aquilino, mientras con torpeza salía del coche, hizo un intento vano para que desistiera el agente de su orden taxativa, lo cual fue inútil y éste, interrumpiendo su conato de justificación, con gestos le indicó fuera hasta el portón trasero y lo abriera.

Aquilino, inútil para ordenar a sus manos no temblaran y con expresión en el rostro que al agente no le pasó desapercibida, fue incapaz de abrir a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera el portón del CX.

-¡Vaya, qué contrariedad!- exclamó escuchándose él mismo saliéndole aquella vocecilla de canguelo, la cual no se correspondía con la suya *-Debe haberse atascado. Ya sabe, la humedad...-*

-¡Vamos, deme la llave y apártese!- respondió el agente ante su ineptitud que, por supuesto, le pareció muy sospechosa. Con un movimiento felino, el guardia tomó el llavero, extrajo la llave que le indicó Aquilino y la introdujo a la primera consiguiendo abrirlo de par en par.

-¿Lo ve, agente? Sólo es una maleta-

-¿Qué lleva dentro?- le preguntó intrigado el agente, y más por la voz temblorosa que ofrecía Aquilino a cada cuestión que le planteaba, hasta un límite que casi le sacó una carcajada por lo grotesco al observarle hecho aguas con su sola presencia allí delante.

-¿Dentro?- preguntó Aquilino tras unos segundos de silencio, ya lívido cuando cayó en la cuenta de que la parte inferior de la maleta estaba empañada en sangre e incluso ésta goteaba leve sobre la moqueta del maletero *-Pues, pues, bueno ¿Qué voy a llevar? Ropa, eso es, mucha ropa, es que el frío ya se sabe en esta época y...-* siguió hablando Aquilino poniendo

las cosas más claras al agente, quien comenzó a mirar detenidamente el lugar por donde la sangre manaba en pequeñas pero evidentes gotas.

-¿*Qué es eso?*- le preguntó señalando.

-¿*Eso?*- respondió con un patético falsete en la voz Aquilino, a punto de cagarse por fin en los pantalones allí mismo dando al traste con todo *–Es que, verá, soy copropietario de unas bodegas y llevo siempre botellas con fines comerciales y, en fin, ya se hará cargo; seguro que una se ha roto y...-*

-*¡Abra la maleta!*- le interrumpió el agente y Aquilino notó cómo sus calzoncillos quedaban empapados de inmediato por una porción de excrementos propios, expulsados sin su consentimiento pero sí por su miedo patente. En ese momento el mundo se estaba derrumbando y se veía a sí mismo esposado y camino del penal. Sus manos, en evidente estado de agitación, no daban con la cremallera y tuvo que ser el agente quien la extrajera.

-¿*Aquilino? ¿Aquilino Goy?*- escuchó éste confundido detrás de él -¿*Eres tú? ¡Me cago en...!*- a contraluz observó cómo se acercaba otro de los agentes, quien había permanecido a unos metros supervisando el control tras el cartel de “Stop” y, al ver con claridad el rostro de Aquilino merced a la luz del propio maletero abierto, le reconoció.

-*¡Lois, coño, pero si eres tú!*- dijo Aquilino entusiasmado al ver a su mejor

amigo de la infancia, vecino y compañero de travesuras tanto en la calle como en el colegio y, además, esposo de Lucía. No se podía creer que el azar, la casualidad más imprevista, la providencia, o cualquier fuerza desconocida hubiesen puesto en su camino, justo en aquel momento de desesperación, a quien compartía cada momento de la vida de su jamás olvidado amor de juventud.

-¡Lo que son las cosas, macho! Es que antes me pareció verte, pero no pensé que anduvieses por aquí, joder. ¡Qué alegría! Oye, dime ¿Vas para casa?-

-Por supuesto, Lois, a ver a la familia. La verdad es que hace tiempo que no pasaba por aquí y ya tocaba-

-¡Pedazo de cabrón que estás hecho, chico! Oye y qué cochazo llevas. Vaya braguetazo que pegaste con la niña de los bodegueros ¡Joder y qué bien vestido vas! Se nota que vives de lujo-

-Bueno, se hace lo que se puede- respondió Aquilino creyendo cómo el mismo cielo se había abierto en un momento tan delicado, cuando sólo le restaba tirar de la cremallera y dejar que viese aquel agente el motivo real de su viaje.

-Paco, anda, ve y quita la señal que nos marchamos. Ya está bien por esta noche- ordenó Lois, a la sazón sargento a cargo del equipo de control, al todavía mosqueado agente quien a punto había estado de dar con el cadáver

de Paloma.

Al escuchar la orden, Aquilino aprovechó para cerrar el portón trasero del coche y finiquitar la amenaza que se había cernido de manera agobiante y hasta el torrente de voz regresó de inmediato, ya sintiéndose liberado por la casualidad de encontrar un amigo en medio de aquella situación límite.

-Bueno, Aquilino, el deber nos llama. Oye ¿El negocio?-

-Marcha fenómeno- le respondió sin dudar un instante, ya relajado e improvisando como sólo él sabía *-No dejan de entrar pedidos y hasta del extranjero. Precisamente llevaba algunas botellas y alguna se ha debido romper-* le soltó en la seguridad de que también había observado la mancha roja sobre la moqueta.

-Es lo propio. Bueno, macho, te dejo. Oye que ha sido una sorpresa enorme. Por cierto ¿Vas a estar mucho en casa?-

-Apenas unas horas. Mañana regreso. El trabajo me absorbe y no puedo dedicar más tiempo, aunque ya quisiera tenerlo para relajarme algunas jornadas de asueto-

-Lo entiendo. Mira, avísame otro día que vengas por el terruño y nos tomamos unos vinos y hablamos de los viejos tiempos-

-No lo dudes, Lois, y saluda de mi parte a Lucía- respondió Aquilino dando un abrazo de despedida a su amigo y luego, regresando al confort de su vehículo, observar cómo el coche patrulla se alejaba por fin hacia un rumbo que, gracias a la fortuna, era el contrario que él mismo debía seguir hasta la Sierra de Capelada, para lo cual arrancó, puso primera y aceleró con fuerza para cubrir la subida hasta aquélla en el menor tiempo posible, y así recuperar el precioso tiempo perdido.

No se le escapaba cómo la variable de la detención inoportuna de la Guardia Civil implicaba un riesgo enorme a posteriori, en especial cuando diese su versión de los hechos en la desaparición de Paloma. Sus neuronas, mientras cubría la distancia hasta su destino cada vez más zigzagueante bamboleándose el coche de un lado a otro, se pusieron a trabajar a destajo para encontrar una solución tan lógica como plausible.

Tras minutos de profunda reflexión barajando hipótesis medianamente creíbles, decidió que la más benigna, y la cual podría encajar en la historia imaginada por él mismo, pasaba por declarar a la policía cómo aquella misma noche, tras decidir Paloma el abandono de hogar, él mismo y como respuesta a su frustración, tomó el coche y se dispuso a conducir hasta la casa de sus padres, cerrada desde el fallecimiento de los dos hacía varios años, para pasar la noche alejado de la ciudad y de los problemas de esa separación, la cual su propia esposa había decidido sin que mediase su opinión. No dejó de reconocer cómo debería sobreactuar un tanto al explicar la añagaza a la policía, acostumbrada a trolas de todo tipo, pero que con el dramatismo adecuado colaría sin más y podría eludir el peso de la Ley sobre sus actos.

Entre sus cábalas, la ominosa oscuridad, sumada a la carretera con un desnivel exagerado lo cual supuso que apenas podía poner tercera en el coche, le hizo saber transitaba muy cerca de la zona de la sierra donde dejar al fin el cadáver, alejada de ojos que pudiesen alertar de su presencia, conociendo a la perfección esos sitios donde ni siquiera los lugareños accederían de casualidad.

Envuelto entre densos bosques, donde la penumbra era perenne y ninguna senda los cruzaba, el hueco conocido y también elegido serviría para sus propósitos. De tal forma que Aquilino continuó unos kilómetros concentrado al máximo en la carretera, dada su escasa anchura para maniobrar y las peligrosísimas curvas las cuales se sucedían tanto a derecha como izquierda.

El sueño pareció atacarle de nuevo, pero se repuso abriendo la ventanilla a su lado, por donde entraron gélidas y furiosas rachas de viento que, conociendo el lugar, sabía ascendían desde el mar ya cercano al que notó en el peculiar olor que refrendaba su criterio.

Luego, saliendo ya del sopor, la carretera le dio un respiro tanto a él como al coche tras un repecho bien serio que necesitó reducir a segunda e, incluso así, precisó apurar la marcha durante varios minutos. El firme se estabilizó y un llano de muchos metros apareció oportuno para relajarse, con lo cual Aquilino vio el momento a propósito para acelerar con fuerza y, de esta forma, ganar algo de tiempo, una vez observó en el reloj del panel de mandos cómo era ya tarde y sobrepasaba con creces sus cálculos, Así, el coche se

lanzó en una vertiginosa carrera ayudado por el viento de cola, el cual le empujó con fuerza hacia adelante y salvando el trecho hasta la siguiente subida sobrado de potencia.

Sin embargo, Aquilino supo tarde cómo, o bien su memoria, o tal vez sus ganas de acabar con aquello, le jugaron una mala pasada; siendo el destino de nuevo dueño de su frágil existencia, sujeta a los vaivenes caprichosos de aquél. De tal manera fue que, esperando al final de la recta una fuerte subida y una curva hacia la derecha, aceleró con ese fin y la frenada desesperada que hizo fue en vano ya que lo encontrado de repente resultó ser todo lo opuesto, con una pronunciada bajada y una letal curva hacia la izquierda.

El sobresalto que recibió no fue suficiente para que sus pies y sus manos reaccionaran a tiempo y el coche, como si fuese zarandeado por una fuerza invisible, zigzagueara de un lado a otro para luego, chirriando las ruedas provocando una estela de humo con un ese olor característico del caucho quemado, derrapar y salir literalmente volando hacia un profundo barranco mientras, en el interior, Aquilino permanecía tan atónito como paralizado sin poder remediar aquella circunstancia que nunca había entrado en sus planes.

En una milésima de segundo pasó la vida por su mente. Hasta creyó que sus mismos ojos veían, como si se tratase de un caleidoscopio acelerado, cada fotograma de su existencia: de la infancia a la juventud, de esta a la madurez, no faltando los recuerdos familiares, así como instantes íntimos con la madre, el padre, los abuelos, los tíos, los primos, los amigos, los enemigos, los amores, los desamores y también los ojos de Paloma, abiertos como preguntándole ¿Por qué?

Después de aquello, consciente de que su vehículo se dirigía contra uno de los miles de árboles que poblaban la sierra en su descenso al fondo del barranco, mientras la negrura le acunaba malévolamente y su cuerpo era expulsado del coche por una soberbia fuerza haciendo añicos el cristal del parabrisas, el mundo desapareció, lo material se esfumó en el vacío, su cuerpo cortó amarras y los sonidos, los rumores de la noche oscura y profunda cesaron. Para Aquilino, como un corte seco en su existencia, limpio y certero, llegó la nada.

CAPÍTULO IV

El inspector jefe de la policía francesa, Thierry Pascal, cuarenta y tres años, metro y ochenta centímetros de estatura, ojos del color de la mostaza, pelo trigueño, grueso bigote de un tono por debajo de éste, el cual le confería un aspecto basculante entre la respetabilidad y la advertencia al observador de que contaba con un carácter endurecido y exento de concesiones a la galería, entró en la sala de reuniones de la comisaria y tomó asiento sabiendo tendría algunos minutos para concentrarse en el expediente que llevaba bajo el brazo.

Aquella mañana, una hora antes de pisar las instalaciones policiales, había saltado de la cama sin hacer apenas ruido para no despertar a su esposa, Edith, quien seguro en esos momentos aún permanecía ufana en brazos de Morfeo; en especial tras haber tenido una noche movidita en la fiesta que el plasta de su cuñado había organizado para mostrarles el flamante chalet en las afueras de París el cual, como él mismo alardeaba, había costado varios millones de francos pagados de una vez y sin, según sus propias palabras, hacer uso de esas engorrosas hipotecas creadas para menesterosos.

Thierry, incluso con esas copas de más que había consumido con tal de soportar a semejante patán deslenguado y presuntuoso, no había aguantado las sábanas por un motivo de peso dada su incapacidad para separar el ámbito doméstico del profesional. Se levantaba policía y se acostaba policía. Por lo tanto, una ducha tibia, un apurado afeitado, ropa limpia y un café expreso cargado a conciencia habían sido la espoleta de ese nuevo día en el que, tras los pensamientos en el duermevela, estaba dispuesto a resolver el caso que se traía entre manos.

-Buenos días, jefe ¿Qué tal esa reunión en Calais?- escuchó Thierry mientras hojeaba el expediente-

-Buenos días, Benoit, pues tan aburrida como todas. Una más a olvidar. Y vosotros ¿Qué tal ayer?- respondió Thierry dejando el expediente y esperando la respuesta de su pupilo, un joven inspector de aspecto frágil pero de voz contundente, lo que hacía un contraste curioso, y quien había entrado sigiloso en la sala como acostumbraba desde que se uniera hacía ya seis meses al equipo de Thierry.

-No sé si ha revisado el expediente, pero ya le digo que lo tengo claro y lo he dejado escrito- respondió Benoit, gesticulando con firmeza tanto con sus manos como su cabeza balanceándola de izquierda a derecha para transmitir seguridad en sus palabras.

-Pues, sí lo he leído, chico, pero no veo esa claridad que dices. Más bien lo veo como un galimatías donde las pruebas del caso están cogidas con

alfileres y, además, añadiría no tan evidentes como apuntas insistente en el texto- Thierry bajó los humos a Benoit, quien dejó patente su disgusto perdiendo la sonrisa de los labios.

-Jefe, el galimatías lo acaba de poner usted ¿De verdad no ha visto que está resuelto?-

-¿Resuelto?- respondió Thierry con una pregunta casi en un cómico falsete - *Benoit, te come tu vehemencia, chico. Es la segunda vez que te veo cortar por lo sano en un caso y recuerda el anterior cómo tuve que corregirte ¿No has aprendido?-*

-Jefe, jefe, vamos a ver. Lo he dejado documentado. La mujer antes de expirar escribió el nombre de su asesino. No hay vuelta de hoja- habló tan categórico como nervioso el aprendiz de detective intentando convencer al experimentado inspector jefe, quien le observaba con cara de sorpresa ante el evidente empecinamiento del muchacho. Por otra parte, a éste no se le escapó cómo venía vestido de una forma poco ortodoxa y, por el mismo motivo, más de una vez le había llamado la atención. De cualquier forma, decidió no insistir en sus comentarios despectivos respecto a este asunto, teniendo en cuenta que su propia esposa le había reconvenido por meterse en cuestiones de moda con sus chicos. A fin de cuentas ella era diseñadora y sabía más de temas de indumentaria y, quizás como pensó, estaba pasado de moda él mismo.

-Buenos días, jefe; buenos días, Benoit- dijo al entrar Axel, el segundo de los

muchachos a cargo de Thierry *-Os veo con disparidad de criterios ¿A que no me equivoco?-* les soltó con la natural frescura que exhibía más a menudo de lo que a su jefe le gustaba.

-Intercambio de criterios. Sólo eso-

-Ya, ya, Benoit, o sea que el jefe te ha hundido la teoría esa tuya de que la mujer...-

-Pero, bueno, Axel ¿Tú también? Lo que me faltaba. Y no seas pelota...-

-¿Pelota yo? ¡Tú sí que...!- respondió encorajinado Axel, quien se llevaba a matar con su compañero, en especial cuando Benoit le recordaba que su antigüedad era un grado.

-¡Alto ahí! Se acabó la disputa ¿Entendido?- cortó en seco, tal como siempre intermediaba, Thierry- *A ver, Benoit, lo primero es que este informe tuyo tiene lagunas por todas partes. Hace aguas desde el principio y tu documentación, como presumes, brilla por su ausencia. No has seguido el protocolo que te he enseñado. Haces presunciones sin tener argumentos de peso y, para colmo, resuelves el caso como si fueses Sherlock Holmes-*

-¿Se está riendo de mis maneras, jefe?-

-Pero ¿Qué dices, chico? Sólo te estoy corrigiendo ¿No recuerdas a tus profesores? Porque te equivocarías en algo ¿O no? Pues ahora soy yo uno de ellos y estoy enmendándote la plana porque está torcida. Ya sé que pones todo tu interés, que has estado trabajando duro lo cual te agradezco, pero tus prisas no ayudan a que centres el asunto. Tenías un homicidio y, leído el informe, me parece estar leyendo un relato de Dashiell Hammet-

-Bien, reconozco que me he pasado en la literatura. Pero, jefe, créame: el asesino es quien indico en el informe y no parto peras ni con usted ni, mucho menos, con Axel-

-Ya te dije que estabas acelerado. Y que el informe era una chapuza- hurgó en la herida Axel.

-¿Chapuza? ¡Serás...!-

-¡Bueno, ya está bien, parecéis dos niños! No quiero más enfrentamientos y sí que trabajéis en equipo. Os dejo una jornada solos y mirad lo que me traéis. Y tú, Benoit, el principal culpable por no dejarte aconsejar por Axel. Tal vez él tampoco lleve la razón en este caso pero, sin duda, si hubieses escuchado su punto de vista tal vez no terminase todo en esta escena tan enojosa y con este tirón de orejas que, si te soy sincero, odio dártelo. Y en cuanto a ti, Axel...-

-¿Yo, jefe? Pero ¿Qué he hecho...?-

-¡Lo que no has hecho, Axel! Te digo que deberías haber insistido a Benoit para continuar la investigación “in situ”, o bien apoyándoos en el forense con tal de llegar a un punto en común-

-Pero si yo...-

-Ya sé, muchacho, que hablaste y bla, bla, bla; pero lo que te digo es que tenías que haber puesto sobre la mesa argumentos y no corazonadas. Evidencias, pruebas ¿Entiendes? Así que ese tirón de orejas también te lo mereces-

-Bueno, al final siempre la cago y me la cargo, jefe- respondió resignado Axel, dándose él mismo una colleja.

-Muy bien. De cualquier forma tengo que daros las gracias por el trabajo hecho-

-¿Cómo?- preguntó Benoit tan ojiplático como boquiabierto.

-¿Qué? Jefe ¿Después de vapulearnos a los dos nos viene con esas?- también se unió al turno de preguntas Axel, sorprendido y añadiendo una pose cómica de las que acostumbraba a mostrar.

-Me explico- respondió serio Thierry -aunque el resultado no me satisface, las pesquisas sí son de mi agrado. Bien realizadas y nos van a servir para rematar el caso el cual, os confieso, es peliagudo. Pero vayamos por partes y comencemos por el principio. Por favor, Benoit, haz un resumen de los acontecimientos y no te dejes nada en el tintero-

-Pues, jefe, recibimos una llamada de emergencias informándonos de que un sujeto había encontrado en medio de un charco de sangre a la que, según él mismo indicó, era su ex mujer-

-¿Recién divorciados?- preguntó Thierry.

-Pues no sé. No se me ocurrió preguntarle eso. De todas formas ¿Qué importancia tiene?-

-Benoit, todo tiene importancia y ese detalle no tendría que habérsete escapado- volvió el jefe a las reconvenciones con el muchacho, aunque dándole un tono menos severo a su voz -Pero continua, por favor-

Resulta que al llegar a la escena del crimen, tanto Axel como yo mismo observamos tal cual lo relatado por el sujeto. De tal manera que la víctima, una mujer de unos treinta y tantos años, yacía junto a la cama, desnuda, y en un charco de sangre que ponía la carne de gallina, jefe-

-Pero veo, Benoit, que indicas en el informe sólo dos heridas-

-Así es. No había más. El forense confirmó lo que a simple vista Axel y yo vimos. Una herida limpia en la garganta que la seccionaba de izquierda a derecha y otra en la espalda, justo en el centro aproximado de la columna vertebral y hecha con mucha fuerza porque el boquete era enorme y así lo atestiguaba. O sea que el agresor se colocó detrás de ella haciendo el corte con algún cuchillo y de un solo tajo en el cuello. Tal vez, previamente la otra puñalada por la espalda-

-Veo en el informe también que no había marcas de agresión en otras partes del cuerpo-

-Así es, jefe. A no ser que el forense diga lo contrario y hasta el momento no ha informado de que las encontrara-

-Curioso cuando menos el detalle- apuntó pensativo el inspector jefe -Bien, Benoit, ahora te pregunto por eso que he leído de que, según tu versión, en la pared que estaba situada al lado de la víctima, ésta y antes de expirar escribió un nombre con su propia sangre señalando al asesino-

-Ese es el tema, jefe. Había escrito esa mujer “Denis”. Por lo que preguntamos a su ex marido de quién se trataba y de, inmediato, nos confió era su novio. Por lo relatado, un tipo duro, en tiempos boxeador de competición y dueño de un gimnasio con quien salía hacía unos meses. A continuación hicimos una ronda de preguntas a los vecinos y una señora que vive en la casa de al lado nos dijo, aparte de oírles discutir a menudo, que observó con claridad aquella mañana cómo el tal Denis había ido a verla,

con lo que probamos la presencia del sujeto en la escena del crimen. Por lo tanto, estaba claro era nuestro principal sospechoso y le detuvimos sobre la marcha, precisamente cuando se disponía a salir de viaje, según nos dijo en el momento de pillarle, con las maletas ya preparadas y a punto de cargarlas en su coche-

-O sea que, sin más, le empapelasteis-

-Así es, jefe. No había duda: sujeto violento, novio de la víctima y un testigo fiable que le situaba justo donde se produjo el crimen ¿Qué más?-

-¿Y qué menos?-

-¿Cómo?- cuestionó Benoit al jefe con cara de sorpresa.

-Ya se lo dije, jefe- medió Axel aprovechando el frenazo del superior.

-Tú también participaste- le soltó Benoit a su compañero, con tal de que no se librase del rapapolvo del jefe.

-¡Un momento, Benoit!- reaccionó enojado su compañero de inmediato -Sí es cierto lo que dices, pero recuerda cómo antes te advertí era precipitado ponerle las esposas a ese tipo-

-Axel tiene razón- habló Thierry cortando la discusión de raíz sin dar oportunidad de réplica a Benoit, quien ya se disponía a revertir la situación una vez más cargando sobre Axel sus propias culpas *-¡Demasiadas prisas, chico! Incluso con tantas evidencias y un mensaje escrito por la víctima en la pared. Si no es así, Benoit, recapacita en el período de tiempo que necesitó el abogado de ese tal Denis para liberarle-*

-El tiempo de hacer la llamada, presentarse en el juzgado y sacarle. O sea, veinte minutos escasos- añadió Axel con una media sonrisa, la cual Benoit recibió revolviéndosele el estómago para luego éste lanzarle a su compañero una mirada que decía, sin palabras, “ya te cogeré”-

-¡Buenos días, muchachos!- saludó con afabilidad Bertrand Galoise, forense y quien pasaba por ser el mejor amigo de Thierry- *¡Vaya, vaya, os veo tensos! Si es que el jefe no puede asistir a más convenciones y dejaros a vosotros hacer y deshacer-* comentó jocoso el doctor dando cariñosas palmadas tanto a Benoit como al propio Axel, quienes pusieron mala cara intuyendo se alegraba de los patinazos dados en el caso que habían afrontado solos ambos.

-Está bien, Bertrand, deja en paz a los chicos- Thierry saltó al ruedo a echarles un capote *-Lo que les hace falta, además de mis regañinas matutinas, es que tú metas el dedo en la llaga. Están aprendiendo y es lógico que comentan errores, pero no por ello debemos hacer sangre-*

-Bueno, bueno, muchacho ¡Qué humor tenemos! ¿Has dormido bien? Por mi

parte, aún tengo resaca de las memeces de tu cuñado y su pedantería- dijo el médico con esa forma suya tan particular de expresarse, donde no faltaban un punto de cinismo elegante, algo de ironía sutil y una pizca de mala uva que ponía de manifiesto en sus acerados comentarios lanzados al aire.

Bertrand era un par de años mayor que Thierry y amigo desde que él mismo comenzó a colaborar con la policía, de lo cual hacía más de quince años. Desde entonces, habían mantenido un relación de amistad a prueba de avatares, y serios algunos, manteniéndose firmes en la lealtad mutua. Era un tándem de éxito y ambos habían coronado casos que se les habían resistido a la mayoría de investigadores. Bertrand, bien parecido, pelo negro, ojos azules, vestido siempre de manera elegante que acompañaba con ademanes de idéntico tenor, un par de centímetros más alto que Thierry y con un aspecto de estar siempre recién salido de la ducha, estaba casado y tenía dos hijos de los que siempre se quejaba por su gandulería en los estudios; lo cual era un tema recurrente en sus conversaciones en los momentos de relax con su amigo, quien siempre le decía que esos disgustos se ahorraba al no tener vástagos de los que lamentarse por su comportamiento.

-Ya te dije que te libraras con alguna excusa, Bertrand. Yo no tengo otra opción- le respondió Thierry a su amigo ofreciéndole una expresión que aquél tomó como muy cercana a la comicidad, o tal vez la simple burla *-Si me niego, mi mujer pone el grito en el cielo ¡Cualquiera le hace un feo al marido de su hermana! Pero tú, Bertrand, pareces masoquista aceptando su invitación. Mi abuelo siempre tenía en la boca un refrán de su tierra, y aseguraba que nadie escarmienta por cabeza ajena. Anoche me acordé de él y de ti, por supuesto, viéndote la cara de asco que ponías cuando mi cuñado*

comenzó aquel engolado circunloquio sobre sus posesiones terrenales-

-Thierry, querido, no esperaba algo así. En fin, ya he tomado nota para próximos eventos, y disculpa por el “palabro”, pero es que tu cuñado lo ha puesto de moda- contestó el forense dejando su maletín en el suelo y tomando por fin asiento junto a su amigo.

-Bien, Bertrand, ya sé que te has acomodado, que seguro habrás soportado los atascos parisinos, pero no tengo más remedio que obligarte a volver a las calles-

-¿Qué me dices, Thierry?-

-Pues que nos vamos los cuatro a la escena de ese crimen ¿No pensarás que voy a darle carpetazo así como así?-

-Ni mucho menos, conociéndote claro está y además con lo jugosos comentarios que traía preparados sobre la autopsia-

-Pues resérvatelos, Bertrand, para cuando estemos allí. Benoit, Axel ¿Quién conduce?- les preguntó con una sonrisa y una mirada cómplice a su amigo el forense, sabiendo ambos que eran los dos jóvenes como el perro y el gato y, tal como previó, se produjo un cruce de palabras cuyo tono fue ascendiendo hasta que Thierry volvió a poner paz y decidir que Axel sería el conductor y el muchacho comprendiera que su juventud jugaba en su contra en aquellas

tareas reservadas a los novatos. Y esa era una ley que no había forma de eludir en el Cuerpo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, tras esperar en primer término que Thierry hiciera dos llamadas telefónicas, de las cuales no desveló su intención como acostumbraba cuando olisqueaba algo en el caso que se traía entre manos, mediados dos atascos morrocotudos en otras tantas rotondas del centro de París, superado dos puentes colapsados de tráfico, tres pasadizos subterráneos y un semáforo averiado en medio de una avenida atestada de coches, los cuatro llegaron sanos y salvos de su aventura por la selva de cemento parisina, aparcando Axel justo al lado de la casa donde se había producido el asesinato que investigaban.

Rotos los precintos, ante la mirada curiosa de los vecinos, penetraron en la vivienda donde Thierry pareció husmear cada rincón y, sin hacer demasiado caso a las palabras que tanto Benoit como Axel le iban diciendo, absorto en cada detalle que iba encontrando por los pasillos, las habitaciones y, definitivamente, en el dormitorio donde observó las marcas dejadas por sus compañeros señalando la posición exacta de la víctima.

Antes de agacharse y contemplar de cerca el nombre escrito en la pared, hasta oler la sangre en el suelo, siguiendo con su concentración máxima y aislado de nuevos comentarios de sus pupilos, Thierry se detuvo en una serie de fotografías que mostraban a la víctima tanto jugando al tenis como recibiendo trofeos.

-¡Una campeona!- dijo en voz alta el inspector jefe, por fin regresando sus sentidos al mundo material y saliendo de sus pensamientos acerca de las pistas que había ido recabando para sí.

-Se ve, jefe. Y parece ser, por esa copa que le entregan en la foto, que de algún torneo de prestigio ganado-

-Y tanto, Axel- respondió Thierry señalando una de las fotografías *-¿Es éste el novio y supuesto asesino?-*

-No, no- intervino Benoit *-Ese es el ex marido-*

-Pues, si no me equivoco, tiene ya una edad-

-Sí, bueno, y en persona más- respondió Axel, añadiendo un gesto con las manos para intensificar la diferencia de edad que había notado.

-¿Muy mayor?-

-Pues, jefe, quiero decir que ella tendría treinta y tantos y ese fulano no baja de los cincuenta y tantos-

-Oye, Axel, y el presunto asesino ¿Qué edad tiene?- preguntó Thierry, hurgando algo más sin apartar la mirada de las fotografías las cuales revisaba

una y otra vez.

-La verdad es que no lo sé, pero no es mayor que yo-

-O sea que veintidós, veintitrés...-

-Escasos- sugirió Benoit entrando en la conversación.

-Bien, chicos, ayudadme ahora- rogó Thierry a los dos pupilos, en tanto sacaba un puñado de fotos del expediente del caso las cuales había acarreado bajo el brazo desde la comisaría *-Tomad y colocadlas en la posición exacta donde estaba el cuerpo de la víctima. Pero, os repito e insisto: el sitio justo y no un centímetro allá o acá ¿Entendido?-*

-Descuide, jefe. No se apure que nos acordamos perfectamente de todo- respondió en nombre de los dos Benoit, mientras Axel le rectificaba la colocación de una de las fotografías y la acercaba más hacia la pared.

-Bertrand, ahora creo es el momento de que nos des esas exclusivas sobre la autopsia- se dirigió al médico, quien había permanecido observando también las fotografías de la víctima y sin prestar atención a las tareas de los chicos, quienes permanecían en silencio arrodillados y enfrascados en el rompecabezas.

-Pues, mi querido amigo, tengo que confesarte cómo este caso en el día de ayer me parecía del montón y hoy, ahora mismo quiero aclarar, tengo la sensación de que es algo especial-

-Ya empezamos con tus misterios, Bertrand ¡Vamos, escupe! Que te gusta hacernos sufrir- dijo Thierry moviendo la cabeza, conociendo cómo se las gastaba su amigo cuando tenía algo interesante que ofrecer para la investigación.

-Eso no lo discuto. Disfruto viéndoos esperar mis indagaciones. Es un placer por el que pagaría, aunque no se te vaya a ocurrir decírselo al Prefecto. De acuerdo, muchacho- pareció Bertrand al fin desvelar sus noticias esclarecedoras a su parecer, a tenor de la sonrisa con la que inició el alegato - *Te diré que, para empezar, nuestra desafortunada víctima no murió por ese corte profundo y extenso en su garganta-*

-Ya me olía eso extraño- apuntó Thierry señalando la foto donde se veía con claridad el tajo en el cuello.

-Y yo sabía que no se te escaparía, Thierry- reanudó sus palabras Bertrand - *Pero continuo, puesto que hay más sorpresas. La cuestión está en que la causa de su muerte fue esa puñalada en la espalda, efectuada con tal fuerza y precisión que cruzó el cuerpo de lado a lado en dirección hacia arriba y sajó por la mitad su corazón-*

-¿Quieres decir que quien lo ejecutó sabía lo que hacía?-

-Thierry, la probabilidad de que alguien ejecute ese golpe maestro por casualidad tiende a cero en cualquier caso- respondió Bertrand haciendo el signo juntando por las puntas sus dedos índice y pulgar de la mano diestra, para añadir luego una de sus poses burlescas -Primero porque no es nada fácil dada la fuerza que se requiere, incluso blandiendo un cuchillo de gran dimensión. Es necesario ejercer un gran impulso, el cual precisa estar dotado de una musculatura considerable puesto que no sólo debe traspasar los tejidos, sino que las vértebras y su envoltura de tendones y nervios se encuentra en la trayectoria y ha de cruzarla de igual forma-

-Vamos, quieres decir que sabía cómo y por dónde hundir el acero-

-Para mí, Thierry, está claro. Es alguien avezado en ese difícil movimiento, además sorprendente, mientras la víctima estaba de espaldas ajena a lo que le iba a ocurrir-

-Bertrand, dime ¿Requiere que el asesino le agarrara...?-

-No, no, por supuesto que no. No tenía marcas en los laterales del cuello, ni en el mismo torso, si bien en los brazos y sobre todo muslos eran evidentes, aunque por otro motivo que no fue ese. Quien lo ejecutó hizo un movimiento de abajo hacia arriba rápido, seco, fulminante diría, sin tener que inmovilizarle y lograr más penetración. Para llegar hasta el corazón sólo le

bastó su pericia con tal de dirigir el arma justo a su enclave dentro de la cavidad torácica-

-Y dices que le cortó en dos mitades el corazón...-

-Tal cual si lo hubiese colocado en una tabla doméstica y luego, con un afilado cuchillo, hiciera un corte perfecto en su mitad-

-Luego, se infiere muerte instantánea-

-Yo diría más, Thierry. El cuchillo entró y salió a una velocidad tal que la víctima ni siquiera pudo darse cuenta. La hemorragia en esos casos es tan intensa que no transcurre ni un segundo antes de que todo acabe para la víctima-

-Eso abre una incógnita enorme, Bertrand- dijo Thierry pasándose la mano derecha de un lado a otro de su barbilla, con la mirada ausente.

-Ese era el plato fuerte de mis sorpresas de esta mañana. Y te confieso que yo mismo ayer tenía idéntica sensación a la de Benoit y Axel, creyendo todo resuelto aunque con matices. Y me refiero a que me pareció de igual manera precipitado enjaular al novio sin antes realizar algunas comprobaciones. De cualquier manera, Thierry, debes disculpar a tu chico puesto que desconocía ese último detalle que te digo-

*-Estoy contigo, Bertrand. Anda, dinos eso que te gusta dejar para el final-
respondió Thierry con una sonrisa, viendo cómo su amigo se relamía con su
misterio.*

*-¡Voy, voy! Que compruebo cómo ya estáis los tres comiéndoos las uñas.
Bueno, no sois lelos y ya os lo habréis imaginado cuando he referido cuál fue
la causa de la muerte. Y sí, os tengo que decir cómo nuestro asesino realizó
después, con la víctima ya cadáver y tirada en el suelo, ese corte igual de
limpio y certero en su cuello de oreja a oreja, seccionando las venas que
propiciaron ese festín de sangre en el suelo sobre el que yacía la pobre
mujer, en un gesto grosero del criminal que tildaría de cruel profanación-*

-¿Un obseso?-

-No, Benoit-

-¿Nada sexual?-

*-No, Axel. Aunque tengo que reconocer hubo sexo y muy fuerte. La víctima
tenía laceraciones propias de un coito forzado y el ano con una herida que
delata su penetración-*

-¡Algo práctico!-

-Muy bien, Thierry. Veo que ya enfilas la senda que te llevará a resolver el acertijo-

-Está claro, Bertrand- siguió hablando Thierry -Nuestro asesino sólo quería sangre. Mucha sangre para poder escribir en la pared el nombre de la persona a quien dirigir la responsabilidad del asesinato-

-¡Siempre aciertas, chico!- dijo el médico con un saludo dieciochesco casi postrándose ante su amigo -El objeto era empapar los dedos de la víctima y así escribir con nitidez el nombre-

-Sólo que sobre sangre ya seca- añadió Thierry señalando la pared.

-Justo, así es. El análisis en el laboratorio lo ha confirmado y los dos tipos de sangre, húmeda sobre seca, quedaron patentes y delatan la maniobra del asesino-

-¿Cómo puede, doctor, estar tan seguro de que no fue ella?-

CAPÍTULO V

-Benoit, muchacho, lo acabo de referir. La mujer estaba muerta y bien muerta ¡No pudo resucitar, mojar sus dedos en sangre y escribir en la pared!-

-¿Seguro?- terció Axel, por una vez siguiendo el criterio de su compañero.

-Muy seguro-

-Está claro, muchachos ¿No lo veis? ¡La herida en la espalda!- se lanzó Thierry seguro de lo que apuntaba.

-¡Muy bien! De nuevo das en la diana- Bertrand levantó su dedo pulgar para refrendar la deducción de Thierry.

-¿Qué? Doctor, no entiendo- insistió en su desconfianza Benoit buscando la

complicidad de Axel, quien también apoyó con un gesto la pregunta.

-Chicos, vamos a ver- intervino Thierry, avanzando unos pasos hacia ellos - *No es difícil deducir cómo el cuchillo, al penetrar por la espalda, seccionó la columna vertebral y de esta forma la mujer quedaría paralizada y, si me equivoco, que me corrija el doctor-*

-No hay nada que corregir, Thierry- apostilló Bertrand *-Es perfecta tu deducción. Y, para que lo entendáis vosotros, Benoit y Axel, os diré cómo al seccionar las vértebras la mujer en ese instante quedó tetrapléjica. Luego no pudo escribir nada, en caso de que le quedase un hilo de vida, puesto que no podía ya mover ni brazos ni piernas; incluso hasta el cuello había perdido sujeción y de ahí que el asesino se sirviera de esa laxitud de sus músculos para ejecutar el tajo maestro en su cuello, realizado con una precisión de matarife-*

-Pero hay algo más- se unió a la explicación del médico el propio Thierry, en un tono enigmático que, aunque él no lo reconociera, también disfrutaba exhibiéndolo ante sus dos sorprendidos aprendices en la mayor parte de los casos.

-Bien, Thierry ¡Ahora eres tú el del suspense!- le soltó su amigo galeno, devolviéndole la sorna gastada con él hacía un rato.

-Más que suspense es algo obvio- contestó el inspector jefe de inmediato -

Siempre naturalmente que prestaseis un mínimo de atención al entorno-

-¿Entorno?- preguntó a Thierry como siempre Benoit, intrigado en cualquier oportunidad de conocer sus fallos en las investigaciones que, como se temía, serían de nuevo capitales y motivo de que el jefe le diese un buen correctivo, aunque por supuesto incruento.

-Veréis- siguió respondiendo Thierry -Me duele la boca de deciros que la primera labor cuando lleguéis a la escena de un crimen es la observación de todos los detalles, por inútiles que parezcan. Y ahora os pregunto a los dos, muchachos ¿Qué es lo primero que os recomiendo mirar?-

-¡Las fotografías!- respondieron a dúo Benoit y Axel, mirándose el uno al otro y comprendiendo a la vez cómo se les había vuelto a olvidar esa recomendación.

-Y ahora os pregunto de nuevo ¿Qué se observa en las fotos de la víctima? Y no digo sólo estas que vemos en las paredes del dormitorio, sino desde que se entra en la vivienda-

-Pues, jefe, que era deportista; yo diría que mucho- habló en primer término Axel -Y que le gustaba jugar al tenis, donde se le ve en la mayoría de las fotos, aunque hay alguna de voleibol y también de ping pong, pero éstas bastante menos. En fin, no ayuda mucho al caso, salvo que está claro cómo estaría en plena forma-

-Conforme, con lo dicho por Axel- añadió Benoit, mientras el médico les observaba callado y con una sonrisa retenida en los labios disfrutando de la escena -Y la verdad es que las vimos los dos, jefe, pero sinceramente no creímos pudiesen tener relevancia para este caso. A fin de cuentas, sólo es deporte-

-Bien, muchachos, si no os parece mal, vamos a acercarnos a las fotografías esparcidas por el suelo y observemos juntos cada detalle que se muestra en éstas- dijo Thierry, siendo el primero junto a Bertrand en colocarse, seguido de los dos jóvenes.

-De acuerdo- continuó hablando el jefe -ahora os pido hagáis un ejercicio de observación. Para ello, os invito a contemplar la fotografía justo al lado de la pared donde se puede determinar la posición exacta en la cual se encontró a la víctima y, esto es crucial, donde permanecía la mano tras escribir el nombre del presunto asesino con su propia sangre-

-Jefe, está muy claro. El dedo índice empapado en su sangre queda justo debajo de la letra final del nombre. Luego fue esa su intención, siempre que errase el doctor con su teoría de que no podía moverse- dijo Benoit con seguridad.

-¿Tú, Axel, qué dices?-

-Pues coincido con Benoit, jefe-

-¿Totalmente?-

-Sí, sí, jefe. En eso estábamos de acuerdo. Lo que nos puso a enfrentarnos es su cabezonería de ir a por el novio de la víctima y esposarlo. Por lo demás, yo creí en su planteamiento-

-Bueno, ahora quiero que contempléis primero la fotografía donde se ve el dedo empapado de sangre y, a continuación, hagáis lo propio con la que está al otro lado del dormitorio, justo en el mueble donde se encuentra el aparato de televisión- dijo Thierry y los dos jóvenes policías le hicieron caso, hasta el punto de ir y venir por la estancia varias veces mirando de cerca ambas instantáneas.

-¿Y bien?- preguntó Thierry al cabo de varios minutos, al no recibir comentario alguno por parte de ellos, quienes insistían en contemplar una y otra vez las dos fotos.

-Yo me rindo, jefe- dijo Axel con la cara roja como un tomate.

-Lo mismo digo- añadió a colación Benoit, encorajinado consigo mismo sin dejar de rascarse la coronilla.

-Bertrand, te pregunto ahora a ti- se dirigió a su amigo el médico, quien permanecía en un segundo lugar pero también dándole vueltas al acertijo.

-Si te digo la verdad, querido amigo, no tengo la menor idea de qué encadena las fotografías y el motivo por el que te veo tan seguro. Yo mismo dejo un mísero uno por ciento de probabilidad de que pudiese haber escrito ese nombre. Improbable, pero posible si me apuras. Tal vez, algo milagroso ¡Vete a saber!-

-Bertrand, bien sabes que lo escrito sobre sangre seca nos dice cómo su asesino tardó lo suficiente como para que descubriésemos ese efecto-

-Bien, Thierry, ahora soy yo quien hace de abogado del diablo y te digo que pudiese ser que ella, en el período agónico, recuperase tanto la consciencia como la suficiente movilidad y pudiera haber realizado esa acción última cuando ya la sangre, salpicada del tajo en la garganta, quedó bajo la otra que ella tomó mojando el dedo en el charco formado junto a su cuerpo, para después expirar-

-Eso está muy bien, Bertrand ¡Bravo! Pero te digo que no es así-

-Jefe, el doctor coincide con nuestro criterio- habló algo emocionado Benoit, secundado con un gesto afirmativo de Axel -y más le tendríamos de nuestro lado si hubiese conocido al novio de la víctima. Pese a su juventud, un tipo duro de verdad que encaja a la perfección en el perfil de un asesino fuerte y

seguro de lo que hace; muy violento y capaz de partirle el cuello sólo con un pequeño esfuerzo. Así que más a nuestro favor para que empuñase ese cuchillo y le traspasara todo el cuerpo dividiéndole el corazón en dos mitades-

-¡Fantástico, chicos!- no tardó en responder Thierry con una de sus expresiones irónicas *-Veo que avanzáis y mucho en este oficio. No obstante, permitidme corregiros una vez más y os digo cómo todo lo teorizado por vosotros y, en cierta medida, refrendado por el doctor, carece de sentido-*

-¿Qué? ¿Cómo puedes afirmar eso así, sin dejar un resquicio?- preguntó Bertrand.

-Pues sencillamente porque, si os detenéis lo suficiente en las fotos de la víctima por todo su domicilio, era zurda y bien cerrada- señaló el inspector jefe las fotografías y añadió esta vez una sonrisa de satisfacción.

-¿Cómo? ¡Santo Cielo, es verdad y...!- habló el médico y los dos muchachos, en unas cuantas zancadas, se acercaron a la foto al lado de la televisión, para después hacer lo propio con las que se encontraban a lo largo del pasillo que daba acceso al dormitorio.

-Si queréis, seguid por toda la casa y ya comprobaréis lo que os digo. Tenis, voleibol, ping pong, en todas podéis verle golpeando con la izquierda. Incluso, si os acercáis al salón, tenéis una enmarcada al lado de la chimenea

donde se le ve recogiendo un trofeo con esa mano. Lo cual nos habla de que, de haber podido escribir el nombre de su asesino, lo hubiese hecho con la izquierda y nunca con la derecha-

-Y si a eso sumamos que lo escrito está sobre sangre seca...- apuntó Bertrand con la mirada perdida y todavía encajando la perspicacia de su amigo.

-Pues sí, Bertrand- Thierry habló completando lo iniciado por el médico - Tenemos cómo el asesino fue quien escribió el nombre del que pretendía fuese la diana de nuestra investigación. Digamos que una burda forma de desviar la atención de su responsabilidad-

-Jefe, siento haber metido la pata...-

-¡Tranquilo, hombre!- dijo a Benoit, esta vez bajado del burro y dispuesto a que le diesen otro tirón de orejas, ya con más humildad -Y tú igual, Axel. Os dije que no estaba del todo disgustado, sólo que no supisteis tener la paciencia suficiente para comprobar cada detalle. Por vía de ejemplo, el que acabo de sacar a la luz estoy seguro que, de haber vuelto vosotros a la escena del crimen horas más tarde con la hipótesis de trabajo que Bertrand nos ha facilitado, hubieseis dado con la clave. De todo esto se deduce que debéis ir con pies de plomo y no dejaros llevar por la primera intención. Este caso es de libro en ese aspecto y siempre desconfiad de una pista tan clara como esta, la cual han puesto ante nuestros ojos-

-Jefe, pero eso de que era zurda, la verdad es que no se nos pasó...-

-Axel, voy a confesarte cómo yo tampoco caí y eso que he visto las fotos en el expediente decenas de veces desde que desperté esta mañana muy temprano. Incluso cuando después llegué con vosotros aquí y me puse a dar vueltas por la escena del crimen. Tengo que decir que sólo me di cuenta del detalle al ver “in situ”, escrito en la pared, el nombre de su novio. Y os digo cómo me puso en la pista la perfección de las letras. Me pregunté cómo era posible que alguien moribundo, con dos tajos enormes, podía pararse a redondear esa “D” y hasta terminar el rabito de la “e”. No cuadraba. De ahí, empecé a observar paso a paso las fotografías hasta que surgió la luz al comprobar cómo el dedo mojado en sangre correspondía a la mano derecha. Y eso no casaba con su mano buena en el juego. Lo demás, coser y cantar, chicos-

-Bueno, Thierry ¿Qué prefieres? ¿Brindar con champán o un buen Burdeos?

-

-Mi querido Bertrand, me es indiferente si eres tú quien paga la cuenta-

-Cuenta con ello, chico- respondió su amigo sacando una abultada billetera.

-Veo que se te pegó algo anoche de mi cuñadito- le soltó jocoso Thierry.

-De todas formas, jefe- les interrumpió Benoit -No hay nada que celebrar. Aún no hemos pillado al verdadero asesino-

-Eso es irrelevante, muchacho- le respondió Thierry con cierta suficiencia en su tono.

-¿Irrelevante?-

-Quizás me he excedido en el término. Pido disculpas. Sería mejor utilizar la acepción “accesorio”-

-Me deja igual de noqueado, jefe- dijo Benoit con cierto gracejo, provocando la sonrisa tanto de Axel como del mismo doctor, quien sabía de qué iba aquel comentario de su amigo.

-Si te digo que, si no calculo mal, dentro de unos minutos tendremos aquí al más que probable asesino ¿Qué me dirías?-

-¿Aquí? ¿Asesino? Pues que sería para quitarse el sombrero- respondió Benoit al tiempo que todos escuchaban pasos desde el salón por el pasillo y, de improviso, apareció en el dormitorio un sujeto fornido, tan alto como el doctor Bertrand, pero con una anchura de espaldas cuidada a conciencia para parecer dos personas en una.

-Perdonen ustedes- habló el sujeto observando cómo todos guardaban un silencio expectante ante su presencia *-Me han llamado de la comisaría hace*

un rato para que viniera a echarles una mano con la reconstrucción del asesinato de mi ex mujer-

-¡Señor Henry, encantado de conocerle! Por favor, pase y póngase a nuestro lado- dijo el jefe con una cachaza que dejó turulatos a los dos jóvenes, aunque no a su amigo el doctor quien ya conocía ese tono y adivinaba los acontecimientos subsiguientes.

-Disculpe que le hayamos sacado de su rutina para una mera comprobación de cómo se ejecutó el asesinato de la que fuera su esposa; por cierto ¿Se llevaban ustedes bien?-

-Bueno, señor, claro que sí. Fue una separación amistosa y la prueba es que, de vez en cuando, nos veíamos y hasta tomábamos una copa- respondió el individuo con cara de extrañeza, ante la pregunta inesperada del policía.

-Entiendo, y ¿El novio actual de ella le era conocido?-

-Pues, verá, de habérmelo presentado ella y poco más. Alguna vez coincidimos que él estaba aquí y, si acaso, un día les encontré en un restaurante y cruzamos algunas palabras. No mucho, es la verdad- respondió Henry con un gesto en el rostro donde se iba dibujando de manera paulatina su malestar, al ver cómo Thierry le hacía preguntas que consideraba fuera de lugar.

-Veo que se conserva usted de perlas, Henry ¿Tal vez gimnasio? ¿Deporte al aire libre?-

-Mire, inspector, el del gimnasio era el asesino, y novio de mi ex mujer. Particularmente odio esos lugares donde abundan maricas- respondió con un punto de ira, el cual se adivinaba tras el tono seco al que Henry cambió.

-Entonces, y ahora perdone que sienta curiosidad, esa musculatura que exhibe usted...-

-Inspector, he sido militar toda mi vida. Ahora me he prejubilado. Ya sabe el plan del ejército para los mayores de cierta edad...-

-Sí, claro está, Henry. Imagino no cumplía sus tareas en una oficina- deslizó Thierry de una forma que a Bertrand le dejó estupefacto.

-¿Oficina? ¿Tengo pinta de burócrata?- respondió Henry con un gesto de contrariedad, con el cual dejó clara su indignación ante la insinuación de Thierry -¡Entérese! Soy un orgulloso ex miembro de los cuerpos especiales, Comando “Jaubert”-

-¡Le felicito!- contestó con un alborozo burlesco Thierry, cuya doble intención sólo Bertrand captó -He oído hablar de ustedes y entiendo tenga a gala pertenecer a esa formación militar de combate-

-Somos quienes garantizamos que ustedes vivan felices y contentos. Y me refiero a los civiles en general, señor-

-Ya lo creo, Henry. Oiga, y siendo así, me imagino que usted será un experto en el manejo de armas-

-Mi especialidad, inspector- respondió Henry sonriendo y entrando al trapo sin dudar un instante, animado por un tema que era su debilidad.

-¿Armas ligeras? ¿Pesadas?- tiró de la lengua aún más Thierry, con esa sutileza que desarmó otro poco al ex militar.

-¡Nada de balas! Cuerpo a cuerpo. El combate de verdad. Ese es mi fuerte y enseñaba a los pollos a partir en dos a un enemigo-

-¡No me diga!- dijo Thierry con un gesto de sorpresa, llevando su tono de voz a un nivel de teatralidad que casi hizo romper en carcajada a Bertrand y, de paso, a sus chicos *-Me imagino cómo eso no se le olvidará nunca-*

-¿Olvidar? ¿A un comando francés? ¡Jamás, hombre! Eso está en nuestra sangre y defender al país es nuestra misión hasta que entreguemos la cuchara. No, inspector, un cuchillo en mis manos es más poderoso que una compañía de niñatos bien afeitados. Soy capaz de rebanarles el pescuezo de

dos en dos sin que se enteren-

-Es gratificante oírle, Henry- dijo Thierry bajando el tono de voz y dándole en esa ocasión un aire solemne, el cual logró que hasta se ruborizara Henry y casi se cuadrara a la usanza de la milicia *-Incluso mis colegas compartirán conmigo esa sensación de tranquilidad, de felicidad cotidiana diría, por tener alguien siempre pensando en defendernos de nuestros enemigos con esa bravura que atesora. Le doy mi enhorabuena-*

-Es vocación lo mío, inspector. Lo hago con gusto-

-Y una curiosidad ¿Partió en dos a su ex esposa con el mismo gusto, o fue algo menos placentero?- preguntó Thierry con un tono tan sarcástico que tardaron sus tres compañeros en reaccionar y comprender lo que decía al forzado que tenían delante.

-¿Qué dice? ¿Intenta usted acusarme de...?-

-Señor Henry- le interrumpió el jefe, aunque con educación extrema y sin levantar la voz *-Permítame rectificarle. No lo intento. Directamente le estoy acusando de asesinar a su ex mujer de manera tan cruel. Sé que fue usted quien lo ejecutó y, mojando su dedo índice de la mano derecha en su propia sangre, escribió en la pared el nombre de su actual compañero sentimental ¿Tal vez celos? ¿Quizás cuentas pasadas? ¿Dinero que pueda haber por medio? ¿A lo mejor la separación de bienes quedó en el aire? ¿Algo valioso*

pendiente de repartir? No, Henry, claro que no. Fue sólo por sexo-

-¡Nada de eso!- respondió furibundo Henry -¡Fui yo quien le encontró en medio de un charco de sangre, señor! ¡Fui yo quien les avisó! ¡Fui yo quien intentó reanimarle...!-

-Muy samaritana su acción, Henry, salvo por un detalle capital. Y es que usted llegó ayer, poco antes de que yaciera tirada en el suelo, con la intención de tener sexo con ella; acto que realizaban a menudo, incluso teniendo ella nuevo amante ¿No es así, señor Henry?-

-¡Sí tuvimos sexo y consentido por ella, pero no la maté!- continuó Henry respondiendo con furia, mientras Thierry lanzaba al aire nuevas revelaciones que le ponían en evidencia.

-¿Consentido? Vamos, Henry, la milicia es su fuerte pero no así la comedia. De todos modos, doy veracidad a las anteriores veces en las cuales sí contó con su consentimiento; lo que provocó sucesivas y bastante agrias discusiones voz en grito entre su ex mujer y el que era su actual novio, de las cuales su vecina dejó constancia a mis compañeros Benoit y Axel ayer mismo al ser preguntada. Porque el tal Denis recibió esa confidencia de alguna forma, o bien fue su propia ex mujer quien le confesó el tema y, calculo, le habría impuesto aquél un ultimátum para dejar esa práctica; la cual desconocemos si él mismo permitió y por cuánto tiempo-

-¡Ella me necesitaba! ¡Era mucha mujer para ese marica!- exclamó Henry fuera ya de sí.

-¡Cálmese, Henry!- el inspector jefe fue contundente en su tono y logró guardara silencio *-Y ahora reconozca de una vez cómo ayer su ex esposa se cerró en banda frenando su pretensión de meterse en su cama y usted, encolerizado ante la decisión drástica que había tomado, no se le ocurrió más que violarle en primer lugar, y utilizo este término puesto que se ajusta a la realidad dada la violencia observada en la vagina y el ano, con sendos desgarros, a los que hay que añadir las marcas de mordiscos visibles en los senos de acuerdo con el informe del doctor Bertrand, aquí presente, como, posteriormente, asestarle una puñalada por la espalda letal conforme a su especialidad como militar, permaneciendo en ese momento ella desnuda tras el coito forzado y de pie junto a la cama con el teléfono descolgado, imagino que pidiendo ayuda a la policía, aprovechando algún descuido suyo-*

-¡Todo fue consentido, como siempre! ¡Lo hicimos y luego me marché!- volvió Henry a su iracundia, ante la mirada neutra de los cuatro investigadores.

-Ni lo uno, ni lo otro- Thierry, impassible, continuó su alegato *-Tanto es así que, una vez consumado el cobarde crimen propiciado por su rabia irrefrenable, su lado del cerebro calculador comenzó a urdir un plan que le sirviese de escape para un hecho que, previsiblemente, le costaría una condena de por vida. De tal forma señor Henry que, con el cuerpo ya en el suelo y sin vida, hizo un corte en su cuello, profesional añadiría, dejando manara un torrente de sangre con el cual tomó su mano, derecha en este*

caso lo que resultó su perdición al ser ella zurda, y comenzó a escribir, mojando en aquélla varias veces su dedo índice, el nombre de su actual amante y compañero; por cierto, alguien tan forzado como usted mismo aunque, permítame decírselo, con más valor y gallardía-

-¡Hijo de puta, te voy a...!- gritó Henry de repente, con una fuerza que casi reventó los oídos de los cuatro policías, y la mole que era se abalanzó como un oso herido sobre Thierry, sacando un enorme cuchillo de doble filo de un sitio que, por su rapidez en hacerlo, no pudieron determinar, y al cual sólo detuvo una acción súbita que paralizó de igual forma al ex militar.

-Señor Henry- dijo en un tono monocorde Thierry Pascal, sintiendo la punta del enorme cuchillo en su yugular, a la vez que observaba cómo la bocacha de una pistola que empuñaba Axel permanecía pegada en el centro de la sien izquierda de Henry y el dedo de aquél presionando a medias el gatillo *-Se me olvidó mencionarle que el compañero inspector Axel hace tiempo decidió cambiar las operaciones especiales, como comando de la Gendarmería Nacional en acciones antiterroristas, por la investigación pura y dura de nuestro Cuerpo; algo menos violento y sí más reflexivo, si me permite el término. Ahí donde le ve, señor Henry, tan menudo y recatado, Axel era especialista como usted en el combate cuerpo a cuerpo sólo que, como puede comprobar en sus propias carnes, son las armas cortas su fuerte. Tal como ha podido ver hace un instante, nuestro jovencísimo colaborador ha tardado una centésima de segundo menos que usted en extraer su pistola, empuñarla y, en un abrir y cerrar de ojos, colocarla en su cabeza. Por lo tanto, le recomiendo se relaje o el mínimo movimiento que realice será el último a tenor de la fiabilidad de su fulgurante reacción, prevista para evitar que su*

cuchillo me seccione la yugular. También le advierto seriamente de los cuatro compañeros que están detrás de usted, y que tuve la precaución de pedir vinieran en previsión de su comprobada irascibilidad y quienes, de igual modo, tampoco dudarán en recetarle una buena dosis de plomo a poco que haga un movimiento extraño que pueda ponerme en riesgo. Ahora, si no tiene inconveniente, deje esa actitud y asuma su culpabilidad. Le garantizamos un juicio justo y una condena acorde con sus actos-

Con lentitud, Henry retiró el acero de la yugular de Thierry y lo arrojó al suelo. Los compañeros uniformados cayeron sobre él y le esposaron, sin que opusiera más resistencia que una mirada tan asesina como él mismo.

-¡Gracias, Axel, muchacho! Veo cómo no se te ha olvidado tu adiestramiento- habló Thierry ya liberado, con la boca pastosa y secándose el sudor de la frente tras el trago sufrido con el gigantón deseoso de hundirle el cuchillo en la garganta; acompañando su gratitud expresa con una palmada cariñosa en la espalda del joven inspector.

-Un placer, jefe. Eso es algo que nos acompaña toda la vida, para bien o para mal. En esta oportunidad ha sido para bien y le aseguro que ese tipo ha tenido suerte porque, no dude, le hubiese atravesado el cráneo a poco que una de sus pestañas se hubiera movido- respondió con gesto serio el muchacho, mientras observaban todos cómo el grupo de agentes uniformados se llevaban a Henry rumbo a su seguro confinamiento de por vida.

-Bueno, Thierry, una muesca más en tu revólver. Un nuevo caso cerrado y

otro criminal fuera de circulación- comentó Bertrand en ese tono que utilizaba cuando el ambiente estaba relajado.

-Lo malo es que aún quedan demasiado sueltos ahí fuera- respondió Thierry dejando una mueca de preocupación.

-Bueno, hombre, tomémonos un respiro antes de que nos toque atrapar al siguiente ¿No os parece, chicos?- puso la nota de humor Bertrand, con un gesto de la mano que entendieron los tres.

-Ya te dije que las copas las pagabas tú, Bertrand-

-Por supuesto y además, si no decís nada en contra, iremos a...-

-¡Inspector jefe Pascal!- interrumpió a Bertrand un agente uniformado, quien irrumpió de pronto en la habitación.

-Dime, Françoise ¿Qué ocurre?- preguntó Thierry al joven policía, quien había participado en la detención de Henry hacía unos momentos.

-Nada importante, señor. Sólo he vuelto porque se me olvidó decirle que el jefe me ordenó le pidiera acudiese urgentemente a su despacho-

-¿Urgentemente? ¿Te dijo el motivo?-

-No, señor. Bueno, ya conoce lo nervioso que es. Me cogió al vuelo por el pasillo mientras salía disparado con mis compañeros para acá. Entonces me hizo esperar unos momentos en su despacho y se puso a hablar por teléfono, el que por cierto había dejado descolgado. Así que aguardé a que terminara y, después de estar allí de pie como un pasmarote bastante rato, me soltó eso de que fuera usted a verle de inmediato. De todas formas, lo único que se me quedó de lo que hablaba fue una palabra, que no hacía más que repetir, y era: “Interpol”-

-¿“Interpol”?-

CAPÍTULO VI

Karl Heinze Wolf no estaba dispuesto a dejarse doblegar por la desmesurada rampa, a la sazón una más de ellas, que según su deteriorado mapa le llevaría al punto más alto de la Sierra de Capelada, donde esperaba contemplar el paisaje, referido por muchos compatriotas, desde Vigía de Herbeira.

Era ese su destino aquel día, décimo desde que concluyera su durísima peregrinación a Santiago de Compostela y, tras ésta, continuara hasta Finisterre para no dejar de satisfacer su ansia de completar de manera íntegra ese ciclo iniciático que le había traído a tierras galaicas desde Irún, origen del arduo camino del norte, en el cual había tenido que soportar, dada la estación, agua a manta y días desapacibles que sólo la inmarcesible belleza del tramo de la costa le hizo olvidar.

Wolf, un ciudadano cuarentón, soltero y aficionado al senderismo, era natural de Gengenbach, según el mismo porfiaba con quien dijese lo contrario el pueblo más bonito y encantador de la germana Selva Negra. Desde allí, vía

Zurich, había emprendido la aventura que tenía más de introspección que de aquélla en sí; salvada como un reto personal en ese momento de la existencia en el que Karl Heinze comenzó a hacerse preguntas a sí mismo sobre su lugar en el mundo.

Su profunda fe en el mensaje Crístico le había acompañado durante cientos de kilómetros, ahondando en el sentido de la vida enfocada a los demás. Sin embargo, tuvo el viaje algo de penitencia por los desfallecimientos del pasado, los cuales él mismo reconoció para sí fueron en su día inducidos por los placeres terrenales que, a la postre, habían logrado ganar terreno frente a lo puramente espiritual en su existencia. Sin duda, había sido una lucha desigual pero, gracias a su tesón por evitar las tentaciones mundanas, había superado y vuelto al redil de las acciones marcadas por la bondad, la austeridad y el amor al prójimo.

Wolf se quejó en voz alta del dolor en uno de sus pies, el cual había sido el protagonista en más de una etapa del Camino a Santiago y justo en ese momento retomaba el papel con un escozor punzante que le obligó a tomar asiento a un lado de la carretera por donde, pensó entonces, no había transitado coche alguno en todo el tiempo que discurría su paso por ella.

Por un instante, en la más absoluta soledad, sintió un escalofrío de tal manera que no podía precisar qué lo producía. Momentos como ese los había tenido por decenas durante el recorrido, en especial por la zona más próxima a la frontera gala, cuando cruzaba solitario los pueblos vascos con umbrías más severas que donde se encontraba.

De todos modos, tenía que reconocer cómo aquel lugar transmitía algo inexplicable y, siendo aún de día, se le encogía el ánimo por las sombras que se adivinaban en el bosque circundante. Su palpito, de manera súbita, se hizo más evidente cuando le recorrió la electricidad del miedo por toda la piel, desde los pies a la cabeza, y en esta ocasión había una causa y bien distinguible a unas decenas de metros de donde se encontraba descansando.

No se levantó pero sí tensó todo el cuerpo cuando observó, sobre una loma a la salida de uno de los bosquecillos hacia el sur de donde estaba, un enorme perro observándole y no de muy buena manera a su entender. No quiso alarmarse, acostumbrado como estaba a esas situaciones las cuales habían surgido en el camino, aunque sí comenzó a temer algo cuando aquel can, desde la lejanía, comenzó a gruñir.

Fue un sonido ronco al principio, para luego convertirse en algo bien amenazante si tenía en cuenta el lenguaje de los perros y que conocía de sobras. Lo que sí le puso en guardia, y también ya en pie de nuevo olvidándose de las punzadas, fue que el perro añadió un gesto más preocupante enseñando amenazador sus enormes colmillos y que, incluso en la distancia, vio con claridad bien afilados y dispuestos a cumplir su cometido violento.

Sabía por experiencia cómo ese detalle hablaba de las intenciones del animal, y también que le convenía no mirarle a los ojos, toda vez que en el lenguaje perruno es una clara señal de desafío. Por dicho motivo, le dio la espalda y

continuó su camino sin caer en la provocación y dirigirle la mirada, haciendo como si nada ocurriese a sus espaldas.

Si antes había tenido una sensación incómoda y hasta le pareció que su nuca se desgajase del cuero cabelludo, cuando tras recorrer una decena de metros escuchó a sus espaldas al perro corriendo en su dirección, sí tuvo la confirmación de que el problema comenzaba a ser serio. Karl Heinze tenía claro no debía correr y, de esta forma, añadir argumentos a la bestia para atacarle conforme a su irreflexivo instinto.

Sin embargo, venció en su interior la tentación de observar y también medir sus posibilidades de escapar de su agresividad, lo cual le hizo volver el rostro comprobando con temor cómo le tenía a menos de tres metros con el lomo levantado en indicación de su embestida inminente y las enormes fauces babeantes, a lo que sumaba ese gruñido ascendente previo a su decisión de ataque.

Karl Heinze tuvo tiempo de ver con detenimiento cada colmillo de aquella bestia, sus ojos inyectados en sangre con expresión enrabiada, su pelo negro azabache y, lo que le alarmó más, su enorme envergadura; lo que le confería un aspecto aún más siniestro y en la soledad en la cual se encontraba.

Por ello, titubeó su ánimo calmado y el pavor hizo mella en aquél hasta el punto de perder el norte y también la racionalidad con la que Karl Heinze afrontaba los peligros. El pánico tomó el mando de su entendimiento, desplegó sus fuerzas dejando éste sin argumentos y al albur de los impulsos

primarios, dominado su cuerpo ya por la irreflexión y sujeto a la tiranía de un instinto tan ancestral como el de aquel trozo de carne dotada de movimiento y colmillos que tenía delante.

Karl Heinze cayó en la cuenta de lo que hacía cuando acertó a tomar conciencia de que sus piernas se habían puesto por sí solas en movimiento, sin que recordara él mismo la orden dada, y sus pulmones ardían conforme avanzaba en una carrera desordenada sin un rumbo meditado al borde de la extenuación.

En su descoordinada huida, cuando él mismo percibía como si no fuese protagonista y sí mero espectador de una aventura ajena a su cuerpo, salvó con punzadas en los cuádriceps un repecho que, en condiciones normales, jamás hubiese sido capaz de superar, para luego en su punto más alto tomar una curva pronunciada a la izquierda y acelerar al límite de la capacidad de sus miembros impulsado por la bajada que le permitió poner algunos metros de por medio.

Su corazón pareció salirse de la caja torácica, aunque no por el esfuerzo de la carrera, sino porque el hocico húmedo del perro tocó su brazo, advirtiéndole de que sólo era cuestión de segundos que el ataque se produjese. En su mente se dibujó esa imagen temida de la dentellada profunda y luego el consiguiente movimiento violento del cuello del animal, ese balanceo poderoso mientras mordía para arrancar el trozo de carne, casi sintiendo el dolor intenso al desgajar hasta el hueso aquélla.

Si esa presunción le aterrorizó fue mucho más lo que logró de su cuerpo, haciéndole literalmente volar sobre el asfalto en una frenética carrera bajando por la fuerte pendiente que formaba la carretera y, contra todo pronóstico, consiguiendo distanciar a la bestia babeante unos honrosos dos metros. De cualquier modo, la proeza fue efímera puesto que unos segundos después Karl Heinze notó cómo una dentellada arrancaba en un movimiento certero la mitad de la tela del pantalón, dejando al descubierto su piel lista ya para saciar el ansia sangrienta del perro.

Tal fue ese impulso inconsciente que, trastabillado y después de cubrir sus piernas con descoordinación unos metros, se precipitó por un profundo barranco. Karl Heinze perdió no sólo la noción del espacio sino también del mismo tiempo, empeñada su mente en desconectarle con tal de que no advirtiera los golpes y arañazos mil que su cuerpo iba recolectando conforme caía por la pendiente salpicada de obstáculos y que, sin tener constancia, iba lacerando todo su cuerpo, en especial su rostro y brazos por donde la sangre comenzó a manar libre.

Resultó tan poderosa aquella desconexión que ni siquiera percibió el golpe en la cabeza con uno de los muchos troncos con los que tropezó en su descenso dando tumbos, que sin embargo antecedió a su última etapa hacia el fondo del barranco; cuya húmeda alfombra de hojarasca le acogió empapándole, sin que se inmutara y quedando boca arriba inconsciente.

Karl Heinze abrió los ojos y creyó despertar de una de esas pesadillas infantiles, cuando aún no levantaba del suelo unos palmos y su madre hacía esfuerzos ímprobos con tal de levantarlo de la cama cada mañana para acudir

al colegio. Tanto fue así que escuchó el trinar de los pájaros como si se tratase de una bucólica jornada de últimos de mayo en su patria chica de la Selva Negra y, corriendo hacia el ventanal, también observó cómo arrancaba con lentitud el trasiego en Gengenbach. Hasta oyó el mugido de las vacas en los prados, a rebosar de verdor en las cercanías, y se emocionó al contemplar a su amigo Hans, quien llegaba a la carrera calle abajo seguro para recogerle y recorrer juntos el camino de la escuela. La felicidad le inundó, sintiendo la prístina inocencia en sus carnes, la mirada materna entreverada de complacencia y rigor, de disciplina y cariño, de suave caricia y orden estricta pero, ante todo, de amor.

De repente, Karl Heinze vio horrorizado cómo la luz fue arrebatada por la insidiosa oscuridad y los dulces presagios fueron aplastados, empujados, machacados por una sensación de negatividad, de desazón que llevó al otro extremo a su ánimo; compungido y triste ante la negrura de un pozo sin fondo en el que pareció caía sin que nada ni nadie le asiese, abandonado a su suerte e imaginando ya a su propio cuerpo destrozado en el fondo cenagoso de aquel agujero que, tembló, pensaba le conducía al mismo averno donde criaturas deformes, materializadas de la misma podredumbre circundante, pegajosas y sibilantes, se darían un festín con su carne, con sus mismos huesos quebrados, horadados, sorbiendo con fruición enfermiza hasta sus tuétanos, tras despedazarle con estudiada crueldad en un macabro castigo sin fin, mientras aún con el hálito de la vida percibía su pestilente hedor.

Creando ser pasto de los seres del inframundo, sin resistencia ante la pena impuesta y asumida por sus actos impuros de los que no le servía su sincero arrepentimiento, sintió el intenso dolor retorciéndole cada centímetro de su

cuerpo, tal si éste se hubiese convertido de repente en una gigantesca llaga supurante, comprendiendo cada palmo, cada poro de su castigada piel.

Karl Heinze, incapaz de soportar tanta tortura, abrió los ojos y tardó unos segundos en asumir qué ocurría sin poder discernir entre la nebulosa de los sueños y la crueldad del presente, haciendo un esfuerzo para que su mente se centrara en procesar la visión que tenía ante sí, deslumbrado por la luz llegando de plano donde se encontraba, cuando al fin comprendió como alguien desconocido manipulaba su rostro y un fuerte escozor casi le hacía volver a la inconsciencia. Sin embargo, aguantó y comenzó a percibir los sonidos que, hasta este momento, permanecían vedados para él.

-¡Sargento Lois!- escuchó Karl Heinz exclamar con fuerza a la persona que le atendía de sus heridas y quien no hacía más que desinfectarle la decena que exhibía por todo su cuerpo magullado.

-¡El perro!- dijo Karl Heinz en voz alta recuperando en su totalidad la consciencia y también sus miedos, además en un claro español que dominaba al haber trabajado en Sudamérica como ingeniero en su juventud.

-¡Tranquilo, hombre!- detuvo la cura el sanitario y señaló hacia arriba del barranco *-¡Mire! Allí lo tiene y bien amarrado por su dueño. El muy cabrón sigue gruñendo. Y dé usted gracias a esa mala bestia y también al lelo de su dueño que se le escapó, porque al encontrarle ladrando arriba del barranco vio entre la maleza sus pies y dio la voz de alarma. Si no, vaya a saber qué le hubiese ocurrido en su estado y también a este otro tendido en el suelo-*

señaló luego hacia la izquierda de Karl Heinze y éste giró la cabeza para comprobar lo que decía y, al verle, dar un respingo.

-¡Cálmese, hombre!- insistió el sanitario al comprobar cómo Karl Heinze casi se levantó del sobresalto *-Ese sujeto no está muerto, pero sí malherido. La cuestión es que usted mismo, al caer precisamente en este barranco, le ha salvado la vida y en su caso le faltaba poco para perderla-*

-¿Qué tal está, amigo?- llamó su atención por la derecha un Guardia Civil interesándose por su estado, tras la llamada voz en grito que el sanitario había realizado momentos antes.

-Me duele todo y no sé si me habré...- contestó Karl Heinze al agente, quien parecía estar al mando de toda la operación de rescate.

-¡Nada partido, hombre!- le interrumpió el sanitario sin dejar de hacer su trabajo y con un tono despreocupado que alegró a Karl Heinze *-Ahora bien, de aquí a una semana a base de calmantes y fuertes. Tiene porrazos por todo el cuerpo. Así que paciencia y bálsamo de Fierabrás-*

Como alemán que era, incluso dominando el español, no entendió aquella expresión “quijotesca”, pero se tranquilizó por la forma que su cuidador la había hecho, dejando una sonrisa tranquilizadora.

-Ha tenido suerte- habló el sargento Lois, quien se agachó para ayudar al

sanitario a incorporarle -¿Qué tal? Vamos, ande un poco- le animó el agente.

-Bien, bien; duele pero puedo caminar- respondió Karl Heinze, ya dejado solo por su cuidador y decidido a recuperar sus piernas, si bien todavía muy doloridas.

-Tome estos comprimidos y ahora trague uno-

-Muchas gracias, muy amable- respondió educado y obedeció al sanitario, cogiendo una de las pastillas de sabor amargo.

-Bueno, vamos a ver- habló el sargento Lois, quien había dejado al médico y varios guardias civiles al lado del otro sujeto, al que de igual forma auxiliaban pero con peor aspecto que el peregrino germano -Ya sé que es alemán, también su nombre y demás por el pasaporte que lleva. Y ahora, hablemos de lo que ha pasado, aunque me parece está claro que el perro le puso en huida-

-Sí, por supuesto, y creo que fue un error- contestó Karl Heinze reconociendo se había equivocado a la hora de enfrentarse al animal.

-Y tanto- reconoció el sargento -Esos bichos nada más ven alguien correr es como un imán. Además, ese chucho tiene fama por aquí y para colmo de vez en cuando da algún disgusto escapándose. Tiene malos instintos y le digo que yo mismo, incluso mis compañeros, nos hemos visto en algún aprieto por

su culpa-

-Tendría que haberme quedado quieto- habló Karl Heinz señalando hacia arriba, donde permanecía el perro ladrando y amenazante pero bien amarrado por su dueño, quien observaba curioso sin perderse puntada de la escena que tenía lugar en el fondo del barranco -Pero, lo confieso, me entró un miedo atroz. Los perros no son mi fuerte y siempre les he temido-

-Esos cabrones huelen a un kilómetro el miedo y el suyo sería descomunal, amigo-

-Pues, sargento, casi no me sentía las piernas, ni tampoco hacia dónde iba. Hasta empecé a correr hacia la parte más alta y de repente cuesta abajo sin poder controlar la carrera. Para colmo, el perro logró alcanzarme enseguida y me mordió aunque con la fortuna de que sólo se llevó la mitad de los pantalones entre los dientes. A partir de ese momento, sólo recuerdo ir rodando barranco abajo. Seguro me tropezaría con algo o incluso yo mismo sin control me impulsé-

-Está claro. No le dé más vueltas, hombre. Y menos mal que el bicho ese no hizo por usted más. Es listo ¿Sabe? Cuando vio la caída se quedó ahí arriba ladrando y, como le ha dicho el médico, eso le ha salvado. Por cierto ¿Qué hacía por aquí?-

-Bueno, de regreso desde Finisterre tras peregrinar a Santiago de

Compostela. La verdad es que no quería irme de Galicia sin subir a Vigía de Herbeira. Me han hablado tantas maravillas de este lugar, sus paisajes, que me lo tomé como colofón al esfuerzo del camino. Así que...-

-Así que casi se deja aquí la piel y no allí arriba que es más peligroso- le interrumpió el sargento jocoso -Pues, oiga ¿Qué quiere que le diga? No creo que a cuerpo gentil vaya usted a coronar la cima-

-No le entiendo-

-Pues que con el cuerpo como lo lleva, como un Santo Cristo, no podrá subir hasta arriba-

-Creo que será para la próxima vez que visite España-

-Una cosa quería decirle y que me llama la atención. Habla estupendo nuestro idioma, pero le noto un deje porteño-

-Así es. Trabajé durante varios años en Argentina-

-Bueno ¿Se encuentra con fuerzas para continuar con su escapada?-

-Sí, agente, no se preocupe-

-Mire, vamos a hacer una cosa porque me sabe mal que haya llegado hasta aquí y se quede sin subir al acantilado ¿Qué le parece que uno de mis muchachos le lleve? Así tendrá mejor recuerdo de nosotros que esta fenomenal caída que ha dado-

-Bueno, sería fabuloso para mí. Pero no quiero molestarles-

-No hay molestia, hombre. Además, de todas formas íbamos a acercarle al pueblo que nos dijese. En coche son sólo unos minutos, hace usted sus fotos para dejar constancia gráfica de haber coronado la cima y luego le llevan de regreso a su hotel para que descanse como necesita-

-No tengo palabras para agradecer...-

-Nada, nada, no hace falta. Mejor sería buscar nosotros algunas para mostrarle nuestra gratitud por habernos puesto en la pista de un asesino-

-¿Ese hombre?- miró Karl Heinz al sujeto que yacía metros más allá y aún los médicos intentaban reanimar.

-El mismo que ve- respondió el sargento señalando con su dedo índice acusador -Con toda seguridad, un accidente durante la noche hizo que cayera con su coche por aquí y hemos descubierto transportaba un cadáver

en la maleta. En fin, todo muy macabro. No obstante, para nosotros y gracias a su involuntaria intervención, un éxito pillarle con las manos en la masa. En confianza, además resulta que es amigo mío de toda la vida y anoche mismo me lo encontré camino de este escondrijo que conocería ya. El cadáver que estaba en la maleta es de su mujer, a la que se ha quitado de en medio. Pero, bueno, dejémonos de cháchara que se va el sol pronto y es mejor le lleven cuanto antes al acantilado-

-Ha sido un placer- dijo Karl Heinz, dando la mano tanto al sargento Lois como al sanitario que le había atendido de sus heridas.

-¡Vázquez!- llamó a uno de los agentes *-Vamos, súbele al acantilado y luego le llevas donde te indique. Oye, y vuelve para acá nada más termines que hay faena para rato-* ordenó para después despedir al turista alemán, con un aspecto de haber sido pisoteado por una manada de búfalos en estampida, quien se perdió barranco arriba rumbo a su destino truncado hacía unas horas por el mismo azar el cual, en una suerte de circunstancias tan equidistantes como encadenadas, había propiciado la localización de Aquilino Goy y, tras el tétrico hallazgo del contenido de la maleta, también su acusación como asesino despiadado.

-¿Qué tal va?- pregunto Lois al médico.

-Aún está conmocionado, sargento-

-¿Algo roto?-

-No, nada, aunque sí varias fisuras en las costillas. Lo que sí tiene es un buen chichón y media neumonía del frío que ha pasado aquí desde anoche-

-¿Y cuándo...?-

-Lois, si lo que estás pensando es en apretarle las tuercas, aún te queda. Una vez que salga de la conmoción, ya veremos y eso si controlamos a tiempo el daño en el pulmón. Por cierto, es Aquilino...-

-Goy; Aquilino Goy, pues claro, hombre- interrumpió el sargento con suficiencia -El marido de la bodeguera. Quien por cierto le traía empaquetada en la maleta para abandonar su cadáver por aquí. Lo que son las cosas ¿No, doctor? La puta casualidad de caer Aquilino en el barranco y que el alemán diera con sus huesos al lado huyendo del perro-

-¡Sargento! ¡Sargento! ¡Aquí!-

-¡Joder! ¡Ya voy!- respondió en voz alta ante la insistencia en que acudiera por parte de otro agente *-En fin, doctor, le dejo con su paciente y cuídemelo porque nos tiene que responder a muchas preguntas, aunque las respuestas me temo las conocemos de antemano. Incluso así, tendremos que darle margen para que nos cuente algo convincente-*

-Lois, aquí el amigo y consorte de la que fuera heredera de las Bodegas sabemos los dos que es carne de presidio- respondió el médico señalando a su paciente.

-¡Coño y quién lo iba a decir!- soltó Lois gesticulando con los brazos y luego señalándole también *-Anoche como si tal cosa ¿Sabe? La casualidad de que me lo encontré en el control de carretera, le saludé alegrándome de verle, le pregunté por su visita y me dijo que iba a ver a la familia. Como si nada y resulta que a lo que venía era para tirar, como si fuese un desperdicio, a su esposa. Este oficio tiene esas, doctor-*

-¡Y lo que nos queda por ver, Lois!-

-¡Sargento! ¡Sargento!- escuchó Lois cómo le llamaban de nuevo.

-Lo dicho. Avíseme en cuanto nuestro presunto asesino regrese al mundo de los vivos- abandonó Lois el lugar donde había recibido atención médica Aquilino, al que se dispusieron a subir en camilla hasta la ambulancia, para luego encaminarse unos metros más abajo del barranco hacia donde se encontraban dos agentes haciendo gestos con las manos y quienes con insistencia le habían llamado su atención.

-Sargento, me parece que su amigo Aquilino es algo más que un simple asesino doméstico- le dijo el agente Carlos Loureiro.

-¿Qué me dices?- respondió el sargento con cara de extrañeza, a la vez que observaba el gesto tanto de Loureiro como del otro agente señalando una especie de entrada en un recodo del barranco.

-Carlos ¡Me cago en...! Si me meto ahí será para algo de enjundia- dijo Lois muy serio -Sabes que tengo terror a esos sitios cerrados y menos en pleno bosque, joder-

-No tienes más remedio que verlo. Si te lo cuento, quizás no te lo creas. Así que agáchate y mete la gaita-

-Te empapelo como sea una broma, Loureiro- amenazó Lois.

-¡Coño, que no es para tanto. Sólo está oscuro!- respondió el agente, casi empujándole viendo cómo dudaba su superior.

-¡Vale, vale, joder, que ya voy para adentro!- dijo Lois quitándose la gorra, dándosela luego al otro agente y penetrando con mucha precaución en la oquedad que, a poco más de un par de metros, se ensanchó permitiéndole colocarse erguido sin temor a golpearse la cabeza. Linterna en mano, de la cual le habían proveído, examinó el lugar de izquierda a derecha sin encontrar nada reseñable.

-¡Al fondo!- escuchó decir con su inconfundible vozarrón a Loureiro desde la entrada y siguió su consejo dando un par de zancadas, si bien con la debida

precaución por donde pisaba. Alcanzado el lugar indicado, Lois tuvo que taparse la boca con tal de no soltar el desayuno que había tomado muy temprano antes de incorporarse al trabajo, sin que pudiera hacer nada porque algo le saliera por las comisuras de los labios y empapara el suelo de aquel lóbrego lugar de olor acre.

De manera instintiva, dio un paso atrás y tuvo entonces un sobresalto mayor que el primero al toparse sus espaldas con algo vivo.

-¡Coño, Carlos! ¡Avisa antes, joder!- le gritó cagado de miedo a su compañero, quien había decidido en silencio seguirle y colocarse tras él.

-¿Qué te parece?- preguntó calmándole Loureiro.

-Me quedo sin palabras- dijo Lois sin dejar de taponar su nariz *-De manera que nuestro Aquilino no sólo traía a su esposa para hacerle desaparecer una vez liquidada...-*

-Por lo visto es su cementerio particular tras las fechorías a las que se dedica en sus ratos libres; seguro para no aburrirse el muy cabrón-

-Y, además Carlos, parece ser que desde hace tiempo- respondió Lois, observando aún con el estómago levantado el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, el cual y alumbrado con la luz incidental de la linterna cobraba aún más dramatismo. De esta forma, se encontraba en la parte más profunda del

escondrijo un esqueleto descarnado en su totalidad, aunque conservando casi perfecta la cabellera rubia desprendida bajo éste. Por su parte, y a un metro de distancia antecediéndole, se encontraba el cadáver de una mujer joven, completamente desnuda y con aspecto, salvo criterio forense, de llevar apenas unos días allí, en cuyo cuerpo destacaban sobremanera las heridas infringidas con saña, en especial el torso y el abdomen, aunque comprendieron que la herida más letal era la degollación que presentaba de lado a lado en la garganta completamente abierta y desgajada.

-¡Observa, Lois!- le llamó la atención Carlos poniéndole la luz sobre una fotografía impresa en un cartel que rezaba “Desaparecidas”, el cual extrajo de su chaqueta.

-¡Coño! Pero si es una de las chavalas de Tapia de Casariego que desaparecieron la semana pasada- dijo el sargento nada más darse cuenta coincidía todo.

-O sea que ese cabronazo es un asesino en serie-

-No sé si en serie, Carlos- respondió Lois cariacontecido, pensativo y con una expresión de asco profundo, en particular al recibir de lleno el hedor del cadáver ya en descomposición *-Pero sí que Aquilino tiene algo que ver en todo esto. Si te digo la verdad, no entiendo cómo pudo haberse convertido en alguien que llevara a cabo esta salvajada-*

-Como te decía, Lois, demasiado tiempo libre. Ya sabes ¿No? Tenía la vida resuelta con la mujer todo el día soltándole cheques. Buenos coches, buenas viviendas, buenas viandas, buenas ropas, buenos viajes, y todo el día sin dar palo al agua. Se distraería cargándose a chavalas-

-Vete a saber. De todas formas, en cuanto se reponga saldremos de dudas-

-De acuerdo, Lois. Pero la principal duda es dónde está la otra muchacha desaparecida-

-Cierto, Carlos. Y si ha corrido la misma suerte que esta pobre...-

-¡Un momento!- interrumpió Carlos las palabras del sargento, avanzando hacia el fondo de aquel lugar justo donde se encontraba el esqueleto de la otra mujer, alumbrando algún detalle que desde donde estaba con su superior le había llamado la atención.

-¿Qué pasa?-

-¡Mira, Lois!- respondió Carlos colocando la linterna apenas a un centímetro de un montón cubierto por tierra, donde sobresalía por un lateral algo que no casaba con la envoltura. Tomó su bolígrafo y empujó el borde hasta que, apartada la tierra, quedó al descubierto una cartera de piel donde se leían con claridad las iniciales S.L.-

-*¡Qué vista tienes, jodido!*- le soltó Lois acercándose también donde estaba, agachándose y comprobando cómo la cartera estaba intacta.

-*Ni la humedad ha podido con ella*- dijo Carlos.

-*¡Espera!*- le advirtió elevando el tono Lois -*Toma mi pañuelo y no toques por si podemos encontrar más tarde huellas que nos delaten al autor, aunque Aquilino tenga todas las papeletas del sorteo*-

-*No hay problema*- respondió Carlos obedeciendo y, una vez el pañuelo aislando sus dedos, manipuló el cierre para a continuación abrir la cartera. En un lateral observaron la fotografía de un joven y en el otro, lo que buscaban: un documento de identificación que les resultó extraño.

-*Republique Francaise*- leyó alumbrando Carlos el frontal del documento, el cual después extrajo para dárselo a Lois.

-*¡Vaya, francesa! Turista, seguro. Bueno, vamos a ver*- dijo el sargento también pañuelo en mano y dándole con cuidado la vuelta al documento -*¡Sí, aquí está ¡Joder! Pero si está expedido en 1959*-

-*¿Veintiún años aquí lleva desaparecida?*-

-Lo que te digo-

-¿Su nombre?-

*-¡Alumbra aquí!- dijo Lois –Sí, sí, ya lo veo; se llamaba Shan...Shan...
Shantal Laporte...-*

CAPÍTULO VII

-Bertrand, vamos a ver ¿Estás seguro de que era esta carretera?- preguntó Thierry Pascal a su forense de cabecera, empeñado en tomar aquel desvío, según su propio criterio y que les conduciría a su destino en la localidad gallega de Cariño.

-Thierry, desde que alquilamos el coche en el aeropuerto no has hecho más que hacer preguntas de niño de parvulario. Verás, si te digo a la derecha es a la derecha y no tienes por qué poner en cuestión el número de la carretera-

-Pero, Bertrand, hay que mirar, además de la dirección, el número que indica con claridad el cartel del desvío-

-Tú no te preocupes que llegamos seguro y sin dar más vueltas. Te lo garantizo-

-Sí, sí, Bertrand. Igual que el verano pasado cuando fuimos de excursión con las mujeres a Calais y aparecimos en la frontera holandesa-

-Bueno, no es para tanto. Total, eran unos pocos kilómetros de desvío-

-¿Pocos? ¿Ciento veinte kilómetros no te parecen una exageración?-

-Fue culpa de la niebla, Thierry, querido. Son inclemencias que no se pueden prever y tengo que reconocer me despistaron a la hora de darte las indicaciones. No es algo tan grave como para...-

-Pues ahora no tienes niebla a quien echarle la culpa-

-Esta vez no te preocupes que todo va perfecto. Cuadrado al milímetro-

-¿Seguro?-

-Bueno, seguro en la vida no hay nada. Pero creo se acerca y mucho a ese estado- respondió Bertrand, tirando de su acostumbrada ironía y guardando después un silencio más que necesario para que se concentrara en la conducción su amigo y compañero.

Por su parte, Thierry prefirió no crear más polémicas y centrarse en la tarea, por otra parte nada fácil teniendo en cuenta la sinuosidad de las carreteras

gallegas, las cuales era la primera vez por las que transitaba. Aprovechó el descanso de la verborrea de Bertrand para pensar en las circunstancias que le habían traído a España y el esfuerzo realizado ante sus superiores para que autorizaran le acompañara Bertrand, quien ardía en deseos de pasar una temporada alejado del ajetreo de París y, además, aplicar su olfato forense en otros casos menos rutinarios. La posibilidad de poner a prueba sus capacidades en España, y en concreto en Galicia, le tuvieron nervioso los cuatro días que Thierry anduvo fajándose con los jefazos y, llegada la feliz decisión, le faltó tiempo para cortarse el pelo, ir luego a Galerías Lafayette para comprarse un vestuario acorde con el viaje y meterlo a duras penas en las maletas; cosa era propia de alguien tan presumido como él.

En el lado opuesto, Thierry sólo había tenido que coger del armario algunas prendas y, sin alharacas, tan sobrio como acostumbraba a ser en su vida cotidiana, hacer una sola maleta sin darle más importancia a la indumentaria. A lo que dedicó más tiempo fue a frenar las intenciones de su esposa para unirse al viaje. Y le costó lo suyo convencerla de que serían jornadas muy duras, donde apenas podrían verse y el trabajo junto a Bertrand ocuparía hasta el último minuto de su estancia en tierras galaicas.

-A la derecha ahora, muchacho ¡Vamos!- le sacó Bertrand con maneras bruscas de los pensamientos, más bien achuchándole que indicándole el desvío siguiente.

-Lo habrás comprobado, me imagino- preguntó cauto Thierry, conociendo la vehemencia de su amigo y también el despiste que gastaba mayormente.

-Sin duda. Todo controlado, chico. Ya lo ves con tus propios ojos: soy un as del copilotaje. Tengo intención de pasarme a los Rallys-

-Ni amarrado sería tu piloto, Bertrand. Capaz serías de despeñarnos-

-No seas así, Thierry, muchacho. No quieres reconocer mi habilidad en estas lides-

-Ya, ya, claro. Experto ¡Pero, qué digo! Mucho más, sí, sí-

-Tú y tus ironías, Thierry. Pura envidia-

-¿Sabes qué te digo, Bertrand? Y no estoy bromeando, porque de verdad pienso que, por la tardanza en llegar a Cariño, me temo apareceremos en la frontera portuguesa-

-Bueno, querido, habría que tomarlo con la debida deportividad. Quiero decir a la inglesa, si me permites. O sea, con flema. Y, si fuese el caso, acercarnos a tomar uno de esos platos de Bacalao Dorado que tan bien ejecutan los portugueses-

-Porque queda lejos la frontera, Bertrand, que si no serías capaz de dirigirme allí en la seguridad de que ibas al lado contrario-

-Tranquilo, que esta vez he estudiado el mapa con detenimiento y, si no me equivoco, estamos ya sólo a pocos kilómetros de nuestro destino-

-Sería una raya en el agua-

-Pues, Thierry, observa el cartel-

-¡La madre que me...! ¡Pero si pone “Cariño”!-

-Ya te dije que esta vez lo clavaría-

-Bertrand, de acuerdo, pero el reto es mayor-

-¿Qué quieres decir?-

-Pues que para presumir de algo en esto tienes que indicarme con exactitud dónde conducir hasta llegar a la Comandancia de la Guardia Civil-

-Bien, eso ya es más complicado y para eso tendré que echar mano de otras habilidades. Por lo tanto, lo mejor es que nos detengamos, preguntemos cómo llegar y, de paso al ser la hora de tomar bocado, degustar los exquisitos manjares de esta zona para así llegar con el estómago lleno a

nuestra meta-

-En esta oportunidad, Bertrand, no puedo estar más de acuerdo, además que tenemos a la derecha la solución para ambas cosas- respondió Thierry, uniéndose por una vez al más que acertado criterio de su amigo, en tanto tomaba con precaución señalando con el intermitente su desvío por un carril de servicio, el cual llevaba directo primero a una gasolinera y, justo al lado, hasta el aparcamiento de un restaurante a la entrada de la población. Sin problemas de estacionamiento, dada la hora temprana del mediodía, aparcaron y se dirigieron a su interior donde reponer fuerzas y orientarse hacia su destino en Cariño.

Minutos después, ambos fueron acomodados en una mesa junto al ventanal con una hermosa vista de la costa y comprobaron cómo era un sencillo local, aunque con viandas de primera, servidas con prontitud y que hicieron las delicias de los dos. No dudaron en degustar las especialidades de la zona, si bien Thierry se decantó por las carnes y Bertrand por el pescado, aunque coincidieron ambos en los entrantes con sendas raciones de marisco fresquísimo. Al final del ágape, no pudieron resistir la tentación de rematarlo con un postre casero que el propietario del local les recomendó, realizado de manera artesanal por su propia esposa, servido en persona de una forma tan inusual para ellos que les llamó la atención.

-París es una ciudad bellísima, pero llena de parisinos con mal carácter- reconoció con una sonrisa Thierry a la pregunta del propietario del local, tras pagarle la cuenta y también felicitarle por lo soberbio que les había parecido lo servido. Aquel hombre comentó cómo su acento les delataba su

procedencia del país galo y le faltó tiempo para alabar a la Ciudad de la Luz, que había conocido en su juventud y de la cual confesaba, con la mirada perdida, su ferviente deseo de regresar una vez llegase el momento de la jubilación.

-Señor, permítame decirle cómo a París todo eso se le perdona- contestó el hombre, de nombre Martín, grueso, alopecico y con una ligera cojera que le dificultaba al andar de un lado al otro del local *-No exagero si les digo que jamás he visto ciudad más emocionante, pero entiendo usted reconozca, como algo censurable frente a tanta belleza, ese detalle de lo reservados que son sus compatriotas. Bueno ¿Qué quiere que le diga? ¡Nada, ni nadie por supuesto, es perfecto!-*

-Perdonar es algo poco común en estos tiempos y veo que usted lo hace de buen grado- respondió Thierry *-Si le soy sincero, yo mismo no perdonaría esa desgana que exhibimos los parisinos frente a quienes nos visitan. Y también tiene mucha razón en lo que a colación apuntaba, ya que es la ciudad ese bálsamo del viajero, su elegancia, su porte, su encanto el que cura la forma un tanto cruel de los ciudadanos que la pueblan, pasando sus días y sus noches en ella, ajenos a la imagen que proyectan; por otra parte negativa-*

-Así es- intervino Bertrand, quien había estado rebañando el postre casero a base de “Dulce de Leche”, dejando el plato limpio *-Y todo lo contrario a España. Aquí basta entablar conversación con alguien en plena calle y recibir no sólo indicaciones para llegar a cualquier sitio sino que, casi, hacen de guía turístico. Una delicia, señor, créame. Y se lo dice un parisino*

de pura cepa y tan antipático como describe mi compañero-

-Bueno, bueno ¡No diga usted eso, hombre!- saltó Martín, nada más escuchar sus palabras, a frenar la autocrítica expresada por Bertrand de forma tan ácida como en él era costumbre *-Son ustedes simpatiquísimos y no tienen por qué flagelarse con esa leyenda un tanto negra, si me lo permiten decir así. Creo es algo cruel y excesiva, desde mi humilde punto de vista-*

-Perdone le rectifique- respondió Bertrand *-pero me temo que es cierta. Y si nos ve así de relajados y, como dice, simpáticos, es porque estamos fuera de París y no ejercemos de parisinos malhumorados. No obstante, aparte de bromas, es cierto que no todos somos así. Tal vez el peso de la gran ciudad, ya sabe usted a lo que me refiero: el tráfico, la polución, atascos interminables, multitud de gente de un lado para otro con prisas; en resumidas cuentas un sitio inhóspito para las relaciones humanas, si me permite el término un tanto cursi pero es la realidad-*

-Tiene razón Bertrand. Y me explico- se sumó Thierry al tema *-Se lo digo por nosotros mismos, porque es abandonar la ciudad y cambiarnos el carácter y no digamos la frontera con España. Se siente uno más relajado, más amable si acaso-*

-La gente se para y habla con uno- añadió Bertrand sumando argumentos *- No hay tanta prisa, ni tantas obligaciones y, si las hay, parecen que se cumplen aunque con otro tiempo; quizás supeditadas a otro ritmo de vida menos frenético-*

-Según se mire, señores- frenó a los dos el dueño del local, quien terminó por sentarse junto a ellos para continuar la plática y, además, servirles por cuenta de la casa sendas copas de licor que recibieron parabienes de ambos *-De igual modo y en el lado contrario está la excesiva cercanía hispana que, si les digo lo que pienso, a mí también tanta me molesta-*

-Familiaridad, Martín, imagino querrá decir-

-Por supuesto, claro, es a lo que me refiero- contestó Martín a la puntualización de Bertrand, sirviendo otra generosa ronda de copas *-A mí personalmente no me agrada tanta familiaridad, como bien dice. Es un tanto atosigante y, si entienden lo que digo, muy provinciano-*

-Bueno, de eso nosotros entendemos- habló Thierry con la copa, ya casi apurada, en la mano *-También tenemos esos vicios los franceses, y muchos pecan también de eso-*

-¡Propongo un brindis!- saltó Bertrand, a quien le había hecho efecto la graduación del licor más que a Thierry *-¡Por España y por Francia!-* a lo que los otros dos se sumaron con los colores apareciendo en las mejillas tras varias copas bien cargadas de licor.

-Bueno, amigos, llevo un buen rato de tertulia con ustedes dos- tomó la palabra Martín de nuevo, tras servir nuevas copas y brindar los tres por

Galicia *-y todavía no les he preguntado cómo hablan ustedes con tanta soltura el español ¡Si parece que llevasen toda la vida aquí!-*

-¡Hay truco!- contestó con una expresión pícaro Bertrand, haciendo a la vez un gesto con la mano que dirigió la atención de Martín hacia su compañero.

-¡Mejor dicho, hay dos trucos!- devolvió Thierry tanto la expresión como el gesto a Bertrand, a quien Martín observó haciendo una pose cómica tan alejada de su aspecto de caballero distinguido, donde nada de lo que portaba sobre sí estaba sin coordinación, incluyendo calcetines, pañuelo y zapatos en perfecto estado de revista.

-Pues tienen que ser buenos los dos, señores-

-Está bien, Martín. Es lógico desvelemos los motivos, que ya le adelanto no tienen nada de particular. Así que empezaré por mí mismo y le diré que mi nombre es Thierry Pascal, lo cual no le diré mucho pero sí cuando conozca que mi segundo apellido es Mariño-

-¡Caramba, gallego y bien antiguo!- dijo Martín alegrándose de aquella circunstancia *-¿Su madre...?-*

-En este caso, mi abuelo- completó Thierry la pregunta de inmediato, aclarando el dato *-Nació en Pontevedra y en los años veinte se fue a trabajar a la fábrica de Renault como ingeniero. Lo que iba a ser para unos años se*

convirtió en una vida y allí permanece, aunque ya sólo en nuestra memoria. Así que soy un francés de ascendencia gallega y criado en el Valle de Champaña-

-Además, se llama Thierry- añadió Bertrand de nuevo haciendo de las suyas y colocándose a su lado con las manos sobre su cabeza indicando un círculo, lo cual Martín no acertó a comprender.

-Vamos, Bertrand, el licor te hace efecto ¿No?- Thierry quiso sacar de la perplejidad al dueño del local, quien no dejaba de servir copas *-Bueno, Martín, es que disfruta de vez en cuando burlarse de mí y por eso me pone la corona de Santo. Usted, si fuese francés claro está, sabría cómo en el Valle de Champaña se encuentra situado el monte de Saint-Thierry y eso es lo que este payaso intenta hacer con mímica. Por tanto, no es casual que mi madre me lo pusiera. En resumidas cuentas, soy bilingüe desde que tengo uso de razón, si bien tengo que reconocer que sólo ella me obliga a mantenerme en forma con el español y, algunas expresiones, se me escapan como es lógico-*

-¡Nada, hombre! Habla usted un español que ya quisieran muchos de por aquí ¿Y usted, Bertrand? ¿También tiene antepasados de la península?- preguntó Martín intrigado por el nivel del idioma que mostraba, incluso con mejor acento que Thierry.

-Al contrario que mi amigo no tengo familia española, pero no me hizo falta desde la cuna puesto que nací en Hendaya, justo al lado de la frontera con España y mi padre, médico como yo, en su clínica atendía a más españoles

que franceses. Ni que decir tiene que aprendí español a la misma vez que mi idioma materno-

-Pero, Bertrand, lo que no entiendo es cómo puede tener ese nivel de español aún. Porque me imagino se marcharía a estudiar a París o bien a trabajar...-

-¡Hay nuevo truco en eso!- esta vez interrumpió Thierry y añadiendo un matiz de burla para devolvérsela a Bertrand.

-Un truco que dura unos años y es que me casé con una muchachita de Peñaranda de Duero que conocí estudiando en La Sorbona; así que no hace falta más explicación-

-Entonces, Bertrand, no me extraña esa forma de hablar si una de Burgos le pone los puntos sobre las íes- soltó Martín con gracejo, aunque dejando en blanco a los dos franceses con el comentario *-Bueno, el chiste me lo guardo para mí colete por si acaso-* recalcó en voz baja y con una sonrisa aún más pícaro que la de Bertrand momentos antes.

-Oigan y, disculpen ustedes que sea tan curioso, pero su visita a Cariño es por turismo o...- preguntó intrigado Martín.

-¿Turismo? Ya quisiéramos ¿No, Bertrand?-

-Y que lo digas. Salvo este rato con usted, amigo Martín, nos esperan horas y horas de duro trabajo-

-Pues se me hace que son ustedes potentados-

-¿Potentados?- saltó Thierry sin conocer el significado de la expresión.

-Quiere decir que le parecemos ricos, o sea gente con mucho dinero- dijo Bertrand sin utilizar el francés, con tal de que Martín entendiera y se riera como él mismo-

-Bien, bien, sí que es bueno eso que dice- añadió Thierry, sin dejar de soltar una carcajada -Pero nada más alejado de la realidad. Somos humildes policías, si bien él es forense y tiene ese aire mundano de la gente con posibles-

-No le haga caso, Martín, es un chistoso y yo soy el blanco ahora de sus bromas- contestó Bertrand, sin perder el buen humor.

-Ya ha visto, Martín, como es justo al revés. Soy yo la diana de este médico metido a rastreador de criminales-

-Pues, caballeros, les puedo confesar a los dos que ni se me había pasado por la cabeza ese oficio de ustedes. No tienen ese aire de policías que a los

de aquí se les nota a leguas-

-No crea, Martín. Tal vez porque estamos fuera de nuestro medio natural y, ya ve, de viaje parece que los dos nos relajamos y dejamos la cara de policía en nuestros respectivos despachos de París-

-Pues esta cara es la que uso cada día, Thierry. Así que habla por ti-

-Eso es cierto, y ya ve Martín cómo Bertrand es todo lo opuesto a cualquier individuo que tenga algo que ver con la policía. Incluso con los típicos forenses de cabello canoso, bigote enorme que les oculta el labio superior, gruesas gafas negras y una mirada distraída-

-¡Santo Cielo!- exclamó Bertrand con la comicidad a flor de piel -No interpretaría ese papel en la vida. Prefiero ser una excepción de la profesión y seguir comportándome de esta forma caótica, en la que por cierto me encuentro de perlas-

-A veces preferiría tuvieses más rigor y menos bromas, Bertrand-

-¡Oigan, no sé si debo!- interrumpió Martín las bromas de ambos policías y llevando la expresión jovial de su rostro, hasta ese momento mostrada acorde con las de Thierry y Bertrand, a otra de más seriedad -Pero la curiosidad me empuja a preguntarles por su presencia aquí. La verdad es que este es un lugar muy tranquilo y sólo tenemos la Guardia Civil dedicada casi en

exclusiva al contrabando-

-Tarea poco agradecida, esa es la verdad- contestó Thierry sin dar importancia a la pregunta, aunque también bordeándola con habilidad – *Martín, cuanto más empeño se pone por los cuerpos policiales, más se recrudece la inventiva de los facinerosos para seguir introduciendo mercancía. Es el cuento de nunca acabar y un problema común a todos los países. Ni se imagina cómo están nuestros colegas destinados en las poblaciones de la Costa Azul de alijos y alijos diarios, sin saber dónde acudir. A veces parece inútil el trabajo, pero alguien tiene que hacerlo-*

-Thierry, déjate de rodeos y dile a Martín lo que quiere saber. No pretenderás hablarle de todo el cuerpo de fronteras-

-Por una vez tienes razón, Bertrand. Y sí es cierto, Martín, que le debo una explicación- se rindió Thierry ante la evidencia de que su propio compañero ponía en suerte la respuesta real a la pregunta de su anfitrión, la cual había reservado como era costumbre en él para los asuntos oficiales *-Aunque debo advertirle es algo confidencial, por ser usted estimo de confianza, además de por su amabilidad y trato exquisito con nosotros, se lo voy a revelar. En concreto, Bertrand y yo estamos aquí para investigar de manera conjunta con sus compatriotas de la Guardia Civil un rapto y, al parecer, posterior asesinato de una ciudadana francesa hace de esto más de veinte años-*

-¡Jesús! ¡Claro!- exclamó Martín al momento de escuchar la confidencia de Thierry *-Ahora recuerdo que fue en Vigía de Herbeira-*

-¿Vigía de...?- preguntó Bertrand.

-Los acantilados quiero decir- aclaró Martín enseguida, sin dejar terminar la pregunta a Bertrand -Si van al espigón del puerto, desde allí pueden ver la cima. Son enormes y dicen que los más altos de Europa. Fue horrible y me acuerdo como si fuese hoy mismo lo que ocurrió. Ya les digo que causó mucha impresión a todos por aquí. Lo que puedo poner en pie es que se trataba de un matrimonio de recién casados compatriotas suyos y, además, que el marido se despeñó con el coche y su esposa desapareció-

-Justo es así, Martín- respondió Thierry -Hace unos días, recibimos la noticia de nuestros colegas españoles de que habían aparecido los restos de la esposa-

-Y también que habían detenido al presunto criminal, quien por lo visto se dirigía a hacer desaparecer en el mismo escondrijo, donde aparecieron los restos, a su propia esposa- añadió Bertrand, quien había perdido todo rastro del buen humor exhibido hasta hacía bien poco.

-¡Aquilino!- exclamó Martín.

-¿Cómo? ¿Aquil...?- pregunto Thierry, al no entender si era aquello nombre o expresión.

-Pues que a quien pillaron “in fraganti” se llama Aquilino, Goy de apellido y vecino de toda la vida de por aquí. Bueno, rectifico porque lo fue hasta que se casó con la niña más rica de estos alrededores. Entonces se fue a Lugo y allí residía. No quiero decir que no viniera para su pueblo, pero no muy de vez en cuando-

-Pues está metido en un buen lío, Martín- advirtió Bertrand.

-Miren los dos: ya saben ustedes que no soy policía ni nada que se le parezca. Pero, sin serlo, les digo yo y pongo la mano en el fuego porque Aquilino no haya hecho eso de raptar, asesinar y todas esas cosas. Otra cosa es que se le cruzasen los cables y...-

-¿Cables? ¿Cruzados?- interrumpió extrañado por la frase Thierry, aunque Bertrand también anduvo perdido con aquellas palabras dichas así.

-Disculpen los dos, es que son frases hechas que a lo mejor no entienden ustedes muy bien. Bueno, el caso es que he querido decir cómo, quizás, Aquilino tuvo un mal día con su esposa, alguna pelea de por medio, en fin lo propio en estas cosas y perdió los nervios para luego acabar con su vida. Ahí no discutiría ni con ustedes, ni con la misma Guardia Civil, pero con lo otro sería capaz de hipotecarme. Aquilino es amigo mío desde que íbamos al colegio juntos y es un tipo sano, un poco bruto algunas veces y también sé que le gustaba el moyate más de la cuenta...-

-¿Moyate?- preguntó esta vez Bertrand y fue Thierry quien puso la cara de extrañeza aunque sin abrir la boca.

-Alpiste, hombre. Que le gustaba una barbaridad-

-¿Alpiste?- fue en esta ocasión Thierry quien abrió la boca sin entender y Bertrand quien permaneció con la suya cerrada.

-Es verdad, hablan tan bien ustedes que se me olvida cómo a ciertas palabras no le encuentran significado. Pues, verán, eso de moyate y alpiste es que le gusta beber, aunque según me contaba un compadre mío le va el whisky sobre todo y además de doce años: el Cardhú-

-De eso sí entendemos ¿Verdad, Bertrand?-

-En especial tú los sábados por la noche, querido- le soltó el forense, poniendo el dedo pulgar curvado y llevándoselo a la boca tras sus palabras.

-¿Saben? Aquilino estaba enamoradoísimo hace muchos años de otra muchacha. Guapísima, pero guapa de verdad, y además que a ella le gustaba él y se hicieron novios. Bueno, tanto fue así que ella tenía hasta todo el ajuar y...-

-¿Ajuar?-

-Sí, hombre, todo lo que guardan las novias para el casamiento- aclaró Martín a Thierry.

-Bien, claro, ahora entiendo-

-Pues eso, que lo tenía todo apalabrado y las familias conformes y hasta echado el ojo a la casa donde iban a vivir. Pero el caso es que se cruzó la bodeguera, o sea la niña del bodeguero, y Aquilino se le fue el sentido con los dineros que tenía ella. Él, si les digo la verdad, era un don nadie y...-

-¿Don nadie?- preguntó Bertrand.

-Verán ustedes, quiero decir que no tenía ni un duro...-

-¿Un duro?- preguntó, aún más perdido, Thierry.

-Es verdad ¡Qué pedazo de burro soy! Otra vez hablando como si fuese con mi tío, caramba. Lo traduzco y les aclaro que no tenía dinero y cuando vio cómo estaba por él la ricachona mandó a freír espárragos a Lucía, que así se llamaba la guapetona pero humilde aldeana y también novia suya-

-¿Freír espárragos?- cuestionó Thierry.

-Pero ¡Qué barbaridad! ¡Qué forma de enredarles! Quería decir que le abandonó casi vestida de novia y de camino al altar-

-Eso sí lo entendemos. O sea que se quedó compuesta y sin novio- soltó Bertrand en uno de sus arranques festivos, en esta ocasión algo cruel.

-¡Muy bueno, muy bueno!- dijo Martin soltando una carcajada –Pero, no me digan ustedes que no es también trágico y un golpe fuerte para la muchacha-

-Sin duda, Martín. Entonces ¿Usted no le ve de asesino?-

-¡Ni mucho menos, Thierry!-

-Pues, aparte de los restos de la esposa francesa, había otro cadáver reciente de una joven. Por lo tanto, ese Aquilino parece ser el responsable del asesinato de igual manera, además siendo encontrado junto a la guarida que mantenía oculta en la montaña-

-¿Aquilino en la montaña? ¿En la sierra?- preguntó Martín con extrañeza - Ya les digo yo que eso no puede ser. Él no ha pisado ese lugar desde que el maestro nos subió al acantilado hace cuarenta años. No, señores; háganme caso porque Aquilino recuerdo bien cómo tenía un vértigo horroroso. No podía ni subirse a un árbol-

-Pues aquí tiene a su lado alguien peor que él- dijo Bertrand, señalando de nuevo a Thierry.

-Nadie es perfecto ¿No? Y es verdad, no aguanto las alturas. En fin, hay cosas peores-

-Pues entonces entenderá, Thierry, lo que les cuento de ese pobre amigo mío acusado de los crímenes. Por lo tanto ¡No y cien veces no, caballeros!- insistió Martín con verdadero ardor, convencido de lo que afirmaba con rotundidad hasta en los gestos -Aquilino no ha podido hacer eso de matar en serie, como dicen ahora ustedes-

-Martín, sé ahora que es su amigo, también que le aprecia por sus palabras- Thierry respondió, haciendo lo posible por mostrar un tono contemporizador -Sin embargo, debo advertirle cómo las evidencias son muy claras y no sólo el hecho de encontrarse junto al escondrijo donde tenía a sus víctimas, sino que el lapso temporal de sus crímenes juega en su contra; y mucho, siento decírselo-

-Ahora soy yo el que no entiende muy bien lo que dice, Thierry. El laso, o laspo ese-

-Lapso- contestó, aclarando el término, Bertrand -Verá, Martín, lo que nuestro inspector jefe de la Interpol aquí presente quiere decir es que su amigo cometió el primer crimen del que se tiene constancia hace veinte años

en la persona de nuestra compatriota, cuyo esqueleto ha aparecido, y el siguiente hace pocos días-

-Los dos le relacionan de forma clara- siguió la argumentación Thierry, quien adoptó una pose más seria y acorde a su cargo -De cualquier modo, pondremos todo nuestro empeño en comprobar que fue así y, si hay algún resquicio de inocencia, no dude lo haremos notar a nuestros colegas españoles-

-Pues tendrá que ponérselo muy claro, porque la Guardia Civil ya le ha empitonado-

-¿Empitonado?-

-Otra vez con mis palabrejas. El perdón por delante otra vez, señores, y les traduzco con que la Guardia Civil ya lo ha detenido y casi juzgado, así que del hospital donde está sanando pasará, sin poner los pies en el suelo, a la celda durante un pico de años-

-No creo. Aún no se ha hecho una investigación a fondo- dijo Thierry, con seguridad y también mucha inocencia a ojos del propio Martín.

-Están ustedes muy equivocados y se nota que son franceses. Aquí cuando la Guardia Civil va por uno ya se puede dar por acusado, detenido y encarcelado-

-No se preocupe, Martín. Exigiremos las evidencias, hablaremos con el acusado y comprobaremos hasta el último detalle que demuestre cómo su amigo es el verdadero culpable-

-Eso me alegra, Thierry, y confío en ustedes dos. De lo que no estoy tan seguro es que los Civiles les hagan caso y también les dejen trabajar a su manera-

-No sea mal pensado, Martín. Son policías como nosotros-

-No tan simpáticos como ustedes, Bertrand-

-Es un trabajo duro, Martín. Tenemos que dejar de lado los sentimientos personales y no crea resulta fácil-

-Pues aquí, amigo Thierry, eso sí lo hacen fácil- respondió Martín con tono sarcástico, intrigando a los dos tras las palabras más que juiciosas y con ánimo conciliador del propio investigador francés.

-Explíquese, Martín. Veo algo tácito tras ese comentario que no acierto a entender- se lanzó a la pregunta Bertrand.

-No quiero líos, señores- intentó Martín zafarse del acoso de los galos por

conocer el sentido real de su comentario.

-Lo que diga quedará para nosotros. Nadie más. Se lo aseguro- matizó Thierry, además con la expresión en el rostro más seria, hasta ese momento, mostrada a Martín.

-Bueno, si es así, les contaré que lo curioso de todo esto es que Lucía, la muchacha a la que Aquilino dejó por la ricachona bodeguera, y que por lo visto ha liquidado, es la esposa del Guardia Civil que le ha detenido. Y lo que es la casualidad, se llama Lois y desde pequeño fue el mejor amigo de Aquilino. No puedo decir que mío también, porque no lo es o al menos no lo considero ya así. No se ha portado demasiado bien conmigo y, desde que éramos unos chavalillos, nos pusimos distancia porque no congeniábamos. Es muy frío; bueno, muy Guardia Civil. El trabajo es lo primero y amigos no tiene. Le faltó tiempo para detener al que compartió con él toda su infancia, su niñez y su juventud hasta que se marchó a Lugo y él se hizo guardia-

-Martín, no me gusta llevarle la contraria en todo eso- contestó Thierry con gesto comprensivo *-Pero tengo que decirle cómo este trabajo precisa de personas con ese perfil de rigurosidad en su tarea policial. El que fuesen amigos inseparables, desde el colegio como dice, no quita que llegado el caso, como es ahora, en el que Aquilino ha asesinado a su esposa tal como las pruebas lo evidencian y además contaba con un escondrijo donde había hecho lo propio con otras mujeres, haga que su amigo tenga que olvidar sus sentimientos y llevarle ante la justicia para que responda de sus actos. Póngase en su lugar y lo entenderá. El sargento es un hombre recto que cumple con su deber, es un colega para nosotros al que aplaudimos su fuerza*

de voluntad y sentido de la honestidad para hacer un trabajo muy complejo no apto para muchas personas que, en situaciones límite, permitirían que un culpable quedara exento de pena por simple amistad con su captor-

-¡De acuerdo, de acuerdo, Thierry! Tiene razón. Soy un mentecato...- se rindió Martín sin condiciones tras aquella parrafada.

-¿Mentecato?-

-Sí, Bertrand, quiero decir un idiota, un bobo. Hablo más de la cuenta y digo sandeces. Las palabras de Thierry, y además dichas de esa forma, sí que tienen sentido y me hacen cambiar de opinión sobre Lois. Tanto es así que, cualquier día que nos encontremos por ahí, le invitaré a unos vinos y charlaré con él. Nunca, y esto lo digo con el corazón en la mano, se me había ocurrido pensar en eso que acabo de escuchar. Y tiene sentido todo, que veo ahora cuando me he puesto en su pellejo y meditado qué hubiese hecho yo mismo, que también soy amigo de Aquilino, en su lugar. Y es algo muy difícil y, confieso, no tengo madera de policía. Para ustedes y para mí, les digo sin más rodeos que le hubiese dejado libre y habría faltado a mi deber con la sociedad-

-¡Martín! ¡Martín!- escucharon los tres a la esposa de éste llamarle la atención, voz en grito desde la cocina.

-¿Qué pasa, mujer?-

-¡Dale voz a la televisión, que están hablando de Aquilino!- respondió su esposa señalando el aparato colocado en una repisa al fondo del local, el cual llevaba todo el tiempo que duraba la tertulia con el sonido silenciado.

-“Esta mañana- escucharon todos en silencio la crónica, observando atentos las imágenes que ofrecía la pantalla del televisor -según nuestro corresponsal en la zona, la Guardia Civil ha localizado completamente calcinado a unos cientos de metros de donde aparecieron los cuerpos de dos mujeres asesinadas, el vehículo de las jóvenes desaparecidas el primero de mayo vecinas de la localidad asturiana de Tapia de Casariego. Según se ha podido recabar del instituto armado, las evidencias apuntan a la autoría del principal encausado, Aquilino Goy, quien hoy mismo se ha repuesto de la conmoción cerebral producida en el accidente de tráfico que propició su detención y posterior descubrimiento de sus crímenes. En otro orden de cosas, nos informan desde...”-

-Martín, su amigo no está en un buen lío, sino que se acaba de meter en uno mayor- comentó muy serio Thierry, tras quedar silenciado de nuevo el televisor.

-No obstante, Martín, debe conocer la parte positiva y es que, de líos mucho más complejos, hemos logrado salvar a más de uno- añadió Bertrand al momento, intentando nivelar la balanza tras el comentario tan frío de su compañero.

-Sé que van a ayudarme y, cuando hablen con Aquilino, comprobarán cómo tengo razón y es inocente-

-Por cierto ¿Qué hora es?- preguntó Bertrand, abriendo la boca en señal de necesitar un sueño profundo.

-Hora de marcharnos y ponernos a trabajar- respondió Thierry haciendo amago de levantarse de su asiento.

-¡Pero, hombre! ¿Cómo se van a ustedes a ir así? Ni mucho menos. A ver ¡Adelaida! Anda, acércanos ese orujo que tengo para las ocasiones especiales- pidió Martín a su esposa, quien de inmediato y sin dejar de sonreír les llevó la botella aún por descorchar-

-Martín, se lo agradecemos, pero debemos ponernos en marcha para presentarnos en el Cuartel de la Guardia Civil y...- empezó a decir Thierry.

-¡Un momento, Martín, un momento! Sepa que Thierry habla por sí mismo. Por mi parte, le acepto esa copa- aclaró Bertrand interrumpiendo las palabras de su compañero, para luego acomodarse en el asiento, tomar su vaso vacío y colocarlo preparado para que le escanciaran aquel licor, del cual sólo por el aspecto ya le apetecía-

-Thierry ¿Qué dice usted?- le preguntó Martín guiñándole un ojo -¡Vamos, que la vida son dos días!-

-Bien, tomaré un poco. Pero ya le digo que sólo un poco...- respondió Thierry, señalando a la vez con su dedo índice hasta donde debía llenar el vaso.

-Martín, no se apure. Yo tomaré el resto por él...- dijo Bertrand momentos antes de que cruzara su garganta aquella ambrosía, de la que pensó no se separaría hasta que no quedara una gota en la botella.

-Bueno, Martín- habló luego Thierry con una expresión más benevolente, tras ingerir el exiguo trago que le había servido por su propia indicación *-¿Sabe? Creo que tomaré otra copa. Aunque mejor ¡Esta que sea doble...!-*

CAPÍTULO VIII

Aquilino Goy, postrado en la cama del hospital, hizo intento de girar la cabeza a la derecha y sintió como si tuviese clavada en el cuello una espada de doble filo la cual, alguien con verdadero tino, hiciese girar en círculo. Por una vez, comprendió aquella expresión de ver las estrellas y también a los personajes de los tebeos que de pequeño hojeaba junto a sus amigos, Lois y Martín, a la salida del colegio del pueblo.

Eran otros tiempos y más felices, por supuesto, con menos zozobra y plenos de una inocencia infantil que añoraba sobre todas las cosas. Esa mirada hacia el pasado, aquella sensación de vacío cuando lo recordaba, también el deseo profundo de regresar a esos días, resultaban ser el fruto de la pesadumbre que se había adueñado de su ánimo; y no era para menos.

Aún permanecía meditando una y otra vez la serie de casualidades que le había llevado a la situación tan penosa en la que se encontraba y, para mayor abundamiento en su desgracia, su mejor amigo de toda la vida y en persona le había hecho saber que, nada más se recuperase, tendría que ingresar en el

penal y acusado no sólo del asesinato de su esposa sino de una ristra de mujeres, a quienes ni siquiera había visto en su vida.

Aquilino se vio solo, desamparado y sin una copa que, al menos por un rato, le aliviase la herida profunda que tenía en su interior. No acertaba a dar con la fórmula para oponerse a ese destino que el azar le había preparado, y menos con la familia de su esposa al otro lado, sabedores de su asesinato frío y calculado según la versión de la Guardia Civil, por lo que su fortuna en vez de socorrerle seguro la pondrían al servicio de quien se uniese a quienes le acusaban.

Apenas había dormido entre las molestias y la cabeza repasando los acontecimientos, sin dar con una vía plausible que le permitiese convencer a las autoridades de que no se trataba de un asesinato sino tan sólo de un accidente doméstico. Estaba claro que había empujado a Paloma, pero no deseaba que tropezara y su nuca fuese a dar con un saliente de la mesita baja del salón. Sin embargo, al momento y cuando parecía que hacía acopio de fuerzas para oponer resistencia y así luchar por su inocencia, Aquilino caía de manera irremediable en la melancolía cuando venía al frente de sus pensamientos la enorme maleta y él tirando de su esposa con tal de que cupiera en ella. Luego cargándola en el coche, recorriendo los kilómetros hasta la sierra de Capelada y su intención de hacerle desaparecer, para luego simular un típico y tópico abandono de hogar.

No había salida, incluso cuando sus ojos observaron la magnificencia del día que en el exterior se disfrutaba, con un pleno sol que animaba a las gentes a disfrutar del paseo, ya fuese en la montaña o junto al mar. Para Aquilino

aquello se había acabado y él mismo hacía cálculas de cuántos años estaría encarcelado, preguntándose si saldría del presidio una fría mañana de invierno con los pies por delante. Esa idea le machacaba la cabeza y tuvo deseos de suicidio, lo que jamás había embargado su ánimo. Se asustó de sí mismo y sus intenciones, aunque para su sorpresa comenzó a verlo como un camino, tal vez macabro pero fácil, y de esta forma abandonar aquella senda de desesperación por la que transitaba impulsado por los acontecimientos.

Sin embargo, todos aquellos pensamientos se deshicieron de repente cuando la puerta de la habitación hospitalaria se abrió y entraron en ella tanto su amigo, el sargento Lois, como dos individuos a los que no reconoció y con quienes aquél mantenía una animada conversación sin que repararan en él.

-Acepte nuestras disculpas, sargento- escuchó hablar a uno de aquéllos, con un acento que identificó a la primera como francés *-Ayer tarde se quedaría esperándonos-*

-Pues la verdad es que con el barullo que tenemos por aquí a cuenta del caso, ni siquiera me acordé que habíamos quedado para vernos-

-¿No le advirtieron...?-

-Por supuesto que sí. Lo que ocurrió es que, como ya les digo, se me pasó. Así que no hay nada que disculpar- contestó Lois con gesto despreocupado, mientras Thierry y Bertrand se miraban en silencio aguantando la risa,

masculando los dos para sus adentros cómo la cogorza a base de orujo de la tierra, después de cuatro botellas servidas de manera generosa por Martín tras un nuevo almuerzo que se permitieron para compensar dos días de duro trabajo, les había impedido acudir a la cita con el agente y a la hora que tenían prevista.

-Bueno, caballeros- siguió hablando Lois -debo acudir a otro asunto urgente precisamente en este hospital. Les dejo con el acusado para que le interroguen. De todas formas, intentaré volver dentro de unos minutos y así recapitulamos si les parece nuestras respectivas pesquisas-

-Gracias, sargento. Me parece estupendo nos reunamos para ver en conjunto los avances de la investigación- respondió Thierry con afabilidad.

-Cuando quieran, pero les digo que tienen delante de ustedes al autor, aún no confeso pero tengo claro que pronto lo será. Es un caso donde no hay vuelta de hoja, caballeros, en el cual las evidencias son tan claras que apenas queda margen de maniobra y también de preguntas, puesto que las respuestas apuntan a la autoría de Aquilino Goy quien, además y me duele decirlo, es mi mejor amigo desde que teníamos pantalón corto. Bueno, señores, no lo digo más y les dejo con él- dijo finalmente el sargento y abandonó con prisas la habitación cerrando la puerta.

-Buenos días, señor. Soy Thierry Pascal, inspector jefe de Interpol y me acompaña el doctor Bertrand Galoise, forense asignado al caso- dijo con educación Thierry dirigiéndose a Aquilino, quien les recibió con una

expresión de evidente desconfianza.

-No puedo decir que esté encantando de conocerles. De cualquier forma, soy Aquilino Goy y les digo que ¡Soy inocente!-

-Ni el doctor, ni yo mismo le hemos acusado de nada. Es algo que tendremos que determinar- respondió Thierry, tomando asiento en la silla que Bertrand le acercó, para él mismo hacer lo propio en otra quedando ambos al nivel de Aquilino.

-¿Franceses? ¿Belgas? ¿Suizos? Más bien franceses, diría yo- soltó Aquilino tal si estuviese jugando a las adivinanzas.

-Se nota ¿Verdad?- habló Bertrand *-Ya ve usted, para nosotros es difícil disimular nuestra procedencia, incluso haciendo todo lo posible por utilizar una pronunciación muy a la española-*

-Pero lo hablan ustedes casi perfecto- apuntó Aquilino.

-Mejor será, para así entendernos. Así que, si no le es molestia, por favor responda a nuestras preguntas- advirtió Thierry.

-Lo mismo le digo que antes, señor. Sí que es una molestia y enorme, porque soy totalmente inocente y no tendría que estar aquí detenido incluso con el

cuerpo en un puro dolor; pero no tengo más remedio que responderlas-
Aquilino optó por dar un perfil de resistencia, y más cuando ni siquiera eran compatriotas quienes les parecía venían a echar más mierda a su acusación infundada.

-Bien, Aquilino- tomó la palabra Thierry *-Comprenderá tiene muy difícil explicar cómo apareció usted en el fondo de un barranco, con una maleta de grandes dimensiones y el cadáver de su esposa en el interior con signos de haber sido golpeada. Si le parece, empezaremos por ese hecho y más tarde seguiremos con los otros hallazgos-*

-¡De esos hallazgos, caballero, no tengo nada que decir! ¡Estaban allí y punto!-

-Cálmese- le pidió Bertrand, intentando neutralizar la agresividad de Aquilino en cuanto le mencionó Thierry aquel espinoso asunto *-Ahora límitese a responder las preguntas del inspector y piense estamos ambos aquí para esclarecer este asunto. Además, tenga en cuenta cómo tiene la posibilidad de dar una explicación convincente-*

-Ya se la he dado al sargento Lois y se ha limitado a decirme que no se sostiene lo que digo-

-Pues ahora repítalo ante nosotros y decidiremos- insistió Thierry acomodándose en la silla, sacando un bolígrafo y un bloc de notas donde

comenzó a garabatear-

-Esto es cansado, además con lo mal que me encuentro diría que es casi un martirio. Pero, en fin, repetiré lo que ya he relatado. El caso es que el otro día llegué a casa en un estado lamentable. Bueno, confieso que últimamente ese estado era el habitual en mí, después de tomar siete u ocho whiskys. La bebida es algo con lo que cargo y ya les digo que fue una trompa de mucho cuidado; mucho mayor que en otras ocasiones. Para colmo, monté un espectáculo muy desagradable en la entrada del edificio donde resido. Me caí encima de mis propios vómitos y fui incapaz de levantarme. Una anciana vecina avisó a mi esposa y ella me ayudó a incorporarme para luego llevarme a casa. Me duché, me puse ropa limpia y tomé un par de cafés cargados para despejarme aunque el alcohol todavía hacía estragos en mi cabeza. Luego, mi esposa, con la que es cierto no me llevaba demasiado bien, llegó al salón donde me había echado un rato y comenzó a discutir conmigo. Y les aseguro que fue una discusión como las que teníamos a menudo por cosas tontas, sin sentido la mayoría de las veces, pero es que ya no nos podíamos soportar el uno al otro. Aunque reconozco que ella lo intentaba y más con el problema de mi bebida y los disgustos que le daba a diario, tal como llegaba a casa siendo la comidilla de la vecindad. La cuestión es que, quizás porque mi sangre todavía estaba intoxicada por lo bebido, me sentí más agresivo que en otras discusiones, o tal vez porque me enervó lo que me dijo, y el caso es que me levanté casi sin darme cuenta y, cuando ella empezó a gritarme, reaccioné como nunca lo había hecho dándole un empujón. Les aseguro no fue algo violento, sino algo simple y que sólo pretendía quitármela de encima tal como vociferaba a pocos centímetros de mi cara. Ni siquiera caí en la cuenta de lo que ocurría cuando la vi echada en el suelo, con los ojos abiertos y sin pronunciar palabra. Creí

que se hacía la remolona y comenzaría a llorar a moco tendido, como era su costumbre en cada gresca que teníamos. Iba a pedirle perdón y a decirle que lo sentía, que no había sido mi intención. La cosa es que, después de hablarle y ella no contestarme, me agaché y vi sangre detrás de su cabeza, luego miré hacia la mesita baja que estaba a su lado y comprobé cómo el pico de ésta tenía sangre también. Até cabos y comprendí se había golpeado en la nuca y producido la muerte instantánea. Como ya se imaginarán, cometí el error de no llamar a la policía y confesarles lo sucedido, tal vez porque no tardé mucho en buscar la solución acabando casi con una botella de whisky. Fue eso mi perdición de nuevo y opté por la peor solución, de tal modo que recordé contaba con una maleta de grandes dimensiones y allí introduje el cadáver. La metí en el coche y me dirigí a una zona que sabía sería un lugar lo suficientemente apartado para abandonarlo. Reconozco todo cuanto he dicho, el mal causado, y también entenderé que la justicia me haga pagar por mi error. Pero a lo que no estoy dispuesto es que me acusen tanto del asesinato premeditado de mi esposa como de esa serie de crímenes de mujeres que Lois pretende cargarme. No tengo nada que ver en eso y fue una casualidad que aquella noche terminara en el fondo de ese barranco y a unos metros del escondrijo con los cadáveres-

-Aquilino, frente a esa declaración que le agradecemos, tenemos que enfrentarle a una serie de hechos que ponen en duda su versión- habló Thierry.

-¿Cómo?-

-Verá, en su coche he comprobado cómo, aparte de la sangre de su esposa,

había vello púbico del cadáver de la muchacha encontrada en ese escondrijo. Lo cual le compromete y mucho- dijo muy serio Bertrand, por primera vez desde su llegada a España con un gesto donde la sonrisa se había borrado de repente.

-¡Eso es imposible! ¿Cómo va a haber...?-

-Aquilino, por favor, serénete. Es un hecho comprobado y la ciencia forense es implacable. Le ruego no niegue cómo transportó en su coche, de igual forma que el cadáver de su mujer, el de esa joven. Y ahora díganos dónde tiene o, mejor dicho, retiene a la otra muchacha que acompañaba a ésta y que ambas llevaban desaparecidas varios días- Thierry, sin perder un momento las formas, le apretó las clavijas mostrando su lado más severo.

-Pero ¿De qué habla? Jamás haría algo así. Ya les he dicho que sólo fui a ese lugar por abandonar el cadáver de mi esposa-

-Entonces, díganos cómo explica que Bertrand haya encontrado en su vehículo claros restos del cadáver de la muchacha asesinada-

-¡No puedo porque no sé ni de quién se trata!- contestó Aquilino con un gesto de dolor al intentar incorporarse, dada su excitación ante la injusticia manifiesta que se cometía contra él y más cuando una prueba falsa, a su entender, se cernía como seria amenaza sobre su futuro.

-Hablemos ahora del matrimonio francés- cortó el tema Thierry y de manera brusca saltó al que más interesaba tanto a él como a Bertrand, por el cual estaban frente al supuesto criminal que buscaban.

-¿Qué? ¿De qué me habla ahora? No sé nada de matrimonios y menos franceses-

-Aquilino, por favor se lo ruego, no lo ponga más difícil- tomó la iniciativa Bertrand, a quien Thierry permitió lanzar una nueva andanada sobre el sospechoso *-La evidencia en su coche nos habla de que cometió el crimen de la muchacha de Tapia de Casariego y luego abandonó su cuerpo en ese escondrijo, donde se ha constatado que el esqueleto a su lado era del cadáver de Shantal Laporte, esposa de Alain Pascal, quien se despeñó desde el acantilado de Vigía de Herbeira en mil novecientos sesenta. De ella no se supo más hasta que el hallazgo de los cuerpos levantó el secreto guardado con celo por usted-*

-¿Pascal? ¿Ha dicho Pascal?-

-Así es, Aquilino, se llamaba Alain Pascal, recién casado con Shantal, en viaje de luna de miel que se convirtió en una tragedia y cuyo final para su esposa hemos conocido estos días- respondió Thierry con la mirada perdida y gesto bien sombrío, lo cual no pasó desapercibido para Bertrand, quien le ofreció una mirada comprensiva y dio una cariñosas palmadas en su espalda.

-Usted me ha dicho que se llama...- preguntó Aquilino intrigado.

-Thierry Pascal, así es-

-¿Entonces...?-

-Sí, Aquilino, como ha deducido, Alain era mi hermano y Shantal mi cuñada- respondió Thierry con gesto apesadumbrado -Han pasado muchos años, pero su recuerdo permanece no sólo en mí sino en toda mi familia. Esa casualidad de la que usted habla es parecida a la que ahora, en mi primer caso como inspector jefe de Interpol, me ha puesto en bandeja la posibilidad de atrapar a su vil asesino. Y es que no dudo cómo usted acabó con la vida de mi hermano, luego despeñó su coche y persiguió, raptó, violó y asesinó a su esposa-

-¡Le digo que soy inocente una vez más!-

-Pues todo apunta a su autoría, Aquilino- habló Bertrand, dejando que el dolor interno de Thierry pasara -Y mucho más cuando testigos le señalan como la persona que hace unos días se detuvo en la gasolinera de Cedeira, donde según relata su propietario las dos muchachas de Tapia de Casariego repostaron combustible a la misma hora-

-¿Cedeira? ¡Vamos a ver, señor!- contestó airado Aquilino y esta vez consiguiendo gesticular con un brazo -¿Cómo me pueden incriminar tan sólo

porque llevaba el depósito vacío de gasolina? Sólo paré para llenarlo. No soy ningún maníaco, ni obseso, ni nada que se le parezca ¿Alguien me vio haciéndoles daño a esas jóvenes?-

-¿Qué hacía usted un día de fiesta como era en esa población?-

-¿Es que no puedo ir donde me dé la gana? Cogí el coche porque discutí con mi mujer y me vine a la costa para alejarme un buen rato de ella. Sólo eso. Al poco se me pasó el enfado, almorcé en Viveiro y me fui de regreso. Le pedí disculpas y hasta salimos a cenar esa noche-

-¿Por qué tiene en su coche un enorme cuchillo en la guantera?- preguntó Thierry regresando al interrogatorio.

-¿Cuchillo? Pues que soy cazador y siempre lo llevo ahí. Es enorme y prefiero tenerlo a mano cuando salgo de caza con los amigos-

-No es temporada ahora- apuntó Bertrand.

-¿Y qué? Ya le digo que lo dejo en la guantera, además por si me hace falta cuando salgo al campo. No es un delito; vamos, creo yo-

-No, por supuesto, pero sí que en su filo Bertrand haya encontrado sangre de la muchacha hallada en el escondrijo- soltó Thierry buscando con la frialdad

de su tono observar el rostro de Aquilino, quien se quedó sin palabras al escuchar tal afirmación.

-¡Me la han jugado!- exclamó Aquilino destrozado, abatido, casi inerme, relajando su postura, antes casi amenazante incluso con un solo brazo en ristre, bajando la cabeza y dejando la mirada ausente.

-Veo que ya empieza a asumir su autoría, Aquilino. Le recomiendo haga una confesión completa, nos cuente todos los detalles de sus crímenes y se libere de esa comezón que llevará por dentro- habló Bertrand haciendo de Thierry.

-Hagan conmigo lo que quieran. Ya veo cómo nada de lo que diga les hará modificar su idea fija de que soy el culpable de todos los crímenes; incluso me atrevo a decir alguno más que tendrán por ahí sin asignar-

-En nuestro caso, Aquilino, nos conformamos con asignarle los que ya hemos expuesto- puntualizó Thierry.

-No se preocupe, hombre, que Lois aprovechará para endilgarme algún otro-

-Tenemos entendido que es su amigo- soltó Bertrand a bote pronto, con esa sutileza suya para ampliar datos sobre las relaciones de unos y otros.

-Desde la cuna. Y miren para qué me ha servido. Ni un minuto ha esperado

para caer encima de mí. Ni siquiera me preguntó la mitad que ustedes-

-¿Y Martín?-

-¿Martín? ¿Cómo? ¿De qué conocen a Martín?- preguntó extrañado Aquilino, dejando durante un momento su encorajinada expresión.

-Otra casualidad, aunque por medio hubo una opípara comida y unas cuantas botellas de ese orujo de ustedes- aclaró Bertrand y, por un instante, retomó la sonrisa recordando viandas, caldos y licores degustados.

-Entiendo. Pues sí, caballeros, Martín, Lois y yo mismo éramos los tres mosqueteros de niños. Uno para todos y todos para uno. Era otra época y ahora eso ya es sólo tanto un lejano como rancio recuerdo. Fíjense en Lois: más que amigo parece un enemigo-

-Comprenda, Aquilino, cómo él cumple con su deber. De cualquier forma, si es curioso que Martín tampoco le tenga mucho aprecio al sargento- deslizó Bertrand de nuevo aquellas palabras con esa coletilla final, enjaretada para tirar algo más de la lengua a Aquilino.

-¿Martín? Como para tener aprecio. Y, si no, voy a referir a ustedes un detalle. Verán, en cierta oportunidad Martín le pidió un favor y terminó en un juzgado, encima con una multa que le costó un buen disgusto y, de paso, pedir un préstamo para poder pagarla. Lois no se portó bien con él, incluso

reconociendo que se debe a la Ley, pero no hubiese estado mal algo más de comprensión y menos rectitud, sólo porque era como un hermano para él-

-Es un hombre íntegro y la labor policial lo exige- apuntó Thierry -Y en su caso, Aquilino, entienda que todo cuanto se ha encontrado le pone en evidencia-

-No, hombre, si al final tendré que darle las gracias a Lois por cómo se ha portado conmigo. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicarme. Vamos, que apenas desperté de la conmoción cuando me soltó eso de que estaba detenido y me puso dos guardias como dos trinquetes en la puerta cuando no podía mover casi ni un dedo...-

-¿Qué tal, señores?- interrumpió el sargento Lois a su amigo Aquilino, al entrar de nuevo en la habitación dando grandes zancadas, ya de vuelta de sus quehaceres por el mismo centro sanitario -¿Han logrado ustedes que confiese de una vez?- preguntó luego a los dos policías galos, lo cual hizo que Aquilino le ofreciera una mirada, sí de verdad siniestra, muy parecida a la de un asesino.

-Ha sido una charla muy interesante y además...- respondió Bertrand en primer término, contemporizando al comprobar cómo Aquilino se ponía rojo como un tomate de furia tras el comentario de su amigo, al cual ya sabía no consideraría como tal a tenor de su, tan censurable como evidente, comportamiento poco compasivo.

-¡Por mucho que te empeñes Lois- saltó Aquilino como un volcán en erupción, haciendo callar a Bertrand y su intento de bajar la tensión -ni tú, ni la Guardia Civil entera, ni Francia toda junta, vais a conseguir que confiese crímenes que no he cometido! ¡Así que vas listo si piensas que pondré un garabato en un papel, para que tú andes presumiendo por ahí de que has pillado a un asesino en serie. Ni en sueños, querido, tendrás eso!-

-¡Déjate de órdagos, Aquilino, coño!- no tardó en igualar el tono Lois, quitándose la gorra reglamentaria con violencia y dando dos pasos hacia donde estaba postrado su amigo, al menos de boquilla *-¡Y no pongas esto más difícil, joder, que nos conocemos desde niños! Ya has visto cómo hay pruebas en tu coche clarísimas. Hasta mis colegas franceses lo han comprobado. Así que, anda, llamo a Vázquez y echas ese garabato que tanto te fastidia. Verás que tranquilo te quedas y, seguro, tu conciencia más-*

-¡Ni muerto, Lois, firmaré eso! Así que saca la pistola, pégame un tiro y prueba- contestó Aquilino aún más alterado y también doliéndose al intentar incorporarse de nuevo sin éxito.

-¡Caballeros, creo que ya basta por ahora! Usted, Aquilino, está en su derecho de no firmar la confesión, así que es suficiente con expresar públicamente tal disconformidad. Usted, Lois, tiene el deber de obtenerla pero, me temo, que no obligando al acusado. Por lo tanto, es conveniente cerrar la investigación y argumentar los motivos de la detención para presentarlos al juez bien razonados- habló Thierry calmando a los dos, pero dando un toque de atención a su colega español lo cual, conforme a su expresión, no le sentó demasiado bien a éste.

-Bien, Thierry, son sus métodos franceses. Aquí somos algo más directos en nuestro proceder y enseguida conseguimos que los criminales terminen por firmar lo que se les ponga por delante. Al fin y al cabo es un mero trámite. Vamos, lo que aquí llamamos un papeleo. Aquilino sabe, ustedes saben, el juez sabe, yo sé, que es culpable no sólo del asesinato de su esposa sino también de esas mujeres. De tal forma que cuanto antes terminemos mucho mejor y la forma más directa es que reconozca todo tal cual-

-Bien, eso es razonable- intervino Bertrand -Sin embargo, me va a permitir le diga no lo es menos que el acusado tenga derecho a salvaguardar su declaración hasta decidir hacerla por su propia voluntad. No es lícito presionarle, sargento, y creo contraproducente de todo punto si el mismo juez conoce de cualquier arbitrariedad en la instrucción-

-Bertrand- contestó con una sonrisa burlona el sargento Lois -eso será en Francia. Aquí el juez lo que quiere es ese papel y no hace tantas preguntas-

-Pero el defendido sí puede declarar cómo se ha obtenido...-

-¡Nada de eso!- le interrumpió Lois a un paso de soltar una carcajada -¡Pero qué barbaridad dice! Aquí es todo lo contrario, hombre ¡Ni declaraciones ni leches! Sobre la marcha el juez lo empapela para el penal y no hay más parlamentos de los cojones. Y le voy a decir una cosa, porque Aquilino es mi amigo que, si no lo fuese, otro gallo cantaría-

-¿Otro gallo...? No entiendo- preguntó Thierry perdido ante la expresión.

-¿Cantando el gallo?- añadió Bertrand pensativo, como si buscara la resolución de un acertijo.

-Cómo se nota que son franceses. Pues quiero decir que trataría a Aquilino con menos tonterías. Vamos, que se le iba a caer el pelo- respondió Lois dando la carcajada que ya no pudo aguantar más, ante las caras mezcla de estupefacción e inocencia de ambos colegas extranjeros.

-¡A ver si se enteran ustedes, señores!- terminó por traducir el propio Aquilino, mientras Lois no paraba de reír a costa de todos ellos -Lo que de verdad quiere decir es que me habría molido a palos para que firmara la declaración de culpabilidad. Sin miramientos, ni nada por el estilo. Unas cuantas bofetadas, algún culatazo en las costillas, otro certero en el bajo vientre y ya les digo yo mismo que lo hubiese conseguido-

-¡Aquilino, ya hablaremos a solas tú y yo! Y te digo una cosa: porque están aquí estos señores franceses que, si no, te ibas a enterar por lo que acabas de soltarles- Lois, quien había parado de reír al escuchar aquellas palabras, respondió con la ira dibujada en sus facciones y también aguantándose las ganas de saltar sobre él e, incluso encamado, partirle algún hueso de los que tenía todavía sanos.

-¡Por favor, caballeros, todo esto es muy violento para nosotros! Les rogamos, tanto Bertrand como yo, guarden cierta compostura. Aquilino, usted como acusado, y Lois, usted como agente de la Ley- habló Thierry intentando poner paz en aquella disputa, en gran medida sin sentido para ellos.

-Propongo, para relajar el ambiente, pongamos en común nuestras investigaciones- intervino Bertrand suavizando aún más la situación enquistada entre aquellos dos amigos, quienes de manera evidente habían dejado de serlo.

-¡Ya lo creo! Además tengo entendido que han hecho jugosos descubrimientos con respecto a la autoría de Aquilino- no tardó en jactarse Lois de ese hecho, sin dejar de echarle otra mirada que helaba la sangre *-En concreto, según me ha dicho el agente Vázquez quien fue con ustedes a su domicilio y luego al escondrijo, estaba clara su culpabilidad gracias a restos biológicos tanto en el coche como en un cuchillo de monte que localizamos y analizaron a conciencia-*

-Pues sí, sargento, es cierto cuanto dice; si bien con algunos matices- dejó caer Bertrand, respondiendo de manera estudiada a la parrafada cargada de suficiencia de Lois.

-¿Matices?- preguntó el sargento sin entender a qué se debía esa expresión que, no obstante, le dio mal olor.

-Bien, Lois, el caso es que tanto Bertrand como yo mismo hemos llegado a una conclusión respecto del caso un tanto diferente de su punto de vista-

-¡Thierry, alto ahí!- Lois se apresuró a la respuesta nada más ver leves indicios, conforme al tono utilizado por los galos, de que flaqueaba la acusación contra Aquilino, cosa que le enervó aún más -Vamos a ver, si se trata de procedimientos, protocolos y todas esas gilipolleces, tenga en cuenta que estamos en España y por estos lares todo es diferente a lo de ustedes. Pero le puedo asegurar que el fin es el mismo: o sea los criminales a la cárcel. Sin más. Ustedes dan rodeos, y nosotros vamos directos al grano. Estoy de acuerdo que con algún guantazo bien dado de más, sin embargo reconózcame somos efectivos e incluso, y disculpe que se lo diga, más que ustedes con tanto papel y tanto derecho-

-Lois, me temo que las diferencias de criterio no están referidas a eso que apunta- contestó Thierry de una forma un tanto intrigante, lo cual puso a Lois más cabreado.

-¿Qué me dice? Entonces ¿De qué diferencia estamos hablando?- abrió la interrogante el sargento, encarado a Thierry esperando de éste una respuesta lógica y no demasiada alejada de su propio criterio.

-Pues, una bien significativa, Lois. El caso es que tanto Bertrand como yo, y sentimos de manera muy sincera no estar de acuerdo con usted, pensamos que Aquilino es inocente-

CAPÍTULO IX

-¿Cómo dice? ¿Inocente?- exclamó de verdad enrabiado el sargento Lois, llevándose ambas manos a la cabeza, luego frotándose compulsivo sus sienes y, por el contrario, la sonrisa regresando al rostro de Aquilino. Éste apenas creía lo que sus oídos acababan de escuchar de labios del investigador francés, a lo que había asentido su compañero forense quien, en silencio, le lanzó una mirada de complicidad y después le hizo un gesto para que guardara silencio y dejase a su compañero argumentar.

-Bien, Lois, déjeme explicarme y, en primer término, le advierto que el cambio de orientación de la investigación ha sido fruto de la labor forense, a cargo del doctor Galoise- contestó muy sereno Thierry.

-¡Pero, bueno, lo que faltaba. Vamos a ver...!-

-Bertrand, por favor- solicitó Thierry a su compañero tomase la palabra, interrumpiendo de manera intencionada el arranque de Lois por acallarle -Si

no tienes inconveniente en dar los detalles de tus indagaciones, sería interesante que alumbraras un poco este asunto tan complejo-

-¡Un momento!- el sargento, de manera abrupta, se salió con la suya interrumpiendo la maniobra de ambos -Tengan los dos en cuenta cómo, en cuestiones forenses, ya les voy advirtiendo que nosotros tenemos el nuestro. Quiero decirles con esto que el doctor Molina ha certificado cada paso que hemos dado y nos ha asegurado cómo todo cuanto ha analizado apunta a la autoría de Aquilino Goy. No de uno, ni de otro, sino claramente Aquilino ¡Así que sepan ambos no admito más...!-

-Por favor, sargento, le ruego escuche a Bertrand y luego tome una decisión- Thierry le devolvió la interrupción cortando de raíz la acometida bravía de Lois, oponiendo un educado y estudiado ruego ya conociendo bien a esas alturas de la investigación cómo se las gastaba el agente español y, de igual modo, sus reacciones -Comprenda que si no hubiese advertido indicios de inocencia en Aquilino, no habría abierto la boca y refrendaría por supuesto el criterio de su científico. Le prevengo que Bertrand es puntilloso y, por lo tanto, debe tener en cuenta sus sesudas conclusiones-

-Está bien, de acuerdo Thierry, adelante- se rindió el sargento, aunque si bien era cierto mucho más por la forma de pedirle escuchara a Bertrand que el interés mismo por hacerlo, el cual era igual a cero -¡Pero, ojo! Les digo de manera contundente que aquí no hay más culpable que Aquilino- apostilló Lois ayudándose de un gesto con el puño cerrado y el dedo pulgar orientado hacia abajo, lo cual a los investigadores franceses les pareció algo cruel mostrar delante del acusado.

-Muchas gracias, sargento- tomó por fin la palabra Bertrand, intentando acercar a sus posturas desde el principio, y con la mayor educación, al agente español empecinado en la culpabilidad de Aquilino -Como sabrá, hemos realizado una visita concienzuda a la vivienda de nuestro acusado, aquí presente, en la que he analizado cada hito de los que en su declaración inicial encontré. Ni que decir tiene que, en un principio, estaba clara la culpabilidad en el asesinato de su esposa, aunque un examen a fondo me llevó a dudar de mi propio criterio, alejándome así de la versión verificada por mi colega español. Y ahora le diré el motivo, el cual comienza por una revisión a fondo del cadáver, presentando éste una herida inciso contusa en la nuca y, tras el rastreo en la vivienda, en efecto observé la mesa baja indicada por el acusado, cuyo borde encajaba a la perfección con la citada herida. Además de esto, constaté cómo tal contusión no se había producido por un traumatismo severo tras un fuerte golpe, sino de manera evidente tras derrumbarse el cuerpo de la esposa sobre el borde de la mesa. Para confirmar mi nueva conclusión, tanto la posición del cadáver como las manchas de sangre en el suelo así lo confirmaban. Quiero decir, en conclusión, que Aquilino Goy dice la verdad en lo referente a que su esposa falleció como consecuencia de una acción no premeditada, puramente accidental, tras efectuar un empujón pero sin ánimo de acabar con su vida. En lo que sí estoy de acuerdo en todos los extremos tanto con su criterio, sargento, como con mi colega el forense español, es que la declaración de Aquilino es tal cual se produjo: en el sentido de que se ha inculcado en el hecho de no informar a la policía de tal suceso accidental y transportar, introducido en una maleta de su propiedad, el cadáver de la esposa con la intención de dejarlo abandonado en un lugar apartado para evitar su localización. Por tanto, sólo de este delito puede ser encausado Aquilino

Goy-

-¡Bertrand, es sólo su criterio!- contestó Lois moviendo de un lado a otro la cabeza, para dar énfasis a sus palabras y así demostrarle a los dos investigadores franceses que iban listos si pretendían levantarse el pie de su acusación contra Aquilino *-Mientras no diga lo contrario mi forense, todo seguirá como hasta ahora. O sea, Aquilino es el asesino tanto de su esposa como de esas muchachas, incluida su compatriota hace veinte años y por lo que ustedes están hoy aquí codo con codo con nosotros para llevarle por fin ante la justicia y pague por sus actos de cobardía-* se despachó Lois, hablando con seguridad y también autoridad.

-¡Ya les dije que era inútil!- habló Aquilino con gesto despectivo hacia Lois, aunque sus palabras las dirigía a los franceses *-Y déjenme les agradezca su intento por defenderme, caballeros. También pedirles disculpas por mi comportamiento antes. La verdad, no esperaba cuando me interrogaban que iban a tener la delicadeza de creerme; al menos en lo referente a mi esposa-*

-Sentimos que antes nos mostrásemos los dos un tanto agresivos- contestó Thierry *-Pero entienda era una forma de estudiar sus reacciones. No todo es ciencia forense y también la psicología forma parte de nuestro arsenal investigador, aparte de otras técnicas de las que usted ha sido hoy nuestra diana-*

-Mientras sea para sacar a relucir la verdad, estoy encantado- agradeció con sinceridad Aquilino, ya más calmado aunque pendiente del mal humor del sargento quien veía cómo las argucias de los franceses beneficiaban a su

acusado.

-Está bien, señores, creo que podemos de momento cerrar por hoy y...-

-¡Un momento, Lois!- paró Thierry al sargento, deseoso éste de dar carpetazo a las deducciones y teorías de ambos -Creo que Bertrand tiene que decirle alguna cosa más con respecto al caso ¿Es cierto?-

-¡Ya lo creo!- tomó la palabra Bertrand, sin dar opción a Lois de terminar la reunión y obviar así lo que restaba de su exposición -Y me temo cómo lo que tengo que revelarle, sargento, va a dar un giro de ciento ochenta grados a todo lo que, hasta este mismo momento, se ha dado por cosa cierta y, en muchos casos, probada-

-Puede usted decir Misa, incluso cantada si le apetece, señor. Para mí sólo hay un culpable, lo tengo bien agarrado y no lo soltaré bajo concepto alguno-

-No se precipite, Lois, y escuche a Bertrand- insistió Thierry, pasando una vez más el testigo a su amigo y compañero-

-Gracias, Thierry. Y usted, sargento, tenga paciencia. Por favor, le pido no se tome esto como algo en su contra. Lo que voy a referir es mi informe el cual, como usted mismo apuntó antes, es personal y su obligación al menos es tenerlo en cuenta. La decisión de darle conformidad es suya. No obstante,

sí le pido recapacite en su cerrazón y se abra a nuevas versiones de los acontecimientos que han propiciado este caso-

-Escucho, pero ya sabe mi criterio. Adelante y no se corte- contestó con su tradicional falta de tacto el sargento, quien ni siquiera había tomado asiento y permanecía de pie para, de esta forma tácita, lanzar un mensaje de desprecio a lo que tanto el galeno como el colega francés intentaban transmitirle acerca del caso.

-Gracias. Pues entonces, retomemos la acusación de culpabilidad de Aquilino- siguió Bertrand en su turno de palabra, bien ganado a pulso *-Según usted, sargento, está probado cómo hace algo más de veinte años, nuestro inculpado sorprendió al matrimonio francés formado por Alain Pascal y Shantal Laporte cuando realizaban una visita al lugar conocido como Vigía de Herbeira. Tal como apunta su informe, Aquilino en primer término arrojó al vacío de un empujón al marido de Shantal, a continuación se hizo dueño de su vehículo aparcado en las inmediaciones, lo arrancó, lo condujo hacia el borde del acantilado y, acelerándolo con algún elemento fijo en el pedal, lo lanzó de igual forma que a su dueño hacia el vacío, cayendo a pocos metros donde lo había hecho el cadáver destrozado de aquél. Por otra parte, usted afirma en su informe que Aquilino no sólo cometió este crimen, sino que una vez arrojado el vehículo se centró en la persecución de la esposa de Alain, Shantal Laporte, a quien posteriormente dio alcance en el bosque aledaño unos cientos de metros más abajo de la cima del desfiladero. De acuerdo con lo que he leído, usted apunta a que nuestro acusado primero raptó a la joven esposa, le condujo a la fuerza hacia algún lugar donde le despojó de la ropa y le forzó sexualmente para, finalmente, asesinarle. A*

posteriori, con tal de deshacerse del cadáver, según su versión y deduciéndolo tras el descubrimiento casual del escondrijo mantenido en secreto por Aquilino, éste lo transportó hasta allí y permaneció así hasta el día de su hallazgo merced a los accidentes encadenados tanto de él como del turista alemán-

-Tal cual, Bertrand. No veo divergencia alguna. Es tan palmario que Aquilino hizo todo eso, que sólo había que ponerlo negro sobre blanco-

-Bien, sargento- continuó Bertrand, tras la intervención con aire casi festivo del sargento, escuchando punto por punto su teoría bien encajada pieza a pieza *-Más tarde entraremos en otros detalles. Pero avanzo con su informe y también acusación, según la cual Aquilino de igual manera es responsable de la desaparición de las dos jóvenes de excursión hace unos días por la zona de San Andrés de Teixidó, a quienes raptó y, en el caso de una de ellas, violó y asesinó del mismo tenor que a Shantal Laporte, llevando después su cadáver al escondrijo donde también fue encontrado. En este sentido, apunta que la otra joven debe también haber sido asesinada, aunque el acusado no logró transportar su cadáver hasta allí y, por tanto, a dicha circunstancia se debe su ausencia en el macabro lugar-*

-¡Perfecto, Bertrand! Y, como reconocerá, todo cuadra a la perfección- habló entusiasmado el sargento con una sonrisa de oreja a oreja, dotando a sus palabras de esa seguridad que acostumbraba *-Incluso el hecho de que Aquilino fuera visto el mismo día y a la misma hora en la gasolinera de Cedeira, por otra parte un testimonio muy fiable dado que el propietario le conoce personalmente y la identificación la realizó a la primera, sin dudarle*

un instante. Hasta recordaba cómo una de las muchachas le había preguntado algo, lo cual no llegó a escuchar, pero que Aquilino respondió e hizo gestos como si tratase de orientarles en el camino. Ese detalle es crucial y un argumento de peso para centrar en él las sospechas de que es nuestro hombre, y tanto en este asunto como en el que tuvo lugar hace algo más de veinte años con la pareja francesa-

-Entiendo, sargento- pareció relajar Bertrand su discurso, aunque sólo en apariencia dado que volvió a la carga y esta vez observando la expresión en el rostro del agente español -Como le dije antes, era un somero recordatorio de los puntos más significativos de su informe y ahora, si me lo permite, voy a referirle el mío, el cual como comprobará enseguida no tiene conexión con el suyo-

-Pues está usted en un error-

-Como antes le pidió Thierry, por favor escuche- dijo Bertrand, impasible ante esa nueva andanada de Lois -En primer término, centrémonos en las pruebas que ha esgrimido usted para acusar a Aquilino Goy. Así, de resultas de los análisis de su forense, se determinó que en el vehículo accidentado de Aquilino se encontraron pruebas de su implicación en los asesinatos...-

-¡Pruebas descomunales, señor! Eso no puede discutírmelo y menos rebatir, si además tengo certificado cuanto afirmo por un científico como es usted y de experiencia tal vez mayor que la suya-

-No pienso discutir por eso- aguantó Bertrand agarrado a la contundencia de sus argumentos a punto de explicar, siempre que Lois se lo permitiese de una vez *-Antes hemos quedado en que usted ha hecho su informe y por mi parte, desde el punto de vista forense, realizo el mío y que intento exponerle punto por punto en este momento. Ya lo creo que no pongo en cuestión el criterio de mi colega español, sino que doy otro enfoque a lo hallado y que incrimina, según ustedes, a Aquilino-*

-Bueno, sí, es sólo su opinión frente a la mía y un informe muy bien documentado de mi forense. Pero, adelante, le escucho- pareció Lois más receptivo tras comprobar la decisión de Bertrand.

-Bien, comentaba que esas pruebas halladas ponían en el centro de todas las sospechas a Aquilino Goy, en base al hallazgo de un cuchillo de monte en el cual se ha constatado que la sangre en su filo corresponde a la joven asesinada-

-¡A ver si ahora va a negarme eso!- regresó por sus fueros Lois.

-No, sargento, lo que voy a negar es que esa sangre sea un resto tras el degüello de la joven-

-¡No me lo creo, señor!- Lois se resistió como gato panza arriba *-Yo, con mis propios ojos, vi la sangre en el filo de ese cuchillo. Yo mismo observé cómo nuestro forense lo extraía de la guantera y cómo se lo llevó a analizar-*

-No lo pongo en duda y, naturalmente, vería la sangre sobre el filo. Y ya le digo que yo mismo también cuando inicié mi análisis. Lo que sí rebato, tanto a usted como a mi colega español, es que esa sangre esté presente en la hoja del cuchillo por transferencia en el acto del degüello-

-A ver si se explica, Bertrand. Así no sé a dónde quiere ir a parar-

-Sargento Lois, se lo explico con más claridad y afirmo que esa sangre, que sí es de la muchacha asesinada y abandonada en el escondrijo hallado de manera casual, alguien la colocó posteriormente sobre el cuchillo-

-¿Qué dice?-

-Lo que oye, sargento. Tras un análisis a fondo, he descubierto dos evidencias claras de que es una prueba a todas luces manipulada-

-¡Jamás! ¡Eso es imposible, señor! Había un ejército de agentes en ese lugar. Se lo garantizo- el rostro de Lois mutó hacia un rojo oscuro, el cual avisaba de la iracundia creciendo en su interior y su explosión a poco que Bertrand apretase algo más en su exposición.

-Pues le digo que el cuchillo fue pasado intencionadamente por la herida del cuello y, de acuerdo con las condiciones en que estaba la sangre, aseguro

cómo esa acción fue posterior al fallecimiento de la joven. Pero, además, he encontrado evidencia de una segunda manipulación realizada, dado que la dirección de la sangre es inversa al ángulo de la incisión realizada por el asesino en el cuello de la víctima en su momento-

-¡No, señor. Eso no tiene ni pies ni cabeza. Mi forense ha dicho...!-

-¡Su forense puede decir, como usted apuntó antes, Misa cantada, sargento!-
Bertrand dejó las formas a un lado, una vez que Lois por enésima vez se mostró incapaz de entender sus argumentos científicos expresados de manera lógica *-E insisto en que las evidencias que he encontrado y le acabo de enumerar son palmarias. Le sugiero pida una revisión urgente del dictamen a su forense y le aseguro refrendará lo que he descubierto-*

-No pienso hacer nada de eso. Confío plenamente en su criterio y no moveré un dedo por lo que dice-

-Pues está usted en un error, sargento, y más cuando le diga la segunda manipulación de pruebas que encontré-

-Está viendo usted, Bertrand, gigantes donde sólo hay molinos. Permítame decirle que tiene muchas fantasías con eso de la ciencia forense-

-Siento no estar de acuerdo y afirmo de nuevo que he visto molinos y, como comprobará, también he leído a Miguel de Cervantes-

-Bueno, a ver, dígame eso que ha encontrado manipulado- concedió una nueva oportunidad Lois a Bertrand, aunque muy a regañadientes y, sobre todo, vencido por la contumacia del médico francés en su teoría.

-Pues algo tan evidente que desconozco los motivos por los cuales su forense no le ha puesto en la pista de la chapucera forma de colocar vello púbico de la joven asesinada en la moqueta del coche de Aquilino-

-Un momento. Si había vello púbico, y así se localizó, es que, primero, era de ella y, segundo, es evidente que el cuerpo estuvo allí-

-Sargento, esa es una interpretación simplista de lo que ocurrió. Y tengo que decirle cómo, tras analizar tanto la moqueta como el pubis de la joven, me ha quedado claro que los vellos fueron arrancados de manera intencionada y, “post mortem” con toda seguridad; luego colocados en aquélla-

-¿Cómo puede decir usted de esa forma tan categórica que fueron colocados?-

-Pues porque fue tal cual le digo. En concreto, los vellos que se localizan en moquetas de vehículos donde se han transportado cadáveres, suelen serlo de manera aislada. En este caso, clarísimo por la torpeza y desconocimiento del verdadero asesino de la joven, fueron esparcidos en varios montones conforme se los arrancaba al cadáver, con lo cual encontré concentraciones

anormales que delataban esa maniobra, la cual un análisis a fondo ha puesto de manifiesto-

-Eso no se sostiene, y perdone que se lo diga así de claro, Bertrand-

-Si no le basta este segundo argumento, Lois, tal vez el siguiente llame su atención y abandone su postura tan intransigente ante las evidencias de que Aquilino no cometió crimen alguno, y ni siquiera el de su esposa a propósito-

-Lo tiene difícil para convencerme, pero de nuevo le escucho- Lois cambió algo su actitud y comenzó a poner sus cinco sentidos en lo que Bertrand iba desgranando, y a lo que para sí comprendía tenía sentido.

-Sargento, en esta oportunidad no creo que su forense haya dedicado un momento para analizar la consecución del asesinato en ambos cadáveres. Y me vengo a referir tanto a la muchacha de Tapia de Casariego, asesinada hace poco, como a mi compatriota Shantal Laporte, hace ya veinte años-

-Parece ser, Bertrand, que le gusta a usted rizar los rizos. Y le digo que, si mi forense no ha ido más allá en sus análisis, es porque no había más tela que cortar-

-¿Tela que cortar?- preguntó Bertrand sin entender la expresión.

-Quiero decir cómo no vio más nada extraño que reseñar en su informe. Caso cerrado y punto, señor-

-¡No, no, nada de cerrado, sargento! Si no, por favor, atienda a lo que voy a revelarle-

*-Si atender, pues atiendo, pero me entra por un oído y me sale por el otro-
Lois insistió en su pantomima, a la que no faltaron gestos cómicos y también algo maleducados, aunque para sus adentros siguieran abriéndose incógnitas despertadas por las sesudas deducciones del forense galo, en las que se imponía una aplastante lógica; de quien comprobaba había realizado un exhaustivo trabajo digno de alabanza, si bien sólo lo reconocía para sí -Y vuelvo a disculparme, pero no me queda otra. Cada vez que le escucho sus argumentos pues ¿Qué quiere que le diga? Más me reafirmo en la culpabilidad del único acusado, aquí presente encamado y pronto camino del penal-*

-Yo no estaría tan seguro, sargento, y le explico. El caso es que quien asesinó a ambas jóvenes, que le confirmo creo fue la misma persona, lo hizo con idéntica arma blanca-

-¿Para eso tantas vueltas y tantas palabras? Pues claro que fue la misma persona, llamada Aquilino Goy, y con idéntica arma, o sea su cuchillo de monte-

-Me temo se equivoca de nuevo, sargento. Pero lo argumento para que le quede constancia. En primer lugar, una vez analizada la herida en el cuello de la muchacha de Tapia de Casariego, observé una característica en la incisión que se correspondía con exactitud en el esqueleto de la joven francesa. Y esto es que, justo en el maxilar inferior de ambas jóvenes, quedó la marca de la forma dentada del arma que se utilizó en sus respectivos asesinatos. Como recordará, sargento, el cuchillo de Aquilino es liso y sin dientes, con lo cual queda descartado absolutamente al no encajar en las huellas dejadas en los cuerpos-

-Un detalle insignificante. Quizás la forma de ejecutarlo; no sé, tal vez el movimiento, la altura de las dos jóvenes no era la misma...-

-Lois, le digo que la estatura no se diferenciaba apenas y el movimiento fue idéntico, esto es: incisión de abajo hacia arriba, penetración del arma y desgarró de izquierda a derecha desde la base del maxilar inferior. Un calco, sargento-

-Casualidades. No creo que sea relevante eso de los dientes en el cuchillo. Pudo quedar marca una vez y en la otra no-

-Entre un millón, una posibilidad sargento. Estimo debe tener en cuenta lo que aseguro y más cuando le haga la siguiente revelación, la cual resulta por mi parte aún más categórica-

-Pero ¿Aun tiene más?-

-A mi entender la de más peso. Por tanto, le diré que a las dos jóvenes, en un intervalo de veinte años, les asesinaron no sólo de igual forma sino con el mismo cuchillo, con lo cual es materialmente imposible que el de Aquilino fuera éste, teniendo en cuenta que en su base junto al mango figura con claridad la fecha de fabricación del año pasado-

-También puede ocurrir que fuese similar y él lo adquiriera así. No me vale su argumento y sigo en mis trece. Ya ve que de poco le ha servido tanta argumentación, cuando todo es rebatible y hasta desechable-

-Sargento Lois- tomó la palabra Thierry, quien había permanecido en un segundo plano sin intervenir dejando a Bertrand todo el protagonismo - Compruebo cómo no valida ninguno de los argumentos del doctor Galoise, lo cual me entristece si tenemos en cuenta que la labor policial acordada por nuestros respectivos superiores es la máxima colaboración. No obstante, respeto su criterio personal respecto a nuestra forma de llevar adelante el caso, pero no entiendo muy bien esa forma de dar la espalda a evidencias tan claras como las que el doctor ha expuesto con pruebas sustanciales. No puede negar que ha realizado una labor concienzuda, llegando a conclusiones más profundas que las de su homólogo español; con lo cual no le quito valor al informe de éste, pero no obstante sí le digo debería tener muy en cuenta las valoraciones de Bertrand sobre el caso-

-Pues, verás, no es cuestión de valoración, Thierry- atacó Lois, resistiéndose

de manera numantina a claudicar ante la avalancha de evidencias puestas sobre la mesa por Bertrand *-Se trata sólo de que, teniendo por mi parte tan clara la autoría de los asesinatos, sus argumentos me parecen de guion cinematográfico. Esto es la vida real y Aquilino fue pillado “in fraganti” con las manos en la masa por una casualidad, como a la vieja usanza. Le hemos atrapado justo en el momento que pretendía hacer uso de ese escondrijo, donde en distintas ocasiones había ocultado sus crímenes. No, Thierry, insisto en que voy en la dirección correcta-*

-Bien, sargento- Thierry decidió fajarse con el tema y tomar decidido la palabra *-Entonces escuche ahora la versión que, conforme a los análisis de Bertrand, le doy sobre este caso de apariencia tan clara que esconde un desenlace bien distinto, como preveo se pondrá de manifiesto en su momento. Por cierto, Lois, no he visto aún al abogado defensor de Aquilino-*

-¿Abogado? ¿Para qué?- preguntó Lois con cierto desdén y hasta chanza, la cual no pasó desapercibida tanto para Bertrand como Thierry.

-Se supone que un acusado debe estar asistido por...-

-Bueno, sí, Thierry, ya veremos. A lo mejor luego le dejo que pase y hable con él-

-¿No es obligatorio que...?- preguntó Bertrand.

-¿Obligatorio? Con un asesino no hay obligación de nada-

-Me parece esa actitud muy poco ética, y permítame contradecirle una vez más, Lois- le soltó Thierry sin poder aguantar las ganas.

-Ya sé que tienen ustedes los franceses sus costumbres, sus formas, pero aquí somos así. No dejamos ventaja a los malos-

-Pero, Lois, piense cómo aún no puede asegurar que Aquilino sea culpable al cien por cien- dijo Bertrand en ayuda de su amigo.

-¿Qué? Eso lo dirá usted. Para mí lo es al ciento veinte por ciento y subiendo, señor-

-Está bien, Lois- recuperó la palabra Thierry, un tanto asqueado por los modos y también las formas de aquel tipo que, a cada instante, se le atragantaba más -Zanjemos esta nueva polémica y permítame decirle, para que conste de manera oficial, cómo no estamos de acuerdo en que Aquilino no tenga asistencia letrada como, imagino, marcará la ley española-

-De acuerdo, tomo nota de su desacuerdo en cómo llevo el caso. Ahora, si no tiene más que decir al respecto, continúe con lo que iba a relatar sobre su versión de los hechos- Lois esquivó los comentarios y dejó ver una vez más la desconsideración hacia los dos investigadores extranjeros, aparte de la inhumanidad en el trato con Aquilino; quien hacía verdaderos esfuerzos por

no soltar algún improprio al que, todavía se atrevía a decir, había sido su mejor amigo.

-Continuo, sargento, compartiendo mi versión de los acontecimientos con usted- Thierry optó por abandonar las debidas consideraciones éticas, vista la cerrazón de Lois, y centrarse en el caso -Estamos ante un sujeto con un control férreo sobre sus actos, seguro de sí mismo, frío, que improvisa sobre la marcha sus movimientos y, añadiría, muy efectivo tanto en éstos como en su forma de mimetizarse. De tal forma que el accidente sufrido por Aquilino y cuya cercanía a su escondrijo suponía un riesgo para él, lo volvió a su favor maquinando su incriminación con pruebas manipuladas. De la investigación de Bertrand se desprende cómo nuestro hombre supo del accidente con anterioridad, por lo que presumo vive o cuenta con residencia en los alrededores que conoce bien. Hasta diría que, al transportar el cadáver de una de las muchachas de Tapia de Casariego, se topó con Aquilino conmocionado y urdió todo el plan. Lo que era su pronta captura, tras nuestras investigaciones, lo convirtió en un rosario de pruebas que hablaban de la autoría de Aquilino y más cuando descubrió que éste ocultaba un cadáver en una maleta y, con ese argumento tan de peso, sería muy fácil endosarle la autoría de los crímenes horrendos cometidos por él. De tal forma que tomó el cuchillo, que encontraría en la guantera, y luego realizó la transferencia de sangre a su filo pasándolo por el cuello seccionado del cadáver de la muchacha recién asesinada por él. Posteriormente, arrancó sendos grupos de vello púbico y fue colocándolos en diversas partes del vehículo. Con eso, pensó que todo apuntaría hacia Aquilino y quedaría a salvo de ulteriores investigaciones y, como usted declara, el resultado ha sido positivo ya que se niega a dar por válidas las tesis forenses de mi compañero-

-Thierry, no se emperre en eso de nuevo. No pienso validar nada más de lo que veo, y eso es un asesino justo en frente de mí-

-Lois, recapacite en lo que acabo de decir. Mi versión cuadra al milímetro con los argumentos de Bertrand y dan lógica a todo esto. Si hace un esfuerzo, comprenderá que la suya, en la cual Aquilino es el asesino, hace aguas por todos lados. Él no tiene el perfil, reside a muchos kilómetros, no domina el terreno aunque en su juventud lo visitara muchas veces y, tanto es así, que una curva pronunciada le jugó una mala pasada hasta el fondo de un barranco-

-Había bebido- respondió Lois sin perder tiempo, asiéndose a lo primero que recordó de la declaración de Aquilino.

-De acuerdo, lo había hecho pero hacía rato y pudo cubrir conduciendo el vehículo aquel trayecto con absoluta normalidad. Recuerde, Lois, cómo usted mismo habló con él en el control de carretera y no advirtió síntomas de embriaguez. Por todo ello, insisto en que no creo le afectara el alcohol ingerido y sí el desconocimiento del paraje así como la peligrosidad de la carretera en el tramo donde se produjo el accidente que, tras un repecho, se hundió en una profunda bajada con esa curva a la izquierda que no fue capaz de esquivar. Pero si esto es significativo, lo es más cómo no cuadra que Aquilino hubiese transportado los cadáveres encontrados en el escondrijo con total impunidad gracias a las precauciones tomadas con seguridad y, por el contrario, optara para el de su esposa asumiendo un riesgo enorme

por una vía transitada y, además, dentro de una maleta de grandes dimensiones-

-Eso no se sostiene-

-Lois, le aseguro que nuestro hombre, e insisto una vez más no es Aquilino, reside cerca, cuenta con acceso al lugar sin ser advertido desde la zona más baja del barranco donde se llega a los carriles forestales, siendo bien conocedor del entorno y las partes donde el terreno es menos escarpado para transportar los cadáveres-

-Thierry, por ahí no vive nadie. Es plena sierra-

-Pero tanto Bertrand como yo hemos visto casas salteadas por todo el camino hacia los acantilados-

-Son pequeñas construcciones y apenas habitadas, Thierry. Ya le digo que la mayoría están abandonadas, o bien ocupadas de manera esporádica, y hemos hecho el oportuno rastreo sin novedad. Así que piense otra cosa-

-¿Tiene noticia de quiénes son sus propietarios o, incluso, arrendatarios?- preguntó Bernard.

-¿Propietarios? ¿Arrendatarios? ¿Para qué?-

CAPÍTULO X

-Lois, la respuesta es obvia- dijo Thierry, un poco harto ya de aquel tipo que sólo sabía poner piedras en el camino de sus investigaciones, prepotente, zafio y con maneras que hablaban de haber tenido una educación muy poco higiénica *-Aunque sepa y también le conste por sus pesquisas que no están esas casas habitadas, es lógico hubiese preparado un detallado censo con sus titulares de propiedad-*

-No hace falta, hombre- volvió Lois a exhibir esa forma tan poco sutil de estar por encima de los comentarios o peticiones que le hacían *-Aquí nos conocemos todos-*

-¿Entonces?- preguntó Bertrand.

-Pues que me lo sé de memoria y la mayoría viven fuera. Así que les descarto sobre la marcha. En cuanto a los demás, sólo recuerdo a dos que sí están,

pero no creo que tengan nada que ver en todo esto-

-No estoy de acuerdo, Lois. Cualquiera puede ser el asesino y tenerle usted por un vecino ejemplar-

-Mire, Thierry, como usted quiera. Esos dos vecinos son Martín, el dueño del restaurante que ya conocen y mi segundo en la comandancia, Vázquez. Así que usted dirá-

-Pues ¿Qué le voy a decir? Por supuesto, es necesario que les interroguemos-

-Nada, si usted lo ve así, pues qué se le va a hacer. Pero ya le voy adelantando que es para nada. Ni Martín, ni mucho menos Vázquez, me parece que puedan ser sospechosos, y entre otras cosas porque quien mató a esas mujeres es Aquilino, y no quiero ser más pesado, pero es que es tan evidente que me planto en su autoría-

-Siento que sigamos enfrentados en eso, Lois. De todas formas, hay un detalle que me he reservado para el final-

-¡Venga, Thierry! A ver si de una vez es usted capaz de sacarme de mi fijación con Aquilino- pareció relajar su postura por fin el sargento, incluso sacando una sonrisilla, tras no dar muestras de debilidad hasta ese instante salvo en los momentos en los que Bertrand había afinado con sus análisis, si

bien se había cuidado con denuedo en no demostrarlo.

-Particularmente yo, y sé que Bertrand también se une a mi criterio- contestó Thierry en tono más misterioso *-creo que el parón en los asesinatos, y quiero decir ese lapso de tiempo de algo más de veinte años, estuvo motivado por una causa bastante evidente y no es otra que permaneció nuestro criminal, por algún motivo, fuera de la población-*

-Más bien creo que por la oportunidad, siempre que su teoría de que no fue Aquilino sea cierta-

-No, no, sargento. Me reitero en mi sospecha. El hecho de parar en sus crímenes se debió a que tuvo que marcharse de la zona-

-¿Sabe, Thierry?- contesto Lois y esta vez sentándose en una silla, frotándose la barbilla y luego la nuca varias veces mientras se mostraba pensativo *-Por una vez desde que empezamos ha conseguido romper el dique-*

-¿Dique? No entiendo- dijo Thierry y Bertrand, de igual manera aturdido ante el significado desconocido de la expresión, haciendo un evidente gesto de extrañeza.

-Quiero decir que ha dicho algo que me obliga a pensar cómo pudiese tener razón en eso de que Aquilino no es nuestro asesino- pareció flaquear en su criterio el sargento con la mirada ausente.

-¡Pues, bienvenido a esta parte del campo, sargento!-

-¡Pare, pare, Thierry! He dicho con claridad “pudiese”. Aún sigo escamado con Aquilino. Pero tengo que reconocer cómo el argumento que dice, según el cual el motivo por el que el asesino no actuó esos veinte años fue por no andar por aquí, pues reconozco me da que pensar en un detalle...-

-¿Y?- preguntó Thierry con ansiedad por escuchar la respuesta definitiva de Lois, quien se resistía a soltar prenda.

-Pues que Martín estuvo fuera hasta hace un año que volvió de Alemania para montar su restaurante. Por cierto, recuerdo emigró en mil novecientos sesenta y uno-

-Me sabe mal porque es un tipo fenomenal- dijo Thierry desinflándose en su euforia con aquel dato de calado aportado por el sargento- No obstante, señores, es nuestra obligación interrogarle lo antes posible-

-¿Y Vázquez?- preguntó Bertrand, quien no perdía comba de lo que se hablaba.

-¿Vázquez? Nada, nada, caballeros, a ese le tengo controlado y ha estado a mi lado en todos los destinos. Pongo la mano en el fuego por él, sin dudas.

Es un agente fiel, cumplidor y sacrificado si me lo permiten decir. Además, es mi amigo de toda la vida y jamás cometería esas salvajadas-

-Lo mismo que Aquilino...- respondió con gesto de dureza Thierry, dejando flotar en el ambiente una interrogante que Lois recibió con una mueca de acritud.

-Será mejor que vayamos para el restaurante, a ver qué nos cuenta Martín- habló Lois, zafándose de aquel dardo de Thierry y las miradas tanto del propio acusado como de Bertrand, aunque sin darse por aludido encabezó la salida de la habitación del hospital seguido por los investigadores galos quienes hicieron un gesto de despedida para Aquilino, al que éste correspondió añadiendo una sonrisa que hablaba en silencio de su agradecimiento por defenderle con argumentos que ni él mismo hubiese sido capaz de pergeñar ante el obcecado sargento o, llegado el caso, un tribunal que le juzgase.

Quince minutos más tarde y teniendo como conductor al propio Lois, aparcaron delante del restaurante donde apenas quedaba hueco para dejar el coche, optando por hacerlo en un reservado que se suponía debería ser para el propietario.

-Lois ¡Qué de tiempo sin verte por aquí! ¡Qué alegría de que te hayas decidido a visitarnos! Y ustedes, señores, bienvenidos de nuevo- les recibió Adelaida, la esposa de Martín, de inmediato nada más cruzar el umbral y observar los tres cómo no había un alfiler en el local con las mesas todas

ocupadas.

-¡No os preocupéis!- les tranquilizó la mujer nada más ver sus respectivas expresiones de sorpresa ante el lleno completo del restaurante *-¡Vamos! Seguidme que os preparo una mesa enseguida. Hoy tenemos una Caldeirada de Pulpo para chuparse los dedos, así que tenéis que probarla ¡Y no pongáis esa cara tan seria que invita la casa!*- les dijo la esposa de Martín, quien les llevó hasta un pequeño pero muy confortable reservado donde no faltaban esas vistas privilegiadas de la costa que tanto gustaron a Thierry y Bertrand en sus visitas anteriores, donde les acomodó y dio orden a uno de los camareros para que colocara los servicios.

-Adelaida, mujer, no es necesario...-

-¡Silencio, Lois, a callar!- le cortó la mujer de inmediato, llevándose el dedo índice a los labios sin dejar de mostrar su mejor sonrisa al sargento *-¿Me vas a despreciar que te agasaje después de tantísimo tiempo sin pisar esta casa? ¡Venga, que sé cómo te gusta la Caldeirada!*-

-Claro que sí, es que...- respondió el sargento, un tanto abochornado, intentando reconducir la situación para hacerla más acorde con el motivo de la visita, mientras Thierry y Bertrand quedaban al margen de aquel sentimiento de agobio, una vez olisqueado el aroma que llegaba desde la ventana comunicante con la cocina, situada a un metro y medio escaso, donde echaron el ojo a un caldero humeando de manera plácida a rebosar con el exquisito manjar que les ofrecían.

-¡Chitón, Lois, a comer y a callar! Enseguida vuelvo con vosotros- insistió Adelaida, ordenando antes de marcharse a otro camarero sirviera unos entrantes a base de mariscos frescos regados con un sobresaliente Albariño a temperatura idónea, para el que Thierry y Bertrand no dudaron en ofrecer sus copas con tal de que les fuera escanciado sobre la marcha.

Minutos después, nada más regresar la anfitriona, y tras tomar unas cuantas copas del excelente caldo de las Rías Bajas acompañado con sendas nécoras y una ración bien colmada de ostras, Lois le habló de la manera que pensó sería menos comprometedor y, en particular, menos ofensiva para aquélla - *Bien, Adelaida, muchísimas gracias por tu hospitalidad. Hablo por los tres y te digo que está todo exquisito. Aparte de esto no quería importunarte, pero, verás, veníamos para hablar con Martín-*

¿Martín? ¡Jesús! ¡Jesús! Ya le conoces, Lois ¡Es que se lo tengo dicho! Cuando más gente viene al restaurante, él coge y se marcha a ver a la madre ¡Si es que no tiene remedio!-

-¿La madre?-

-Sí, Lois. Bueno, como hace tiempo que no nos vemos pues normal que no estés al tanto. El caso es que el año pasado tuvimos que ingresarle en un geriátrico. La pobre está muy mayor, noventa y tres años hace el mes que viene. Así que ya te harás cargo. La cuestión es que dio el bajón de repente ¿Sabes?-

-Entiendo, Adelaida-

-Sí, Lois. Ley de vida. Y Martín, pues de vez en cuando va. Pero te digo una cosa: ayer le pedí que dejara para otro día la visita ¡Pero nada, chico! ¡Es un ceporro! Se le puso en, ya sabes dónde, ir a verle. Y así que fíjate la que tengo liada en el restaurante-

-¿Cuándo andará por aquí?-

-Si te digo la verdad, la última vez llegó de madrugada. Por lo visto se le pinchó una rueda y, en fin, ya te imaginarás. Además, ya sabes tú lo patoso que es y más torpe no conozco-

-Pero ¿Dónde está la residencia?-

-En Lugo, querido. A Martín, que es un sentimental, la madre le hizo prometer que le llevaría allí porque fue donde nació mi suegra. El caso es que hasta buscó una a dos calles de donde tenían la casa sus padres y vino al mundo. ¡Es idéntico a su madre de burro y como se le meta algo en la cabeza...!-

-Adelaida ¿Cuántos años habéis estado fuera?-

-Pues, querido, casi veinte años. Que se dice muy pronto. Y casi todos en Suiza, aunque cuatro o cinco estuvimos en Alemania. Y ya ves: ahora aquí y con este restaurante al cual tenemos que echar muchísimas horas y también esfuerzo. Pero no nos quejamos ¿Sabes? Mereció la pena estar tan lejos esos años por disfrutar ahora de mejor posición en nuestra patria chica. Galicia tira mucho, Lois. Y tú lo sabrás también-

-Y que lo digas. He dado la vuelta a España dos veces y aún no sé si tendré que dar alguna más. Oye, recuerdo que teníais un terreno en la sierra...-

-¿Terreno? Bueno, un trozo de tierra mejor, dicho, Lois. Me lo dejaron mis padres al fallecer. Mi hermana heredó la casita de Cedeira y a mí me tocó eso. Si te digo la verdad, querido, hubiese preferido al revés. Pero, en fin, ahora dicen que con el turismo gana valor y además teniendo la casa levantada-

-¿La casa la mantenéis?-

-¡Qué pregunta, Lois!-

-Mujer, es curiosidad sólo-

-Vamos a ver ¿Tú has visto que Martín haya dejado de cuidar algo? Ya conoces cómo es. Nada más tienes que mirar el coche, siempre lo tiene como una patena. No digamos la casa y el huerto donde, como ya te imaginarás,

*cultiva hasta la última hortaliza que puedas probar en el restaurante
¿Sabes? Hasta le hicieron una entrevista en la televisión por ese motivo-*

-O sea, quieres decir que Martín va mucho por allí-

*-Ya lo creo. Dos o tres veces en semana y, por supuesto, los domingos sin
faltar. A ver si vas y te fijas cómo lo tiene todo y, de camino, te llevas
algunas verduras y ya verás qué sabor tienen; todo ecológico, nada de
pesticidas y esos venenos-*

*-Oye, Adelaida, dime por qué os fuisteis para Alemania después de tantos
años en Suiza-*

-¡No me lo recuerdes, Lois! ¡Por favor, te lo pido, querido!- solicitó la mujer de forma expresa, mientras se derrumbaba de repente la expresión de júbilo en su rostro, en la primera oportunidad que había perdido la jovialidad mostrada desde que habían llegado los tres investigadores a su local; extremo que no estimaron baladí tanto Thierry como Bertrand, quienes dejaron en ese momento de paladear los sabrosos entrantes y también disfrutar de nuevas copas de vino servidas mientras la conversación fluía.

-Me dejas sin habla, Adelaida ¿Qué pasó?-

-Nada bueno-

-Pero, explícate ¿Es algo privado? ¿Tal vez íntimo?-

-No, no, Lois. Ni mucho menos. Sólo es que hubo un incidente tremendo y tuvimos que poner tierra de por medio-

-Nos dejas sobre ascuas-

-Bueno, es que sólo con acordarme ya me entristezco. Mejor te lo cuento y así también me libero de esa carga- quiso sincerarse Adelaida tras la expectativa creada con su actitud *-El caso es que un buen día, mientras Martín y yo trabajábamos los dos en la misma empresa de relojería, se presentaron en nuestro piso a las afueras de Ginebra donde residíamos desde que llegamos a esa ciudad Suiza, una pareja de policías haciéndonos preguntas y nosotros sin saber qué ocurría. Ya dominábamos bien el idioma y entendimos cada frase sin que saliéramos de nuestro asombro. La cuestión es que había desaparecido una jovencita de la urbanización más lujosa del extrarradio de la ciudad y andaban peinando las zonas de inmigrantes; como te puedes hacer una idea, pensando que el culpable se escondía entre nosotros y más aún dentro de la comunidad de españoles que entonces era la mayor de todas. Al principio sólo fueron preguntas, quiero decir los primeros días cuando venían dos o tres veces. Después, y me refiero a las semanas siguientes, la cosa cambió y ya fueron registros continuados. Una vez recuerdo que se presentaron a las dos de la madrugada, nos levantaron tanto a Martín como a mí y, lo que más nos molestó, también a nuestros dos hijos que no comprendían qué ocurría. Ya te digo que no encontraron nada, pero*

no se fueron contentos porque, a los dos días, volvieron y repitieron la jugada pero mientras cenábamos. Hasta pusieron patas arriba la cocina y volcaron la olla, la cazuela y todos los recipientes que habíamos usado. Estábamos tranquilos de conciencia, porque nosotros no teníamos nada que ver, pero temerosos porque en un país extraño y con aquellas maneras, pues ya te imaginarás-

-¿Sospechaban de Martín?-

-¡De todos. Sospechaban de todos, Lois! También de mí, de mis hijos, quienes eran ya mayorcitos y les aburrieron a preguntas. Que si dónde habían estado, que si qué habían hecho, que dónde habían ido tal o cual día. Bueno, tú eres agente y sabes cómo es ese acoso que te rompe los nervios...-

-¿Tenían algún indicio?-

-No, qué va ¿Qué indicio iban a tener? Sólo que éramos españoles y nada más. Gente extraña para ellos y sospechosa sin que hubiese un motivo lógico. Y te confieso que nos consolábamos viendo cómo a un par de familias vecinas, también compatriotas, les hacían lo mismo o mucho peor-

-¿Apareció la joven?-

-No, no. Jamás apareció. Pasaron los meses y nada se supo hasta que ya nos dejaron tranquilos-

-Adelaida, como agente de la Ley te hablo ahora y déjame decirte que por alguna causa os rondarían-

-Lo has dicho genial, Lois. La verdad es que nos rondaban, porque nos seguían cuando salíamos. Pero a todos ¿Sabes? Hasta los niños cuando iban al instituto. Horrible, chico, no puedes hacerte una idea de la presión que tuvimos que soportar. En cuanto a lo del motivo, la causa, o lo que sea, pues sí que la había, pero según ellos-

-Ya me extrañaba, Adelaida-

-¡Una idiotez! Una simple casualidad que nos salpicó. Te explico para que me entiendas. Resulta que la tal jovencita tuvo, según sus amigas más cercanas, una aventura con un chaval español, quien precisamente vivía por nuestro barrio. Por lo visto, era cierto que venía por allí a menudo y le identificaron varias personas, quienes pudieron con su testimonio situarle de manera precisa en la urbanización donde residíamos el día de su desaparición. Para colmo de males, su coche apareció a sólo unos metros de la puerta de entrada al edificio y con las llaves puestas, su interior todo revuelto y el bolso de ella abierto encima del asiento trasero-

-O sea que todo quedó en agua de borrajas-

-Pues claro, Lois. Se fueron por aburrimiento, puesto que no había más que

preguntar ni nada que registrar. Sólo quedaba nos quitasen la ropa, y hasta creo que les dieron ganas pero se aguantaron al final ¡Un horror!-

-Pero, Adelaida, vamos a ver, no entiendo cual fue, si como dices no volvieron a molestaros y jamás apareció la joven, el motivo que os empujó a marcharos así para Alemania-

-Esa es la segunda parte y por lo que antes me vine abajo, querido. Te aseguro que los policías, al fin y al cabo haciendo su trabajo, no consiguieron minar nuestra moral. Estábamos tranquilos en todo momento, puesto que no teníamos nada que ver con todo aquello. Pero otro cantar es la prensa, que empezó a meter cizaña contra nosotros y nuestros vecinos españoles del barrio, y también la maledicencia porque el boca a boca, que no es un vicio español sino que es universal, te va desprestigiando día tras día con meras sospechas y bulos interesados. Con lo cual, eso no paró ni un día y, una vez la policía retirada a sus cuarteles por falta de pruebas, la campaña contra nosotros creció, creció y siguió creciendo hasta que el ambiente fue irrespirable. Mis hijos, mocitos en el instituto, pues señalados. Yo misma, según las malas lenguas cómplice, ya ni me atendían en las tiendas y tenía que coger el autobús y recorrer toda la ciudad para poder hacer la compra. Y no digamos Martín, con quien se paraban en la calle a su paso y hacían corros. Más de una vez, ya sabes cómo es él, se enfrentó y salió malparado puesto que avisaron a la policía y nos tocó pagar multas para evitar la cárcel, aunque fuera por un par de noches. La guinda de todo esto la puso un hecho que ya no pudimos controlar. Y fue determinante para que, perdiendo mucho dinero, abandonásemos el país. A nadie le deseo que un día llegue a su empleo, y me refiero al de Martín y yo misma, una mañana

cualquiera bien temprano y te digan en voz baja que pases por el despacho del jefe de Personal. Después, fríamente, os reciba y os diga a la cara con una expresión de satisfacción que estás despedido. Así, sin más. Sin un motivo, siendo trabajadores ejemplares los dos, cumplidores y siempre bien mirados. Hasta ese día en que esas lenguas hicieron lo posible para acabar con nosotros. Así que una semana después liquidamos todo, a un precio de risa porque vendimos a la mitad de su valor tanto el piso como todo lo que había dentro, nos subimos al coche al que por cierto le habían rajado las ruedas tres veces y pintarrajeado con frases de insulto que me reservo, y pusimos rumbo a la frontera alemana. Y allí estuvimos hasta hace bien poco, Lois, aunque con mejor suerte. Eso es todo-

-¿No acudisteis al consulado por ayuda legal?-

-¿Cómo? Claro que sí, y hasta la embajada; pero ni caso. Y más cuando había más gente en nuestra situación y se vieron incapaces de dar respuesta a tantos requerimientos. La verdad, unos inútiles más pendientes de su vidorra a costa de nuestros impuestos que de echar una mano a gente honrada y trabajadora en un país extraño-

-Entiendo. Oye, Adelaida, y no supisteis más adelante...-

-Ya te dije que nada de nada de ese asunto. Sólo hubo un periódico que apuntó cómo la joven se había largado seguro con alguien y no quiso dejar rastro. Era una niña bien, hija de una familia acomodada y, según decían, caprichosa y mal criada. Lo tenía todo y quería algo más. Tal vez otras

emociones ¡Maldito sea el día que puso el pie en nuestro barrio!-

-¿Sospechasteis de algún...?-

-¡Jamás! ¡Por Dios, Lois! ¿Cómo puedes preguntar eso? Éramos trabajadores todos, gente decente...-

-Bien, bien, no quería ofender...-

-No te preocupes, Lois ¡Venga! ¡Arriba ese ánimo!- recuperó su tradicional buen humor Adelaida *-Se acabaron las preguntas y a Suiza ¡Que le den por...! Bueno, me callo que iba a decir una ordinariéz y no quiero ofender a nuestros amigos franceses-*

-No se preocupe, Adelaida- respondió Bertrand, mientras dejaba gustoso que le llenasen hasta arriba una vez más su copa *-En Francia también tenemos algo parecido en nuestro vocabulario-*

-¡Y tal vez los suizos se lo merezcan! ¿No, señora? Por cierto, Adelaida ¿Qué hay de esa Caldeirada...?- añadió Thierry con un aire angelical, la servilleta bien colocada en el vértice del cuello de la camisa, desprendido de la chaqueta la cual había colocado sobre el respaldo de la silla que ocupaba, la copa de Albariño a medio beber en la mano izquierda y, enhiesto, el tenedor bien sujeto en la derecha.

CAPÍTULO XI

Covadonga, incapaz de determinar si permanecía aún en el mundo de los vivos o bien hollaba el temible inframundo, hizo un esfuerzo sobrehumano por concentrarse en una acción que su cerebro se negaba, tan cauteloso como atemorizado, a cumplir una vez tras otra. Insistió en ordenarle le permitiera abrir los párpados y dejar, de esta forma tan primaria, que sus ojos le enviaran imágenes de nuevo. Sin embargo, ella misma compartía en cierto modo aquel criterio, según el cual la orden era rechazada de plano ateniéndose el órgano de control máximo de su cuerpo al padecimiento que la contemplación del cadáver mancillado de su amiga Clara le había provocado.

Covadonga vivió de nuevo, con un solo fragmento en su mente, el horror y la tristeza más profunda. No obstante, reiteró la orden a su propio entendimiento en la seguridad que soportaría cualquier cosa después de perder la consciencia al contemplar aquella terrorífica visión de Clara. Por un momento, creyó que nada le sobrecogería tanto y también cómo sólo la sensación, o mejor el presentimiento, de que ella sería la siguiente en el sacrificio a deidades del mismo averno, haría que se sumiese en ese sopor profundo en el cual había permanecido durante un tiempo advertido como

indeterminado.

En esos momentos de introspección, tuvo un recuerdo para su familia, en especial para sus padres, a quienes imaginó con la desesperación en sus rostros. No dejó de tener otro para los de Clara, para quienes la noticia del asesinato de su hija les arrebataría, presas de un profundo dolor interno, la vida. Luego su mente divagó, a modo de relax, en recuerdos felices de ambas amigas, también en todos aquellos momentos compartidos, sin que una divergencia hubiese enfriado el cariño mutuo.

Cuando su mente le tranquilizaba, llevando al frente de sus pensamientos nuevas imágenes, nuevos recuerdos dulces casi almibarados, cuyos protagonistas eran la más intensa felicidad, el amor fraterno, el amor filial, Covadonga de repente, y sin que ella misma fuera consciente de ello, abrió al fin los ojos al mundo. Recapacitó después y comprendió cómo un ruido, bien conocido y común por otra parte, había sido el causante de esa sorpresiva acción fuera del ámbito de su mente y teniendo que ver más con el propio instinto el cual, en ciertas ocasiones, gobierna aquélla con mando férreo y sin ajustarse a patrones preestablecidos, tal si respondiese a una profunda orden superior que todo lo decide y ejecuta por encima de cualquier condicionante.

Convino consigo misma que el mugido de una vaca, seguro pastando ufana en un prado cercano a rebosar de hierba fresca, había sido el causante de todo aquel revuelo en su cerebro y, por ello, que sus ojos percibieran la realidad circundante, incluso aunque esta fuera apenas un leve fulgor a unos metros por encima de ella.

Recordó entonces cómo también había sido esa visión la penúltima de su cautiverio y posterior desmayo, con el cadáver de Clara a pocos metros de ella. Fue consciente también de que permanecía echada en el suelo basto, húmedo y, sobre todo, maloliente por cuanto sus propios orines constituían su lecho. A ello contribuía su ropa empapada en aquéllos y la sensación de suciedad que sentía.

Dejó de pensar de inmediato, como medida defensiva dado el asco que le daba, en aquella contrariedad y desvió la atención para hacer un resumen de su situación que, a simple vista, seguía siendo desesperada por no decir límite, sin saber a ciencia cierta si era sólo cautiva, o bien abandonada a su suerte y si perecería por inanición, dado que su estómago daba señales evidentes de estar vacío en su totalidad y la sensación de pastosidad en la boca le habló a las claras de la falta de agua; lo cual le aterraba aún más.

Tras tener claro esto, Covadonga se centró en que tenía la boca tapada con cinta aislante y hasta la misma nariz llegaba, lo que le dificultaba incluso para respirar. También en que tanto sus muñecas como los pies estaban atenazados de igual forma. Hizo un esfuerzo apoyando ambas manos unidas sobre el suelo, basculando como pudo el cuerpo con las piernas también juntas, y así consiguió tras varios intentos erguirse un tanto y ponerse apoyada en la pared, la cual presentaba idéntica rugosidad al suelo, por lo que pensó se trataba de tierra horadada a modo de cueva subterránea, determinando le beneficiaba puesto que la temperatura era estable aunque, en contrapartida, la persistente humedad del suelo la hacía menos confortable.

Covadonga, acostumbrados ya sus ojos, miró repetidas veces hacia el sitio exacto donde había visto el cadáver de Clara y se aseguró de que su raptor y asesino lo había sacado de aquel lugar. Eso, pensó, podría ser bueno o malo para sus intereses, según se mirara. Pero prefirió no hacer más cálculos mentales para no alarmarse más de lo que estaba y, de esta forma, perder los nervios. Mejor decidió concentrarse en hallar una solución a sus males y esta pasaba por idear una manera de salir de aquella ratonera.

Pero el problema estaba en que le era imposible ponerse de pie. Esa era una dificultad que le privaba de ulteriores planes para intentar salir. Sin embargo, decidió acercarse a la puerta y una vez allí tantear, incluso con las manos unidas y sin capacidad de movimiento, si habría alguna posibilidad de escapatoria.

Así, muy poco a poco, dando pequeños saltos sobre el suelo que al menos le sacaron de la humedad de éste y sus orines, se fue acercando a la puerta. Calculó al menos entre cuatro y cinco metros hasta ella y, tras descansar un par de veces del esfuerzo, se dijo a sí misma que la tenía a menos de dos y eso le animó a perseverar en su intento.

Covadonga, con fe, continuó una y otra vez, ganando centímetro a centímetro y también sintiendo cómo el sudor resbalaba desde la frente, cruzando su barbilla, el cuello y luego bajando veloz hacia sus pechos. Pero no decaía su ánimo y más cuando, parada a tan sólo medio metro, comprendió que casi lo había conseguido.

Era el último tramo y el descanso fue más largo que los demás, con tal de tomar más brío en ese “sprint” final. Recuperada de nuevo, comenzó a dar esos saltos que concluirían con su empeño y, cuando le faltaban apenas quince centímetros, la puerta se abrió de par en par.

No le dio tiempo a que su garganta iniciara un grito, incluso ahogado con la boca taponada, tampoco a que girara su cabeza de perfil en paralelo a la propia puerta, puesto que la primera patada que recibió en las costillas le envió más de un metro hacia dentro de aquel habitáculo de olor nauseabundo.

No obstante, la segunda patada que impactó de lleno y con una fuerza mayor en sus nalgas, hizo que rodara casi otros dos metros y así quedara a la par de cuando empezó su andadura en pos de la puerta. Luego, con un dolor punzante que apenas le dejaba respirar, escuchó cómo se cerraba la puerta y su captor y asesino de Clara, le propinó un feroz puntapié que impactó en su espalda para enseguida, sin que terminara de dolerse, le pisó con reiteración enfermiza sus manos hasta casi aplastarlas.

Covadonga se preguntó a sí misma cómo es que aún permanecía consciente y, en esta ocasión, su mente se resistía a desconectarle de la realidad cuando con saña se cebaba aquel salvaje contra ella. Ella misma quiso abandonarse, pero no hubo respuesta de su entendimiento, empeñado en que sintiera cada golpe ejecutado con una brutalidad que provocó un llanto también ahogado e inundando su rostro de lágrimas sin que eso ablandara a su verdugo, quien tuvo tiempo de agarrarle del pelo y tirar con todas sus fuerzas, hasta sentir cómo parte de éste se desprendía y un escozor en el cuero cabelludo le indicaba que una herida quedaba como testigo de su agresión cobarde.

De pronto, sin que nada lo anticipase, cesó la paliza, el maltrato gratuito del que había sido objeto Covadonga, y sin saber si era algo consustancial a su cautiverio, si aquel sujeto gozaba con su dolor, o bien se trataba del castigo cruel por intentar una huida que hasta ella misma juzgaba como imposible; tal vez una quimera, sólo ideada como bálsamo para su desesperación.

Tirada de lado y sin poder observar qué ocurría a sus espaldas, el terror se apoderó de nuevo en ella con más gritos prisioneros en su garganta, sin que estos pudiesen cruzar la barrera que oprimía sus labios, con más llanto surcando su rostro de pavor, cuando su captor y en un movimiento que hablaba tanto de su decisión como de su fortaleza le agarró de la melena y tiró hacia sí, para arrastrarle sin miramientos dejando que su espalda rozara las rugosidades formadas por piedras dispersas sobre el piso, sacándole de aquel lugar para soltarle sólo cuando quedó tendida en una especie de pasillo de altura superior al que Covadonga había permanecido hasta entonces.

Si aterrorizada y dolorida había estado, no se pudo comparar la sensación que sintió la joven cuando, tras unos segundos sin que le pegara o arrastrara, comenzó prenda a prenda a desvestirle. No había grito que pudiese lanzar, no había más llanto que lograrse salir de sus ojos enrojecidos, escociéndoles a rabiar.

Covadonga, en el límite de la desesperación, supo que su suerte estaba echada y comprendió tendría que soportar el martirio sin que su mente se rindiese a la evidencia y le desconectara de un sufrimiento para el que no

estaba preparada. Ni en sus peores pesadillas habría imaginado encontrarse en una situación como aquella y, además, susceptible de empeorar con los antecedentes conocidos de su amiga Clara.

No había más terror que sentir cuando, ya desnuda en su totalidad, preso su cuerpo de aquel sujeto que imaginaba como un demonio hecho carne, putrefacta excrecencia de los infiernos, arrojó sobre ella una cubeta llena hasta arriba de agua fría. La impresión al sentir el líquido gélido sobre toda la extensión de su piel, no fue tan grande como la segunda cuando, dándole la vuelta, hizo lo propio por la parte de atrás de su desnuda anatomía.

Volvió aquel individuo a arrastrarle y esta vez hasta otra estancia donde, tomándole en peso, le subió a un improvisado catre. Covadonga pudo contemplar de qué manera le ponía una capucha en la cabeza y le privaba de la contemplación de su rostro, aunque éste de igual forma estaba velado por un rudimentario pasamontañas.

A continuación, sintió cómo le secaba con un tejido áspero y, sin mucho detenimiento en esa acción, comenzó a quitarle la cinta aislante de las manos pero colocándole en su lugar unas esposas a cada muñeca, las cuales quedaron sujetas a unas argollas en la pared. Luego, hizo lo mismo con sus pies, a los que sintió como si quedasen encadenados por un metal frío y también de superficie pulida.

Mientras un silencio se hacía en aquella estancia y sus ojos permanecían vedados a la luz, Covadonga pensó que no temía la hoja afilada del acero

abriendo preciso su garganta con lentitud, ni siquiera cuando sintiera su sangre brotar generosa saliendo a borbotones manchando su propio lecho de muerte. Pero sí temía, sobre todas las cosas, su cuerpo mancillado.

Y ese temor, esa pesadilla dantesca, se hizo de repente realidad en el momento que sintió el cuerpo desnudo de su captor encima de ella, percibiendo el hedor de su aliento ácido, notando el vello de su pubis al rozar el suyo, cuando sus babas pegajosas resbalaban por su cuello mientras le mordía insistente para luego hacerlo con sus pechos hasta clavar los incisivos en sus aureolas ya sangrantes; sin que los gestos de dolor le apaciguasen en su ímpetu obseso.

Covadonga comenzó a rezar una jaculatoria, una vez las lágrimas se habían retirado y su cuerpo laxo se rendía. Sin embargo, las oraciones de nada sirvieron cuando un profundo dolor le pareció le rompía en dos el vientre. Supo que sólo le separaba de la muerte aquel himen desgarrado, el cual su verdugo perforaba una y otra vez de manera compulsiva y su gemido de satisfacción lo lanzaba al aire como un símbolo de triunfo; de conquista de un nuevo cuerpo virgen hecho suyo en un ritual de sexo, sangre y muerte que le refrendaba como amo y señor de su minúsculo mundo subterráneo.

Como pudo, teniendo taponada la boca y temiendo ahogarse en su propio vómito, la joven aguantó la arcada que le provocó la repugnante sensación de tibia humedad inundando todo su sexo junto al punzante escozor que fue incrementándose a cada momento, de lo cual se olvidó en el momento que notó cómo el sujeto, tras unos momentos de descanso sobre ella, comenzó a liberarle de las esposas.

Primero fueron las de los pies y a renglón seguido las de las manos, aunque enseguida atenazó estas con fuerza de nuevo con cinta aislante. Sin quitarle la capucha de la cabeza, la joven fue consciente de que le tomaba en brazos, le sacaba del lecho donde había abusado hasta saciarse de ella y también cómo le colocaba en el suelo, dado que percibió hirientes las rugosidades de éste.

Escuchó un ruido después, el cual tuvo fácil adivinar con qué fin y por ello le cogió menos desprevenida en esta ocasión el cubo de agua helada que arrojó sobre su cuerpo; repitiendo el sujeto esa cruel operación dos veces más. Si la arcada había sido fuerte mientras le penetraba, no fue menos cuando sintió sus manos lavando su sexo, hurgando éste con sus dedos lascivos y con una violencia que hizo multiplicar el escozor que sentía, el cual le arrancó un sollozo apagado y provocó que las lágrimas de nuevo emergieran a sus ojos.

Covadonga no podía poner en pie qué pretendía aquel sádico cobarde pero se temió lo peor cuando, tras secarle de manera poco cuidadosa, le alzó en brazos y le condujo por algún lugar donde la luz podía percibirla incluso con la capucha encima. Comenzó a temer, no obstante, la joven cuando fue claro el movimiento que delataba cómo subían un buen número de peldaños y, tras dos tramos, el fulgor se hizo más evidente.

Supo estaban en el exterior del lugar, el cual había mantenido su cautiverio, y Covadonga tembló imaginando ya era la última estación de su calvario, mentalizándose para aceptar ese momento postrero cuando la afilada hoja del cuchillo hendiera grácil su trémula carne, como acto final tras la bacanal de

su captor enseñoreado con su cuerpo, satisfecho su impúdico deseo de posesión y lujuria, regadas sus entrañas con su semilla perversa.

Todos sus presagios parecieron materializarse en el instante en que notó cómo le dejaba de nuevo en el suelo, y esta vez comprendió que la hierba le advertía estaba en pleno prado donde pastarían las vacas cuyos mugidos había escuchado con claridad. Se preguntó si ese sería el último sonido que percibiría del mundo material, aunque no tardó mucho en saberlo puesto que su captor le retiró la capucha y sus ojos se abrieron de nuevo al mundo.

Covadonga no tuvo que hacer demasiados esfuerzos por acostumbrarse a la luz del exterior, dado que era el momento del atardecer y el sol declinante permanecía de igual modo velado por nubes instigadoras que llegaban desde el oeste, por lo que advirtió a la primera el entorno.

Confirmó el prado, también las vacas, quienes aún se resistían a dejar de pastar apurando la luz, y también el bosquecillo cercano el cual imaginó era donde tanto Clara como ella misma se habían adentrado en busca de un destino bifurcado pero que concluía en el mismo sitio, sufriendo idéntico martirio y perdiendo la vida de calcada forma cruel a manos de un anónimo maníaco pervertido.

Covadonga intuyó cómo estaba tras ella, sacando el cuchillo para el sacrificio y no se equivocó. Notó como le agarraba con la fuerza acostumbrada por el mentón, luego se lo levantaba hasta hacerle un daño del que sólo podía quejarse para sí y, finalmente, sintió primero la afilada hoja al deslizarse bajo

la parte izquierda de su cuello, temblando cada porción de su piel, resbalando raudas sus lágrimas por ésta, para después dar un respingo al percibir de qué manera la punta del arma penetraba en su piel y la sangre ardiente brotaba con fuerza.

Rezó un Padrenuestro aturrullado, tan inconexo que ella misma terminó de manera acelerada incapaz de encadenar las estrofas con cierta coherencia. No era para menos cuando la sangre cruzó sus pechos desnudos, alcanzó el pubis y continuó su carrera desbocada bifurcándose por ambos muslos flexionados.

Un instante después, cuando presentía el golpe de gracia cruzando el acero toda su garganta, sin que pudiese advertir el cuándo, el porqué y el cómo, Covadonga se encontró de repente liberado su cuello y le dio tiempo a observar cómo su captor con el cuchillo hacía lo propio con sus manos y luego con sus pies.

Las punzadas, intentando su sangre retomar las sendas de sus manos y pies, fueron tan intensas que la joven apenas tuvo tino para incorporarse y recuperar la verticalidad de su cuerpo. Se sentía inútil para hacerlo, aunque tras unos minutos en los que se frotó sin desmayo y aguantando el intenso dolor, al fin consiguió ponerse de rodillas en primer término, para en segundo hacerlo con los pies; que sin embargo necesitaron varios más para que las fuerzas le permitieran andar siquiera unos metros como si estuviese todavía aturdida.

Desprendida la cinta que tapaba su boca, de la que tiró con fuerza ella misma

no sin dolor, Covadonga no acertó a comprender qué pretendía aquel sujeto, tras jugar con su cuello, tras clavarle la punta del acero y dejar que manase libre su sangre. Se preguntó si formaba parte esa liberación sorpresiva de un ritual que seguía a otro, quizás más macabro y violento. Pero no había lugar ni tiempo para más preguntas o elucubraciones. Sólo lo tenía para huir lo más rápido y lejos posible, sin pensar en si estaba tras de ella y, como fiera acechando a su presa, esperaba el mejor momento para caer sobre ella y cerrar el círculo del sacrificio con una forma más cruenta conforme a su instinto asesino.

En esas, la joven alcanzó el bosquecillo y penetró en él sintiendo el dolor en sus pies al pisar desnudos sobre el suelo húmedo y salpicado de pequeñas piedras, haciendo de cada paso un suplicio. No había otro camino que ese y la oscuridad que se echaba encima no le daba más opciones para alejarse de aquel lugar.

Se animó a sí misma, cuando sus pies parecieron recuperar todas sus fuerzas y la molesta sensación en sus manos desapareció para dar paso a un vigor que incrementó el ritmo de su huida, sin tener en cuenta los obstáculos en forma de troncos cruzados, los cuales ya hasta sorteaba dando saltos sobre éstos y llevando su paso a una carrera sin referencias puesto que la oscuridad por fin ganó la batalla a la luz y el reino de las sombras tomó el bosque.

Covadonga no miró atrás ni antes ni después, para dejar de temer el ataque de su captor y, quizás en ese momento, también su perseguidor. Se negó a perder un solo segundo en detenerse y mirar atrás. Necesitaba cada uno de éstos con tal de poner tierra de por medio y así liberarse de la pesadilla que

había vivido.

Un momento después, como un faro salvador en la profunda noche del océano en medio de aguas procelosas prestas al naufragio rumbo a la escollera, como el fulgor lejano en el fondo de la opresiva oscuridad de una oquedad tras la traicionera y destructora sacudida de la tierra, Covadonga, jadeando primero, gritando con todas sus fuerzas más tarde esperanzada, y tras una mirada de árboles que se interponían amenazantes en su camino, contempló a lo lejos las luces de un vehículo.

Tuvo la certeza entonces que la libertad estaba cerca y, esta vez, sus piernas no corrieron sino que volaron, su cuerpo casi levitando, ajena al dolor de las pisadas sobre el suelo cada vez más repleto de piedras puntiagudas que, no obstante, ya ni sentía, concentrada su mente en alcanzar la carretera guiada por las luces que serpenteaban por las inacabables curvas de aquélla.

Uno, dos, tres minutos le bastaron para alcanzar el borde de ese camino de libertad y, pisando el asfalto, tuvo la tentación de volver la vista atrás. Sin embargo, se resistió y dejando de lado el mismo terror a hacerlo realidad, corrió cuanto pudo su maltrecho cuerpo para colocarse en medio de la carretera chillando hasta desgañitarse.

Covadonga, clavadas las rodillas en el rudo y frío asfalto, brazos en cruz, su mirada dirigida al negro firmamento preñado de estrellas, dando gracias al Cielo, gozó como nunca del momento en el que el vehículo frenó a unos metros de su maltrecho cuerpo y escuchó cómo sus dos puertas delanteras se

abrían.

CAPÍTULO XII

Bertrand estaba que echaba humo. Y no era para menos dado que alguien como él, abonado a unas costumbres de corte más anglosajón que puramente francófono, en todo lo referente al orden se exigía a sí mismo y, cómo no, a los demás, el respeto debido; toda vez que pensaba existía un momento para cada cosa y cada cosa tenía su momento.

Esta máxima le había acompañado desde que tenía uso de razón y le exasperaba tener que obviarla por el capricho de uno de los encausados al que, sin embargo, le daba poco crédito. Por ello, y después de todo el día de aquí para allá, apenas sin cenar por lo pantagruélico que había resultado el almuerzo junto a Lois y Thierry, donde no faltó uno de esos opíparos postres que endulzó el final de la comilona, la cual fue rematado a su criterio de manera sobresaliente con un par de botellas del ya famoso orujo que habían degustado el día de su llegada, y deseando abusar un buen rato de las sábanas immaculadas y el extraordinario colchón bien mullido que le aguardaba en la quietud del dormitorio, le pareció de muy mal gusto que el teléfono sonara justo en el instante que se abrochaba el último botón del pijama de último grito, comprado al efecto en Galerías Lafayette hacía pocos días para su

disfrute en el viaje a Galicia, y la voz de Thierry surgiera de repente como un rebuzno dispuesto a partirle los tímpanos.

-¡Vamos a ver! Pero, chico ¿Sabes qué hora es?- le soltó Bertrand a Thierry de sopetón indignado por la interrupción de su descanso, el cual consideraba algo muy próximo a lo sagrado.

-Ya, ya, Bertrand. Aún distingo bien la agujas y sé que son las doce de la noche pasadas pero es que...-

-No son horas-

-Bertrand, escucha y presta atención- insistió Thierry *-¿Aún te dura el efecto del orujo? ¿Quedamos o no quedamos con Adelaida para que nos avisara en cuanto llegara su marido?-*

-Sí y no-

-¿Qué quieres decir, Bertrand?-

-Pues que sí quedamos en eso, pero que yo personalmente creí que era una forma de hablar-

-¿Estaba claro lo que queríamos?-

-En tu caso, Thierry, estoy seguro. En el mío por supuesto que, pasando de una hora prudencial su llegada, creía que esa señora no se le ocurriría telefonarnos. Y mucho menos cuando el reloj pasara de la medianoche. Ya sabes lo que pienso al respecto y me parece una falta de educación molestar a las personas a partir de cierta hora. Yo jamás lo haría, querido-

-Bertrand, parece mentira que seas forense de la policía...-

-¿Por qué? Todo puede esperar y las cosas deben seguir un orden-

-Pero, hombre, que se trata de una investigación por asesinato-

-¿Martin asesino?-

-Bueno, sabes que yo también no lo veo así, pero hay que agotar las posibilidades y comprobar hasta el último movimiento de él, por si las moscas-

-Vamos, Thierry, ya veo estás bien empeñado en que me salte mi más que merecido descanso-

-Oye, Bertrand ¡Mira que eres! ¡Pero si lo único que has hecho en todo el día es cebarte a base de viandas, hombre!-

-¡Bueno, bueno, está bien! Enseguida me visto y nos vemos en la recepción del hotel- concluyó Bertrand, no con demasiada buena cara y haciendo aspavientos que Thierry no pudo ver al otro lado de la línea pero sí intuir con una sonrisa de comprensión, conociendo de sobras la neurosis galopante de su amigo y compañero de siempre obsesionado con el orden estricto y la meticulosidad de sus planificados horarios, los cuales rara vez modificaba salvo que, como era el caso, él insistiera.

-¿Cuartel de la Guardia Civil?- habló Thierry al agente que respondió tras el primer tono de llamada al otro lado del teléfono, estando él ya vestido y listo para la faena, muy al contrario de su perezoso amigo *-Buenas noches, por favor, quería hablar con el sargento Lois. Soy Thierry Pascal, de Interpol-*

-Pues, inspector, el sargento está en estos momentos fuera del cuartel ¿Quiere que le avise por radio?- respondió el agente.

-Sí, por supuesto. Me haría un gran favor- rogó Thierry, algo contrariado porque Lois no estuviese a la mano en momento tan importante y, además, acordado entre ellos para continuar la investigación *-Mire, agente, adviértale en mi nombre que nos ha avisado Adelaida, la esposa de Martín, quien ha llegado a su domicilio hace unos minutos y que nos encontraremos allí-*

-No se preocupe que enseguida se lo transmito, inspector-

-Mil gracias, agente. Buenas noches- terminó Thierry para a continuación abandonar la habitación, tomar el ascensor y llegar dos minutos antes que Bertrand al punto de encuentro convenido en la recepción, quien se había tomado el tema sin prisas y apareció con evidentes muestras de sueño que no tardó en advertírsele a Thierry, aunque sin consecuencias más que pedirle pararan a tomar un café; cosa que fue lo primero que hicieron al salir del hotel, entrando en un bar donde aún los parroquianos libaban vino de la tierra y algunos también sendas copas de orujo que, en esta ocasión, dejaron de lado para sólo surtirse de buenas dosis de cafeína que activasen sus respectivas neuronas, a esa hora intempestiva un tanto distraídas.

Diez minutos después del último sorbo, ambos entraban una vez más en el restaurante de Martín, si bien en esta oportunidad con el convencimiento de que encontrarían a éste dispuesto a responder a un rosario de preguntas.

-¡Pasad, amigos!- les recibió Adelaida de nuevo *-Tomad asiento que enseguida viene Martín. Ha llegado derrotado del viaje y se está duchando ahora mismo. Ya le he comentado las prisas de ustedes por charlar con él ¿Es por algo malo?-*

-No se preocupe, Adelaida. Sólo son comprobaciones de rutina, se lo aseguro- le tranquilizó Thierry.

-Bueno, lo digo por la hora tan...-

-Tiene usted toda la razón- le faltó tiempo a Bertrand para unirse al criterio de Adelaida *-Yo mismo le he advertido a Thierry de ese detalle. Podríamos haber esperado a que todos descansáramos como es debido-*

-Bueno, me pareció que era urgente. En particular cuando le vi la cara a Lois- soltó la mujer aquella confidencia con el ánimo embargado, el cual transmitía su expresión llena de contrariedad *-Le conozco bien y adiviné su ansiedad escrita en las facciones. Por eso preferí molestarles tan tarde. Y confieso estoy preocupada-*

-¡Has hecho bien, Adelaida!- exclamó desde la puerta del restaurante el sargento Lois, quien hizo su entrada de esa forma tan teatral para luego situarse junto a Thierry y Bertrand en el mismo reservado que al mediodía *- Es importante que hablemos con él. Y te digo que no temas. Sólo son unas cuestiones referentes a la casa que tenéis en la sierra. Nada más. Pero lo que sí te voy a rogar es que nos dejes solos a los cuatro ¿De acuerdo?-*

-Si tú lo dices, no hay problema. Ya sabes que soy buena obedeciendo y más si se trata de la Guardia Civil, reforzada por dos simpatiquísimos policías franceses- pareció más tranquila la esposa de Martín, para quien las palabras de Lois habían vuelto del revés esa sensación de negatividad que había mostrado a la llegada de los dos investigadores *-Pues, si no os hago falta, me subo para el piso y me acuesto. Estoy derrengada después de todo el día restaurante arriba y restaurante abajo. Ya os dije, queridos y no mentía, cómo este era un negocio duro y muy sacrificado. En fin, hasta mañana si Dios lo quiere-*

-Que descanses, Adelaida, y gracias una vez más por avisarnos- habló en nombre de los tres el sargento Lois, quien le ofreció una sonrisa sincera de agradecimiento a la mujer; desapareciendo ésta escalera arriba dejando ver en sus movimientos el cansancio, deseosa de cerrar un día bien atareada y, además, con el nerviosismo de la tardanza de su marido.

-¡Buenas noches, amigos!- se volvieron los tres para ver con el pelo aún húmedo a Martín, quien apareció por un lateral de la cocina *-¡Lois! Cuánto tiempo sin que pisaras el restaurante. Ya me ha dicho Adelaida que te has decidido a venir con tus colegas franceses. Pero, antes de nada, déjame decirte que ¡Pelillos a la mar!-*

-¿Pelillos a la mar?- preguntó intrigado Thierry, siguiéndole Bertrand en el gesto de sorpresa al escuchar esa expresión para ellos desconocida, la cual les provocaba no poco repelucos su traducción literal al francés.

-Es una frase hecha. No se alarmen, caballeros- añadió Martín, sin dejar de sonreír viendo a los franceses con una cara muy cercana al puro asco *-Veréis, con esto quiero decirle a mi amigo Lois que olvidemos los problemas entre nosotros, que volvamos a ser amigos sin tapujos y que mi casa estará siempre abierta tanto para él como, por supuesto, para ustedes-*

-¡Gracias, Martín! ¡Anda, dame un abrazo!- le respondió Lois correspondiéndole *-Oye, sabes que me debo a mi juramento como agente de la Ley, pero te aprecio como amigo en cualquier circunstancia. Lo mismo*

que a nuestro Aquilino- soltó Lois mirando la reacción en los rostros de Thierry y Bertand -Si le puedo echar una mano, pues se la echo. Lo malo es cuando veo claro que ha cometido un crimen y no tengo más remedio que acusarle y llevarle ante el juez. Imagínate la escena, Martín, cuando me lo encuentro tirado en el barranco y al lado una maleta enorme que la abrimos Vázquez y yo, donde nos encontramos el cadáver de su esposa ¡Coño, Martín, no me digas tú que no es para ponerle las esposas y, además, cabrearme con él!-

-Quita, quita, Lois, que entiendo tu situación. No tienes por qué justificarte. Es difícil tu papel de Guardia Civil y amigo a la vez. Y ya sé que no partes peras con nadie-

-¿Partir peras?- preguntó en esta ocasión Bertrand.

-Sí, hombre, quiero decir que Lois no tiene otra opción que cumplir la Ley en estos casos. Pero, bueno ¿Qué me decís de esas prisas que todos tenéis en hablar conmigo? Ni que hubiese hecho algo malo- se echó a reír Martín, mientras Lois, Thierry y Bertrand coincidían en observarle con gesto sombrío.

-Martín, vamos a sentarnos- dijo Lois y éste le hizo caso, colocándose a su lado.

-Martín, le ruego no se tome a mal lo que vamos a preguntarle a

continuación- se arrancó Thierry sin más preámbulos, con cautela pero anticipándose al sargento por una vez y sin que sirviese de precedente *-Pero debe tener en cuenta cómo la coincidencia de su salida hace veinte años y la llegada hace poco a la población nos obliga a comprobar ciertos detalles-*

-No entiendo, Thierry. Confieso que ahora mismo no tengo ni idea de lo que me plantea. Vamos, que estoy en blanco-

-Martin, vamos a ver- Thierry continuó en la palabra y también en las preguntas *-Ya sabe que en mil novecientos sesenta se produjo un accidente terrible en Vigía de Herbeira con un compatriota francés despeñado en el acantilado y su esposa desaparecida sin dejar rastro alguno. También estará al tanto de que hace poco una pareja de jóvenes asturianas desaparecieron y que una de éstas fue encontrada asesinada, muy cerca donde tuvo el accidente Aquilino en un barranco de la carretera que lleva a la Sierra de Capelada-*

-De acuerdo, sí. Estoy al tanto de esos hechos, pero, ahora pregunto yo ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?-

-Martín, tenemos que comprobar todas aquellas personas cuya estancia y salida coincide con los extremos que acaba de referir Thierry. Y tú encajas- contestó Lois, si bien su tono fue menos severo que lo acostumbrado.

-Hombre, dicho así, ya lo creo que encaja por supuesto. Pero yo me fui para

trabajar y ahora he vuelto para montar este restaurante. Lo hacen todos. Quiero decir que ahorran e invierten cada uno en lo que puede darles de comer. A mí, ya lo han visto todos ustedes, no me va mal a Dios gracias-

-¿Qué pasó en Suiza?-

-¿Cómo? ¿Qué quiere decir, Thierry?- contestó Martín, mutando su rostro de inmediato a una expresión de sorpresa y preocupación.

-Adelaida, mientras almorzábamos este mediodía, nos ha contado...-

-¿Lo de la joven que desapareció? Claro, claro, Lois. Pues nada, chico, que al final tuvimos que dejar un piso precioso, todo montado ¿Sabéis? Lo vendimos por cuatro perras ¡Me cago en...! ¡No me quiero ni acordar! ¡Qué mal negocio! Pero no podíamos aguantar más. Nos despidieron a mi mujer y a mí. A los niños les hacían la vida imposible. A y mí casi me pegan por la calle. En fin ¿Qué voy a deciros? Nada más que nos fuimos para Alemania, y bendito el día que lo decidimos así, porque encontramos mejores trabajos y pudimos establecernos de maravilla. Allí estudiaron carreras los chicos y hasta que dijimos un buen día, con la cuenta corriente bien llena, que nos volvíamos para casa. A Galicia, como aquí en ningún sitio-

-Tu mujer nos ha dicho que la policía no tenía evidencia alguna...-

-Claro, Lois ¿Qué evidencia iba a tener?-

-Quiero decir si tú...ya me entiendes-

-¿Yo? ¡Coño, Lois, que me conoces! ¿Qué iba yo a querer con aquella jovencita? Por cierto, que nunca se supo más de ella y hasta los periódicos dijeron meses más tarde que se había escapado de casa con algún fulano. Cosas de gente joven y con dinero; porque era de una familia de postín de allí-

-Por cierto, Martín, Adelaida nos ha comentado que has ido a Lugo para ver a tu madre-

-Sí, sí, ya lo creo, Lois. Voy cada cierto tiempo. La pobre está muy mayor y, como ya comprenderás, no tuvimos más remedio que ingresarle en un geriátrico. Pero allí está muy bien ¿Sabéis? Muy bien atendida y no le falta de nada. Lo malo es que la cabeza ya empieza a fallarle. No es que tenga Alzheimer, pero poco le falta. Le hablo y muchas veces tiene lagunas y, en fin, ya os haréis cargo de que las personas mayores como...-

-He visto el kilometraje desde Lugo y me parece ha tardado en volver más de lo que se esperaría en ese tramo de carretera- le interrumpió Bertrand, sorprendido Martín al no esperarse de él una pregunta de ese tenor.

-¡Sí, sí, Bertrand, tienes toda la razón!- respondió Martín con reflejos, intentando no dar importancia a la pregunta, incluso añadiendo una media

sonrisa a sus labios que transmitían sinceridad tanto en el fondo como en la forma despreocupada de expresar la propia respuesta *-Mi coche cualquier día me da un buen disgusto. Hoy sólo ha sido la batería. El caso es que conducía tan normal y, como iba bien de tiempo, me detuve a tomar un cafelito en la carretera. El caso es que cuando fui a arrancarlo para seguir, nada de nada. La batería fulminada. No sé si os habrá pasado alguna vez. Es algo muy fastidioso y además en un pueblo perdido en la mitad del camino. Menos mal que en el bar logré me facilitaran el teléfono del taller mecánico más cercano pero, aun así, tardó su buena hora y media porque no tienen prisa, y ya sabéis a qué me refiero: van paso a paso. Terminan una cosa y luego otra, nada de correr por hacer dos al mismo tiempo. La cuestión es que entre unas cosas y otras, sobre todo porque tuvo que ir el mecánico a un pueblo cercano para comprar otra batería porque la que tenía en su garaje era de más amperaje, pues tres horas que me he retrasado. Pero, ya me veis, aquí estoy sano y salvo-*

-Y has dicho que tu madre está en Lugo ¿Verdad?-

-Sí, sí Lois. No sé si Adelaida os ha...-

-Correcto, Martín- interrumpió el sargento el arranque de su amigo -Ella nos ha comentado cómo tu madre insistió una y otra vez para que la ingresárais en un centro geriátrico de la ciudad donde nació-

-Ni idea puedes hacerte, Lois, de la tabarra que me dio. Y te confieso estoy algo arrepentido, porque ahora mismo ni se entera dónde está; si en Lugo,

Orense o Pontevedra. Tiene la cabeza cada día peor y podría haberle dicho una mentira piadosa, haberle conseguido acomodado en una de las residencias de los alrededores, por ejemplo en el mismo Cedeira, o hasta en Viveiro, y así tendría más fácil ir a visitarle. Y no creas que lo haré a futuro, porque sigo dándole vueltas a la cabeza. Lo que pasa es que me da mucha pena cambiarle de sitio porque, aunque tenga momentos en los que está ausente, en otros está lúcida y se da cuenta de todo. No quiero que sufra-

-Y dices que hoy has estado con ella, en Lugo-

-Sí, claro, Thierry. Ya os lo dije. Por cierto, que no hacía mal día hoy allí-

-Oye, Martín ¿El geriátrico se llama “San Froilán”?-

-Así es, Thierry-

-¿Está seguro?- inquirió esta vez Lois sacando, tras un rato aletargado, su carácter implacable.

-¡Lois, ya te digo que sí, hombre! Os ponéis muy pesados ¿Qué malo hay en que se llame...?-

-Martín, esta misma tarde he hablado con el geriátrico y el encargado, quien te conoce muy bien, me ha asegurado que no visitas a tu madre hace más de

mes y medio. Es más, me dijo te había telefoneado un par de veces para hacerte saber que, en esos momentos de lucidez de los cuales nos has hablado, ella misma le había pedido te dijera fueras lo antes posible-

-Pues, no sé qué responderte en este momento, Lois. Esa es la verdad y no otra- respondió Martín, incapaz de mirar a los ojos a su amigo, cariacontecido, agachando la cabeza y luego guardando silencio durante un tiempo indeterminado.

-Sólo te pedimos una respuesta lógica- dijo Lois, tras esperar un poco a que reaccionara Martín.

-¡Debe tratarse de un error!- soltó al fin tras sopesar callado su defensa, aunque sabía bien sería en vano *-¡Tal vez habéis telefoneado a otra residencia y...!-*

-Eso que haces es patético, Martin. Veo cómo no encajas bien los golpes y, en cuanto caes derrumbado a la lona, esperas el conteo- le soltó Lois con gesto y voz graves.

-¡Vamos, Martín!- Thierry le espoleó *-Responda de otra forma. Ya ha comprobado cómo jamás nos tragaremos eso que dice. Se ha puesto en evidencia y es hora de que diga la verdad-*

-¡Es la verdad!- exclamó al borde la histeria Martín.

-Cálmate y ahora comienza a decir algo que podamos creer. Eres lo bastante inteligente para intuir cómo te tenemos agarrado por las pelotas y no te soltaremos ¿Entendido?- Lois perdió un poco la paciencia y apretó fuerte a su amigo; al menos, de momento, en otra etapa tras sus desavenencias anteriores.

-Por favor, amigos- comenzó hablando en voz baja Martín, quien se rascó la coronilla alopécica para, a renglón seguido, pasarse el dorso de su mano izquierda de manera insistente por los labios; sin que nada de esto se les pasara por alto a sus interrogadores *-Me gustaría discutir esto en otro lugar. Estoy incómodo aquí, comprendedlo. Veréis, no quiero que mi esposa se entere...ya os haréis cargo-*

-¡No nos hacemos cargo! ¿Te queda claro? ¡Y ahora, Martín, no me jodas y desembucha de una vez por todas!- Lois se lanzó a degüello, como era costumbre conforme a su condición, sin tener en cuenta si era amigo o enemigo.

-No, no, Lois. Por favor te lo pido, habla en voz baja- respondió Martín casi susurrando, moviendo varias veces hacia abajo sus brazos colocados en ángulo recto con las palmas de las manos en idéntica dirección, indicándole al sargento contuviera el tono de voz y, al ver que éste parecía hacerle caso guardando silencio, poniendo las manos sobre sus hombros.

-Está bien, sargento- Thierry intervino para echarle un capote a Martín,

viendo clara la desesperación de éste en su rostro tenso tras el último empujón verbal de Lois, el cual parecía haber tenido un efecto demoledor y de ahí su disposición a referirles algo que, presumía, fuese la verdad o bien algo que se le pareciera *-Respetemos su voluntad y guardemos cierta compostura para no despertar a su esposa-*

-Gracias, Thierry- continuó ya mucho más calmado Martín, vuelto el color a sus mejillas antes lívidas, llevando el tono de su voz a un nivel tan bajo que los tres investigadores no tuvieron más opción que adelantar sus respectivas sillas hacia donde se encontraba aquél, con tal de captar con fidelidad cuanto decía.

-No hay de qué, Martín. Ahora, por favor sincérese con nosotros- volvió a darle ánimos Thierry.

-Bien, vamos allá. Antes de nada, señores- siguió Martín *-quiero pedirles disculpas. No ha sido mi intención mentir, pero no he tenido más remedio que hacerlo en contra de mi voluntad. Verán, es que, de vez en cuando, con la excusa de ir a visitar a mi madre, pues ya os imaginaréis qué es lo que suelo hacer en su lugar-*

-Mujeres ¿No?-

-Sí, Lois. Pero habla bajito, hombre, que se despierta Adelaida y la vamos a tener gorda-

-¿Del pueblo?-

-No, no, querido. Eso jamás se me ocurriría. Oye, y no siempre es la misma-

-Pagando, claro está-

-Pero, Lois, ¿Cómo crees que iba a tener sexo alguien como yo si no pagara?-

-¿Dónde les buscas?-

-¿Dónde va a ser? Pues, en la carretera a Lugo. Tú ya sabes-

-Pues, Martín, vaya antro. No sé cómo no coges algo-

-Tomo mis precauciones, Lois-

-¿Precauciones? Te aseguro que ni, incluso así, me fiaría de rozarme con esas furcias baratas. De todas formas, macho, no hace falta des más detalles de esos. Lo que queremos es que nos digas dónde podemos comprobar todo eso que dices-

-Lois, con sinceridad y ya me conoces, eso va a ser difícil-

-¿Cómo?-

-Te cuento. Quedé con la chavala de hoy, una rumanita guapísima y muy simpática a quien conocía de verla por allí otras veces, en las mismas afueras del local de alterne y, al terminar hace un rato, me pidió le acercara al centro de Viveiro. Por lo visto, había acordado con su amigo en que le recogería, ya sabes qué tipo de amigo, porque se iban sobre la marcha para Barcelona a un local que había encontrado el fulano, con la promesa de pagarle mejor los servicios-

-Qué casualidad. Su último día y te tiene que tocar a ti-

-Más bajo, Lois, te lo ruego otra vez que, como se entere Adelaida, es capaz de coger la escopeta de mi suegro, en paz descanse el pobre hombre, y pegarme un tiro. En cuanto a lo que te acabo de referir, insisto que es tal cual. Oye, y entiéndelo, no tengo culpa de que se fuera. Otros días sí que llevaba a las mujeres de regreso al local de alterne. Pero ésta, ya ves cómo tenía diferentes planes-

-Bueno, a ver, Martín, ahora dime dónde llevas a...-

-¿No te lo imaginas? Con lo listo que eres, Lois-

-A la casa de la sierra-

-Así es. Ahí no tengo problema con mi mujer. Sé que no va a sospechar que es donde...-

-Martín, ahora soy yo quien quiere que responda a una pregunta- habló Thierry, tras escuchar concentrado el relato y las casualidades, demasiadas quizás para su criterio, puestas sobre la mesa.

-Siempre que sea en voz baja, no hay problema. Adelante, estoy dispuesto a responder lo que sea y cerrar cuanto antes este asunto tan fastidioso-

-Escuche, hoy mismo, quiero decir esta tarde, después de almorzar y viendo que se retrasaba, Bertrand y yo hemos realizado una serie de averiguaciones. Una de ellas nos ha llamado la atención y es que, con la lista de propietarios de los terrenos y casas, hablamos con uno de ellos quien dice ser su vecino-

-¡Fabián!- dijo Martín sin mediar más confidencias de Thierry, seguro de quien se trataba -Vaya con el chismoso que fuisteis a dar. Todo el pueblo le conoce ¿Sabéis? Si hasta le pusieron el mote de “Bocacha” en la mili, por lo que larga del prójimo. Y le digo una cosa, de ese me espero cualquier cosa sobre mí; o sea, que estoy vacunado. Bueno, a ver ¿Qué dice ese trozo de carne bautizada?-

-Pues sí, es ese tal Fabián, y nos aseguró que observó con toda claridad cómo el pasado primero de mayo estaba en su casa de la sierra-

-Es lógico. Es mi casa. Y sí fui, claro está. Como otros días para cuidar del huerto pero, eso se lo juro si quiere, nada del otro vicio; y ya me entiende-

-No juzgo jamás, y menos ese comportamiento, o vicio como dice. Allá usted con su conciencia y sus problemas. Sin embargo, Martín, tengo que preguntarle por qué motivo Fabián vio también cómo manipulaba un enorme fardo, envuelto en mantas, el cual introdujo en el granero que tiene anexo a la casa-

-¿Y a él qué le importa?- perdió Martín un poco la medida del tono de voz y la pregunta le hizo el suficiente daño como para salir de su postura más que laxa.

-Martín ¡Coño! Responde- Lois también perdió los nervios.

-Bueno, bueno, está bien. Pero la voz, y me lo aplico yo mismo, volvamos a bajarla- contestó Martín, más calmado y viéndosele con ganas de refutar la confidencia de Fabián, la cual le ponía en entredicho *-De acuerdo. Pues no era un fardo, ni bulto ni nada que se le asemejase, aunque sí confirmo estaba envuelto en las mantas apuntadas por el cotilla ese. Y os digo que se trataba sólo de una estatua a tamaño natural de la diosa Afrodita, la cual mi madre*

poseía en su casa, regalo de mi padre en su día y que siempre Adelaida había tenido capricho de ella. El caso es que estaba muy deteriorada y la llevé a restaurar, cosa que podéis comprobar de manera fácil si os facilito los datos del artista al que se lo encargué. Y, otra casualidad como ya pensaréis los tres, precisamente ese día la llevé para guardarla, una vez terminados los trabajos, y aún la tengo reservada y bien oculta porque su cumpleaños es a primeros del mes que viene y, sólo entonces, le daré la sorpresa. Y ya os invito a que os acerquéis a la casa y la encontraréis tal cual os he referido. Así que eso es todo y resuelve el misterio de Fabián. Se nota que ustedes no son de por aquí-

-Bueno, tiene razón esta vez, Thierry, Bertrand- apostilló Lois, dirigiéndose a los dos investigadores *-Ese tipo es de cuidado. Cuenta cada trola que ya ni le echamos cuenta-*

-Eso me alegra mucho, Martín- dijo Thierry *-Sin embargo, no tanto cuando, investigando por nuestra cuenta Bertrand y yo también esta misma tarde, en la tienda que está justo al lado de la parada de autobuses de San Andrés de Teixidó, el propietario nos ha asegurado que le encargaste un cuchillo de grandes dimensiones, así como cuerda de calibre grueso-*

-¡Por Dios! ¿Hasta eso? Pero ¡Qué le gusta a la gente soltar la lengua! Ya pasé por todo este Vía Crucis en Suiza y se me pone la carne de gallina sólo de pensar que, hasta en mi propia tierra, comiencen las malediccias-

-Martín, venga ¡Contesta!- le insistió Lois, en guardia como siempre y

agazapado por si había que saltar sobre él; fuera, o no, amigo.

-¡Qué calvario, Señor Jesús! Vayamos por partes- se arrancó Martín *-Lo primero es el cuchillo. Sí se lo encargué, pero no para nada malo, hombre. Sólo porque el que tenía hace una pila de años estaba fatal y, como es lógico, necesito uno en buenas condiciones para el huerto sobre todo. Con él corto las hortalizas, para después traerlas para acá. Y la cuerda es para el pozo. La que había pues, lo normal, tenía treinta años y estaba para el arrastre. Mire, Thierry, el cuchillo lo dejo siempre en la casa. Te invito, como en el caso de la estatua, a que vayáis y lo comprobéis. No tengo nada que ocultar-*

-De acuerdo, Martín-

-¿Algo más?-

-Me temo que sí- respondió en esta ocasión Bertrand, tomando el relevo con una expresión que puso de los nervios a Martín de nuevo.

-Ya me extrañaba que otro no hubiese lanzado más flechas envenenadas. El mal de este país es la envidia. Y os digo cómo cada día lo compruebo en mis carnes. Fijaos, si no, cómo estaba el restaurante hoy; según me dijo al llegar Adelaida, estuvo a punto de volverse tarumba con el local a rebosar y gente esperando en la barra para poder hacerse con una mesa. Con esto, os pregunto ¿Me va bien, no? Y no creáis es flor de un día porque hemos trabajado duro más de un año y medio y, al fin, recogemos lo sembrado con

esfuerzo. Pues, queridos, desde que levanté cabeza hay unos cuantos, por pura envidia rastrera por supuesto, empeñados en que la eche otra vez para abajo-

*-Entiendo su enfado, Martín, pero tenga en cuenta que no entramos en eso-
repuso Thierry -No obstante, hemos de comprobar los datos recabados y los
cuales, si le digo la verdad, son muy inquietantes para tu futuro-*

-¿Cómo? ¿A qué datos se refiere?-

*-Le implican de manera muy clara, Martín. Siento de verdad decírselo así.
Me refiero de esta manera tan fría, tan aséptica que, quizás de verdad lo
deseo, no merece. Pero, compréndalo, compréndonos a los tres, son
evidencias que arrojan de manera clara sobre usted sospechas con un
contrastado fundamento-* respondió Bertrand a la sorpresa de Martín, aparte
de dotar a la respuesta de un convincente ánimo de benignidad, con esa
manera exclusiva que poseía para recubrir de una pátina de delicado
dramatismo las afirmaciones lanzadas por Thierry, poniendo así en suerte al
interrogado; complementándose ambos en la tarea de escarbar lo más
profundo posible para hallar esa verdad anhelada, la cual por fin diera por
finiquitado y resuelto el caso. Y, en efecto, dio resultado porque Martín
comenzó a sudar, su rostro regresó de repente a la lividez y Lois, como una
fiera enjaulada, sacó a relucir sus maneras más amenazantes al escuchar las
palabras de los investigadores franceses.

-Martín, te digo una cosa- habló a Martín su amigo el sargento, acercándose

de nuevo a centímetros de él, pero guardando la compostura y no levantando en exceso el tono de su voz, mantenida a raya a duras penas por el torrente con el que contaba y del cual hacía gala a cada momento en los interrogatorios intimidando a quien tuviese a su alcance, incluidos Thierry y Bertrand *-Como una coma, sólo una coma repito, de lo que respondas a partir de ahora me huelo a chamusquina, seas o no seas mi amigo, te pongo las esposas y para el cuartelillo ¿Te enteras? Así que ándate con ojo y piénsate bien lo que vas a decir. Que no sea más que la verdad y nada más que la verdad-*

-¡Coño! Lois ¿Qué crees que he dicho hasta ahora?-

-Pues sigue por ese camino. Vamos, Thierry, adelante- animó el sargento.

-Bien, Martin. Respóndame por qué motivo un taxista, también de San Andrés de Teixidó, que le conoce muy bien, según dice él...-

-¡Florentino!- dijo con seguridad Martín, interrumpiendo con cierta ansia a Thierry.

-Así es. Nada más mencionarle su nombre, ya nos relató todo-

-¿Y qué relató? No sé qué puede decir de mí ese tarambana. Me paro algunas veces a tomar un vino o una caña de cerveza y él anda brujuleando por el bar. De vez en cuando charlamos y poco más. No es un amigo. Es un

conocido. Nada más-

-Él recuerda con gran detalle cómo le llamó la atención verle pasar por allí aquel día primero de mayo y usted...-

-Estaba cerrado el bar. Era fiesta del trabajo-

-Cierto, Martín. Nadie lo pone en duda. Sin embargo, él asegura que iba usted conduciendo su coche con una joven al lado-

-Thierry, mire, si fuese otro día, pues le diría que seguro me acompañaba una de esas rumanitas besuconas, que tanto me gustan y me suelo llevar a la casa de la sierra. Una vez terminé con ellas, ya dije antes las llevo de vuelta al club de alterne en la carretera de Lugo. Pero, para que vea que todo es un cuento chino de ese Florentino, da la casualidad de que era fiesta y, como referí hace un momento, había ido a guardar la estatua bien envuelta para que Adelaida no la viese y quien me acompañaba en coche era Eulalia, la hija de Fabián precisamente, quien me pidió le acercara a Cedeira. ¡Lo que faltaba, Thierry! Ahora mi coartada, como ustedes dicen con tanta finura, la tiene quien me acusó y levantó una sucia calumnia contra mí. O sea, no exagero si le digo que todo es puro teatro, pero del malo-

-Lois ¿Le consta que lo dicho por Martín sobre esa señorita es cierto?-
preguntó Thierry confundido y también un poco decepcionado con las pesquisas que, a la vista de la seguridad en la declaración del interrogado,

parecían resultar nulas.

-¡Sí, coño, es Eulalia! Claro que es la hija de Fabián. Si quieres le llamo...-

-No, no, sargento. Creo que hemos metido la pata- reconoció Thierry -Y la cosa está en que el taxista debería conocerle-

-¿Ese? ¡Qué va, hombre!- enseguida saltó Martín, ya con mejor semblante -Y le voy a decir por qué. Lo primero que la muchacha, Eulalia digo, estudia por lo visto en Santiago de Compostela. Lo segundo, que viene sólo muy de vez en cuando y lo tercero que, salvo ese día que el padre estaba de obras en la casa, siempre va con él y por la carretera de Cariño. Así que ni en pintura conoce ese individuo a Eulalia-

-¿Lois?-

-Es cierto, Thierry. Por ahí no hay donde rascar. Cuanto dice es verdad. Yo conozco bien a la familia y la chiquilla es raro que aparezca por aquí y menos por un sitio tan apartado. Borra eso de la lista-

-Verá, Thierry, ahora voy yo a hacer de deslenguado. Además que me lo merezco, si tenemos en cuenta cómo me han chorreado esos cabrones, y perdón por la expresión-

-¿Cómo? ¿Qué dice, Martín?- preguntó extrañado Thierry cerrando su bloc de notas con gesto de contrariedad, del cual había extraído toda aquella información escrita palabra a palabra tras las investigaciones tanto de él como de Thierry, durante la espera de Martín toda aquella larga y soporífera tarde.

-Martín, que te conozco ¡A ver con qué nos sales ahora!-

-¡Lois, tranquilo, coño! Es que me ha tocado las pelotas este circo y toda esa gente con el dedo acusador contra mí. Así que déjame ser yo el que enderece el dedo y señale a un par de ellos-

-Usted dirá- le instó Thierry, con el sargento uniéndosele con un gesto de afirmación levantando de manera leve la cabeza y dejando el mentón hacia arriba, esperando oír algo con la suficiente sustancia para compensar el chasco sufrido por los tres investigadores.

-Thierry, el primero al que le pongo en bandeja para que le meta bien dentro los dedos es el propio taxista. Ya sabe que es todo un personaje y le advierto tenga cuidado con él. A mí no me gusta un pelo ese sujeto-

-Anda, hombre, Martín, no exageres-

-¡Que sí, Lois, coño! Que le vi subir para Vigía de Herbeira y se quiso hacer el sueco-

-Bien, Lois, déjele que comprobaremos ese detalle- le pareció correcto el comentario a Thierry y, además, notable punto de partida para interrogarle en su momento *-El tal Florentino no nos comentó nada de que él anduviese por esos parajes-*

-De acuerdo. Es fácil apretarle las tuercas- se avino a razones el sargento enseguida, comprendiendo no podía dejar de lado la posibilidad de sacar algo en claro.

-Bueno, ahora preparaos que vamos con el otro- pareció exultante Martín, al verse transformado en un instante de sospechoso a valioso confidente policial *-Y esta vez, queridos ¡Con la iglesia hemos topado!*

-Martín, como sabe que leemos a Miguel de Cervantes, esta vez no hace falta nos explique esa expresión-

-Pues, Bertrand, sí que es cierto; la he dejado caer de esa forma, diría que desmayada, porque sé están ustedes dos al tanto de lo que significa la famosísima exclamación, presente en uno de los hilarantes episodios en tierras manchegas de la vida de Don Quijote y su inseparable Sancho Panza. Y no voy descaminado en lo que digo porque a quien vi también, y muy tarde subiendo para Vigía, fue al agente Vázquez-

-¿Vázquez?- preguntó Lois sin reprimir en su cara un mayúsculo gesto de

sorpresa, por cuanto ni se le pasaba por la imaginación que su compañero, amigo y hombre de más confianza, estuviese implicado en aquel asunto.

-¿Se refiere al ayudante del sargento?-

-Así es, Bertrand. Y tú, Lois, no pongas esa cara- Martín se dirigió, tras confirmar lo declarado al médico, a su amigo el sargento, en particular porque le vio patidifuso tras soltar una confidencia sorpresiva y, como él mismo estimaba, de mucho calado *-En fin, que yo le viera aquel día no quiere decir que le acuse de nada-*

-Un momento, vamos a ver, recapitulemos- habló algo confundido Thierry, quien extrajo de nuevo la libreta de su chaqueta y consultó las anotaciones durante un momento antes de arrancarse y continuar el interrogatorio *-O sea que Vázquez, por cierto que también tiene casa me dijo Lois y...-*

-Sí, claro. Casa y terrenito- interrumpió con sorna Martín, la cual su amigo el sargento advirtió entre líneas de inmediato y, en esta ocasión, disfrutando de la conversación tras un rato de disgusto continuado al verse vapuleado contra las cuerdas, observando gozoso las expresiones simultáneas de perplejidad en los respectivos rostros de los tres investigadores tras sus revelaciones.

-Bueno, es normal que fuese por allí, hombre. Ya hemos dicho que sí tiene casa, sí tiene terreno e iría por algún motivo- apunto Lois sobre su compañero *-Además era primero de mayo y estaba fuera de servicio. No veo*

nada raro, Martín-

-Yo no tanto, sargento- Thierry mostró su divergencia con el criterio de Lois, a lo que Bertrand prestó su conformidad asintiendo con la cabeza.

-Bueno, tranquilos, que lo comprobaremos-

-Y al taxista, igualmente-

-¡Ese indudable y cuanto antes añadiría!- dijo Lois a Thierry, y esta vez sin dudar un momento, viéndosele pensativo intentando recordar algo que parecía conocer aunque sin precisar *-Además, tengo que decirles que nunca me ha gustado ese zascandil. Ya le he pillado en dos o tres gestos feos, aunque tengo que reconocer nada por lo cual le tuviese que acusar, sin embargo os digo que...*- se paró en seco el sargento cuando escuchó, junto a los demás, cómo el chirrido al frenar de unas ruedas sonaban con claridad en el exterior del restaurante. Luego, alguien corriendo y de repente aporreando literalmente la puerta del local, la cual permanecía cerrada desde que Lois había llegado a la reunión en último término.

-¡Sargento! ¡Sargento!- escucharon los cuatro al acercarse a la puerta y observar también a un agente, quien insistía en llamar voz en grito a Lois.

-¡Tranquilo, hombre, que estoy aquí!- dijo al agente, un novato barbilampiño con la gorra bien calada, nada más abrir la puerta *-¿Qué ocurre, chaval?*- Le

preguntó el sargento un tanto alarmado al verle la cara blanca.

-¡Sargento, nos acaban de informar que la otra muchacha asturiana ha aparecido!- dijo a trompicones el muchacho, con la respiración entrecortada más por la emoción de llevar novedades, las cuales sabía importantes, que por la llegada fulgurante conduciendo el coche patrulla a modo de rally de montaña que había realizado.

-¡No me digas!-

-Un matrimonio de jubilados- aclaró el chaval *-vecinos de Cariño, le han encontrado desnuda y con una herida seria bajo el mentón en medio de la carretera de la sierra hacia Cedeira-*

-¡Bueno, caballeros!- dijo Lois volviéndose hacia Thierry y Bertrand *- ¡Parece que tenemos faena!-*

-Martín, ahora me tomaría una copita de orujo- añadió Bertrand.

-Que sean dos, Martín, y dobles porque la noche va a ser larga- añadió Thierry.

-Mejor tres- dijo finalmente Lois *-porque se nos va a hacer interminable-*

CAPÍTULO XIII

Bertrand, lo mismo que Thierry para sí, pensó cómo las reacciones resultan idénticas en cualquier lugar de la vasta Tierra. Da igual una gran ciudad del norte de Europa que una coqueta y plácida población costera gallega. Y es que las noticias, y si son morbosas de manera exponencial mucho más, no corren sino vuelan.

Además, todo hay que decirlo y reconocerlo, sin que nadie se lo propusiese de manera oficial como había sido el caso. De tal modo que, había bastado el simple rumor del ingreso de la muchacha asturiana para que más de medio pueblo se movilizara al unísono y permaneciera, con ímpetu larvado, junto a una a las puertas del centro médico con la sana intención de conocer hasta el último detalle y, si fuese preciso una vez tuviesen constancia fehaciente del autor de los crímenes, marchar en comandita con el único fin de lincharlo como Dios manda.

Ni el mismo Lois podía dar norte del motivo por el cual, al llegar los tres investigadores a las puertas del centro sanitario, casi les asaltase una

turbamulta enloquecida, a conciencia calentada por comentarios anónimos tan ruines como falsos, dispuesta a sacarles a palos el nombre del asesino.

Claro está, siempre que cualquiera de ellos tres lo supiese, lo cual se vislumbraba bien difícil de acuerdo a la marcha de las investigaciones que, por el momento, sólo daban para conjeturas e, incluso éstas, sin un fundamento serio. Hasta respondió el mismo Thierry, con muy mala baba tal como él mismo reconoció, a un periodista que osó lanzarle el dardo de una pregunta estúpida acerca de quién era el culpable de los crímenes: “...*la identidad del asesino la tenemos los tres en la punta de la lengua, sólo que se resiste a salir...*”.

Mientras esta escena se producía y Lois pegaba un corajudo empujón a otros dos periodistas, salidos según su parecer reptando de alguna cloaca cercana y quienes se habían dedicado a encender los ánimos de la masa de manera tan indecente como peligrosa, Bertrand tuvo que zafarse de algunos parroquianos empeñados en que él mismo era un acusado del crimen, por lo que tuvo que pedir refuerzos Lois a sus chicos.

Incluso llegando hasta donde estaban los agentes, los tres tuvieron que soportar algún que otro zarandeo entre tanto un grupo de exaltados pedían la cabeza de Aquilino Goy; a quien las lenguas viperinas de la prensa ya habían señalado en su editorial del periódico de más tirada en la zona como sospechoso número uno, acompañado de una extensa entrevista en páginas centrales con los hermanos de la esposa de aquél, en unos términos tan ofensivos que incendiaron los ánimos de los vecinos hasta el punto de arremolinarse en cuanto corrió como la pólvora la noticia del hallazgo de la

joven que, según el boca a boca, había escapado del lugar donde Aquilino le tenía encerrada.

Tras unos cuantos empujones, dados a conciencia por una decena de fornidos energúmenos coreando, mientras blandían gruesas estacas rematadas con clavos de manera amenazante, “¡Aquilino asesino!”, Lois, Thierry y Bertrand, ayudados como pudieron por el grupo de agentes que acudieron de inmediato a su rescate, al fin lograron acceder a la entrada de centro médico; y lo mejor sin un buen chichón o herida punzante dado el cariz violento que habían tomado los acontecimientos.

En vista de la situación creada y que no parecía controlable con la dotación con la que disponía, Lois no tuvo más remedio que coger el teléfono y solicitar ayuda urgente de los cuarteles aledaños tanto de Viveiro como Cedeira y, llegado el caso, hasta se planteó telefonar a Lugo aunque prefirió esperar acontecimientos y también los ánimos se calmasen con el paso de las horas.

Cumplimentada esta necesaria petición de ayuda a sus colegas de poblaciones cercanas, también dadas las oportunas instrucciones a sus muchachos sobre cómo mantener el orden, en la medida de lo posible, Lois se unió a Thierry y Bertrand para acercarse junto a ellos hasta la habitación donde se encontraba Covadonga.

-¡Se lo repito, sargento! ¡Haga usted el favor de dejar a la paciente!-

-¿Cómo?- respondió Lois sin creerse lo que sus oídos acababan de escuchar de labios del médico que le atendía, ansioso por interrogar a la joven.

-¡Oiga, doctor, necesitamos hablar con ella! Entiéndalo. ¿No oye vociferar a esos ahí fuera? Está en juego la detención del asesino...!-

-Está aún conmocionada. Ha perdido sangre y muy debilitada. Lo siento, sargento, pero tendrá que esperar el tiempo necesario hasta que logremos estabilizarle las constantes y, por favor, salgan ahora mismo de esta habitación-

-Sólo serían un par de preguntas, doctor-

-¡Ni una sola!- insistió decidido el médico, con un tono que dejaba claro su oposición a cualquier tipo de negociación al respecto -Así que vuelvan más tarde. No hay más que hablar. Comprenda, Lois, cómo esta joven precisa ese margen de recuperación para que luego las respuestas, a las muchas preguntas que le haga en cuanto esté dispuesta para ello, puedan ser coherentes. Ha entrado en urgencias prácticamente sin conocimiento, desorientada y, mientras le realizábamos las primeras curas, no lograba centrarse o al menos entender qué ocurría y ni siquiera dónde se encontraba. Una vez más le pido tenga paciencia y, le aseguro, el resultado con ella será pleno. Ahora mismo le digo que casi ni ella misma se reconoce. El sufrimiento ha hecho su trabajo y su mente se defiende de esa forma. Pero se repondrá; no lo dude-

-Está bien, doctor. Regresaremos más tarde. Por cierto ¿Han abusado...?-

-¿Abusado?- preguntó con cierta teatralidad el galeno, utilizando para ello de manera intencionada el eufemismo empleado por el sargento -Mejor sería decir violada a conciencia, y más cuando todavía era virgen. El bellaco le ha destrozado...-

-Idéntico patrón al del cadáver de su compañera que se halló en el escondrijo, imagino- habló Bertrand a su colega español.

-Cierto. Una copia exacta y coincidente hasta en los profundos mordiscos en los pezones efectuados al tiempo de la penetración- recalcó el médico.

-¿Semen?- preguntó Thierry.

-Cero- respondió sin dudar un instante el doctor, sabiendo saldría la pregunta clave -De la misma forma que a su compañera asesinada, es evidente que llevó a cabo un lavado a conciencia tras eyacular e, incluso, volvió a utilizar espermicida que no sólo esparció en la vagina y el ano, sino también en la práctica totalidad de los muslos-

-Sabe lo que hace- señaló Bertrand pensativo.

-Meticuloso- añadió Thierry.

-¿Heridas?- preguntó Lois.

-Sólo una. Punzante y justo bajo el mentón- contestó el médico, poniendo la punta de su bolígrafo justo en el sitio donde había indicado.

-¿Sin más?- Thierry preguntó extrañado.

-Así es. Si le digo la verdad, me pareció más una señal que otra cosa. Quiero decir que es sólo una pequeña incisión, aparatosa sobre todo porque produjo bastante sangrado, pero que deja claro se realizó con idéntico cuchillo al de la muchacha asesinada-

-Detalle importante- apuntó Thierry.

-Una firma- añadió a colación Bertrand, pero sin salir de sus pensamientos conforme escuchaba al médico español.

-¿Firma?- preguntó Lois, sin entender bien a qué se refería Bertrand.

-Claro, sargento- abandonó Bertrand sus cábalas para responder -Diría cómo es la forma de nuestro asesino de decirnos que es obra suya. Gracias a esa particularidad, se advierte su acentuado narcisismo y también cómo se encuentra feliz en su papel. Presume de sus actos y deja esa especie de señal

de que es una de sus chicas y, me temo, de las muchas que ha tenido a su merced-

-La cuestión está en el motivo de por qué a ésta le ha perdonado la vida- pensó Thierry en voz alta, lanzando el interrogante al aire.

-Bueno, tenía muy difícil deshacerse del cadáver ¿No?- habló Lois aportando su punto de vista, no queriendo dejar de contribuir con sus presunciones frente a las de sus compañeros franceses y más estando presente el propio médico, quien se mostraba atento a lo que hablaban sobre el caso *-Ya hemos encontrado su escondrijo y le salía más barato dejarle escapar tras disfrutar de su cuerpo, claro está siempre que tuviera cuidado de que no le identificase-*

-Es una teoría plausible, sargento, pero creo no la correcta- respondió Thierry *-Es un sujeto muy metódico, controlador, bien conocedor del entorno, carreteras, lugares, salidas, entradas. En fin, no sé todavía el motivo pero seguro que tendría un sitio de reserva para hacer desaparecer a la chica. Por ello, permítame decir cómo la puesta repentina en libertad de esta joven es, para mí, una decisión que no me cuadra en su perfil-*

-A menos que quisiera ser identificado- apuntó Bertrand, lo que provocó gestos de sorpresa de todos y hasta de su colega de la profesión médica, quien parecía haberse abonado a la primera fila mientras tenía lugar el intenso debate entre los tres investigadores.

-¿Con qué objeto? ¿Tal vez que le detengamos sin más? A mí me parece que eso es descabellado; bueno, mejor dicho rocambolesco, joder - no tardó Lois en cuestionar la teoría de Bertrand -No creo que sea tan idiota ese individuo como para hacer tal cosa, y más después de marearnos tanto tiempo con su destreza para que no le pillemos-

-Pues, no es por contradecirle sargento, pero por mi parte creo pudiese ser una opción a contemplar- se metió por medio Thierry, apoyando la enrevesada tesis de Bertrand.

-¡No entiendo nada, coño! Debo ser yo el torpe ¡Me cago en...!- habló Lois de nuevo, pero esta vez añadiendo un punto de comedia a su tono un tanto chabacano, lo cual no agradó demasiado a los franceses si bien comenzaban a acostumbrarse a sus reacciones desabridas -¡A ver si me entero de una vez! O sea que, según vosotros dos, resulta que nuestro asesino se toma todas las molestias del mundo para impedir que aparezca un mísero pelo, luego se dedica a higienizar el cuerpo de las jóvenes y, bueno, de repente conforme a esa teoría de los cojones de ustedes, le da por dejarse agarrar por la cara ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que un cuerno!-

-Bien, no quería decir eso tal cual, Lois- bajó Bertrand el nivel de su teoría para intentar matizarla -Aclaro que mejor ese sujeto ha optado por una salida más fácil teniendo nuestro aliento, y por supuesto molestándole, en su nuca-

-De acuerdo, pero el aliento hay que ponerlo más cerca. Así que tenemos al siguiente de la lista y no es otro que ese taxista-

-Un momento, Lois ¿Quiere eso decir que abandona esa teoría peregrina de que Aquilino Goy es su principal sospechoso?-

-Estaba esperando ese comentario, Thierry. Les he visto a los dos muy calladitos. Pero sí, me rindo sin condiciones. Me cambio de manera definitiva de equipo y háganme sitio en el suyo-

-Me alegro entre en razón-

-Tengo que confesar, Thierry, que estaba en duda hasta hace unos minutos- se sinceró Lois y hasta el tono de voz fue acorde con su abandono de una postura cerril y fuera de lugar a esas alturas del caso -Bueno, en realidad antes de que nos avisaran de este hallazgo de la joven. Y os digo me quedaba algún que otro argumento para mantenerme firme en mi posición. Sin embargo, ahora veo claro que nuestro hombre no es él y haríamos bien en encontrar pronto al que sí es el culpable para evitar de esa manera un linchamiento moral, porque el real no lo permitiré y tendrán que pasar por encima de mi cadáver esos vociferantes para poner una mano encima a mi amigo Aquilino. De todos modos, ya sabéis tendrá que pagar por lo de su esposa-

-Es lo justo- señaló Thierry -Aunque también le decimos que fue un accidente y habrá que hacer algo para que el juez lo tenga en cuenta-

-Ni que decir tiene que, con vuestro criterio y el mío propio, el tribunal que lo juzgue será más indulgente con la pena que le impongan- Lois se avino a razones y, por una vez, se mostró clemente; lo cual fue una verdadera sorpresa para sus compañeros en la investigación y se lo tomaron, casi, como una pequeña victoria.

-Señores, si me disculpan- dijo el médico que atendía a Covadonga.

-Por supuesto, doctor, sin problemas- respondió Lois, aprovechando para cerrar el tema de Aquilino, con cuyo criterio sobre la autoría de los crímenes había quedado a la altura del betún y no sólo frente a sus compañeros, sino también ante sí mismo *-Vendremos dentro de unas horas. Mientras, caballeros, si les parece bien seguimos con la tarea, incluso siendo las doce y media de la madrugada-*

-¿Vamos por el taxista?-

-Eso ni se pregunta, Thierry. Tomaremos un cafelito para despejarnos en el bar que frecuenta al lado de la parada de taxis- respondió Lois, en tanto los tres se dirigían a los ascensores comentando detalles de las investigaciones y, una vez en la planta baja, la prudencia hizo acto de presencia optando felizmente por abandonar el centro sanitario por la zona trasera, donde uno de los coches les esperaba.

Acomodados en el vehículo, habiendo evitado con buen juicio la

muchedumbre, Lois ordenó al agente conducirles hasta el bar de San Andrés de Teixidó, al que llegaron cuarenta y tantos minutos más tarde y alguna cabezada que Bertrand había dado, de la que fue sacada con algo de guasa por Thierry acostumbrado a sus ronquidos mientras daba aquéllas.

-Muy buenas, sargento y la compañia- le soltó a Lois el dueño del bar, todavía abierto a esa hora, nada más verles entrar.

-Ponnos tres cafelitos bien calientes y cargados como tú sabes, Mariano- le dijo Lois sin más preámbulos frotándose las manos, para después acomodarse los tres en sendos taburetes de la barra y además presentarle a sus colegas franceses.

-Eso está hecho y encantado de conocerles, señores ¿Y qué, sargento, de guardia?- le preguntó Mariano después de poner unas copas de coñac a tres clientes discutiendo por alguna cuestión futbolera al fondo del local, quienes a esas horas eran los únicos parroquianos.

-Uno está siempre de guardia. Es el oficio ¿Sabes?-

-Sarna con gusto no pica, hombre, que es usted un enamorado de su trabajo-

-Oye, Mariano, no he visto en la parada al taxista...-

-¿Florentino?-

-Sí, hombre, que no me acordaba del nombre ¿Hoy no ha estado por aquí?-

-Sí, sí. Lo raro es que no esté en su taxi ahí fuera, porque a esta hora hace la última ronda-

-¿Tan tarde?-

-Bueno, yo le veo ir y venir. Si es un viaje, no lo puedo asegurar. Pero él no para de salir y entrar-

-Hoy, en concreto, no ha...-

-Pues mire, sargento, hoy mismo ahora que lo dice en toda la tarde no le he visto el pelo. Sí que es llamativo, porque almuerza aquí-

-Tiene una casa ahí arriba, creo- deslizó Lois al camarero, mientras éste les servía los cafés bien humeantes, ofreciéndoles unas copas de coñac que los tres agradecieron pero rechazaron, aunque Bertrand estuvo a punto de aceptarla.

-¿Casa? Pues, mejor caserón ¡Y tierras que no vea, sargento! Ese está forrado-

-Florentino estuvo, me parece, bastantes años fuera ¿O lo he soñado?- rizó la pregunta Lois para hurgar más.

-¿Que si estuvo fuera? Pues claro, hombre. Por lo menos dieciocho o veinte años. Primero estuvo en Suiza y al poco tiempo se fue para Argentina, o Uruguay, o Paraguay. Vamos, América quiero decir. El caso es que trajo buenos cuartos y a la vista está. Ese taxi no es el único que tiene ¿Sabe?-

-¿Y los demás?-

-Los tiene alquilados aquí y allá. Dos en Viveiro, otro en Foz, hasta en Ferrol me han dicho que tres más-

-¡Coño con el taxista!-

-Ya le digo, sargento, que tiene para dar y regalar. Y trabaja porque es un ansioso. Está soltero, joder. Se podía pegar una vida sin dar palo al agua. Pero él siempre al pie del cañón de día y de noche. Le gusta un duro más que a mí-

-¿Tanto trajo de América?-

-Que sí, sargento. Allí dicen que hizo negocios y le salieron redondos. Ahí

está la prueba. Y las tierras son de las mejores y con árboles para cien años. Una preciosidad de prados junto a bosques. Oiga y ganado no le falta-

-¿Quién cuida el ganado? Porque él no creo que con el taxi pueda...-

-Claro que no. Él ni pone la mano en sus tierras. Por lo visto, es uno de Ortigueira que tiene a sueldo-

-¿Le conoces?-

-No mucho. Ha parado por aquí alguna que otra vez con él. Pero no es que venga todos los días. Un tipo muy callado. Bueno, el taxista tampoco es mucho de hablar ¿Sabe?-

-Disculpe, señor- preguntó Thierry -¿Podría decirme si recuerda haber visto el día primero de mayo al taxista?-

-Sí, claro. Ya les digo que, aunque sean fiestas de guardar, viene como un clavo a la parada. Ahí se lleva las horas muertas, hasta que le sale algún viaje. Y entra a tomar café de vez en cuando, una cerveza, almorzar si es la hora, o para hacer sus necesidades como es lógico ya que está por aquí todo el día-

-¿Recuerda si salió ese día?-

-Pues sí. Estuvo entrando y saliendo. No crea que anduvo quieto mucho tiempo. Mínimo cuatro o cinco viajes dio seguro estoy. Aunque después de almorzar no llegó nadie y, sobre las cinco y media o las seis, cogió el camino y se fue-

-¿Recuerda si fue hacia la sierra o...?- insistió Thierry, husmeando como le gustaba cualquier detalle que alumbrara pistas fiables y mucho más cuando habían encontrado alguien dispuesto a echarles una mano.

-Por supuesto que para arriba, hombre. A ese le gusta vivir allí, aislado. Y, bueno, yo no la he visto pero dicen que tiene la casa muy bien preparada y con muchas comodidades que, la verdad, eso no es lo acostumbrado por aquí. Raro es el día que baja para Cariño-

-Mariano, haga un esfuerzo con su memoria y ahora díganos si recuerda en qué ciudad de Suiza estuvo el taxista- preguntó Bertrand, de igual manera olisqueando el rastro y hablando al camarero tal si le conociese de toda la vida; como era habitual en él, dejando patente no contaba con ese perfil monolítico de antipático parisino y, por el contrario, uno más cercano a los de tierras meridionales.

-Pues, mire, eso no se me olvida porque siempre me acuerdo de lo que el taxista bebe; sobre todo porque es el único licor que no canta en el aliento si lo has bebido-

-¡Ginebra!- exclamó Lois de inmediato sonriendo, tal si acabara de alzarse con el succulento premio de un concurso televisivo.

-Acertado, sargento. Es que, siendo tabernero, como para olvidársele a uno la ciudad que el taxista dice que estuvo un tiempo-

-Martín no habló de ese detalle- apuntó Thierry.

-Bien, Ginebra no es un pueblo. Pudieron vivir en el mismo lugar y no cruzarse ni un solo día- aclaró Bertrand.

-Vamos a ver, señores, una cosa les quiero decir y creo bien importante- añadió el camarero a continuación, al escucharles comentar su respuesta anterior *-Verán, ustedes, él trabajaba allí, en un sitio de categoría por lo visto. Pero vivir, lo que se dice vivir, lo hacía en un pueblecito a unos kilómetros. Lo que pasa es que de ese sitio no me acuerdo del nombre. Y lo aclaro porque siempre comenta él mismo, nada más se menciona la cuestión, cómo le recordaba a Galicia-*

-Más a mi favor- apuntó Bertrand *-Ni siquiera residía en la ciudad. Por lo tanto, Martín no tenía por qué conocer que compartían aquel lugar y en ese tiempo preciso. Además, él se fue con su familia para Alemania y el taxista rumbo hacia América-*

-¿Se fue por algo especial para América?- preguntó Lois a Mariano, ya muy intrigado observando cómo encajaban piezas del rompecabezas que parecían, hasta esos momentos, sin pares.

-Él dice que los suizos son unos, bueno, no digo la palabrota, que están aquí estos señores franceses. Pero, en resumidas cuentas, no tiene muy buena opinión de ellos porque le echaron con una mano delante y otra detrás. Hasta siempre se queja de que le dejaron a deber algún dinero de la última semana trabajada. Todavía se acuerda, con lo rata que es. En fin, según contaba, desapareció una jovencita suiza y el personal allí le dio por decir que había sido un español. Que si secuestro, que si violación, que si asesinato. El caso es que tanto a él como a dos más les mandaron a paseo sólo por ser hispanos, además de hacerles los polis la vida imposible-

-¿Cuándo regresó de América?- fue Thierry de nuevo quien tomó el testigo de las preguntas.

-Pues, si no recuerdo mal, hace como año y medio. No más-

-Año y medio- repitió pensativo Lois.

-Por cierto, que ese día por el que me preguntan...- se arrancó “motu proprio” el camarero.

-¿El primero de mayo?- saltó Thierry interrumpiéndole.

-Sí, señor, justo ese día. No se me olvida porque el taxista llegó aquí que parecía se hubiese caído a una ciénaga. Empapado y bien pringado venía y, el muy cabrón, me puso el lavabo asqueroso. Luego tuve que emplearme a fondo para limpiarlo de guarrería-

-¿Qué te dijo? ¿No le preguntaste qué le había pasado?-

-Claro, sargento, que le pregunté y me soltó que se le había quedado atascada una rueda en la carretera-

-Bueno, algo lógico ¿No?- añadió Lois haciendo gestos con los brazos, enfatizando así la obviedad.

-Pues sí, eso me lo hubiese tragado sin rechistar. Pero él se cree que yo me chupo el dedo-

-¿Cómo? ¿Qué dices? Vamos, Mariano ¡Aclárate, coño!-

-Joder, sargento, que ese fulano pensaba no me iba a fijar en su coche ¡Vamos, hombre! Si le digo que estaba tan limpio como un jaspe, no exagero ni esto- Mariano unió las puntas de los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, para dar fuerza a lo que decía, ante las miradas de los tres investigadores *-Lucía como si le acabase de sacar brillo a mano y no tenía*

una salpicadura de barro en las ruedas, ni en los bajos. Ya le digo, y no miento, nada de nada. Así que sabe Dios en qué andaría metido por ahí-

-¿Algún detalle más que le llamara la atención?- insistió en sus preguntas Thierry.

-Pues los dos coñacs que se tomó, y encima dobles. Lo que no entiendo es cómo no se dio un tortazo por ahí conduciendo. Se nota que es un profesional. Yo me tomo eso y me pego un trompazo de mil demonios. Además, le tuve que dar esparadrapo y mercurocromo-

-¿Herido?-

-Tenía arañones por todos lados, sargento. Y si fue trola lo de las ruedas, más fue lo que me respondió cuando se lo pregunté diciéndome tuvo que saltar una alambrada. Y eso no se lo cree nadie-

-¿Por qué?- preguntó inocente Bertrand.

-No hay alambradas ahí arriba, hombre- respondió Lois por el camarero, quien soltó una buena carcajada -Son muros de piedra y nada de alambre. Algún que otro propietario tiene, pero no en la carretera. Así que ese tipo me huele fatal con esos comentarios y creo ya es el momento de hacerle una visita y a fondo-

-Me parece correcto- respondió Thierry *-Este individuo parecer ser un candidato digno de convertirse en nuestro hombre...-*

-¡Coño! ¡Hablando de Roma...!- interrumpió Mariano de manera súbita las palabras de Thierry, estando aquél de frente a la puerta de entrada, y así viendo cómo aparecía el taxista al que se dirigió *-Pero, Florentino ¿Dónde vas? ¡Espera, hombre! ¡No te vayas, cojones!-* exclamó sin que éste le diese oportunidad de soltarle más interrogantes.

Fueron esas palabras las que hicieron volverse a los tres y observar cómo el taxista salía como una exhalación del local, se subía a su vehículo, lo arrancaba y, pisando fuerte el acelerador con chirrido de ruedas incluido, ponía asfalto de por medio a gran velocidad en dirección a la sierra tal como Lois advirtió enseguida a sus dos compañeros.

-¡Thierry, Bernard! ¡Ya es nuestro! ¡Lo tenemos, me cago en...!- exclamó Lois a un paso de la emoción, mientras nervioso se acomodaba en el coche policial junto a los franceses y ordenaba al agente, quien había permanecido esperándoles, siguiera de inmediato la estela del taxista.

-Todavía no del todo, sargento. Tal vez ese sujeto, dentro de unos cuantos kilómetros, si no se resiste demasiado y no planta cara, sí caerá de manera definitiva en nuestro poder-

-Por eso pierda cuidado, Thierry- dijo Lois con los dientes apretados, extrayendo de la funda su pistola reglamentaria y mostrándola sin poner el dedo en el gatillo *-Aquí llevo refuerzos, por si la cosa se tuerce-*

-¡Aprieta fuerte el acelerador, cojones!- ordenó el sargento, tras enfundar de nuevo su arma, al conductor y éste cumplió, aunque la cara tanto de él como las de Thierry y Bertrand se volvieran blancas tras las muchas curvas que sorteaba el vehículo a mucha más velocidad de la que permitía el trazado, en particular los descensos repentinos tras subidas muy pronunciadas con final en giros a izquierda y derecha sin un patrón fijo. El chirrido de ruedas, forzado por aquéllos, llevó el estómago de todos al límite y más de un arcada estuvo a punto de causar un buen desaguisado en la tapicería del vehículo.

-¡Sargento, mire!- exclamó el conductor cuando observó, al salir de una de aquellas curvas, cómo el coche del taxista aparecía volcado sobre uno de los laterales en el arcén de la carretera. Tras un frenazo que dejó media rueda de cada lado sobre el asfalto, Lois se lanzó como un poseso hacia el vehículo accidentado para a colación abrir la puerta del conductor, meter el brazo y sacar con todas sus fuerzas al pasajero quien, consciente a la vista de todos, se mantuvo en silencio pero sólo hasta el momento en el cual Lois empuñó su arma.

-¡Por favor, no me hagan daño. Se lo ruego. Lo confieso todo!- exclamó el detenido ya incorporado con la ayuda del propio Lois, mientras el agente conductor le ponía las esposas *-¡Firmaré lo que sea! Sargento, usted me conoce, ha sido un error y le aseguro que no lo volveré a cometer. Ya sé que está mal pero, entiéndame, me vi forzado a hacerlo ¡Cuánto lo siento! ¡Debe*

creerme! ¡No era mi intención! ¡Lo hice sin pensar!- exclamaba una y otra vez aquel hombre desecho, exento de un mínimo de dignidad, revolcándose en su propia inmundicia moral, cuyo único objetivo en aquel momento era evitar una reacción violenta de sus captores y, en especial, del sargento Lois.

-¡Tienes suerte, hijo de puta, de que me cojas con visitas!- le soltó muy serio Lois con gesto fiero y el puño de su mano izquierda cerrado con fuerza, haciendo un esfuerzo por aguantarse las ganas *-Pero ¡Ojo! Que mañana, cuando estos caballeros vuelvan a su país, tú y yo vamos a tener unas palabritas-*

CAPÍTULO XIV

Bertrand no salía de su asombro por el impresionante despliegue de mal gusto en la decoración de aquel caserón, además en lugar tan apartado, donde consideraba que su dueño, y también detenido, había hecho un derroche de dinero mal invertido en cosas tan inútiles como horteras.

-Florentino, empieza a escupir todo ¡Vamos, coño! ¡Y deja esa pose de mariconazo, joder!- bramó Lois en medio del enorme salón, teniendo a cada lado a Bertrand y Thierry, además de enfrente al presunto asesino confeso; al menos, de momento.

-¡Sargento!- se oyó al agente, aparte de conductor, en tareas auxiliares registrando cada palmo de la casa.

-¿Qué pasa ahora, Zapata?-

-¡Tiene que ver esto!- habló aquél en voz alta y clara, animando a que se desplazaran todos hacia una de las habitaciones contiguas a la espaciosa

cocina, donde no faltaba un hueco con muebles recién estrenados y útiles de cobre de primera calidad.

-*¡Me cago en...! ¡Empieza a hablar, Florentino!*- insistió todavía más cabreado Lois, después de contemplar un notable charco de sangre sobre el suelo, pegando un empujón primero y luego una buena colleja al detenido, quien se quejó como si le hubiesen rajado la barriga y sacado uno a uno los intestinos-

-*¡Pollos, sargento, pollos!*- habló por fin Florentino agachando la cabeza y con voz temblorosa; lo cual no hacía más que añadir un punto más al patetismo que ofrecía, rayano con la más vergonzosa e innoble cobardía.

-*¿Pollos?*-

-*¡Sí! Hoy hemos matado un par de ellos y...-*

-*Pero, vamos a ver ¿Cómo que pollos? ¿Dónde tenías a las chicas? ¿Dónde las violaste, cabrón?*-

-*¿Qué dice, sargento? ¿Violación? ¡Yo no he violado a nadie...! ¡Se lo juro por mis muertos!*-

-*¡Me cago en tus...!*- saltó sobre él Lois, con la suerte para Florentino que

tanto Thierry como Bertrand tuvieron reflejos adelantándose a su previsible y violenta acción que hubiese costado un buen moretón al taxista; lo cual no se consumó gracias a que consiguieron sujetarle en el último instante-

-¡Dejadme, coño, que me lo cargo!- vociferó Lois fuera de sí, luchando contra los dos colegas sin que éstos cedieran un centímetro para que cumpliera su amenaza.

-¡Sargento!- gritó desde otra habitación contigua el agente Zapata, cosa que permitió se relajara algo aquél y también Thierry y Bertrand descansaran del esfuerzo por frenar ese decidido ímpetu por dar una buena tunda a Florentino, quien permanecía acoquinado con las manos sobre la cabeza y ésta bien gacha para esquivar en lo posible cualquier puñetazo del sargento enervado.

-¡Mire, aquí han movido el mueble!- dijo Zapata, en una buena acción investigadora, cuando mostró el cerco claro donde había estado aquél *-¡Y aquí hay una hendidura!-* remató señalando más arriba y en la pared, donde presionó hasta que ésta cedió abriéndose de par en par, bajo la mirada de sorpresa de todos.

-¿Lo ve, sargento?- dijo Florentino señalando hacia el interior con las manos juntas temblando *-Nada de violaciones. Sólo es contrabando. Ya le dije que lo confesaría todo y sigo diciéndolo ¡Pero no me pegue, por favor, se lo ruego!-*

Lois miró al techo, después con gesto de contrariedad se pasó ambas manos por la cara para después mirar a Florentino.

-De manera que andas con trapicheos- le soltó en voz baja pero la cual dejaba ver que, tras esa fachada, el volcán en su interior mantenía su fuerza ígnea.

-Sí, sargento. Yo no he violado ni raptado a nadie. Sólo que me ofrecieron un dinerito por guardar esa mercancía aquí- respondió Florentino y tanto Thierry como Bertrand se quedaron de piedra ante el chasco.

-¿Y la sangre?- insistió Lois.

-¡Es de los pollos! ¡Se lo juro! Esta tarde estuvieron aquí esos individuos ¿Sabe? Los que me contrataron. Luego, acordamos el precio por esconderles la mercancía, nos bebimos una cuantas botellas de vino, matamos dos pollos camperos y nos los comimos en pepitoria para celebrarlo. Me salen de maravilla, sargento-

-Dime, Florentino ¿Qué te traías el primero de mayo por la carretera?-

-Ya, ya, seguro que ha sido en el bar donde le han dicho...-

-¡Responde y déjate de dar vueltas!-

-Bien, sargento, no es nada raro. Es verdad que le solté una patraña a ese del bar. Pero no para hacer daño a nadie, sino porque una de las cajas que llevaba la camioneta de los sujetos se cayó en una curva y no tuve más remedio que ayudarles a recogerla del barro y volverla a cargar para traerla hasta aquí. Aprovechamos el día festivo para transportar el mayor número. Oiga, pagaré la multa que sea, firmaré y...-

-Venga, Thierry, Bertrand, vámonos- dijo Lois desanimado, sin perder esa cara de frustración que había propiciado el pinchazo en hueso de aquellas pesquisas.

-¿Qué hago con el detenido?- preguntó el agente Zapata.

-Te quedas con él. Nosotros regresamos a Cariño, a ver si ya podemos interrogar a la muchacha. Avisaré por la radio del coche al cuartel para que vengan los muchachos. Luego os bajáis a Florentino y no se os olvide cargar la mercancía. Haced el papeleo, la multa y demás- concluyó las órdenes Lois e invitó a Thierry y Bertrand para abandonar lo que había resultado la simple guarida de un inimaginable contrabandista de pacotilla y, para colmo, avaro, codicioso y sin demasiadas luces.

-¡Central! ¡Central!- habló Lois en voz alta a través del micrófono de la radio del coche oficial, unos minutos después y ya acomodados los tres en éste *-¿Qué pasa aquí? ¡Lo que faltaba! ¡Ahora no funciona la radio! Está fundido el aparato este de los cojones-*

-¿Cómo va a...?-

-Pararemos en el bar de San Andrés de Teixidó si está abierto, claro está-
interrumpió Lois la pregunta obvia de Bertrand *-Si no, pues desde el mismo ambulatorio daré las órdenes-*

-Hoy me he llevado uno de los cortes más clamorosos de mi carrera, Lois-
habló saliendo de su silencio meditativo Thierry *-Casi diría un ridículo espantoso-*

-No es para tanto, hombre- aflojó la afirmación Bertrand, intentando contentar el ánimo alicaído de su amigo.

-Sí lo es, chico. Verás, no se trata de un simple patinazo sino de una caída con todo el equipo-

-Thierry, para ahí que te digo una cosa- habló el sargento mientras conducía y esta vez con mucho más cuidado *-Ha sido más duro porque ya veíamos en nuestras respectivas cabezas cómo pillábamos a nuestro hombre. Y no me negará que éste tenía todas las papeletas para alzarse con el premio. Cuadraba al cien por cien, tanto sus movimientos como sus imposibles coartadas cuando hasta un testigo ocular le situaba día y hora en los cuales se produjeron los hechos. Vamos, quiero decir que era un sospechoso de libro y, para colmo de males, se nos pone a huir por la carretera como si le*

persiguiese todo un regimiento de caballería-

-Pues esa misma es la cuestión, Lois- habló Bertrand, sumando argumentos para levantar el ánimo a Thierry, quien no dejaba de darle vueltas a la cabeza *-Yo mismo pensé estábamos en el buen camino y que ese sujeto con su huida nos dejaba clara su culpabilidad. Y os pregunto a los dos ¿Quién iba a pensar que había cometido un delito muy alejado de lo que pensábamos y él mismo creía íbamos tras él para detenerle por simple contrabando?-*

-Totalmente de acuerdo, Bertrand. La miel en los labios ha sido la culpable de este paso en falso- Lois se unió, por una vez, a su criterio.

-La ansiedad- dijo, tras unos momentos de silencio, Thierry *-Me recuerda ese estado de los equipos de fútbol que desean fervientemente marcar un gol, tras una mala racha, y se esfuerzan tanto que su propia ansiedad les traiciona haciéndoles fallar en el último momento delante de la portería del equipo contrario. Eso, quiero decir algo parecido, nos ha pasado hoy a los tres-*

-Lo teníamos tan a la mano que hemos sufrido un revés de mucho cuidado cuando se nos ha esfumado- añadió Bertrand justo en el momento en el que entraban en San Andrés de Teixidó y observaban cómo la luz del bar permanecía encendida. Aparcaron a las puertas y, al entrar, vieron cómo Mariano daba los últimos toques para el cierre del establecimiento, cosa que paró en cuanto les advirtió entraban por segunda vez esa noche-

-Bueno, señores, parece que no ha habido suerte con el taxista, si no me equivoco- les soltó el camarero al verles alicaídos.

-Mejor pasar página- dijo Lois, a quien no se le quitaba de la cara el rictus pétreo de la contrariedad -Al final, y con una persecución a la americana, ha resultado ser un vulgar colaborador de contrabandistas-

-Ya les dije yo cómo ese se traía algo entre manos y no bueno-

-Está bien, Mariano, necesitamos hablar con el cuartel. La radio del coche se ha estropeado como siempre cuando más falta hacía-

-Sin problemas. Adelante, sargento- dijo con afabilidad el propietario, quien incluso se ofreció para hacerles un café, a lo cual ninguno se negó. Mientras la máquina tomaba temperatura, Lois habló con sus chicos y, dadas las órdenes, se sentó en el mismo taburete que hacía un rato junto a sus colegas.

-Oye, pero hombre que es muy tarde. No tenías que haberte puesto a hacer café, joder, Mariano-

-Nada, sargento. Sé que están ustedes levantados y luchando contra los elementos por una buena causa. Esta es mi humilde contribución. Además, duermo poco y cuando llegue a casa me tendré que poner la radio para coger el sueño. Con ustedes aquí, me distraigo y además me entero de detalles de este caso que se ha puesto cuesta arriba-

-Pues más se va a poner, puesto que se nos terminan los sospechosos- añadió Lois.

-Habrá que empezar desde cero y abriendo la lista hasta tener una nueva hornada. Seguro que hay mucha gente con ese patrón de idas y venidas al extranjero-

-¿Emigrantes?- dijo el camarero poniendo el café ya listo y más cargado - *Pues aquí de eso, la mitad-*

-Bien sí, pero nos referimos a unos tramos bien acotados. O sea, ciudadanos que salieran en mil novecientos sesenta y regresasen hace un año o, tal vez, algo más-

-¡Pues anda que no es fácil encontrarlos!- respondió Mariano sin pensárselo un momento *-Yo mismo, si me pongo, haría una lista para que fueran peinando el pueblo-*

-No seas exagerado, hombre- añadió Lois al comentario.

-Bueno, algo sí he sido. Pero digo que seguro os encuentro a quince o veinte-

-Además, con una casa o terreno en la sierra- apuntó Thierry.

-Eso ya es más difícil- siguió el camarero presumiendo delante de los tres *-De todas formas, me la juego a que tres les señalo-*

-Bueno, Mariano, si Lois no tiene inconveniente-

-Claro que no, Bertrand. Todo lo que sea de ayuda es bienvenido y más cuando estamos a oscuras otra vez y...¿Quién será ahora? ¿Esperas llamadas tú?- preguntó Lois al camarero cuando le interrumpió el sonido del teléfono.

-¿Yo? Alguna novia quizás desesperada a estas horas- soltó con gracejo el camarero *-Pero, bueno, vamos a salir de dudas-*

-¿Sí?- habló Mariano tras descolgar el auricular *-Sí, sí, es verdad que están aquí, doctor ¿Manos libres? Pues, mire qué casualidad que me acaban de traer el teléfono de la capital, un regalo de una sobrina mía que está allí trabajando en una Caja de Ahorros ¿Sabe? Pero espere un momento, que tengo que buscar el botón. Sí, aquí está. Hable usted que ya le oyen estos señores-* concluyó el camarero volviendo a la barra.

-¿Sargento?- escucharon los tres la voz reconocida como la del médico que atendía a Covadonga.

-Aquí estoy con mis colegas en el bar, dígame-

-Verá, acabo de hablar con el cuartel y me han dado este número al que le llamo porque ha ocurrido un incidente que puede arrojar luz a la investigación-

-¡A ver, dígame!- respondió con evidentes signos de nerviosismo Lois, incorporándose del taburete e imitándole tanto Thierry como Bertrand, a punto de salir despedidos hacia el techo por la tensión acumulada.

-Resulta que la paciente ha salido de la conmoción hace unos minutos y, aunque todavía un tanto desorientada, sí ha comenzado a recordar episodios vividos, dolorosos y violentos como ya puede hacerse una idea y, en concreto, ha recaído en su estado al entrar en la habitación, a petición de una de las enfermeras, uno de sus chicos que hacían guardia en la puerta-

-¿Cómo? ¿Qué me está diciendo?-

-Sargento, creo que he sido lo suficientemente explícito en mi descripción de los hechos. Se lo repito por si no le ha quedado claro. La paciente ha reaccionado nada más ver al agente, y me refiero a su uniforme y sus botas, las cuales ha empezado a decir que eran idénticas a las de su captor. Según nos ha relatado, sólo pudo fijarse un instante al abrir la puerta del lugar donde le tenía retenida y por una mera casualidad al haberse acercado a esta con intención de huir. Al parecer, al sujeto no le dio tiempo a volverle la

cara y pudo comprobar lo que le digo. Aparte de todo esto, la muchacha ha insistido en el olor de la sudoración de ese tipo, la cual por lo comentado era muy repugnante y ha recordado a la perfección...-

-¡Vázquez!- exclamó Lois -Oiga, doctor, disculpe que le interrumpa pero más tarde hablaremos. Ahora tenemos algo que hacer-

-Como quiera, sargento, lo que sí le digo es que pueden pasar a ver a la paciente cuando deseen y puedan, por supuesto-

-Gracias, doctor. Muy amable por su parte- concluyó Lois pulsando el botón de manos libres para desactivarlo, girando luego en redondo sobre el taburete hacia Thierry y Bertrand.

-Queridos colegas ¡Ahora sí lo tenemos! Ese hijo de puta de Vázquez ha sido escurridizo. Pero ¿Quién iba a pensar que era él? Ya os dije que llevamos todo el tiempo juntos de un destino a otro, y hasta ha puesto en riesgo su vida por mí en más de una ocasión, se ha partido la cara por defenderme y lo considero casi un hermano. Sólo tiene un defectillo y ese es cómo le huele de mal el sudor. Inconfundible que hasta la muchacha lo ha descrito-

-Por cierto, Lois ¿Dónde está?-

-El muy cabronazo me pidió vacaciones. La verdad es que se las debía, porque como trabajador no hay quien le gane. Pero fijaos para qué era-

-Y cuadra todo, Lois. Hasta el detalle de salir en los sesenta y regresar en los ochenta-

-Claro, Thierry, y tiene casa en la sierra, y tierras de su familia...-

-¿Vázquez? ¿De verdad se está refiriendo a su compañero, sargento?- preguntó Mariano a Lois, metiéndose por medio en la conversación de los investigadores.

-Así es. Pero, por favor, Mariano, guarda silencio de cuanto has escuchado. Estamos aún en medio del caso y no tomes esto como algo comentable a cualquiera-

-Cuenta con ello, sargento. Punto en boca, ya me conoce. Pero, ahora déjeme que les diga algo que no se lo van a creer ustedes porque esta misma tarde, después de almorzar, vi con mis propios ojos a Vázquez subir con el coche para la sierra- añadió el camarero esperando la expresión de los tres policías.

-¿Lo veis? Ese desalmado iba para violar a la joven y luego liberarle- dijo Lois dando un puñetazo en la barra *-Oye, Mariano, ahora es importante que recuerdes si le has visto bajar desde entonces-*

-Ni mucho menos- respondió el camarero muy serio y, ayudándose del movimiento de lado a lado de su cabeza, negando rotundo *-Digo con toda seguridad que no ha bajado. Bueno, y además porque Felipe, ya sabes que es mi vecino, le comenté había subido y me dijo tenía que preguntarle un par de cosillas por una multa que le puso y ha estado ahí fuera todo el rato esperando a verle pasar. Así que debe andar por su casa todavía-*

-¡No hay tiempo que perder!- respondió Lois.

-Sargento ¿No va a esperar los refuerzos?- preguntó Thierry *-Si se encuentra acorralado, puede ser peligroso detenerle. Recuerde que está entrenado y dispuesto a poner en práctica sus conocimientos. No minusvaloraría su capacidad de evitarnos-*

-Y la tiene, claro que sí. Es un jabato. Aunque sea un asesino cobarde no quita que sea un agente excepcional. Pero, Thierry, Bertrand, ya os he dicho que llevo mis propios refuerzos, y estos nunca fallan. Hacedme caso- respondió Lois con los dientes bien apretados y, de nuevo, extrayendo su pistola reglamentaria.

-¡Vamos, a por él!- insistió Lois *-Y tú, Mariano, me vas a hacer un favor-* habló luego al camarero, quien no salía de su asombro de encontrarse en plena detención del asesino de San Andrés de Teixidó, y hasta se vio entrevistado en el Telediario de las tres de la tarde *-Nada más salgamos por esa puerta y arranquemos el coche, levantas el auricular, marcas el número del cuartel y, en mi nombre, dile a mis muchachos que se vengán para arriba*

cagando leches y con la artillería bien cargada a la casa de Vázquez ¿Estamos?-

-Sin problema, sargento. Aquí estoy yo para lo que haga falta. Ahora mismo pido esos refuerzos- contestó el bueno del camarero, mientras la frente de repente se le perló de sudor al ver cómo los tres salían de estampida hacia la casa del agente Vázquez. Después, no tardó ni medio minuto en transmitir las órdenes tal cual le había referido Lois y, con la mirada perdida, se quedó pensando en qué ropa se pondría para esa entrevista, la cual ya tenía en el saco, y también las palabras justas que diría. Aunque mejor, pensó cauto al momento, sería esperar a que se resolviese todo, no fuera a ser que Vázquez se escapara y le arruinase la fama.

Por su parte, Lois conducía apretando de nuevo con ganas el acelerador teniendo a Thierry de copiloto y Bertrand en el centro del asiento trasero del vehículo a punto de rezar un Padrenuestro y tres Avemarías, en particular cuando las curvas se hicieron interminables y, de igual modo, la queja de las ruedas en forma de sonido ensordecedor.

Así estuvieron durante más de treinta minutos que les parecieron horas, mientras en silencio los tres rumiaban los más que probables acontecimientos que se avecinaban y ponderaban, para su coleteo respectivo, si éstos tendrían consecuencias a la hora de dar por concluido el caso.

La posibilidad, a simple vista, de la culpabilidad de Vázquez sin embargo dejaba interrogantes tanto en Thierry como en Bertrand quienes, no obstante,

guardaron un más que discreto silencio a la espera de que una última pesquisa dejara diáfana la cuestión; por otra parte enmarañada según el parecer de ambos, también reticentes a llevar la contraria a Lois, a quien se le veía en la plena seguridad de que estaban ante el capítulo final de aquellos horrendos crímenes y, como corolario, con la captura “in extremis” de su causante.

En esas disquisiciones íntimas, sólo rotas por el traqueteo indecente del coche bamboleándose con cada curva, mientras la niebla cada vez más densa no dejaba ver más de dos metros por delante del vehículo, al fin consiguieron recorrer el carril irregular sin asfaltar que les llevó hasta la misma casa de Vázquez, que se encontraba de igual modo envuelta por el mismo meteoro y apenas se distinguían sus líneas y hasta su mismo diseño.

Abandonaron el vehículo y, con ciertas precauciones por las dificultades de visión del entorno incrementadas por la oscuridad reinante, se acercaron a la puerta de entrada sin que por las ventanas que daban a la parte frontal de la vivienda se advirtieran luces ni movimiento en su interior.

-¿Forzamos la puerta?- preguntó Bertrand haciendo gestos con los dos brazos.

-No hace falta, hombre- contestó Lois levantando una de las macetas, con hortensias plantadas, y cogía una llave oculta bajo ésta *-He venido aquí cientos de veces y Vázquez tiene esta mala costumbre que los ladrones conocen y es el sitio donde primero rebuscan. Y eso que es Guardia Civil y anda por ahí comentando a todos los vecinos no realicen bajo concepto*

alguno esa maniobra, la cual deja a sus casas al albur de los facinerosos que, por cierto, saben Latín. Pero, esta vez, a nosotros esa manía de Vázquez por no hacerse caso a sí mismo nos viene como anillo al dedo-

Lois abrió la puerta y, sin que tuviese que palpar en la oscuridad, dio al instante con los interruptores de la luz que pulsó sin suerte puesto que no había corriente.

-¡Vaya por Dios!- exclamó el sargento echando mano de su linterna, de la cual ya se había proveído con anterioridad al salir del coche *-Ahora sin luz ¡Me cago en...!-*

-Parece que ha salido zumbando- comentó Lois nada más alumbrar y observar el revoltillo en el que se encontraba la estancia, donde aparte de ropa por el suelo, también los armarios aparecían abiertos y desordenados junto al aparador donde aún era más evidente el caos de enseres.

-Sin duda andaba con prisas- apuntó Thierry señalando una cómoda con los cajones abiertos y utensilios del comedor por el suelo, donde Lois dirigió la linterna.

-Buscaba algo- añadió Bertrand- *y también huía.*

-¿Cómo?- preguntó Lois desde el otro lado del salón.

-Si venís aquí lo entenderéis- respondió Bertrand cuando al instante ya tenía encima a Lois y Thierry comprobando, tras señalárselo, el rastro de sangre que llevaba a una puerta lateral. La empujaron y enseguida entendieron que la oscuridad en su interior correspondía a un sótano para nada camuflado. Lois palpó la pared y al tercer intento dio con el interruptor el cual, como era previsible, tampoco consiguió encender luz alguna. Alumbrando con la linterna, pudieron ver cómo una estrecha y empinada escalera llevaba a un profundo recinto, del que no advirtieron nada desde arriba salvo el reguero claro de la sangre por todos y cada uno de sus peldaños, los cuales bajaron con cuidado hasta alcanzar su final girando noventa grados.

-¡Me cago en...!- soltó el sargento llevándose las manos a la cabeza al contemplar en primer lugar un cuchillo con restos de sangre, una especie de catre mugriento pegado a la pared, un par de esposas tiradas encima de éste y ropas femeninas con restos sanguinolentos.

-¡Ahora sí le tenemos, Lois!- exclamó Thierry llevado por la emoción del momento, aunque enfurecido consigo mismo por no poner en pie aquel caso el cual consideraba se había enquistado de una forma inusual para él y su experiencia.

-¡Se nos ha resistido el muy...!- se unió Bertrand, también con ese cosquilleo del triunfo, a las exclamaciones aunque frenando el adjetivo descalificativo propio de Lois.

-¿Cómo iba a imaginar que he tenido todos estos años, en los que hemos estado destinados ambos por media España, a un monstruo, un asesino, un ser despreciable ¡Le voy a pegar dos tiros a ese pedazo de cabrón nada más que me lo eche a la cara! Se me pone la piel de gallina de pensar que ha estado sentado a mi mesa, que ha compartido conmigo y...-

-Siempre es igual, Lois, quien menos se lo espera uno- señaló Bertrand, sin dejar de observar las evidencias una por una y hasta toqueteándolas con un bolígrafo que extrajo de su chaqueta -Vázquez ha tenido la oportunidad al volver a su población para dedicar su tiempo libre, teniendo esta casa y estas tierras, a secuestrar, violar y asesinar. No fue sólo una casualidad, quiero decir algo muy puntual, lo acaecido en mil novecientos sesenta. Y su interrupción ahora la vemos clara y hasta justificada, si me permitís el término un tanto irrespetuoso con las víctimas-

-Así es, Bertrand, y entiendo esa forma de referirte al lapso de tiempo. Tanto es así que, precisamente, la falta de medios para llevar a cabo sus crímenes le frenó mientras compartía destinos con Lois por toda España. Al regresar a Galicia, volvió a las andadas disponiendo a sus anchas de un sitio donde mantener con vida a sus víctimas, abusar y luego acabar con ellas, seguro, en un puro éxtasis- dijo Thierry observando cada una de las pruebas que evidenciaban la, más que asegurada, culpabilidad del agente Vázquez-

-¡Esperen ustedes!- exclamó Lois cuando dirigió su linterna y puso el foco sobre un lateral del sótano, apareciendo ante los tres una nueva puerta.

-¡Aún hay sorpresas!- dijo el sargento a continuación, con los nervios evidentes en sus ademanes *-¡Empuje, Thierry!-* le dijo a su colega francés, cosa que éste hizo. Cedió la puerta a la primera y encontraron una especie de pasadizo con dos bifurcaciones.

-¡Coño! Vázquez preparó este sitio a conciencia-

-Lois, además esta construcción no es reciente sino que, con toda probabilidad, la llevó a cabo hace esos veinte años de sus primeros crímenes. Sólo ha tenido que consolidar el techo, si se fija en los maderos nuevos que ha añadido-

-Cierto, Thierry- reconoció Lois, mientras señalaba con el foco a otra puerta que surgió a la derecha *-Bueno, parece que hemos dado con algo interesante-* añadió antes de abrirla y de que un olor nauseabundo inundara denso el aire, obligándoles a retroceder de inmediato.

-¡Joder! ¡Qué asco!- exclamó Lois tosiendo y luego parando como pudo la arcada que le dio, mientras Thierry y Bertrand se tapaban la nariz con sendos pañuelos sin poder soportar el hedor.

-¡Cadaverina!- exclamó Bertrand.

-¿Cómo?- preguntó Lois.

-El olor de la muerte, caballeros. Es indudable que mantuvo el cadáver de la joven asturiana durante un tiempo antes de transportarlo hasta ese escondrijo definitivo. Algo le frenó para hacerlo antes-

-O tal vez, al tener conocimiento del accidente de Aquilino le impulsó a hacerlo para incriminarle- apuntó Thierry.

-¿Y eso?- señaló Lois el suelo.

-Sargento, el olor delata lo que es y sepa nos encontramos pisando los orines de la otra muchacha, a quien ha liberado y aún no sabemos por qué motivo. Sin duda, la tuvo aquí encerrada para llevar a cabo con ella idéntico ritual de sexo y muerte. Sin embargo, algo se torció y cambió el guion por una violación en toda regla como acostumbraba y, tras el abuso y un simulacro de cortarle el cuello, le dejó en libertad con un fin que nos deja atónitos-

-Thierry, Lois, aquí sigue el rastro de sangre- señaló Bertrand en el inicio de la otra bifurcación, la cual alumbró el sargento y dejó con la boca abierta a los tres de nuevo cuando contemplaron cómo aparecían otros peldaños y, al final, una trampilla.

-O sea que este tío se tomó la molestia de tener una vía de escape- dijo Lois.

-Frío, calculador, muy meticulado; perfil exacto, caballeros- añadió Thierry.

-¡Estaba aquí!-

-¿Qué? ¿Cómo?-

-¡Sí, sargento!- habló Bertrand -Ese tipo nos ha visto llegar, o bien presentía que vendríamos. El caso es que, momentos antes ha huido. Si no, observad cómo no ha sido tan precavido dejando el pestillo exterior sin trabar-

-¡Ese hijo puta se nos ha escurrido! ¡Pero, yo sé dónde ha ido!-

-Dudo que a estas horas podamos echarle el guante. Sería mejor avisar a...-

-¡Nada de avisos, Thierry! El camino tiene sólo dos sentidos. O hacia San Andrés, o hacia la garita de Vigía de Herbeira. Pondría la mano en el fuego de que allí se ha refugiado. Sabe cómo llegar campo través y no está lejos para alcanzarla a pie. Sí, caballeros, allí está esperando a que la luz le permita recomponer sus planes y encontrar la forma de salir de este atolladero en el que se ha metido. La carretera es una pero él conoce el terreno y cada oquedad, como ya demostró haciendo desaparecer los cadáveres durante veinte años ¡Digo que vayamos y le detengamos!-

-Sargento, eso es una temeridad-

-Este oficio es temerario Thierry. Si no lo fuera, me hubiese dedicado a tocarme las pelotas en alguna mesa de cualquier oficina de ocho de la mañana a tres de la tarde rodeado de tristes burócratas- respondió Lois mientras, dando unas zancadas, no aguardó ni un instante y ni siquiera a que los dos franceses le siguiesen.

-¡Espere, Lois!- exclamó Thierry y, a continuación hizo lo propio Bertrand, siguiendo ambos su estela aunque bien a regañadientes y, sin que llegara a los oídos del sargento, jurando en arameo éste último aunque cesando al encontrarse la tripleta de investigadores acomodados en el coche.

Momentos después ya en la carretera, salvado no sin dificultad por lo irregular del camino el tramo que les había llevado a la vivienda de Vázquez, la niebla se había convertido en algo más parecido al célebre puré de guisantes londinense, la cual apenas dejaba ver más allá de un metro escaso a través del parabrisas del coche, avanzando este despacio y no sólo por dicha causa meteorológica sino por las subidas inacabables que la proximidad al techo de los acantilados exigía a quienes llegaran hasta ellos.

Si este hecho embargaba el ánimo tanto de Thierry como Bertrand, fue poca cosa frente a la sensación de pavor irrefrenable que les llevó casi a la histeria cuando, al salir de una curva, el vehículo pareció comenzaba literalmente a levitar.

-¡Lois, vamos a salir volando con el coche!- gritó presa del pánico Bertrand y

más cuando recordó las fotografías de aquel lugar con caídas al vacío de infarto, aparte los comentarios escuchados a otros que lo habían visitado.

-¡Lois, por favor, será mejor que dejemos esto, volvamos y esperemos refuerzos!- Thierry se unió a la súplica, ya desesperada, de su compañero.

-¡Al carajo los refuerzos! No me digáis que os vais a rajar ahora. Lo tenemos ahí ¡Coño, ya es nuestro! Además que sólo es el viento y es normal porque estamos a más de seiscientos metros sobre el mar y las rachas son fuertes ahora que la marea comienza a subir. Pero no os preocupéis, llevo toda la vida subiendo por aquí y, aunque es cierto que se levanta el coche, nunca me salió por los aires hacia el acantilado. Por lo tanto, no va a ser esta la primera vez ¡Joder, no seáis caguetas y tranquilizaros que no pasará nada!- respondió Lois con una decisión tan fuerte como la forma de tomar las últimas curvas que les llevaron a una recta cuyo final fue, al minuto, un acceso a la loma donde les dijo se encontraba la garita, aunque era imposible para ellos divisarla.

-¡Lois, pero si apenas se ve a centímetros!- insistió todavía temblando Bertrand, tras una sacudida en el coche provocada por el vendaval ascendiendo el acantilado, fruto del cual faltó muy poco para que lo hiciese volcar rumbo a la negrura del mar abajo presentido pero imposible de contemplar en esas condiciones meteorológicas, mientras en el exterior no se distinguía nada tangible a un exiguo medio metro.

-¡Tranquilo, hombre, yo sé que está ahí!-

-¡Pero, Lois, esto es infernal! La niebla no deja ver y el viento casi ha levantado el coche. Si salimos de aquí, imagina qué podrá hacer con nosotros- dijo Thierry en la misma situación que su amigo Bertrand, haciendo fuerza para frenar el ímpetu de Lois.

-¡Qué va, hombre! Sólo son unos metros hasta la garita. Una vez allí, detengo a ese cabronazo y nos lo llevamos para abajo- no cejaba Lois en su empeño, y mucho menos dos policías extranjeros le iban a impedir culminar su acción.

-¡Escuche! Vázquez estará armado y ahora no me diga que no es un buen tirador- apuntó Thierry como último argumento para evitar el plan del sargento.

-Pues el mejor, sin duda, amigos. Pero les aseguro a ustedes que no dispararé contra mí-

-Siento decirle que se equivoca. Ahora mismo es una fiera aprisionada en la jaula, una serpiente acorralada, y atacará de manera ciega, morderá por instinto sólo con un fin y ese es huir a toda costa, pisoteando el cadáver de quien se lo impida- se unió a su compañero Bertrand aduciendo otro argumento de peso, y con un aire dramático marca de la casa, para lograr se ablandara Lois en su determinación; la cual consideraba de todo punto suicida y que, de alguna manera, ponía en riesgo no sólo su propia vida sino también la de Thierry y él mismo, quienes no eran hombres de acción y sólo

la visión de un arma apuntándoles les dejaría petrificados y, por tanto, víctimas propiciatorias para el sujeto que ya poco tenía que perder al verse descubierto con evidencias claras de su culpabilidad.

-Bueno, de acuerdo, ustedes quédense aquí...-

-No le dejaremos, sargento- dijeron ambos a la vez, rindiéndose a la evidencia de que nada podría contra su decisión, o quizás mejor sería decir fijación a tenor de su cabezonería para detener a Vázquez.

-No esperaba menos de dos franceses ¡Coño! ¡Venga! ¡A por él!- gritó Lois, abriendo después la puerta del coche y sus colegas imitándole.

Si antes habían imaginado el viento en el exterior, una vez fuera no se lo podían creer. Tanto fue así que Thierry recibió la primera racha huracanada y fue a dar con sus huesos sobre el capó del vehículo, el cual le pareció en esos momentos algo providencial, donde se aferró con tal de no salir volando.

Por su parte Bertrand y Lois, sin encontrar a tiempo donde asirse, cayeron directamente al suelo. Ambos intentaron recuperar la verticalidad y, cuando ya lo habían hecho, otra ráfaga más traicionera les lanzó contra el murete de piedra que antecedió a un camino de enormes baldosas pétreas, el cual llevaba hasta la misma garita que observaron permanecía cerrada, aunque advirtieron cierto fulgor en su interior.

-¡Lois, el acantilado está cerca. Volvamos dentro del coche o me temo el viento nos llevará al mar!- dijo Thierry sin soltarse del espejo retrovisor del vehículo, el cual había alcanzado con dificultad y donde se había quedado sin poder moverse un centímetro.

-¡Quédense aquí! ¡Voy a gatear hasta la garita!- respondió Lois cumpliendo lo dicho y casi reptando por el suelo de baldosas, al impedirle el viento ni siquiera levantar la cabeza. Por su parte, Bertrand también gateando a duras penas volvió donde estaba Thierry y consiguió poner las manos en el otro espejo retrovisor del coche, el cual no paraba de ser zarandeado una y otra vez por la poderosa fuerza del viento procedente de ese océano sólo imaginado pero imposible de divisar, tanto por la oscuridad como por la niebla a cada minuto que pasaba más espesa.

Transcurrieron un par de minutos de tensión sin saber qué ocurría hasta que, entrecortados, escucharon gritos y luego golpes en la madera. A continuación, unos pasos y finalmente dos disparos cuyo relampagueo en la oscuridad les estremeció sin saber el resultado del enfrentamiento. Un silencio aterrador llevó a sus ánimos un mal presagio y mucho más cuando oyeron, primero de manera leve y al momento más acentuado, el desgarrador grito de alguien pidiendo ayuda.

-¡Vamos, Bertrand!- dijo Thierry animando a su compañero, quien parecía no poder moverse una micra de donde estaba.

-¡Acabaremos todos en el fondo del acantilado, Thierry!- exclamó en voz

alta para hacerse escuchar Bertrand, luchando contra el vendaval que no cedía en su fuerza.

-¡Si nos arrastramos podemos conseguirlo!-

-¡De acuerdo, Thierry!- respondió Bertrand logrando sobreponer su voz al estruendo del viento, en tanto que volvían a escuchar, y entonces con nitidez, el grito de auxilio y desesperación sin poder determinar si era Lois o bien Vázquez.

Oponiendo su empeño ambos, luchando a cada centímetro contra el parapeto que suponía el vendaval, convertido más en un muro que algo propiamente etéreo, los dos galos consiguieron alcanzar la garita donde, incorporados, comprobaron cómo allí no había nada más que un reguero de sangre, el cual salía de nuevo al exterior y rodeaba ésta.

-¡Thierry, uno de los dos está en el muro del acantilado!- dijo con fuerza en la voz Bertrand, ya fuera de nuevo de la garita y el viento impidiéndole hasta hablar, señalando el rastro de sangre.

-¡De acuerdo, al suelo y reptemos!- le contestó Thierry, de igual manera elevando el tono para hacerse entender, y haciendo señas para que bajara a la posición que les permitía, al menos, moverse sin riesgo de que saliesen volando tal si se tratase de una pesadilla en medio de una aciaga noche de malos presagios.

-*¡Ayúdenme! ¡Por favor, ayuda!*- oyeron por fin nítida la petición de auxilio casi donde se encontraban, siendo Thierry el primero en advertir las manos agarradas al muro.

-*¡Aquí, Bertrand!*- llamó Thierry la atención de su amigo, quien de inmediato se unió a él y entre los dos tomaron con sus manos las de quien les pedía auxilio. Tiraron con fuerza, sin abandonar la posición pegada al suelo y, tras ejecutar tres intentos fallidos en los que faltó poco para perderle y, de paso, ellos mismos volar hacia el fondo del acantilado, por fin y ambos al borde de la extenuación consiguieron izarle.

-*¡Creía que era mi final!*- exclamó el sargento Lois cuando su cuerpo quedó tendido junto a los dos colegas franceses, compartiendo con ellos un pésimo estado donde sobresalía la respiración entrecortada que daba fe del esfuerzo realizado para salvarle la vida -*¡Pero soy duro de pelar, amigos, y además tengo dos Ángeles de la Guarda a mi lado!*- escucharon tanto Thierry como Bertrand, quienes mantuvieron silencio a la vez que, con gran emoción, se miraban el uno al otro.

-*¿Y Vázquez?*- preguntó Thierry tras un minuto reponiendo fuerzas.

-*El mar se lo está llevando para sus adentros ahora ¡Ya es historia ese canalla!*- respondió Lois -*Y habéis sido testigos de cómo no me lo puso nada fácil y casi me cuesta la vida acabar con él y sus crímenes. Le metí dos balazos, pero no fueron suficientes como ya imaginaréis puesto que logró*

zafarse y salir de la garita. Le perseguí y forcejeamos junto al muro del acantilado y la fuerza del viento nos arrastró al vacío. Gracias a Dios que, en el último instante, pude agarrarme mientras que él encontró su final rodando hacia su última morada-

-¡Lois! ¡Thierry! ¡Mirad!- dijo Bertrand con la voz ronca del esfuerzo para hablar, y sin dejar de luchar contra el viento aún más encabritado, al levantar un poco la cabeza y otear alrededor de donde se encontraban.

-¡Son sus muchachos, sargento! ¡La caballería llega por fin!- añadió Thierry, también forzando la voz, agarrado al exterior del muro como si fuese a caer hacia el acantilado, todavía miedoso por su vértigo al que, no obstante, había superado por el bien de Lois, y alegrándose de ver primero las luces tras la garita y luego de escuchar los motores de la decena de coches policiales que habían acudido.

-¿No te jode?- soltó aquella pregunta Lois como si nada hubiese ocurrido, dejando ver cómo su rostro recuperaba la sonrisa *-¡A buenas horas, mangas verdes!-*

EPÍLOGO

“¡Una celebridad!” ¡”Soy una celebridad!”, pensó para sus adentros Lois, quien no cabía en sí de gozo. No todos los días podía presumir de ser un héroe, ya no local, ni siquiera nacional, sino internacional. La mañana siguiente a los hechos acaecidos en el acantilado, se había levantado temprano incluso con las pocas horas dormidas, y todo para atender al nutrido grupo de periodistas de medios que ni siquiera conocía de oídas, asaeteándole a preguntas sobre la investigación y, en particular, por ese episodio épico luchando contra un asesino en serie implacable y, además, enfrentándose al poder de la naturaleza en el acantilado más alto de Europa, por cuya extensión llegaron las noticias de su acción heroica plena de riesgo y valor a partes iguales.

Lois sintió como si fuesen miel en sus labios los abrazos de la gente, incluso de quien jamás le saludaba, los apretones de manos de personas anónimas dedicándole frases de cariño nunca imaginadas, palmadas en la espalda de políticuchos locales quienes, aún recordaba, le habían mostrado su desprecio y no sólo en privado sino de manera descarada en público. Para su sorpresa, no faltaron también las felicitaciones de mujeres, fuesen maduras o jóvenes, y

todas queriendo besarle, abrazarle y algunas, si bien las menos, hasta lanzándole miradas que le dejaron bien desarmado.

Aquellos momentos eran el Cielo en la Tierra, el edén imaginado en la tierna infancia, la isla acogedora después del temporal causante del terrible naufragio, el oasis exuberante y de aguas cristalinas tras el inabarcable desierto. Lois tuvo claro cómo la vida le besaba en la boca, sintiendo la dulzura de sus labios con la tersura de una adolescente entregada, disfrutaba de su aroma almizclado, suave y denso al mismo tiempo y, en sus brazos etéreos, se dejaba llevar por felices presagios de bienaventuranza.

Todo aquello rememoraba justo al encontrarse de nuevo en ese corazón, en esa zona cero de la implosión producida en su existencia, ese cruce del Rubicón de su vida, cuando el viento colérico había tornado sumiso transformándose en suave brisa perfumada del aire marino, el sol disponía de su reino cálido ciñendo hasta el límite del horizonte y contemplaba el paisaje que marcaría para siempre su devenir sobre la Tierra.

Tras disfrutar de esa intimidad y la contemplación de la belleza del entorno, Lois entró de nuevo en la garita de Vigía de Herbeira y trasteó de aquí para allá, sabiendo cómo su acción cerraría una etapa gloriosa de la que podría jactarse hasta su último aliento.

No obstante, esa placidez interior que saboreaba con deleite, esa felicidad incontenida, esa forma de afrontar el futuro creyéndose tocado por una varita mágica, tal vez elegido por los mismísimos dioses de los que apenas tenía

noticias, Lois la arrinconó desechándola en cuanto sus nervios se alteraron, regresando su natural iracundia al primer contratiempo de aquella jornada gozosa, la cual tantos y tan buenos proyectos le traía juguetona, como si el azar se hubiese confabulado en su favor y, en ese preciso instante, dudase de sus intenciones quizás ocultas para su entendimiento.

-¿Busca esto, Lois?- escuchó el sargento a sus espaldas, volviéndose como impelido por un resorte y encontrándose con Thierry, quien había lanzado la pregunta como si de una daga se tratase, y el inseparable Bertrand a su lado juntos en el umbral de la garita donde hacía pocas horas contemplaran esa gesta de la que todos hablaban y alababan con emoción como ejemplo de honestidad, bien hacer y valor propio de hombres dispuestos a entregar su vida en ese ideal desprendido del servicio a la sociedad por encima de circunstancias personales.

-Pues, Thierry, no sé a qué se refiere. Sólo he venido a revisar esto y, bueno está muy revuelto pero...- respondió el sargento tras unos instantes en los que guardó silencio, paralizado y con la boca en un rictus de incompreensión acompañado de sorpresa incapaz de disimular.

-Hagamos una cosa ¿Te parece, Bertrand? Vamos a prestarle nuestra ayuda una vez más a Lois ¿Tal vez sea este casquillo de bala lo que andaba rastreando?- preguntó Thierry al sargento, mostrándoselo con la palma de su mano derecha abierta.

-¡Por supuesto que no, Thierry! Ya digo que sólo...-

-Me temo que sí era este el objeto de su visita temprana hoy y esa forma inconfundible de buscar algo bien importante para sus intereses, arrojando cosas de un lado a otro de manera nerviosa, le delata- interrumpió la torpe respuesta Thierry, dando un paso al frente junto a su compañero forense y, de alguna forma, intimidando al sargento *-¿Sabe, Lois? Bertrand tiene la manía de llevar los puños de la camisa vueltos siempre, sea verano o invierno, haga calor o haga frío. La cuestión es que ayer, mientras gateaba junto a mí y alcanzábamos la garita, sin darse cuenta y en una de sus arremetidas con los brazos se coló en el puño derecho este objeto que, a simple vista, no tiene nada de particular-*

-Sigo sin entender, caballeros ¿Qué tiene que ver eso conmigo?- se resistió Lois como pudo dando un paso hacia atrás.

-Tal como dice Thierry- tomó la palabra Bertrand con gesto relajado y utilizando un peculiar tono de voz característico de los momentos en los que, seguro de sí mismo y con los argumentos organizados por su mente analítica de manera concienzuda, se disponía a lanzar una de sus brillantes exposiciones *-El casquillo lo encontré una vez en el hotel y, la verdad por delante, no me llamó la atención. En un principio, no tenía nada de extraordinario y más cuando recordé la peripecia del gateo por culpa de ese vendaval del demonio. Por lo cual, enseguida pensé que lo mejor sería unirlo a las evidencias del caso como una más de las del tiroteo que mantuvo usted en este mismo lugar donde ahora nos encontramos. Sin embargo, y como me siento incapaz de renunciar a esa obsesiva compulsiva manía mía de cuadrar todo lo que esté a mi alcance, sumado a que debido a los acontecimientos tan*

terribles vividos ayer me era imposible conciliar el sueño, salté de la cama, me vestí, abandoné el hotel a la carrera y, a los pocos minutos, ya me encontraba en la sala de autopsias donde la realizaban mis colegas españoles al cadáver de Vázquez; una vez recuperado éste no sin mucho esfuerzo según me comentaron, el cual como es de suponer estaba muy deteriorado por la caída al vacío tan brutal pero aún con los dos balazos que usted le propinó. Por tanto, me encargué de comparar éstos con el casquillo que había aparecido en mi puño como por arte de encantamiento-

-Y el caso es que, como ya imaginará usted, sargento- tomó el relevo Thierry en el relato de los hechos -Bertrand cayó en la cuenta de que no correspondían esos casquillos con las balas alojadas en el cerebro y el corazón del agente Vázquez. Pero sí con los del arma de éste, también recuperada y a la que, igualmente, le faltaban esos dos cartuchos-

-¿Qué dice? ¡Eso es una...!-

-¡Lo que oye, Lois! Fue usted quien hizo los dos disparos aquí, sólo que no dieron en blanco alguno- interrumpió Bertrand el arranque del sargento en esta oportunidad.

-Y sencillamente porque Vázquez ya estaba muerto en ese instante y además en el fondo del acantilado donde le arrojó pocas horas antes- tomó Thierry el turno.

-¿Qué está diciendo? ¡Luché con él! ¡Me cago en...!- respondió Lois con la desesperación dibujada ya en sus facciones, aunque defendiéndose de las acusaciones de la misma forma que él lo hacía con sus sospechosos de turno: con ese matiz violento tanto en su pose como en sus formas, gesticulando de manera obscena, haciendo aspavientos groseros donde no faltaba esa barriobajera costumbre de sacar pecho; lo cual no arredró en ningún momento a los dos galos.

-Nada de lucha, sargento- frenó la acometida Thierry con más argumentación *-Y reconozca cómo su temprana visita de hoy a la garita, la cual hemos interrumpido de manera súbita a su pesar, era con el objeto de no dejar esa evidencia de los casquillos por aquí suelta ¿No es así, Lois?-*

-Tenemos que reconocer, sargento- siguió Bertrand sin dejarle responder y observando cómo se iba hundiendo poco a poco aquél *-cómo ha estado a punto de entrar en ese Olimpo reservado a los asesinos que cometen crímenes perfectos. Son pocos, pero los hay. No obstante, me temo que en esta ocasión se ha quedado a las puertas. Una lástima ¿No le parece?-*

-La verdad es que muy ingenioso eso de ir soltando lastre para incriminar a unos cuantos, mientras preparaba todo para la traca final- atacó Thierry, ya sin miramientos vapuleando a Lois, quien optó con mantener la boca cerrada aunque el gesto fiero como era normal en él, en tanto en cuanto su cabeza hacía cálculos para salir del aprieto serio en el cual aquellos dos franceses le estaban metiendo *-Y ese movimiento suyo eligiendo a Vázquez, a quien con toda seguridad telefoneó ayer tarde con alguna excusa para que subiera a la sierra y de esa forma convertirle en el asesino, fue algo de verdad*

sensacional y digno de encomio teniendo en cuenta cómo le pegó esos dos tiros de los que siempre hablaba, dejó visible el reguero de sangre en torno a la garita rumbo al muro del acantilado, le despojó de su ropa, con ese olor tan peculiar, y se la colocó después para que la muchacha asturiana lo advirtiera al violarle y moverle de un lado a otro con tal de que recordara ese detalle capital para identificar a Vázquez. También es justo admirar su sangre fría hasta el último instante, incluyendo en su guion ese toque melodramático agarrado al muro suspendido en el vacío pidiéndonos ayuda voz en grito. Y añadiría que arriesgado, puesto que era una posibilidad cierta que nosotros no lográsemos escuchar sus llamadas de auxilio en medio de aquel encorajinado vendaval. Pero le salió perfecto y, si es de matrícula de honor esa parte final, no lo es menos el hecho de que urdiera todo, incluyendo esa improvisación magistral de averiar a conciencia la radio del coche patrulla, para que tan sólo subiéramos a la sierra con usted Bertrand y yo, sin que nadie más estuviese presente, sabiendo que con la niebla tan densa y la noche plena no distinguiríamos a posteriori dónde habríamos estado-

-Sin embargo, Lois- continuó Bertrand -lo que de verdad habla de su inventiva y también espontaneidad temeraria es ese órdago de llevarnos a la casa, según usted, del asesino. No crea hemos descubierto el ardid esta mañana así como así. Sólo vimos clara su treta cuando fuimos a despedirnos de Aquilino y comenzamos a darle detalles de nuestra aventura de anoche. Ya se hará cargo cómo el hombre, nada más describirle el lugar, incluso habiendo usted cortado la luz y sólo alumbrada con una linterna, le faltó tiempo para decirnos que esa no era la casa de Vázquez, sino la de Lucía, su esposa y, por tanto también suya; la cual heredaron ambos y que Aquilino en su juventud había visitado en multitud de ocasiones y conocía todos sus

recovecos. Por supuesto, salvo esa trampilla al exterior que usted realizaría en su momento para sus planes criminales-

-Por mi parte, Lois, me tengo que quitar el sombrero ante su forma de engañarnos- dijo Bertrand, acompañando sus palabras con un claro gesto fiel a lo expresado de manera verbal, rozando lo cómico como en él era costumbre -Pero tuvo la mala suerte de que su esposa, quien esta mañana saltándose a la torera, como ustedes dicen, esa orden taxativa suya y también amenazante, para que no fuese bajo concepto alguno a visitar a Aquilino al hospital, se plantó allí nada más usted tomó el camino de este lugar, con la casualidad de que corroboró todo lo adelantado por el que fuera gran amor de su juventud y, para colmo de males para usted, nos refirió cómo en muchos de los destinos donde habían estado se habían producido hechos similares y, de esta manera, varias jóvenes desaparecieron sin dejar rastro pero que usted dio carpetazo al indicar en sus informes cómo habían sido simples abandonos de hogar. Por todo ello, ese motivo y no otro fue el que le llevó a la elección de Vázquez, aparte por tener la misma complexión, edad y apariencia física, habida cuenta de que habían compartido idénticos destinos por toda España y, tarde o temprano, nosotros habríamos investigado el reguero de desapariciones dejadas, por lo que no tenía más opción que incriminarle. Al no poder correr más riesgos, sólo había una salida óptima para sus intereses y esa era el asesinato de su compañero y también amigo, de manera tan fría como estudiada que da vértigo pensar en ella-

-De cualquier forma, sargento- tomó el testigo Thierry, mientras Lois había enmudecido por completo ante las abrumadoras evidencias que caían sobre él

por parte de los dos investigadores turnándose en la argumentada acusación - *Bertrand y yo, aunque ayer colaborábamos con usted en todo y le apoyábamos, le confieso cómo todo era en apariencia. La verdad es que no sabíamos, y ni siquiera se nos pasaba por la cabeza, fuese a ser usted el asesino. Sólo que esa reserva que teníamos, ese pellizco de que algo no encajaba, fue sin duda el hecho de la liberación de la joven asturiana. No cuadraba para nada en el perfil, incluso constituía un contrasentido en la trayectoria rectilínea del asesino, por lo que eso nos alertó a los dos de que algo raro estaba ocurriendo y, además, para que nos pusiéramos en guardia considerando en cuarentena todos los hechos que se produjesen a continuación. Y así hicimos, sólo que sus movimientos improvisando a cada momento con lo del taxista, el camarero, el teléfono y todo lo rocambolesco que resultaba cada paso que dábamos, no nos permitió centrarnos y buscar una secuencia lógica y advertir que era usted mismo quien se encargaba de enmarañar el caso-*

-¡Se equivocan los dos! Todavía no se ha dicho la última palabra en todo esto y hasta creo oportuno reescribir la historia e, incluso, buscar un final más trágico siendo ustedes dos sus nuevos protagonistas principales- soltó de improviso Lois, cambiando tanto de registro de voz, éste más altivo, como de gesto, mostrando una grosera chulería para luego, dejando que le observaran Thierry y Bertrand hacer la maniobra con parsimonia estudiada, llevar su mano derecha hacia la pistola al cinto.

-Esta vez, sargento- contestó con suma tranquilidad Thierry, haciendo un gesto repetitivo con el dedo pulgar sobre su hombro derecho *-hemos sido precavidos y, al contrario que usted, considerado eran muy necesarios esos*

refuerzos que tanto le gusta despreciar. Y no crea ha sido tarea fácil convencer a sus jefes, esta mañana muy temprano, de que era usted el verdadero culpable de los crímenes y no un gran héroe vitoreado por todos.

Pero las evidencias han jugado a nuestro favor y, como es de lógica, en su contra. Hasta tal punto que nos permitieron darle tanza, como al pez que muerde el anzuelo, y dejar que subiera a esta garita para eliminar la única prueba que le incriminaba. Ahora, si como presumo es juicioso, guarde esa pistola y entréguese a sus muchachos, a los que creo de paso ha de pedir perdón- concluyó Thierry, mientras un tropel de agentes armados entraban en la garita y rodeaban al sargento.

Lois agachó la cabeza, colocó las manos a su espalda y, luego esposado, acompañó punto en boca a los que hasta hacía minutos eran los agentes a sus órdenes. Thierry y Bertrand salieron de la garita y esperaron a que desapareciera carretera abajo el coche que llevaba a un criminal, a quien también habían reconocido como un amigo. En silencio, ambos coincidieron en que no había alegría alguna en ese preciso momento cuando alguien a quien habían apreciado y, por qué no, admirado, resultaba ser a la postre un vil cobarde, violador y asesino.

-El teniente me ha pedido que les lleve al hotel...- les comentó un joven guardia.

-Muchas gracias, agente. Vamos usted y yo dando un paseo hasta el coche. Allí aguardaremos a Thierry, a quien le queda algo por hacer- dijo Bertrand

al guardia, con quien recorrió el camino hacia el vehículo que les conduciría a Cariño y, aquella misma tarde ya junto a Thierry en el coche alquilado por ambos, viajarían hasta el aeropuerto de Lavacolla, en Santiago, desde donde volarían hacia Paris y, desde allí, hacia un nuevo destino; aún desconocido pero, seguro, con otra misión apasionante y tal vez menos arriesgada tal como pensó para sí Bertrand, quien observó de qué manera Thierry, esta vez sin que el viento deseara arrancarle del suelo, se acercaba al muro que le separaba del vacío del gigantesco acantilado cortado a cuchillo sobre el océano muchos metros más abajo en una tensa calma.

Allí sus recuerdos fueron para Alain y Shantal, primeras víctimas inocentes, cortado de raíz su futuro en común, sus proyectos, su felicidad. Thierry dejó escapar lágrimas de emoción al recordarles, rebosantes de ilusiones y ávidos de afrontar juntos una larga vida en la que se fundieran no sólo sus cuerpos sino también sus almas hasta el mismísimo fin de los tiempos.

Thierry desprendió una rosa de su ojal, colocada con mimo aquel amanecer de su partida, la tomó en sus manos y, de improviso, una ráfaga de viento ascendiendo raudo por el acantilado se la arrebató sin que él mismo hiciese nada por evitarlo.

La propia fuerza de ese aire caprichoso, tibio y perfumado de esencias marinas, se encargó de suspender durante algunos momentos la rosa y extraer uno a uno sus pétalos para luego hacerlos bailar en el vacío en una danza tan extraña como sugerente. Luego, en silencio, con una sonrisa y las lágrimas resbalando lentas por su rostro, Thierry contempló cómo aquéllos parecían serpentear hacia el cielo majestuoso, enmarcado por el horizonte infinito, en

dirección a esa eternidad donde, seguro, Alain y Shantal moraban.
